



LA NUEVA NOVIA DE PAPÁ

HISTORIA DE UNA MADRASTRA PERVERSA

Jos Vira

LA NUEVA NOVIA DE PAPÁ

HISTORIA DE UNA MADRASTRA PERVERSA

Jos Lira

Título: La nueva Novia de Papá (Madrastra Perversa)

D.R. © 2023, Jos Lira

Todos los derechos reservados

De la presente edición y sus características:

© 2023, Jos Lira

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro:

www.joslira.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, salvo fragmentos para promoción o reseñas, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. .

Contenido

CAPÍTULO 1

ARLET

CAPÍTULO 2

Mi madrastra es una golfa

I

II

III

CAPÍTULO 3

Con mi madrastra en la piscina

I

II

III

CAPÍTULO 4

Con mi madrastra en la piscina Segunda Parte

I

II

III

CAPÍTULO 5

Los gemidos de mi madrastra

I

II

III

IV

V

VI

CAPÍTULO 6

Caer en tentación

I

II

CAPÍTULO 7

En el mirador con mi madrastra

CAPÍTULO 8

Desafíos

I

II

III

CAPÍTULO 9

Preparativos

CAPÍTULO 10

Mi madrastra es mi puta por una noche

CAPÍTULO 11

Mi madrastra es mi puta por una noche “segunda parte”

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

Decisiones finales

EPÍLOGO

Tres meses después.

CAPÍTULO 1

ARLET

I

Mi nombre es Alan, tengo la mayoría de edad, y no estoy nada contento de tener que irme a vivir por una buena temporada a la capital, a la casa de mi padre, entre otras cosas porque me causa estrés tener que adaptarme a otra ciudad.

La capital mexicana es una de las ciudades más grandes del mundo. La mayor en toda América. Y a mí las metrópolis inmensas como esa me causan ansiedad.

Yo no cambio por nada del mundo las montañas de mi pequeña localidad, acá por Puebla, rodeado de montañas verdes, cielos azules, largos ríos rebosantes de pescadillos, causes cristalinos por donde mucha gente aún suele ir a bañarse, y barrios bonitos donde nos conocemos entre vecinos, o donde sin necesidad de auto, salvo con una bicicleta, puedes llegar a cualquier lugar.

Vivir en CDMX (como ahora les ha dado por abreviar a la Ciudad de México) es estar corriendo todo el día entre millones de transeúntes, teniendo que atravesar todos los días las grandes avenidas, tentando tu suerte para que un cabrón no te eche un auto encima.

Son bonitos los enormes rascacielos de cristal que resplandecen por todos lados, los grandes Palacios y Castillo del centro histórico que recuerdan la época colonial española o la época del gran imperio de Maximiliano de Habsburgo, sin pasar por alto, las pirámides y grandes templos del imperio azteca, la que fue llamada Ciudad de los Dioses, siglos atrás.

Pero con todo esto, yo prefiero mi casa en el pueblo. A mí la gente me provoca náuseas, el ruido de las avenidas me desespera, y sin duda, lo peor será tener que vivir lejos de mi novia Rosita, una hermosa niña de 17 años, rulos de cobre y una piel rosada y busto prominente que la hacen parecer la personificación de un personaje animado de un manga.

Anoche, antes de despedirme de ella, mientras su madre volvía de sus servicios religiosos nocturnos, en su cuarto ella me prometió que iba a esperarme. Y creo en su promesa, porque me dijo esas palabras mientras subía y bajaba sobre mi erecto miembro, en tanto yo amasaba su par de pechos con insistente necesidad.

—¡T..o....dooo... saldráaaa bieeeeeen... Alan...! —gemía ella.

—¡No sé si podré hacerlo, Rosita... le guardo a papá mucho rencor...!

Las bubis de Rosita, brillantes y blanquecinas, rebotaban sobre su pecho en cada sacudida. Sus pezoncitos apuntaban hacia todas direcciones, y sus rulos se pegaban en su cuello cada vez

que sus nalguitas caían sobre mis piernas, y la longitud de mi falo se hundía dentro de su estrecho coñito.

—¡Ho, sí, sí, claro que lo harás, Alan, serán solo cuatro años en la universidad... además vendrás a visitarme cada mes, ¿cierto?! ¡hooooh...!

—¡Sí, es una promesa, Rosita, vendré a verte de menos una vez al meees! ¡Jodeeer!

Siempre me han puesto malo los gestos lujuriosos de esa niña con carita de ángel. Antes de mí, Rosita nunca había hecho el amor. Conmigo perdió su virginidad e inocencia. No es que yo sea un experto, a mi edad, pero definitivamente mis experiencias anteriores me han convertido en un amante destacable. Y le he enseñado cosas... todas las cosas que ella sabe.

Rosita era una chica a la que le daba pena todo. Apenas recuerdo cómo fue la primera vez que, mientras nos besábamos y nuestras lenguas se batían en nuestras bocas, toqué sus nalguitas por primera vez, y ella tuvo esa sensación de cosquilleo en su entrepierna que hizo que abriera sus muslos por impulso propio.

El quejido lloroso que me echó cuando metí mis dedos por sus braguitas aún lo guardo en mi memoria. Su inocente carita se transfiguró, asustada. Sus pezones se pusieron duros debajo de su sostén. Y como sus bubis todavía estaban en crecimiento, se pusieron muy calientes y se clavaron ansiosas sobre mi pecho.

“Pero ¿qué me haces ahí abajo, Alan?”

“Te enseño a disfrutar del placer, Rosita”

“Pero se siente raro”

“Abre más tus piernitas, y déjame hurgarte, sentirás bien”

“Ay, ay, Alaaaaan”

Por un destanteo, mis deditos fueron los que le robaron su virginidad, no mi pene. Mis dedos fueron los que rompieron su himen. Ella gritó, dolorida, pero ni las manchas de su desvirgación, ni los dolores de mis dedos dentro de su vulvita frenaron un éxtasis que la hizo estallar.

“¡Hoooh Diosssss, Alaaaaan!”

Esa fue la primera vez que la toqué más allá de lo permitido para una niña de su edad. El día que le robé la inocencia. Lo demás, ya fue ganancia.

Rosita es mi novia desde hace dos años, poquito antes de que ella cumpliera los quince. De hecho yo fui su chambelán en su fiesta de XV años, esas fiestas que hacemos en México para las niñas que están listas para ser presentadas en sociedad. Cuando están en la edad de merecer.

Y como regalo, esa noche me la llevé a uno de los grandes jardines, y le regalé más dosis de placer. Le levanté su enorme vestido color coral, con mis dedos le abrí sus dos pulpas vaginales y virginales, y con mucho cuidado la penetré. Como ya no tenía su himen, disfrutó más cuando mi sensible glándulo batió sus aguas hirvientes por dentro.

No fue el lugar más cómodo, detrás de un viejo árbol de donde ella se apoyó mientras la embestí, pero vaya que lo disfrutamos como unos tórtolos.

“Ay, ay ay, ayyyyy”

Todavía recuerdo sus gestos de inocencia, al no saber qué era lo que sentía al sentirse invadida por mi falo. Todavía escucho los gemidos castos de una chica entregada a la obscenidad.

Todavía me acuerdo de su piernita levantada con mi ayuda, sus pechos apretados contra las cortezas del viejo roble, los vientos del verano sacudiendo el pastizal y ensuciándonos la cara, la música sonando en la pista, muy lejos de nosotros, su vestido y crinolina echados hacia arriba, alguien gritando desde quién sabe dónde:

“Rosita, Alan, ¿dónde están?, sigue la hora del brindis”

Y yo detrás de la nueva señorita, golpeando su estrecha vagina con mi pene, que expulsaba humedad aun si no le había dado sus buenas chupadas, y ella repitiendo muchas veces:

“¡Alan... Alaaaaan... Alaaaaan!”

Después de eso, nuestros encuentros juveniles se dieron donde quiera, precavidos, y ella amoldándose a mis gustos, y yo a los suyos.

Al principio Rosita apenas gemía. Le daba vergüenza expresarse, hacer gestos, o escuchar los sonidos de su vagina chorreada sobre mi pene.

Tuve que intervenir para que aprendiera a disfrutarlo y lo viera normal. Las primeras veces ni siquiera nos desnudábamos, lo hacíamos vestidos, porque no sabíamos si de pronto, mientras la visitaba por las noches en el portal de su casa, alguien podría pasar. Porque sí, la follé muchas veces en el portal de su casa.

Apenas hacía cualquier gesto. A Rosita le daba vergüenza. Pero, como digo, pronto lo disfrutó.

Fue curioso cómo la inicié en los orales, haciéndola chupar un plátano. Le dije que lo lamiera, que usara sus labios para acariciarlo, que lo saboreara con el paladar y la lengua sin morderlo, que probara con él antes de hacerlo con mi pene.

De manera ilustrativa le mostré unos videos porno que al principio la horrorizaron, pero luego comenzó a tomarles el gusto por la curiosidad de saber lo que sucedía.

“¿Estás seguro que eso me cabrá en la boca, Alan?” me preguntó la primera vez que me senté en su cama (un día que fuimos a su casa al mediodía en lugar de ir a la escuela, aprovechando que su madre no estaba).

Ella estaba de rodillas entre mis piernas, con mi pene erecto frente a su cara.

“Sí te cabe, Rosita, si te acabe allá abajo” le señalé la entrepierna.

“Mi vagina es más profunda, tal parece, y ancha.”

“Tu vagina es más estrecha y angosta que tu boca, Rosita. Tu boca es grande, tu vagina es muy apretadita”

“¿Y también voy a chorrear por la boca?”

“No tanto así. Pero lo disfrutarás”

La pobrecilla tuvo muchas arcadas cuando se la metió en la boca. Con trabajos pudo. Sus dientes raspaban mi glande, y me costó tiempo entrenarla para que me la mamara como a mí me gusta.

Y ahí estaba ella anoche, con sus gordas mamas rebotándole en el pecho. Su boca babeaba y sus babas mojaban sus pezones. Sus senos lechosos brillaban de humedad. Su vagina ardiente quemaba mi longitud. Mis venas del pene brotaban y se enterraban en su agujerito.

Y a pesar de estar disfrutando de la sesión sexual, el pensar en que a partir del día siguiente tenía que llegar a de arrimado a la casa de mi padre, me ponía de malas.

—¡A ella... a ella de plano no la voy a soportar... Rosita! —le dije a mi novia mientras ella se mordía el labio inferior y sus nalguitas rebotaban sobre mis muslos—. ¡A esa fulana no la voy a soportar!

—¡Ella no tiene la culpa de lo que pasó, Alan... tienes que tolerarla, es tu madrastra! ¡Haaah!

—¡No es nada mío, Rosita, sólo es la novia de mi papá!

—¡Una novia muy buenaaa ¿eeehhh?! ¡Hay Alaaaaan!

Cuando Rosita dijo “novia muy buena”, rápidamente traje a mi memoria el físico de esa maldita trepadora, y de pronto me calenté. Me dio mucho morbo y arrecié mis penetraciones.

Y es que sí. Mientras el metro me acerca a la estación donde papá me está esperando, me doy

cuenta que no sólo no quiero irme a vivir a esa casa por él, a quien le guardo rencor desde que nos dejara en la orfandad a mi madre y a mí, sino por esa mujer que ahora vive con él.

Sin lugar a dudas, tener que encontrarme con Arlet, la nueva novia de papá (amante, dice mi madre), será la parte más difícil de mi estadía con él.

Arlet es peor que la puta de Babilonia, y no sólo porque tiene la finta de una de ellas (con perdón de las putas), sino porque fue tan cabrona y desalmada que sedujo a mi padre, dueño de una mediana imprenta, sin importarle que fuese casado, que pudiera provocarle a mi madre una depresión que después de tres años sigue presente, y sobre todo de ser la causante de mi distanciamiento con él.

No le perdono a papá que nos haya hecho esto.

Y no le perdono a Arlet que lo haya enamorado.

Claro que entiendo que papá es hombre, como me lo dijo a mí el día que intentó justificar su marcha de casa, que la carne es débil, que mi madre ya no le daba lo que él necesitaba (¿Comprensión? ¿Sexo? ¿Putería? Qué sé yo), que él es joven (a sus 44 años) y que aun necesitaba vivir y sentirse amado.

“Hijo, un día tendrás mi edad, y te darás cuenta que el tiempo ya no vuelve, y que hay cosas en una relación como la que tengo con tu madre que simplemente, hagas lo que hagas, ya no va a funcionar”

“Pero debiste de contenerte, papá, ¿ves el estado en que está mamá? ¿Cómo te vas con tu amante y la dejas así? Nos estás abandonando, papá, por una mujer que no vale la pena”

“Arlet vale mucho la pena, hijo, tú no lo entiendes, porque aún eres muy joven, pero Arlet tiene grandes virtudes”

Y sus grandes virtudes, o las que creo que le vio papá, fueron sus enormes tetas y su gran culazo.

“Alan, Arlet se metió en mi cabeza de pronto. Ni ella ni yo buscamos esto. Nos enamoramos y ya está. Ahora me voy, nos iremos a la capital, donde haré crecer esta imprenta que aquí en este maldito pueblo nomás no pega. Pero ahí estaré siempre para ti, hijo, no me voy a desentender. Puedes venir a mí cuando me necesites. Por favor, Alan, no me guardes rencor, ni a mí ni a Arlet.”

Y fue la última vez que le hablé.

Mientras me corría en el preservativo, y Rosita se desclavaba de mi pene, recordé que mamá quedó destrozada. Lloró durante mucho tiempo, y hasta tuve miedo de que hiciera alguna locura.

Mientras tanto, Arlet se convirtió en la ama y señora de mi padre, robándose el lugar de mamá. Y ahora mi progenitora tenía qué contentarse con saber que una mujer más joven que ella era la que almacenaba la verga de papá todas las noches.

Federico, mi Papá, como lo prometió, no se desentendió de nosotros, a pesar de todo. Le siguió mandando a mi madre remesas mensuales con las que ella y yo vivíamos desahogadamente.

Luego terminé el bachillerato, y la propuesta que papá le hizo a mi madre de mudarme a México para cursar la universidad, fue muy tentadora para ella, pero no para mí. Aun así, acepté la propuesta, más para darle gusto a mi madre que por placer.

“Mira, Alan” me dijo mamá esta mañana antes de salir del pueblo “Está claro que Arlet no quiere que estés ahí. Te hará la vida imposible y te pondrá en contra de tu padre. Ella no quiere que él vea por nadie más que por ella. El imbécil de tu padre dice que sí está ella de acuerdo, pero yo que la conozco sé que no. Esa maldita puta hará todo hasta echarte. Por eso tienes que ser más inteligente que ella, hijo”

“Mamá, ¿no crees que estás exagerando con Arlet? Sé que es una mujer perversa, ¿pero tanto?”

“Ninguna exageración, Alan. Federico está hechizado por esa golfa, pero no yo. Arlet al principio se hará pasar por una mujer amorosa que está encantada de que tú estés con ellos, pero con el tiempo te sacará su verdadera cara. En el fondo te odia tanto como me odia a mí. Te hará sentir que eres un recogido, que vives de sus limosnas, que no perteneces a ese hogar, pero tú tienes que demostrarle lo contrario. Es tu oportunidad para desquitarte, hijo. Hazla pasar mal. Rezóngale, no le hagas caso, agrédela y...”

“Mamá, si tu intención siempre ha sido que me vaya a la casa de papá para vengarme de lo que nos hizo, a través de Arlet, estás equivocada. Yo voy a la universidad, en plan de estudio y nomás. Y en cuanto me sea posible, lucharé por ganarme una beca que me permita la obtención de una habitación en las residencias de la Uni, ¿queda claro?”

Claro que me da pena mi pobre madre, sobre todo por saber que ahora una perversa y voluptuosa mujer le quitó a su marido, sino que ahora, de alguna manera, también le quitará la presencia de su único hijo.

Y heme aquí. En el tren, cargando mis pocas pertenencias, llegando a la estación de la capital donde me espera mi padre, a quien no he visto ni he hablado desde que se marchara, sabiendo que extrañaré a mi progenitora, a mis amigos, a mi gente... a mi Rosita... Y todo porque tengo que tener una carrera universitaria en la que, sí o sí, necesito del apoyo de mi papá. Al menos por un tiempo.

II

Papá fue un hombre de poca voluntad. Ojalá yo nunca me parezca a él en ese aspecto. Pero

quién sabe.

Yo entiendo que es hombre, que se le calentaron los huevos y por lógica no se pudo aguantar a abrirle las piernas a quien fuera su nueva secretaria. E insisto, claro que lo entiendo. No sé si en su lugar, habría caído yo, pero sé que sea como sea, hizo mal, muy mal.

Vamos a ver. Arlet es una mujer procedente de Monterrey. Allá, de donde se dan las mujeres más hermosas y seductoras del país. Es alta, joven, de algunos treinta y dos o treinta y tres años, maciza, de piernas largas y torneadas, y pantorrillas bien formadas.

Estoy seguro que las partes de su cuerpo favoritos de papá fueron sus dos potentes senos, no operados, de esos que son redondos y pesados, y que le cuelgan como peras de carne sobre su pecho.

Sus nalgas son como las de cualquier otra nortea; gorda, puntiagudas y carnosas, de las que no se pueden abarcar ni siquiera con dos manos. De las que dan ganas cachetear con solo divisarlas.

Vamos a ver. Ahora que lo pienso está más que justificado (desde el chip infiel de un hombre de poca voluntad) el adulterio de papá, a una mujer tan potente como Arlet, ¿cómo se le rehúye? ¿Pero era necesario abandonarnos? No, claro que no. Si quería follársela, pues lo hubiera hecho, como una gola de turno, pero no le hubiera provocado ese dolor a mamá.

Eso es lo que no le perdono.

Arlet jugó muy bien sus cartas. Se quedó con su patrón, y de paso con su dinero, porque aunque mi padre no es feo, no me creo mucho eso de que en un par de meses hubiera sido suficiente para caer rendida, y enamorada de él por su linda sonrisa.

No, esa cabrona lo engatusó para aprovecharse de su dinero.

Y pendejo de papá, que cayó redondito en su juego.

“Ánimo, campeón” me dijo Rodrigo, mi mejor amigo, que sabe todo de mí, incluso que me voy a vivir con mi papá “Al vemos disfrutarás las vistas de doña tetona”

Arlet fue la sensación del pueblo desde que llegó del norte. Primero trabajó como secretaria de un despacho de abogados que luego cerró. Se dice que fue amante de los tres abogados del despacho, quienes la usaban como saco de semen. Pero no sé, sólo fueron habladurías.

Todos los chicos conocíamos a Arlet como “la señorita Tetas”, por obvias razones. Pero desde que se juntó con mi papá dejó de ser “señorita” para convertirse en “doña” “Doña Tetotas”.

El tren se ha detenido.

Agarro mi valija y bajo del andén.

Mi papá no es tan alto como yo, pero sí igual de fornido. Ya es una complexión hereditaria. Los dos somos de piel morena clara, y de ojos grandes de color chocolate. Tiene el pelo tan abundante como yo, aunque las entradas de su frente ya le reclaman la edad.

Por eso lo reconozco.

Está parado junto a un puesto de periódico.

—Eh, Alan —me mira con una gran sonrisa.

—Hola, viejo —le digo con nostalgia, dándonos un abrazo.

—Joder, cabrón, cuánto creciste. Pareces un poste. ¿Cuánto mides? ¿1.90?

—Mido lo mismo desde que te fuiste —le recuerdo, y mi respuesta queda como reproche—. 1.92.

Papá sonrío, avergonzado. Y yo me callo. No quiero que entremos en conflicto. No ahora.

—Mamá dijo que trajera solo dos cambios ropa —le recuerdo, mientras nos dirigimos a su vocho.

Papá es amante de los autos clásicos. Tiene ese vocho desde hace años, aun si tiene dinero para comprarse uno de lujo.

—Voy a comprarte aquí en México ropa para la universidad. Aquí los jóvenes no son como en el pueblo. Aquí sí se fijan qué vistes y qué no.

—Yo soy quien soy, viejo, y no voy a vivir de apariencias. Si me compras ropa corriente, no me importaría.

—No se trata de apariencias, hijo. Voy a comprarte buenos pantalones y buenas camisas, para que no seas señalado por nadie. Como te ven te tratan, nunca lo olvides. Mira, ahí está el coche. Vamos, que Arlet nos espera con la cena.

—¿Me echará veneno en la cena?

Papá se medio ríe mientras nos subimos a su escarabajo, un Volkswagen blanco clásico que nunca pasará de moda para él.

—No hagas caso a lo que te dijo Griselda, tu madre, respecto a Arlet.

—¿Y por qué no?

—Porque la mayoría de las cosas no son ciertas —responde.

—¿Cómo cuales, por ejemplo?

Papá reflexiona un momento y luego responde:

—En realidad ninguna cosa mala que haya dicho Griselda de Arlet es cierta.

—¿Salvo en la que Arlet es una quita maridos? —le recuerdo.

Habría querido decirle “Salvo en la que Arlet es una puta” pero pienso que sería demasiado frontal para iniciar una conversación después de varios años sin hablarnos.

—Vamos a ver, Alan —Todavía recuerdo su tono cuando se pone serio—. Te he extrañado mucho, hijo, y te quiero infinitamente, y pienso que el que estés conmigo, durante esta temporada, será un momento ideal para recuperar esa confianza que nos perdimos. O más bien que me perdiste tú a mí, con justa razón. Pero eso no significa que voy a tolerar que faltes al respeto a Arlet. Tu madre y tú tienen que comprender que ahora ella es mi mujer, y que si hay alguien culpable en todo esto... en lo que pasó... soy yo, y no ella.

Resuello.

Me duele saber que Arlet está por encima de mamá y por encima de mí. Que papá estará dispuesto a echarme de casa si no respeto a su puta. Pero de qué me extraña, si ya nos lo dejó claro el día que se vino a la capital por ella, abandonándonos. ¡Prefiriendo a Arlet!

—Mientras ella no se meta conmigo, papá, yo no me meteré con ella.

—Arlet es una buena mujer, hijo. Si tu madre te dijo lo contrario, (que te hará malas caras, que no te querrá...) es mentira, pero es lógico que te lo diga por el cómo terminaron las cosas entre nosotros. Te aseguro, Alan, que Arlet sabrá ganarte, pero también quiero que te la ganes tú. Verás que con el tiempo me darás la razón y la aceptarás.

—Si te soy sincero, viejo, yo no vine aquí ni por ti ni por Arlet. Vine a la capital por mi universidad. Así que permíteme ser un poco... egocentrista en esa parte.

—Está bien, está bien, pero por favor, quiero que tú y Arlet se la lleven bien. Quiero que hagas un esfuerzo, al menos. Después de todo, es tu madrastra.

Odio que se refiera a ella como mi madrastra, pero no me queda más remedio que aceptarlo. El resto del camino no digo nada. Solo espero con resignación la llegada a ese, el que será desde hoy, mi nuevo hogar.

III

La casa de papá y su golfa es de dos pisos, grande y espaciosa. Se ve que le ha dejado buenas utilidades el negocio de la imprenta. Tiene su propia cochera, y me da un poco de alivio saber que aquella es una casa y no un apartamento, donde ahora en las grandes ciudades se suele vivir.

Nos bajamos del escarabajo y cargo mi maleta con mis cosas hacia la entrada.

Nadie toca la puerta, esta se abre sola. Bueno, no sola, sino por obra de Arlet, quien ya nos espera con una gran sonrisa por el otro lado.

¡Hija de puta, joder!

A Arlet Antillán la pudieron haber sacado de cualquier putero. La hija de puta está erguida sobre dos altos tacones de plataforma negros que le estilizan su figura.

Su cabello es tan negro como su alma, y tan largo como sus pecados. Le llega a la cintura, y es tan brillante que podría reflejarme en él. Sus ojos resplandecen de un verdor arrollador, y su mirada es tan intensa y coqueta a lo Megan Fox en la película Jennifer's Body (Diabólica Tentación).

Tiene puesto un vestido rojo putón, untado, que le vuelve estrecha la cintura y que le amplía sus fuertes caderas, hasta elevarlas en un culazo respingón. El vestidito apenas le llega a la mitad de sus muslos, y el escote en pico “uve” es tan pronunciado, que puedo jurar que no tiene puesto sostén, a juzgar por el brillo de sus turgentes senos. Además, casi puedo asegurar que se le marcan los pezones sobre la tela.

“Santas mamas...”

Espero sólo hayan sido dos segundos en los que me he quedado perdido en sus abultados melones, o juro por Dios que me moriré de la vergüenza si ella se ha dado cuenta de eso.

¿Cómo mierdas voy hacer para odiarla, y hacerla padecer durante todo el tiempo que esté en esa casa, como quiere mamá, si ahora mismo me ha puesto la verga tan dura como una pata de palo?

Carraspeo, trago saliva e intento conservar la calma.

¡Joder con semejante bombón!

Papá es el que la saluda con un beso en la mejilla. Y aunque no ha sido en la boca, por respeto a mí seguramente, me molesta que lo haga. No puedo olvidar que esos besos y cariños eran para mi madre. Hasta ahora, que ésta loca oportunista se ha salido con la suya.

—Buenas noches, cariño —le dice papá a su nueva novia.

—Al fin están aquí, querido, ¿mucho tráfico? —responde ella.

Hasta la voz la tiene de zorra. De esas zorras que no rompen ningún plato. Es un tono dulzón pero sexual. Puedo imaginar lo que es oírle gemir con ese tono de voz mientras la tienen a gatas.

—No sabes cuánto, mujer —responde papá, separándose de ella para cerrar la puerta—. Mira, Arlet, aunque se conocen sólo de lejos, y ya han pasado algunos años, te lo presento. Él es Alan, mi hijo. Hijo, ella es Arlet, mi mujer.

“Tu puta” pienso sin decirlo “ella es tu puta, no tu mujer.”

Para terminar de joder todo, siento que mi pene se ha abultado en mi pantalón, por eso pongo mi mochila delante de mi entrepierna cuando noto que Arlet se acerca a mí para saludarme. No sea que se percate de mi bulto.

—Bienvenido a casa, Alan, mira si has crecido, estás enormísimo.

“Enormísimo lo que me está colgando aquí abajo, por tu culpa, pinche puta.”

—Buenas noches, Arlet, ¿cómo está todo? —finjo una sonrisa angelical.

—Con ganas de que llegaras, querido —me dice sonriendo—. Pero si estás guapísimo, ¿eh? Eres la calca de tu padre, pero veinte años atrás. Y más alto y fibroso.

¿Papá se habrá dado cuenta de la forma en que su mujer se relamió los labios mientras me decía “alto y fibroso”? ¿Habrá sido eso algún tipo de coquetería? No, claro que no, figuraciones mías.

—T...ú también estás muy... buen... guapa, Arlet.

Papá está muy nervioso, pero no por lo que yo pienso. A él no le importa que su mujer esté tan efusiva, que me esté abrazando, con sus tetas grandes pegadas a mi pecho, completamente desparramadas, ni que esté vestida como un auténtico zorrón. A papá lo que le preocupa de verdad es mi reacción, y cómo trataré a mi “madrastra” de ahora en adelante.

Yo, en cambio, estoy concentrado en cómo se sienten de duras sus tetas en mi cuerpo, en el aroma a cítricos de su perfume. En los resuellos de su nariz y boca mientras me besa las mejillas, y en el potente culo que se carga, según puedo ver cuando me toma de la mano y me arrastra a la cocina, ella yendo por delante.

—Pero vengan, que es hora de cenar —nos dice—. Amor, lleva las cosas del niño a su cuarto, que luego yo le digo dónde está cada cosa.

¿El niño? ¿Arlet, con mi edad y mi estatura, me ha llamado niño?

Bitch.

—Bien, Alan —me dice papá—, dame tu valija, y acomódate en la cocina, que vamos a cenar. Ahora bajo.

Y Arlet, todavía llevándome de la mano, me acerca a una gran mesa, y ahí me vuelve a abrazar, como si de verdad estuviera feliz de que yo esté allí, aunque yo sé que todo es hipocresía. Nada es real. Arlet lo hace para quedar bien con mi padre. Y yo no hago por apartarla, porque me gusta poder sentir de nuevo sus enormes senos pegados en mi pecho.

—Espero que la podamos llevar bien, Alan —me dice, guiñándome un ojo—, como son los deseos de Fede, tu papi.

Noto su sonrisa. Y veo sus gordos labios pintados de carmesí. Y me la imagino de rodillas, con esos labios apretando la cabeza de mi verga, y con su lengua chupándome los huevos. Y luego bajo un poco hacia sus pesados pechos, y me los imagino en mi boca, uno y luego el otro, los dos aplastándome la cara...

¡Joder!

Tengo que tranquilizarme, que por muy buenaza que esté esa mujer, no puedo olvidar que es la nueva novia de papá, y que por su culpa mi madre está enferma.

Estamos los dos de frente, y de pronto se me queda viendo en una oreja.

—¿Es un piercing en tu oreja? —me dice, y con sus largas uñas rojas me acaricia mi oreja.

Me estremezo con su roce, joder.

—Bueno, me lo regaló mi novia, espero no seas tan prejuiciosa por las perforaciones —le digo, encogiéndome de hombros.

—¿Prejuiciosa, yo, por las perforaciones? Para nada, Alan. Hay muchas cosas que no conoces de mí, y espero que las puedas conocer.

—¿Ah, sí? —dudo—, ¿Cómo qué?

—Yo también tengo algunas perforaciones.

—Joder, Arlet, ¿de verdad?

Miro sus orejas y trato de ver sus piercing.

—No, nene, no en mis orejas —me sonríe seductora.

Miro sus labios y toda su cara. Pero no hallo ningún piercing. Y ella confirma mis sospechas.

—Mis piercing no están en sitios visibles, querido, pero si quieres... un día de estos te los enseño.

Y no sé si con su mirada apunta a sus tetas... o a su obliquo... o a su vagina.

Yo trago saliva, con mi corazón desbocado y mi pene durísimo.

Mi madrastra me guiña un ojo, se relame los labios, y se da la media vuelta en la cocina, donde se dirige por la comida. Me siento frente a la mesa, agitado, y sólo pienso que mi infierno en esa casa...

Apenas acaba de comenzar.

¿Yo, viviendo con la nueva novia de papá? ¿Qué puede salir mal?

CAPÍTULO 2

Mi madrastra es una golfa

I

Todavía recuerdo el penoso día en que descubrí que papá le ponía los cuernos a mamá, y lo mucho que me dolió, pues desde ahí, todo se fue al carajo.

Mi padre aún vivía en el pueblo, con mamá y conmigo. Papá tenía su imprenta en pleno auge, y al ser la única, y en plenas elecciones, todo el mundo le mandaba hacer volantes, trípticos y lonas impresas con él. Pienso que el exceso de trabajo le hizo tomar la decisión de poner un anuncio donde se solicitaba un auxiliar contable.

Nadie imaginó que el auxiliar contable sería una mujer, cuyos mayores atributos serían sus potentes nalgas y sus bultosas chichis.

Mamá estaba enfadadísima porque se había enterado de que “una tal Arlet Antillán” era la nueva secretaria de papá, y no le gustaba para nada, ya que decía, esa mujer tenía toda la finta de ser una “quita maridos”. Y mira si mamá tenía razón. Su intuición de esposa tóxica la previno desde el principio.

Arlet era conocida por casi todos los del pueblo por su gran sonrisa. Y claro, por ser guapísima y buenona. Y ante la belleza de una mujer de tal calibre, no hay quien la haga pasar desapercibida. Y había pedido trabajo a papá y este, dadivoso (y con la cabeza de abajo caliente), la había empleado.

Mamá le hizo mil rabietas a mi padre. Pero seamos sinceros, cuando un hombre anda caliente, no hay sermón que le haga cambiar de opinión. Así que mamá tuvo que tragar, pero a diario era seguro que cuando llegaba mi progenitor, se armara la grande en casa.

—Mamá, deja tranquilo a papá, por favor —le solía decir yo a mi madre—, viene cansado, y lo último que necesita son tus reproches.

—¡No lo defiendas, Alan! —solía decirme ella—, ¡que te digo ya que esa tal Arlet es una buscona que se abrirá de piernas a tu padre para obtener beneficios! ¡Y al final, esa golfa terminará quitándomelo!

—Estás exagerando, mamá. Mejor deja a papá tranquilo y ponte en paz.

Yo sabía que papá alguna vez había tenido sus canitas al aire. ¿Pero cómo reprochárselo, siendo hombre como él? Lo único que esperaba era que mamá no sufriera nunca un disgusto al enterarse de alguna aventurilla. Además, con papá nunca nos hizo falta nada.

Semanas después de que Arlet se convirtiera en la nueva secretaria de papá, él comenzó a tener frecuentes ausencias en casa. Ausencias fuera de las horas normales en las que él volvía a casa. Y era muy raro, porque él siempre fue muy hogareño. De casa a la imprenta, y de la imprenta a casa.

Y mamá, mientras tanto, se ponía como loca ante cada retraso.

—¡Es un cabrón, Alan, tu padre es un cabrón! ¡Si me llego a enterar que me engaña, te juro que lo mato, a él y a esa zorra!

Yo era un adolescente en ese entonces, y por eso me asustaban las cosas psicóticas que decía mamá, las cuales me las tomaba muy en serio, ya que cada día se trastornaba más. Y no es por justificar a mi padre, pero él siempre le tuvo mucha paciencia a mamá.

Pero seguro un día se cansó de tanto.

—¡Joder, mamá, que estamos en temporada de elecciones, a papá se le ha acumulado el trabajo. Por eso llega tarde! Por fortuna a partir del lunes ya estaré de vacaciones de verano en la escuela y me iré a ayudarle con los trabajos.

Y así pasó.

El lunes siguiente, por la mañana, papá se adelantó a la imprenta, contento de que fuera a ayudarle, y mamá a provechó para echarme lonche en una mochila y decirme:

—Quiero que lo vigiles, Alan, cualquier movimiento que haga tu padre quiero que me lo digas. También quiero que escuches las conversaciones de los demás empleados y de la misma golfa esa, la tal Arlet. Cualquier cosa rara que escuches o veas me lo dices. Tengo que descubrir si tu padre anda de zorro con esa puta o no.

—¡Joder, mamá, que voy a ayudar a papá con la imprenta, no a vigilarle como si fuese su niñera!

—¡Lo harás, Alan, lo harás o me volveré loca! —me gritaba llorando.

—Está bien, mamá, está bien —le prometí para dejarla tranquila.

En principio no vi nada raro los primeros días. Papá en verdad estaba muy liado con todos los pedidos de la imprenta, y Arlet (a la que ni siquiera me le acercaba) se la pasaba metida en una oficina que le habían acondicionado al fondo de taller de impresión.

El trabajo de Arlet era anotar pedidos, recados, y todo lo relacionado con las entradas y las salidas financieras.

Diario llegaba temprano, con sus pantalones tipo colombianos que le apretaban su enormísimo culo, y unas blusas pegaditas que le figuraban completamente sus grandes pechos.

A mí me tocaba empaquetar trípticos y limpiar las máquinas luego de cada lote de impresiones. Me ponía los audífonos en las orejas para escuchar música, y a veces los dejaba a pagados para escuchar cosas mientras los trabajadores de papá creían que no los oía:

—No me jodas, Mario, ¿has visto hoy cómo se ha venido vestida la tal Arlet?

—Sí, Lalo, menudo zorrón. Hoy trae unos jeans ajustadísimos que le marcan a madres tremendas nalgotas. Y la blusita marca tetas, ¡joder con esa minita!

—Pero nada como las calzas que traía ayer puestas la perra, Mario. Cuando el patrón pasó junto a Arlet, ella hizo como que se le caían unas hojas y se agachó. Joder, que se vio el culo más grande que nunca.

—Seguido se agacha, la zorra, para tentarnos. A veces hasta le he llegado a ver el hilo de atrás de la tanga.

—¿Usa tangas?

—A leguas se le ven, porque no hay costuras en sus nalgas cuando se pone pantalones.

—Pues deben de ser minitanguitas, Mario, porque con tremendo culo, apenas se le ven.

—No creo que le queden las braguitas convencionales, por tal pedorrón. Por eso se pone las

tangas. Es que esa mujer está como quiere. Y tiene toda la pinta de ser una buena cogelona.

Y entonces vino el comentario que me confirmaría mis sospechas, cuando Lalo dijo:

—Joder con el patrón, tremenda cola se está comiendo, el condenado.

—Shhh, que ahí está su hijo —dijo el otro, mientras yo hacía como que no escuchaba.

El resto del día me la pasé pensativo. Mortificado. Desesperanzado. ¿De verdad papá se estaba acostando con Arlet?

Los siguientes días me la pasé observando cada movimiento de papá y de su secretaria. Él poco entraba a su oficina, y ella todo el tiempo parecía estar inmersa en su trabajo. Una chica dedicada, trabajadora, seria y aplicada con sus cosas.

Pero siempre llama la atención sus atuendos tan... sugerentes. No daba la sensación de que fuese una cualquiera, pero tampoco una santa.

El dios de los genes la había proveído de una gran belleza. Sus hermosos ojos verdes eran cautivadores. Pero lo que más llamaba la atención era su cuerpo, proporcionado, todo a la medida y en su lugar, de esa clase de chicas que un adolescente como lo era yo, jamás tendría la oportunidad de tener en su cama, salvo en sus fantasías.

Y ella me intimidaba. Por eso nunca le hablaba. No le dirigía la palabra para nada y ella a mí tampoco. Arlet sabía de mi existencia porque debía de saber que yo era el hijo de su amante. Pero hasta ahí.

El viernes de la siguiente semana todos salimos muy tarde. Estábamos imprimiendo etiquetas para 200 botes que se entregarían al día siguiente a primera hora con motivo de una boda.

Todos nos encontrábamos en el taller trabajando a full. Todos, excepto papá. Cuando terminé de imprimir un lote de etiquetas, pedí a Lalo, un cuarentón muy gordo, que me cubriera. Le dije que iría al baño.

Nervioso, y con el pecho temblándome, fui directo a la oficina de Arlet, y me extrañó que la puerta estuviera media abierta. Entré y me llamó la atención que no estuviera nadie. Sabía que Arlet aún estaba en la imprenta porque su bolso estaba en el perchero. Me acerqué a su escritorio e intenté ver su celular, pero tenía clave de acceso.

Por poco me da un infarto cuando escuché que alguien venía a la oficina. Eran las voces de papá y la secretaria. Y como yo no sabía qué explicación podría darles si me hallaban allí, con mucho miedo lo único que se me ocurrió fue esconderme debajo del escritorio, que era un gran cubo de madera con superficie de cristal temblado ahumado donde solo podría ser descubierto si alguien fijaba muy bien la vista hacia abajo, o si a Arlet se le ocurría sentarse y meter sus piernas dentro.

—¿Dejaste la puerta abierta, Arlet? —le preguntó papá a su amante, cuando entraron a la oficina.

—No que yo recuerde —dijo ella con inocencia.

Yo podía mirar el techo desde allá abajo, con total claridad, pero no veía aún las figuras de papá y su amante.

—Bueno, Arlet, deja ver cómo van en el taller, a ver si mando a Alan a casa, que el crío lleva todo el día aquí y necesita descansar.

—¿Tú hijo sigue en la imprenta, amor?

Cuando Arlet le dijo “amor” a papá, sentí una punzada muy fuerte en el pecho. Respiré hondo y esperé.

—Mi muchacho se ha empeñado en ayudarme hasta terminar. Alan es un chico muy trabajador.

—Es una lástima que no hable mucho conmigo —dijo ella como si de verdad le diera lástima mi rechazo—. Es más, siento como que me rechaza. Cada vez que quiero saludarlo, él me rehúye.

—Alan es muy penoso, hija, no te lo tomes a mal. Además, imagina todo lo que le dice su madre de ti. Es hasta normal que no quiera hablarte.

—Si tú lo dices...

Yo seguía allí escondido, bajo el escritorio de cubo, mirando la lámpara del techo asustado, nervioso. Y cuando se quedaron en silencio, agudicé el oído, descubriendo que se estaban besando.

“Joder, papá, jodeer”

Escuché los chapoteos y ciertas fricciones de ropa. Y yo, como idiota, sólo podía mirar los techos pintados de blanco y una luz pálida que me encandilaba.

—Me has tenido muy abandonada estos días, Fede.

—Con mi hijo rondando por aquí, hermosa, no es fácil acercarme a ti.

—Lo sé, amorcito, pero podríamos darnos unas escapaditas.

—Qué más quisiera, Arlet, qué más quisiera.

—Tienes que compensarte, papi, que necesito tenerte entre mis piernas.

¡Joder!

Sin verlos, podía imaginar a papá besando a Arlet, apretándole las nalgas con sus dos manos, restregándole sus genitales en la entrepierna de aquella mujer, mientras ella le restregaba sus grandes pechos en sus pectorales.

—Te prometo, Arlet, que encontraré un momento para compensarte.

Y de pronto oí algo que dijo Arlet que me dejó pasmado:

—Sácatela, amor.

Su voz era la de un auténtico zorrón.

—Joder, Arlet, aquí no... —dijo papá nervioso.

—Tengo ganas de verga, Fede, de que me la metas a la boca y hacer gárgaras de tu semen.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡MIERDA! ¡Pero cómo se expresaba esta mujer! ¡Hablando de “verga” y de “gárgaras de semen” como si tal fuera la cosa!

Se me hacía inaudito que mamá alguna vez le hubiese dicho tal obscenidad a mi padre en la intimidad. Con razón ahora papá estaba tan encaprichado con la tal Arlet. Ella le daba justo lo que él buscaba en una mujer.

—Y yo de que me la mames, querida, tengo unas enormes ganas de que me la mames, como sabes, hasta que te tragues mi lechita. Pero no aquí, Arlet, no ahora, te digo que por aquí anda Alan.

Al mismo tiempo que me indignaba tal escena, también mi pene se me endurecía en mi pantalón. Para mí no era habitual, a esa edad, escuchar a una mujer pedir “verga” con tal soltura. Ahí me di cuenta que papá y Arlet ya tenían una relación bastante sólida, a tal grado que podían decirse tales guarradas sin ningún pudor.

—¡Jodeeer...Arleeet... no me... acaricias el bulto...! —le decía papá.

—Huuuummm, papito... mira cómo se te ha puesto de gorda y de dura —respondía Arlet—. ¿Por qué no te la sacas, Fede, y me la pones en mi boca? Quiero chupártela.

—Vale, vale, pero más tarde, nomás deja despedir a mi hijo, y regreso para darte lo que te gusta, chiquita.

—¡Pero Fede, mi puchita ya está chorreando! ¿Vas a irte y dejarme toda mojadita?

Entre mi rabia y mi calentura, sufrí casi un paro cardíaco cuando aparecieron arriba del cristal dos enormes nalgas que se aplastaron contra la superficie.

Era el culo de Arlet, que se había sentado en el escritorio, y apoyaba sus dos palmas por los lados.

Era cuestión de tiempo que me descubrieran ahí abajo. De momento, las poderosas nalgas de aquella golfa quita maridos estaban desparramadas por toda la superficie del cristal, y yo ahí abajo, agitado, apenas con aire contenido.

—¡Arlet... joder, espera!

—¡Fóllame, amor, fóllate... estoy chorreando!

—¡Lo haré, hija, lo haré, pero aguanta un poco!

—¡Ábreme de piernas, y siente cómo está ardiendo mi coñito mojado!

—¡Ufff, mi vida... no sigas, que me estás poniendo malo!

—¡Quiero tu verga dura aquí, dentro de mi rajita encharcada, que me tienes abandonada, Fede!

—¡Déjame ir, mujer, no tardo ni cinco minutos, sólo le diré a Alan que se vaya y regreso, para meterte mi rabo hasta hacerte bramar de placer!

Y Arlet, como una ramera, restregaba las nalgas contra el cristal. Lo removía, y yo, todo erecto, veía cómo sus glúteos se ensanchaban y se pegaban sobre la superficie del escritorio.

—Pero no tardes, papi... no tardes...

Y papá logró desprenderse de las garras de la zorra y le oí salir de la oficina.

Las sospechas de mamá eran ciertas. Mi papá le ponía los cuernos nada menos que con la señorita putona y, al parecer, mamona y calentona.

Yo estaba temblando allí abajo del escritorio. Sería cuestión de segundos para que me descubriera. ¿Y qué haría o qué diría yo? Un pajillero ridículo escondido en ese tonto lugar.

Arlet, agitada, se recompuso, pareció acomodarse la blusa, y se puso de pie.

Entonces, de pronto, cuando ya no la vi, escuché algo que me dejó paralizado.

—Muy bien Alan —dijo Arlet con voz severa—, ¿no sabes que es una falta de educación andar espiando a la gente, sobre todo cuando estamos en plena intimidad?

Allí sentí que mi corazón se me saldría por el culo.

¡Esa zorra había sabido todo el tiempo que yo estaba escondido, y aun así desplegó toda su golfería con mi papá!

¡Mierda!

Concluí que Arlet estaba harta de ser la amante de mi padre. Quería que todos los empleados la reconocieran como su nueva mujer. Sus intenciones frívolas eran obvias; que yo viera que era la amante de papá, y de ese modo, decírselo a mamá, para que ella terminara con su matrimonio de una vez por todas.

Y yo, casi orinado de la vergüenza y del susto, me salí de mi escondite, y corrí oficina afuera, muerto de la pena, mientras ella gritaba:

—¡Alan! ¡Alan vuelve!

II

Llegué a casa pálido. Con taquicardia que no veas. Asustadísimo.

Cuando Arlet le dijera a mi padre que los había estado espiando, estaba seguro que él me confrontaría. Y yo no sabía qué carajos iba hacer.

¿Papá tenía derecho a echarme una bronca, aun si yo lo había descubierto en fragancia con su amante? Que se diera de santos que no le había dicho nada a mamá. Y no por defender la honra de papá, sino por ella y su salud. Sabía yo que una noticia así, volvería a mamá más loca de lo que ya estaba.

—¿Qué tienes, Alan? —me dijo mamá cuando me vio llegar corriendo a casa.

—¡Nada, mamá, no tengo nada! —respondí.

—Al menos ven para que cenes.

—¡No tengo hambre!

—¿Dónde se quedó Federico?

—¡No sé, mamá, no sé, no soy su puta niñera!

—¡Pero hijo, por favor!

Esa noche me duché y me metí a la cama. Estaba muy angustiado por lo que había pasado.

Casi una hora después de eso, papá llegó a casa y mi madre le echó bronca. Se dijeron muchas cosas, pero mi padre, como solía hacer diario, la ignoraba. No le gustaba alimentar la discusión. El menos en eso era justo.

Los nervios me volvieron al cuerpo cuando mi padre entró a mi cuarto, llamándome.

—Alan, hijo.

¡Joder! ¡Joder! ¿Arlet le contó que los había estado espiando?

—¿A qué hora te viniste? ¿Por qué no te despediste? Cuando fui a buscarte, me dijeron que habías ido al baño. Te busqué, pero ya no te encontré por ningún sitio.

Me removí en la cama. Era obvio que su golfa no le había dicho nada de mí. ¿Por qué? No lo sabía. Al parecer, ella tenía su propio plan.

—Lo siento, papá, pero me dolía la cabeza.

—Sí, lo sé, Alan. Todo el día estuviste en la imprenta. Mira, mañana ya es sábado, quédate a descansar, y el lunes vuelves.

—Vale —dije.

Que tampoco tenía ni putas ganas de encontrarme con Arlet después del bochorno que acababa de pasar.

Todo el fin de semana intenté pasarla tranquilo, pero la mortificación de saber que pronto sería lunes no me dejaba en paz.

Finalmente, tuve que volver a la imprenta. Todo el día me la pasé lo más alejado que pude de Arlet. Ella apareció ese día con una falda ejecutiva que le quedaba como un guante. Sus piernas potentes danzaron de un lado a otro. Su blusa blanca le marcaba un poco su brassier. Ella estaba

como si nada hubiera ocurrido. Y su poca preocupación de saberse descubierta por el hijo de su amante me daba terror.

Fue casi al término de la jornada, cuando papá me dijo:

—Alan, lleva estas facturas a Arlet, que las archive, por favor.

—¿Eh? No, papá, no —dije alterado.

—¿Cómo que no?

—Estoy limpiando las máquinas y...

—Anda, lleva las facturas que ya termino yo de limpiar el equipo.

—Pero papá...

—Alan, joder...

Bufé, nervioso, recibí las facturas y fui hasta la oficina de su puta.

Al llegar a su oficina pasé casi cinco minutos ideando si entrar, o echarle las facturas por debajo de la puerta. Finalmente me envalentoné y toqué a la puerta.

—¿Sí?

—Soy Alan. Mi papá te manda unas facturas.

—Pasa.

Entré en su oficina y ella estaba sentada sobre el escritorio, con sus piernas potentes brillantes ante la luz de la lámpara. Se estaba retocando el labial. Joder. Estaba buenísima. Su belleza es innegable.

—¿Por qué tocas la puerta, Alan, si tú acostumbras a entrar sin permiso?

Joder. Iba a comenzar la maldita.

—Te dejo las facturas —le dije, acercándome con temor al escritorio, donde se las puse—. Ahora me voy.

Iba corriendo, cual cobarde, hacia la puerta, para escaparme, cuando Arlet me dijo:

—Tu madre no me ha reclamado nada, Alan, ¿es que no le dijiste lo que viste el viernes pasado?

Sentí una punzada en el pecho. Me dio rabia su cinismo, y le dije:

—Era lo que querías, ¿no, Arlet? Que le dijera a mi madre lo tuyo con papá. Pues como ves, tu jueguito no te salió. Porque por eso lo hiciste, ¿no?, comportarte de esa forma tan obscena con mi padre sabiendo que yo estaba escondido debajo del escritorio, ¿es así?, tú querías que fuera corriendo de chismoso con mamá, para que estallara la bomba de una vez por todas.

Ella me sonrió, pero hizo una mueca de inocencia.

—Yo amo a tu padre, Alan, y he creído que tú podrías ser un intermediario, para que la separación entre Fede y tu madre sea pacífica.

Vaya cabrona.

—¿De qué mierdas estás hablando, Arlet? ¿De veras piensas que mi papá va ser tan pendejo para dejar a mi madre por ti?

—¿Y por qué no? Si estamos enamorados.

Arlet seguía pintándose sus gruesos labios de mamona con un tono escarlata. Seguramente, esa noche, se iría de puta con papá a no sé dónde.

—No seas ilusa, Arlet, y mejor hazte un favor y no te ilusiones. Papá ya se ha dado varias veces algún gustito con chicas por ahí, y esto que ha hecho contigo lo pudo haber hecho antes con otras chicas.

La rabia me carcomía la cabeza. No concebía que esa tipa estuviera pretendiendo de verdad destruir a mi familia.

—Mira, Alan, el pasado de tu padre (y si tuvo otras mujeres antes) no me importa, la verdad. Lo que importa es el presente.

—Pues debería de importarte su pasado, Arlet, porque como podrás intuir, mi papá ha de haber tenido otras amantes antes, y a todas las ha mandado a la mierda cuando se ha cansado de ellas. La prueba es que sigue casado con mi madre. Tú eres una amante más, y si eres inteligente, lo dejarás en paz.

Arlet sonreía con los mismos labios con los que había presionado el pene de papá, para succionarlo y darle de lengüetazos.

—Mira, Alan, hay una gran diferencia entre las otras mujeres (si las hubo) y yo. La diferencia principal es que tu padre está enamorado de mí. Ya hemos hablado antes de hacer una vida juntos, en la que, desde luego, no te incluye ni a ti ni a tu madre.

La frialdad con que me decía estas palabras, aunado al hecho de que hacía un gesto como si de verdad sintiera pena, me apretaba la panza y me hacía aborrecerla aún más.

—Eres tú, Arlet, la que no está incluida en nuestras vidas. No vas a salirte con la tuya, porque si tu intención era que yo informara a mi madre del romance de papá contigo, y mucho más, de la forma inmoral en la que los encontré, pues ya te digo que no pasará. Por mi parte, mamá nunca se enterará de nada.

Arlet suspiró. Se cruzó de piernas y guardó su labial, mirándome con sus ojos verdes fijamente. Como digo, la cabrona tiene unos labios gruesos y hermosos, y desde siempre fueron mi perdición. De pronto me dijo:

—Es una pena que no hagas nada por aminorar su dolor, Alan, porque entiendo que tu mami está un poco... enferma de los nervios.

—¡No te atrevas a llamarla loca!

Arlet se descruzó de piernas y delante de mí se acomodó sus grandes pechos.

—Tranquilo, querido, que yo no he dicho eso. Yo lo que he dicho es que ella está un poquito... enfermita de los nervios, y creo que si se entera de golpe que su marido me ama a mí, y piensa abandonarla... la pasará muy mal.

Sentí un terrible terror ante lo que creí que era una gran amenaza. Me preocupaba la reacción que pudiera tener mamá si se enteraba que esta inmunda puta se estaba comiendo a su marido.

—¿Se lo piensas decir, tú, acaso? —puse a prueba su maldad.

Ella volvió a hacer un gesto inocente, y me dijo:

—Llegadas las circunstancias, es probable que lo haga, y no por malicia, sino por el bien de todos. Mira, Alan, tu padre y yo estamos enamorados, enamorados de verdad. No se trata solo de

un calentón, sino de amor de verdad. Federico no quiere a su lado una mujer tan frígida como tu madre. Lo ha padecido ya durante muchos años y se ha tenido que conformar. No es justo que tenga que sufrir toda la vida en un matrimonio que no lo hace feliz sólo por el qué dirán. Tu madre ya no lo satisface, siempre le busca pleito, lo hace infeliz. Federico aun es joven, y es lógico que prefiera una mujer más... alegre, más... apasionada...

—Más puta, como tú —se me ocurrió decirle.

Arlet puso una cara de pocos amigos. Se indignó, se levantó de pronto y me miró enojadísima.

—¡No me faltes al respeto, Alan, que no te lo voy a tolerar!

—Tú se lo estás faltando a mi familia, Arlet, a mi madre y a mí. Tú me estás diciendo que mi padre necesita una puta, y al parecer en ti la ha encontrado. De lo que no te has enterado es que putas hay muchas en este mundo. Se cansará de ti, y así como te encontró de pronto, así mismo podrá encontrar a otra en el momento que sea.

A Arlet se le pusieron sus ojos verdes muy rojos, como si quisiera llorar. La había ofendido y no me lo iba a perdonar. Estoy seguro que si al principio sedujo a mi padre por otros motivos, ahora lo iba hacer por el placer de arruinarme la vida. A mí y a mi desdichada madre.

—Mira, Alan, es una verdadera pena que no me veas como una amiga, y que me tengas en tan bajo concepto, pero creo que va siendo hora de que comiences a respetarme, porque al final, lo quieras o no, voy a terminar siendo tu madrastra.

III

He tenido que contar todo esto para que se entienda la tensión que siento ahora que estoy sentada en la misma mesa de esa zorra.

Al final Arlet se ha salido con la suya y hace años que se robó a mi padre. A mi débil y tonto padre.

A ella la tiene viviendo como una reina en esta gran casa de la CDMX. Mi madre y yo seguimos viviendo donde siempre, allá en el pueblo.

Arlet, mi madrastra, me mira con una gran sonrisa. Seguramente está recordando de ese día en que nos declaramos la guerra.

Es evidente que yo perdí y ella ganó, pero quiero demostrarle que lo que yo perdí y ella ganó sólo fue una batalla, y no la guerra.

Estamos de nuevo frente a frente, pero ahora ya no soy ese adolescente que un día la enfrentó, muriéndose de los nervios, sin saber muy bien cómo mover las fichas del tablero.

Ahora soy un hombre, y voy a valerme de todo mi encanto para volverla a enfrentar.

Juro que si ella verdaderamente ama a mi padre, no le reprocharé nada nunca más, pero si está con él sólo por su dinero, la cabrona no va encontrar dónde meter la cabeza antes de hacer que papá la corra como la perra que es.

Mientras tanto, estamos sentados, ella frente a mí, con su vestido rojo pegado a su cuerpo, y sus enormes tetas apuntándome a la cara.

—¿Cómo vas a llamarme, Alan? —me pregunta de pronto, mientras baja papá del cuarto que me han destinado para quedarme—, ¿prefieres llamarme Arlet o... mamá?

Sonrío, porque aunque ella piensa incomodarme, voy a demostrarle que yo también soy perverso.

—Si te parece bien, Arlet, quisiera llamarte mami, ¿puedo llamarte mami?

Hace un gesto de sorpresa, pero cuando se relame los labios entiendo que la perversión será recíproca.

—Nada me encantará más que me llames mami, corazón.

Que así sea entonces, perra.

CAPÍTULO 3

Con mi madrastra en la piscina

I

Durante la primera semana, apenas le dirigí la palabra a Arlet, dedicando mi tiempo a mi padre o a mis cuadernos, que pronto entraría a mis cursos de inducción.

Mi único consuelo era mi novia, cuando nos hablábamos por teléfono y fantaseábamos que hacíamos el amor, yo perforando su culito, y ella rebotando sobre mí.

Francamente no me salía ser efusivo con Arlet. Sobre todo porque ella era una mujer muy hipócrita. Sólo me buscaba la cara y era hacendosa conmigo cuando su marido la veía. La muy hija de puta me ignoraba todo el tiempo que estábamos a solas. Tampoco me hablaba. Pero era que papá llegara a casa y Arlet se transformaba en la reencarnación de la virgen María.

De ser la mujer fría que rondaba por toda la casa, hablando por teléfono con sabe quién, se convertía en la madrastra buena que me atendía, que me sonreía, que me ofrecía la luna y las estrellas, haciendo, decía “mis comidas favoritas” como si en verdad supiera lo que a mí me gustaba de comer.

—Cabrona.

Lo peor es que cuando me ponía en la sala a ver la televisión, Arlet solía ponerse un minis shorts de licra que le llegaban a sus gordos muslos, ajustándose a sus voluminosas caderas y al tremendo culo que seguro asfixiaría a cualquier hombre al que se le sentara en la cara (no entiendo cómo papá aún estaba vivo).

Arlet tiene una gran figura, unas curvas potentes, y una cara de ángel y de puta a la vez que te mueres.

Arriba se ponía una blusa holgada que, aun así, a veces me parecía ver sus pezones transparentándose en la tela. Encima parecía que a propósito se ponía a limpiar donde yo estaba cerca, como una ofrecida, a tal grado de que cuando yo estaba sentado detrás de ella, Arlet se aseguraba de agacharse para juntar o limpiar algo, de modo que sus grandes nalgas quedaban directo en mis ojos, abriéndose inmensamente debajo de ese micro short de licra que le marcaba a veces, incluso, su puchita, haciéndome ver que no siempre usaba ropa interior.

Confieso, por Dios, que muchas veces tuve que encerrarme en mi cuarto y hacerme una paja en honor a esa maldita golfa que por dignidad tenía que aborrecer.

Por otro lado, no podía evitar sentirme enfadado y e incómodo cada vez que cenábamos en “familia” y Arlet quería hacerse la graciosa conmigo. Papá era muy estúpido al no deducir que esas muestras de cariño de su nueva mujer no eran sinceras. Era una bonita actuación para que no quedara como la maldita mentirosa y bruja que era.

Tras pasar una semana de haber llegado a vivir con ellos, las cosas no mejoraron, por eso, el domingo por la mañana, papá me sentó en la sala con él y me dijo:

—Mira, Alan, no te ofendas, pero creo que no estás poniendo mucho de tu parte.

—No te entiendo, papá.

—Claro que lo entiendes, y lo entiendes muy bien. He visto cómo Arlet se la pasa intentando complacerte todo el tiempo, y tú la rechazas, eres grosero.

—¿Grosero? —le reprocho—. Papá, pero si ni siquiera le hablo.

—Ese es el problema, hijo, que no le hablas, que la ignoras, que le haces gestos, que ni siquiera tienes la iniciativa para tener un acercamiento con ella. Mira, Alan, no sé qué te haya dicho tu madre antes de venir a esta casa, pero no voy a consentir que le hagas estos desplantes a Arlet. Tienes que entender, hijo, que ella es mi nueva mujer, y que la amo, y que estoy dispuesto a defenderla de todos, incluso de tu madre y hasta de ti.

—¡Pero papá, ¿no crees que estás exagerando?! —me indigno—. ¡Yo no he hecho absolutamente nada!

—Eres grosero, Alan, indiferente y Gestoso. Arlet ya lo ha notado. Se siente incómoda y...

—¿Ella te lo ha dicho, papá?

—No hace falta, Alan. Yo lo noto. Arlet hasta parece más... tímida con tu presencia. Ella siempre ha sido alegre, y ahora la noto más apagada, más triste, y si tu presencia en esta casa va a provocar que tú y ella se sientan incómodos, entonces...

No lo dejé terminar, porque estaba seguro que me estaba diciendo que me echaría de su casa si no me comportaba. Y ese planteamiento me dolería en el alma. ¡Joder, que él era mi padre, y bastante distancia habíamos tomado ya desde que esa golfa nos separara! Así que no lo dejé concluir la frase, para no hacerle pasar un mal rato a él y a mí.

—Te prometo que esto cambiará, papá.

No podía decirle que Arlet era una hipócrita, una mentirosa, una hija de puta que sólo fingía cariño hacia mí cuando él estaba cerca. No era inteligente echarle mierda a su novia pues me estaría evidenciando ante él y le estaría dando la razón de que esa puta me caía como patada de burro en el culo. Por eso, cambié de estrategia.

Él dio un fuerte respiro. Como si mi respuesta fuera un gran alivio.

—¿De verdad, hijo, de verdad pondrás de tu parte?

—Te lo prometo —me humillé ante él, forzando una sonrisa.

—No sabes el gusto que me da escucharte decir eso, camarada, porque yo estoy muy contento de que estés con nosotros.

Tragué saliva. No sabía qué tan real era ese sentimiento que me expresaba, si me acababa de quedar claro que si él tuviera que elegir entre perder a su hijo antes que perder a su nueva novia, preferiría lo primero.

—¿Sabes, papá? —inicié con mi cambio de estrategia—. Creo que más bien me siento cohibido con Arlet. Creo que en su momento la traté muy mal y ahora me da vergüenza acercarme a ella. Y no sé cómo hacerlo.

—Oh, no, hijo, Arlet es una buena mujer. Ella no es de las que le guardan rencor a la gente. Seguro que ya olvidó cualquier ofensa que le hayas hecho en el pasado. Te lo juro. Trátala, sin prejuicios, conversa con ella, acércate más. Conviértete en su amigo, y verás cómo te termina agradando. Arlet me ha dicho que quiere que la veas como una madre, pues ella me ama tanto, que ya te ve como hijo. No quiero de ninguna manera decirte que reemplaces el cariño que le

tienes a tu madre por Arlet, pero podrías comenzar sintiéndote querido. De esa manera, tu estancia durante tus años de universidad en esta casa, será mucho más fácil para todos.

¿Querer a esa golfa como una madre? Ja, Ja, Ja.

—Como te digo, papá, prometo que pondré de mi parte.

Estamos platicando aun cuando Arlet baja por las escaleras con una bata de baño puesta y unas sandalias. Su hermosa figura está oculta, pero me imagino sus grandes atributos como si no llevara nada. Se ha atado el cabello en una cola de caballo, y con una de sus castrosas sonrisas me dice:

—Alan, querido, seguramente ya te dijo tu padre que se irá a terminar unas impresiones a la imprenta. Me dijo que te llevaría, pero yo preferiría que te quedaras conmigo y fuéramos a la piscina un rato.

Mi pecho remece. ¡¿A qué está jugando ésta loca?!

—Si papá quiere que lo acompañe a la imprenta con gusto yo...

—No, hijo —me interrumpe él, dándome una palmada en la espalda, contento—, ya sabes lo que hablamos antes, y prefiero que vayas con ella a la piscina, así... pues se van conociendo más.

—Pero papá...

—Anda, Alan, no seas tímido, vente, ve por ropa de piscina y te vienes conmigo.

Papá mira mi rostro, como si evaluara mi reacción. Para hacerle ver que estoy feliz con la propuesta de mi madrastra finjo una sonrisa, y respondo con una ensayada voz de alegría:

—Claro que sí, Arlet, en seguida voy.

II

No me gusta nada estar a merced de las decisiones que tome Arlet, como si ella llevara los hilos de la jugada y papá y youviésemos la obligación de movernos según sus órdenes.

Aun así hago lo que me pide. De mala gana voy a mi cuarto, me pongo unas chanclas y unas bermudas y camiseta de playa (porque yo soy más alto y fornido que él) me dirijo afuera.

Cuando llego al patio trasero de la casa, encuentro a Arlet cerca de la piscina, que la está terminando de llenar.

Frente a la alberca hay varias tumbonas plegables extendidas y sombrillas de sol. En el rincón hay un área para hacer asados, y en frente una terraza con mesas y sillas. Definitivamente a papá le ha ido muy bien en su imprenta. Ojalá mamá pudiera tener una casa como esta donde disfrutara las maravillas que ahora aprovecha la zorra de Arlet.

Todavía no es mediodía y el sol ya calienta bastante. Será que por eso Arlet aún lleva puesta su bata de baño, para que los chorros del gran colosal no quemen su piel morena.

—Hola, Arlet —apenas me sale el saludo.

Quisiera decirle que es una mierda de persona, manipuladora y golfa, pero en lugar de eso tengo que fingir otra sonrisa, cuando ella me mira y hace lo propio.

—Hola, Alan, me alegra que te quedaras conmigo. Verás cómo de rica se pone el agua en un rato.

Luego se echa a reír, cuando mira mi atuendo.

—¿Qué es tan gracioso, Arlet?

—Es que... la ropa de Federico te queda como de brincacharcos.

Vuelve a reír y veo que tiene unos hoyuelos en sus mejillas. No los había visto antes. Con esos hoyuelos parece menos malvada de lo que verdaderamente es.

Miro mi atuendo y noto que me veo ridículo, así que también me río genuinamente.

—Me veo como un tonto, lo sé —me encojo de hombros.

—Lo mejor es que te quites la bermuda y la camisa y te quedes en bañador —me recomienda, dándome una sonrisa traviesa.

El pecho me tiembla cuando me pide tal cosa.

—¿Eh? —me da mucho corte tener que quitarme mi ropa, joder.

—Sí, querido, por mí te puedes quedar en bañador. A mí no me importa.

Los ojos de Arlet, en el sol, se ven mucho más verdes y brillantes de lo que se ven en la oscuridad. Me evalúa de arriba abajo como si yo fuese una mercancía y las mejillas se me ponen calientes.

—En realidad no tengo bañador —me excuso. No quiero quitarme nada—. Debajo de la bermuda a lo mucho tengo un bóxer... y me queda un poco ajustado.

Me vuelvo a encoger de hombros.

No sé si es mi impresión o Arlet se relame los labios. Unos labios gruesos y mullidos que llaman mucho la atención.

—¿Qué importa que estés en bóxer o que esté ajustado, Alan?

El pelo de aquella mujer trigueña luce brillante ante los rayos de sol. Atado en una cola de caballo es de un negro intenso, casi azulado.

—No quiero incomodar —le digo.

—A nadie incomodas. Lo importante es que estemos cómodos.

No quiero decirle que el incómodo seré yo si ella se llega a quitar esa bata y tengo una erección. La vida me ha privilegiado con pene de más 21 centímetros, que está de acuerdo a mi tamaño, que en estos casos no resulta tan conveniente, sobre todo cuando se me pone duro y me es difícil disimular.

—¿Entonces? —me guiña un ojo—, ¿te quedarás en bóxer? Yo también me quitaré mi bata de baño y quedaré en bikini, para que no sientas desventaja.

Suspiro. El espectáculo que será verla en bikini, a la muy cabrona.

—Vale, pero me quito la camisa y la bermuda cuando nos vayamos a meter al agua, ¿te parece?

—Espléndido —sonríe la golfa, y de nuevo creo ver que se relame los labios, antes de que continúe esperando que se llene la piscina. De pronto me dice—. Hagamos un trato, Alan, yo te pongo bloqueador solar, y luego tú me pones a mí, que aunque estamos a una altura en la ciudad que casi llegas al cielo, los rayos UV son mortíferos.

¡Joder!

Recuerdo las potentes nalgas, sus tremendas piernas y caderas y las tetas que oculta debajo de esa bata y me parece de lo más morbosa la proposición. De solo pensar que voy a tocar su sensual piel trigueña, latina, caliente, la misma que se restriega a papá por las noches mientras hacen el amor, la misma piel que lo volvió loco, me pone malo.

—Si tú quieres, claro —le digo, e intento disimular mi nerviosismo.

De hecho tengo que sentarme en el banco de equipal que está más cerca de mí para que no se note mi erección.

¡Mierda!

Ella se quita las sandalias y comienza a caminar descalza por todo el rededor de la piscina, diciéndome de repente:

—Sigues creyendo que no amo a tu padre, ¿verdad, Alan? Que estoy con él por mero interés.

Me toma por sorpresa su comentario. Yo me quedo viendo la cadenita de plata que tiene puesto en uno de sus tobillos. Se mira muy sexy con él puesto.

—Yo no he dicho nada —respondo, encogiéndome de hombros.

—Tu padre está preocupado por nosotros.

—¿Por nosotros?

Claro que lo sé, puta, ¡está preocupado por nosotros por tu culpa!

—Sí, Alan, por ti y por mí.

Sus pies son pequeños, bien formados, unos deditos redonditos, y unas uñas bien cuidadas que se le miran muy sexys cerca del agua.

—No entiendo por qué —finjo no saber la razón.

—Federico piensa que tú me tratas con inmensa frialdad, que me odias, y teme que yo me sienta muy incómoda con tu presencia. La verdad me sabe mal que esto pudiera traer consecuencias negativas para ti.

Hace un puchero, como si de verdad le entristecieran las consecuencias.

—¿Consecuencias negativas para mí? —continúo en mi papel de ignorar lo que pasa.

—Sí, Alan.

—¿Consecuencias como cuáles? —le pregunto.

Por lo menos mi erección está recuperando su estado natural ante esta “incómoda” conversación.

—Consecuencias como... que tu papá decida que debes de marcharte de esta casa.

Miro su gesto sexy cuando rodea la piscina y vuelve a llegar frente a mí, que me observa con sus sensuales ojos verdes, e intento encontrar un atisbo de amenaza.

—¿Por qué papá haría algo así? —le pregunto cruzándome de brazos—. Papá me ha alojado en esta casa porque pretendía recuperar el tiempo perdido en esta fracturada relación de padre e hijo. Él me lo dijo. Además él parecía muy interesado en que yo saliera del pueblo y viniera a la capital a estudiar una carrera que me haga tener un buen futuro. No lo entiendo.

Arlet se relame los labios. La hija de puta no sabe lo que me excita que haga esto. Se acerca al borde la piscina y, todavía con la bata de baño puesta, mete la punta de sus pequeños dedos de

los pies en la superficie del agua. Los saca enseguida. Hace una mueca de que todavía está fría y me dice:

—Tu padre te ama, Alan, pero a mí también me ama, y si tuviera que medirse el amor que nos tiene a ti y a mí en una decisión, no querría ser tú. Lo que quiero decirte, Alan, es que no sabes la incomodidad que me supondría hacerte ver a quién preferiría Federico si tuviera que elegir entre tú y yo... y la permanencia de esta casa.

Trago saliva. Eso me suena a una amenaza disfrazada de preocupación. Dado que papá ya nos abandonó a mi madre y a mí, no me es difícil deducir que él preferiría a Arlet, y que no se tocaría el corazón para echarme de su casa como un perro aun si eso significaría truncar mis aspiraciones para estudiar una buena carrera universitaria en México.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto, Arlet? —le pregunto sin más—. ¿Me estás amenazando, acaso?

Arlet se aleja de la piscina y se acerca poco a poco a mí. Finge un gesto de asombro, y me dice:

—Todo lo contrario, Alan, hijo, sufriría mucho si te fueras.

Cuando me llama “hijo” me parece ver una mueca de burla en su gesto. Me truenan los tuétanos cuando me llama así. Está loca. Ella no es mi madre. Yo no soy su “hijo”. Se honraría si así fuera. No le digo nada sobre mi rabia al compararse con mamá, porque no estoy en posición de hacerla enfadar. Me está amenazando de algún modo, y no hay que ser muy listo para entender que si no hago lo que ella me pida, Arlet hará que mi padre me eche de su casa.

Y a mí no me da la gana darle este gusto tan pronto. Apenas llevo una semana viviendo con ellos.

—Yo tampoco querría irme —me sincero, justo cuando ella dice algo sobre “el agua ya está lista, aunque fría.”

Trago saliva, porque apenas hay dos metros de distancia, y su presencia me intimida un poco.

—Entonces tenemos que hacer algo tú y yo para que tu padre entienda que no hay necesidad de echarte.

Me fastidia que Arlet esté tan segura que papá me echará como un perro. Pero no le digo nada.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Arlet hace como que piensa en posibilidades.

—Primero, Alan, tu padre tiene que vernos más cercanos, más unidos. Que note nuestra complicidad. Que vea cariño entre los dos.

—En...tiendo —digo, mirando sus ojos grandes, esmeraldas, sus labios brillosos, carnosos.

—Creo que si me llamaras mami... él lo tomaría como una señal de unión entre tú y yo.

¡Joder!

Mi verga vuelve a saltar debajo de mi pantalón. Me da un morbo tremendo tener que decirle “mami” a esta buenísima mamacita.

—No tengo problema con ello... “mami”.

Arlet sonrío, satisfecha, fascinada. Sus hoyuelos vuelven a marcarse y su angelical rostro oculta lo golfa de su gesto.

—Bien, mi pequeño, eso me gusta. ¿Ves, cómo nos estamos entendiendo?

Ahora me habla con ternura. Incluso su voz es más suave y seductora.

—¿Qué más podremos hacer para que papá vea que nuestra relación es... buena, Arle... mami?

¡Mierda! Si mi pene me va a temblar cada vez que le diga a Arlet “mami” estoy acabado.

—Bueno, dado que tu papá trabaja mucho, y a veces llega cansadísimo, teniendo muy poco tiempo para mí, cuando vengas de la universidad, podrías acompañarme a correr por las tardes, o por las mañanas de los fines de semana. Ir a comer juntos... al cine, salir ambos, a fiestas que me invitan y que no voy para no ir sola. Etcétera.

—Bueno... no sé... los vecinos... podrían verlo mal.

—¿Mal por qué? —se cruza de brazos.

—Nadie pensará que tú eres... mi “mami”, sino mi novia, o algo así.

Me tiembla el pecho cuando me refiero a ella como “novia”.

—Pero si eres un bebé a mi lado, Alan —se ríe mi madrastra—. ¿Cuántos años crees que tengo?

Miro su joven rostro y le digo:

—¿29?

Ella se echa a reír, mira hacia el cielo, y su bata se mueve un poco.

—Favor que me haces, cariño, pero no. Tengo ya 38 años.

—¿Qué? —me sorprende, y casi siento palidecer—. ¿38 años? Carajo, Arlet.

—Mami, cielo, soy tu mami —me dice con cariño, acariciándome la mejilla.

Mi piel se pone tensa y caliente cuando me acaricia, y mi falo vuelve a temblar en mi bermuda.

—S...í, sí... mami. ¡Es que no me lo creo!

—Como ves, ya tengo mi edad, sólo que tú me ves joven porque me ves con ojos de amor.

Ambos nos echamos a reír.

—Oye, Arl... quiero decir, mami, ¿te puedo hacer una pregunta, sin que te ofendas?

—Estamos en confianza, cielo.

—¿No te preocupa llegar a los cuarenta y no tener...?

—¿Hijos? —termina ella mi pregunta.

—Pues sí —digo.

—Tengo una hija de diecisiete —responde, siendo esta respuesta una nueva revelación que me deja seco.

—¿¿Cómo así?!

—Tenía yo 21 años cuando la tuve, Alan.

—¿Y dónde está ella?! Nunca la vi en el pueblo.

—De hecho vive aquí en la capital, con su padre.

—¿Tienes contacto con ella?

—Sí, de hecho sí, se llama Carmina. A veces viene a visitarnos y se queda aquí, en esta casa. De todos modos había pensado invitarla pronto, para que se conozcan.

De las cosas que se enterar uno. ¿Mamá estaba enterada de que su corneadora tiene una hija?

—Me parece genial —digo con sinceridad—. Me gustará conocerla.

Me vendrá bien tener nuevas amistades, y qué mejor si la hija está igual de buena como la madre.

—Por otro lado... pues qué te digo, Alan. Lo hemos intentado, tener un bebé, pero no hemos dado... resultado.

Veo un atisbo de tristeza en su mirada, pero luego sonrío de nuevo.

—Pero no hablemos de cosas tristes, Alan. Vamos, levántate, quítate la ropa y échate en la tumbona, que voy a ponerte bloqueador, o quedarás como un carbón en un par de horas.

—Vale, mami, ahora me preparo.

III

Me parece rarísimo estar conversando de esta manera con la mujer que se supone que tengo que odiar, como una promesa que hice a la tóxica de mi madre.

Aprovecho que Arlet va a la terraza por una crema de bloqueador solar para quitarme la camiseta y luego la bermuda.

—¡Joder! —digo, viendo que mi bóxer en verdad está muy ajustado.

Puedo ver la forma vertical en que se acomoda mi pene dormido, que aún flácido es largo y gordo, y lo abultado de mis testículos en la parte de más abajo.

No quisiera que Arlet me viera así, por eso me pongo mi bermuda en mi entrepierna, ocultando mi bulto.

—¿Quieres una cerveza? —me grita desde el otro lado del patio.

—A papá nunca le ha gustado que beba —le informo.

—Tampoco le gusta que tome yo, pero no le hago caso, porque él sí que bebe, el gran cabrón —se echa a reír, y me parece raro que lo “cabronee”—. Vamos, nene, tómate una.

—De acuerdo, pues —le digo.

De la hielera saca tres botellas de cerveza modelo de medio libro y las trae. Dos de ellas las pone en el suelo, junto a mí, y yo busco un destapador.

—No hace falta —me dice, sabiendo lo que buscaba—, presta, aquí traigo una de mis llaves de mi cuarto.

Arlet pone la punta de la llave en el tapón metálico de la botella, y con un golpe bien pensado, el tapón vuela por los aires.

—¡Joder, Arlet, la has abierto como una campeona —la halago sinceramente, asombrado—, ni siquiera yo sé hacer eso!

—Júntate conmigo, nene, y verás cómo te echo a perder.

—Genial —me río—, a papá le gustará eso.

—Anda, bebe cerveza, que ahora abro la mía.

Arlet vuelve quitar la tapadera con la punta de su llave y le aplaudo, como estúpido.

—¿Le dirás a papá que bebí cerveza?

—¿Tú le dirás que estoy echando a perder a su hijo?

—Será nuestro secreto —le digo.

—Salud, entonces, amor.

Ella me guiña un ojo y me da un poco de morbo saber que tengo secretos con la novia de papá.
¡Que por cierto me ha dicho amor!

El calor es bastante fuerte, por eso me bebo la cerveza de dos tragos.

—Carajo, niño —se ríe Arlet—, lo bueno que tenías miedo a tu padre, ¿eh?

—Tenía sed —dije, pidiendo otra botella.

Arlet abre la tercera botella y tomo otro largo trago.

—Bien, ahora sí, deja échate a la tumbona, para ponerte un poco de bloqueador solar.

Antes de ponerme de pie, Arlet deja su cerveza en el suelo, y con un sensual movimiento se abre la bata de baño blanca que lleva puesta y la deja caer en el suelo.

¡MIERDA! Los ojos casi se me salen ante tal majestuosidad de mujer.

Arlet luce un minúsculo bikini negro de dos piezas, compuesto por un pequeño sujetador halter triangular que apenas cubre el redondo de sus pechos, dejando desnudos sus gordos laterales, y cuyas tiras se atan en el cuello. Sus senos se balancean sobre la tela, mientras se acomoda su pelo.

La tela del sujetador es muy delgado y se aprieta tremendamente a sus senos, porque se le marcan obscenamente sus pezones.

Sus braguitas también tienen una forma triangular alargada que cubre su pubis. La parte inferior de la tela negra está tan apretada a su vulva que se nota el hundimiento y separación entre los dos gajos de su vagina. La braguita está atada por los lados, a la altura de sus caderas, con un par de listones que si alguien tirara de ellos, la desnudaría por completo.

¡Buaaaa!

Sus piernas son grandiosas, esculpidas solemnemente, y sus muslos carnosos apenas vibran cuando se desplaza.

¡Menudo cuerpazo tiene esta hija de puta!

Se me hace agua la boca cuando ella se mueve, buscando de nuevo la crema de bloqueador, y veo cómo sus pechos turgentes se balancean. Al voltearse, dándome la espalda, veo que la mitad de sus nalgas están descubiertas, por el corte de su braguita. Se agacha un poco, como lo hace cuando limpia la casa, y la enormidad de sus glúteos se separan y yo me estremezco.

Lo que será hundir el pene sobre esa inmensidad.

Y ella continúa con sus quehaceres. Vaya manera en que botan sus nalgotas cada vez que Arlet hace un movimiento. Son tan aparatosas e inmensas que podrían aplastarme la cabeza si se sentara sobre mí.

Aprovecho que se volteó para tumbarme en el camastro de playa. Y menos mal estoy bocabajo, o

Arlet se dará cuenta de cómo mi gran pene se ha puesto durísimo. ¡Imposible disimular!

—Ahí voy, mijo —me dice.

—Vale —respondo, sintiéndome violentamente cachondo.

—Uf, estás nalgón, nene ¿eh? —me dice, echándose a reír.

—Nalgona tú, mami —le digo riendo, y siento que comienza a hacerme efecto la cerveza.

Debo tranquilizarme.

—Me estuviste espionando, travieso —me ha descubierto.

—Lo normal —me da calor recordar semejante culazo—además, con esas nalgas tan grandes, a donde quiera que mirara aparecerían en mis ojos.

Arlet se ríe, diciéndome que soy un “exagerado”.

Al cabo de unos segundos, no me espero que Arlet se siente sobre mi culo, acomodando sus piernas flexionadas en cada lado de mi cuerpo. El camastro rechina y yo echo un gemido de sorpresa.

De hecho, la sensación de tener sus enormes glúteos posados sobre los míos me generan un morbazo que ya la verga me quiere explotar.

—¿Haces ejercicio, Alan?

—A veces —le digo, tratando de morderme los labios para no decirle que me tiene calentísimo sabiéndola sentada sobre mí.

—Se nota, tienes una espalda muy... marcada.

Antes de decirle nada siento cómo un chorro frío de crema cae sobre mi espalda alta.

Inmediatamente las manos suaves de la novia de papá esparcen el bloqueador con delicadeza. Y la piel se me pone de gallina, me estremezco mientras sus uñas se entierran en mi lomo y los escalofríos y temblores debajo de ella me delatan.

—Tiemblas como pollito hirviendo, Alan —se burla.

—Es que... Arlet, tienes unas manos muy... sedosas.

—Sí, tu padre suele decírmelo.

Un nuevo chorro de bloqueador cae ahora en mi espalda baja, y a medida que sus dedos me embandunan suavemente, mis ganas de meterle el rabo por su rajita aumentan.

“Contrólate, Alan, contrólate, es solo Arlet, la puta/esposa de papá.”

Qué manera tiene esta cabrona de poner protector solar. ¡Qué suavidad de dedos, de yemas, de uñas! El frotamiento que hace en mi lomo es tan... excitante y cuidadoso, que pareciera que en lugar de ponerme protector me está acariciando la piel.

—Ahora sólo falta en tu cuello y hombros, nene —me avisa la culona.

Apenas siento cómo un nuevo chorro de crema líquida y fría moja mi cuello cuando salto y me remuevo sobre el camastro. Me es inevitable restregar mi bulto sobre la tumbona para resistir a esta erótica sensación.

Pero la calentura y el éxtasis no me explota en mi cerebro al saber que mi nueva mami me

acariciará el cuello y mis hombros con sus tersas manos, siendo de las más erógenas que tengo en mi cuerpo, sino cuando Arlet se recuesta sobre mi espalda, según ella, para llegar a la altura de mi cuello, y siento cómo toda su esculpida figura se hunde sobre mí.

—Uf —jadeo involuntariamente.

Sentir la enormidad de sus duros pechos carnosos aplastándose contra mi piel caliente en la espalda me pone malo.

Sus manos me acarician la parte posterior de mi cuello y hombros, mientras ella, como si fuese intencional, me restriega sus tetazas sobre mi piel.

No importa que lleve el sujetador puesto, puedo sentir su carne, su piel caliente, la voluptuosidad de sus caderas echadas sobre mis piernas, su candente vientre rozándome la espalda baja, sus globos de carne frotándome, friccionándome, incluso percibiendo en cada poro de mi cuerpo sus pezones ocultos por la tela.

—Oh... mami...

—Mmmm, ¿te gusta, nene, te gusta lo que hace tu nueva mami?

—Uf, sí, me... encanta...

La sensación de sentir sus tetas aplastándose contra mi espalda se interrumpe cuando me dice:

—Ahora voltéate, Alan.

¿Qué ha dicho? El problema no es voltearme. El problema es que mi gran falo está tieso debajo de mí, por poco agujerando la tela del camastro, traspasándolo. Mi miembro está más duro y caliente que un hierro al rojo vivo. Incluso me duele aplastarlo debajo de nuestros cuerpos. Lo que mi pene quisiera es estar reventando su vagina mojada y luego su ojetete de atrás.

—No... Arlet... mejor no.

—¿Por qué no? Tengo que ponerte bloqueador también por delante. En el pecho y la parte frontal de tus hombros.

Mi pene empieza a vibrar más fuerte. Mi pecho tiembla. Estoy muy nervioso. ¡No me puedo voltear o Arlet sabrá que se me ha parado por sus caricias! ¿Y si me toma por un perfecto imbécil? ¿Y si me ríe la gracia? ¿Y si en lugar de reír me abofetea, me arma un escándalo? ¿Y si Arlet, al ver mi erección, se lo cuenta a papá, tachándome de enfermo, de psicópata, provocando que él me eche de la casa?

—¡Mierda, Arlet, por favor... no hay necesidad de voltearme!

Mi mami se ha erguido. Su abombada cola se mueve sobre la mía. Esos movimientos tan sensuales empeoran mi erección.

—¿Qué pasa, Alan, te ha molestado algo que hice? Creí... que lo estábamos pasando bien.

—¿Qué? Sí..., yo estoy bien... sólo que...

¿Cómo le explico que tengo el pito parado?

—Entonces sólo gírate y ya, vamos, que el agua ya debe de estar riquísima, y además falta que me untes protector a mí.

Uf. ¡Joder!

En realidad no tengo una excusa para no voltearme. Así que sólo queda afrontar la situación y que sea lo que Dios quiera.

—Está bien —le digo.

Ella no siquiera hace por levantarse para que yo me mueva, sólo echa el culo un poco hacia atrás y yo recojo mis piernas con flexibilidad para poder girarme por completo.

Aquí voy.

Al voltearme, veo que Arlet primero mira mi rostro, sonriendo. Sus pechos oscilan dentro del sujetador. Y apenas quiero poner mis manos sobre mi bulto cuando noto que ella desvía sus ojos verdes hacia mi entrepierna, haciendo un gesto de sorpresa, quedando boquiabierta.

—¡Oh, no! —grito, cuando veo algo que me aterroriza.

No entiendo cómo ha pasado, pero mi enorme verga ha salido parada por el hueco de mi bóxer, y en este preciso momento está palpitando sobre la parte frontal a escasos centímetros de la vulva de mi madrastra, cuya braguita permanece clavada entre la división de sus labios vaginales.

—¡Por Dios, Alan...! —exclama.

Mi glándula babea, las venas brotan en mi tronco, y cuando menos acuerdo, las manos de Arlet se cierran sobre mi verga y sé que esto no debería de estar sucediendo.

—Arlet... —le digo, muerto de vergüenza, y una extraña calentura que hace que de mi uretra escape otro hilo de preseminal, mojando los dedos de la mujer de mi padre.

¿Y ahora qué mierdas va a pasar?

CAPÍTULO 4

Con mi madrastra en la piscina Segunda Parte

I

No entiendo la razón, pero Arlet tiene mi verga en su mano, y algunas gotitas de líquidos pre seminales han manchado su dorso y un poco sus dedos.

—¡Joder, Arlet! —me estremezco, terriblemente avergonzado.

Y yo espero en un segundo su reacción. ¿Qué pasa? ¿Me quiere arrancar el pito por la rabia e indignación de saber que me he puesto duro por ella? ¿O qué carajos hace con su mano apretando el tronco de mi verga? Que, si cabe decirlo, se ha puesto tan dura como una piedra y más caliente que antes.

¡Es un morbazo este momento! Apenas han pasado algunos segundos pero yo siento una eternidad.

La escena es de lo más escandalosa: estoy tumbado bocarriba en un camastro, sin camisa, sólo con el bóxer puesto, y con mi pene erecto que ha escapado por el hueco de mi prenda interior siendo asfixiado por una de las manos de la novia de mi padre, que lo aprieta fuerte.

No sé en qué momento mi pene tiembla sobre la mano de mi madrastra, y ésta reacciona, abre los ojos como platos y me observa.

—Por Dios, Alan —dice Arlet, nerviosa, soltando mi verga de pronto, sin razón, sin explicación, sin reclamarme nada por obsceno y pervertido, y sin darme una respuesta del por qué la agarró—, apunta a otro lado esa cosota, que vas a picarle un ojo a alguien.

Cuando dice “cosota” noto cierta guarrería en su tono de voz. Su gesto, de pronto, es sucio. Sus ojos claros pestañean, brillan y echan fuego.

Su comentario luce natural, como si quisiese quitar hierro al asunto, pero lo que ha pasado ha sido incómodo para ambos. Para mí, además, ha sido bochornoso y excitante. Así que debo responder igual que ella, como si nada pasara, de forma natural, como si no me hubiera agarrado la tranca. Pero antes de decir ni pío, como puedo, me meto el miembro en mi bóxer, echándome hacia adelante y posicionando mis manos sobre mi regazo, cubriendo la tienda de campaña.

Me cuesta mantener mi aparato dentro, y me da vergüenza que mi madrastra lo perciba.

¿Qué me ha dicho ella? ¿Qué con mi verga le picaré un ojo a alguien?

—No tendrás tanta suerte, mami —le digo riéndome también. Una risa nerviosa, calculadora, serena.

—¡Ah, mira qué engrandecido! Si el privilegio lo tendrías tú —me cuca.

Noto su respiración densa. Sus senos se estremecen en su pecho. Hay gotitas de sudor secretando y resbalándose por su canalillo. Suspiro. Estoy nervioso y caliente. Bonita combinación.

—El privilegio siempre lo tiene quien disfruta más —le aclaro, empujando otra sonrisa—. Y, por lo que me han dicho las chicas que han pasado por él, ninguna se ha quejado.

Arlet enarca las cejas. Se nota acalorada. Calcula cada palabra. Analiza qué responderme. Se pone de pie, y yo recojo mis piernas. Al parecer mi madrastra ha abortado la idea de ponerme protector en el pecho. Y aunque habría querido que continuara, se lo agradezco. Esto ha llevado a un punto de no retorno que pudo salir mal.

—Porque no has tenido una mujer como yo —me desafía.

De pie, hace estiramientos con su cuerpo, como si estuviese calentando para nadar y vibran sus nalgotas por detrás. Luego hace un movimiento suave con su pelo, echándoselo a la espalda, que provoca que sus bien formadas tetas broten y se balanceen dentro del sostén.

La gotas de su cuerpo continúan secretando. Y mi pene se endurece más. No puedo controlarlo. Palpita debajo de mi ajustado bóxer. Me lastima. Estoy muy empalmado.

—Tú no lo sabes —fanfarroneo dándole a entender que mi verga es muy cotizada por las chicas de mi pueblo.

Y no es mentira. Sobre todo mi hermosa Rosita, mi novia inocente que un día fue de lo más inexperta.

Además, Arlet misma no sólo ha visto mi aparato, sino que, inexplicablemente (y no entiendo aun la razón) lo ha agarrado con fuerza por el tronco, durante algunos segundos, y se ha manchado la mano con mis pre seminales.

—¿De veras? —me desafía, agitando el culazo que tiembla en cada meneo—. ¿Me estás diciendo que sí has tenido a una mujer como yo?

En mi puta vida he tenido una mujer como ella, así de buena, de hermosa, de... seductora, claro que tiene razón en sus suposiciones. Pero no voy a alimentar su ego ni a humillarme reconociéndolo. Por eso le digo:

—¿Y tú qué sabes?

En realidad no es una respuesta concreta, pero deja entrever muchas interpretaciones.

—¿Ah, sí? —se sonríe, alzada, sabiéndose buenorra, segura de sí misma—. Vamos a ver, Alan, entonces.

No entiendo bien qué quiere decir con el “vamos a ver” pero me pongo nervioso ante la expectativa.

Arlet se acerca a la tumbona donde sigo sentado, cubriendo mi erección con mis manos. Para mi asombro, todavía con el sujetador puesto, mi madrastra se agarra sus melones con ambas manos y los bambolea muy cerca de mí, flexionándose para que sus pechos se desparramen muy cerquita de mi cara.

Y yo me pongo como una moto y la sangre me sube a las mejillas. ¿Qué mierdas cree que está haciendo? Si mi papá la viera...

—Míralas bien, Alan —me las sigue enseñando, apretándoselas con los dedos, aplastándolas una con la otra, levantándolas, haciéndolas más gordas y apetecibles.

Y yo veo cómo la tela se estira, cómo, de alguna manera, sus pezones se marcan cautelosos. Los bordes de las copas se mueven, desnudando un poco más de lo debido. Se las amasa con una guarrería pornográfica que me deja a cuadros.

Es mirarlas con más atención y advertir que los extremos movimientos de sus manos sobre los melones provocan que los bordes de las copas resbalen un poco y se desnuden las orillas oscuras de sus areolas.

Me atraganto. Se me escapa el aire por la boca. Las mejillas se me ponen calientes. Y las orillas de sus areolas se quedan grabadas en mi memoria eternamente.

—¿Entonces qué opinas, Alan? —me pregunta Arlet, sacándome de mi ensoñación.

—¿Eh? Bue...n...o —tartamudeo, suspirando fuerte y cubriéndome el bulto con mayor empeño—, de tetas creo que no. Tú ganas en eso, claro... No recuerdo haber tenido nunca a una tetona como tú.

Me venzo en ese punto. Al César lo que es del César. Arlet tienes chichis muy bonitas cuyas

formas hace imposible que yo haya tenido a unas parecidas ni siquiera para verlas. Cuando menos para tocarlas.

La novia de papá se incorpora totalmente, tras mi primera derrota. Hace un gesto de victoria y de envanecimiento que no me gusta, por eso la hago enojar:

—Aunque claro, las mujeres que se ponen implantes pueden tener las tetas tan grandes como lo quieran. Pero eso no vale. Mis estándares siempre han sido naturales.

Mi madrastra deja de sonreír de pronto. Suelta sus tetas y estas caen pesadas sobre su pecho, balanceándose. Los elásticos de su sostén penden con fuerza y cuánto agradecería yo si se rompieran.

—¿Y a ti quién te dijo que yo tengo implantes en mis pechos, Alan? ¿Eh?

Ha picado. La buenona ha picado.

Sonrío, trago saliva y respondo:

—Bueno, no estoy seguro de que sean implantes, pero por el tamaño y forma redonda de tus senos, cabe la posibilidad de que alguna vez te las hayas operado.

Arlet enarca una ceja. Está encabronada, pero me desafía.

—Pues no, querido. Mis pechos son naturales.

—Eso dices tú —vuelvo a picarla.

—¿No me crees? —me reta, acercándose su voluptuosa figura de nuevo.

—Yo puedo decirte que tengo el pito de 30 centímetros —le digo, valiéndome un carajo si soy muy directo o no—, pero no me lo creerías hasta que te lo enseñara.

Arlet se relame los labios. Sé que este jueguito está llegando demasiado lejos.

—Lo tienes grande, Alan, pero no son 30 centímetros —me dice.

Y me da un morbazo que traiga a tema el hecho de que me ha visto y agarrado mi verga. Que la ha evaluado y ahora es capaz de tantear su tamaño. Aunque quisiera saber si lo ha agarrado por instinto, para burlarse de mí... o simplemente porque es una guarra que se calentó con el hecho de agarrarle el pene al hijo de su marido.

—Son 30 centímetros —bromeo.

—Entre 21 y 22 centímetros tal vez —dice, y casi se me figura que vuelve a morderse el labio inferior—. 30 imposible. Si no eres Rasputín.

Me río.

—Ya lo agarraste —le recuerdo, y me vibra mi pene de solo acordarme y decírselo a la cara —, ¿te pareció pequeño?

Arlet se queda callada. Su mirada es astuta, inteligente, colmada de arrogancia. Es una mujer también muy directa. Y eso me gusta. En cierto modo me intimida.

—Resulta que no estamos hablando de tu cosa —se zafa para no admitir que me la agarró—, sino de mis pechos.

—Y yo te estoy diciendo que para corroborar si son o no operadas, pues... uno necesita verlas.

Arlet de pronto se caga a carcajadas.

—Mira qué listillo eres, Alan, ¿eh? ¿Qué dijiste? “Persuadiré a mi nueva mami para que me enseñe las tetas gratis”, pues no, nene, de ninguna manera.

—¿Gratis no? ¿Pagando sí?

Arlet me avienta un cacahuete que agarra de la mesa inmediata, y lo estampa en mi cabeza.

—¡Auch!

—Mira si serás listillo, ¿eh?

Podría estar molesta por mi vulgar comentario, pero más bien sonrío. Ella es cabrona, lo sé. Le gusta la chinga.

—En ese caso, Arlet —continúo con mis tácticas de persuasión—, mientras no corrobore que no tienes ninguna cicatriz creo que no te creeré que tus pechos son naturales.

II

Mi madrastra abre la boca y se mete un cacahuete que recibe con la punta de la lengua de fuera. Se me antoja seductora. Me está provocando. Aunque también podrían ser alucinaciones mías.

—Ese será tu problema, nene, no el mío. Yo no me voy a desnudar frente a ti, cabroncito, ¿eh? Que lo estás queriendo, enfermo.

Evalúo su respuesta. Intento descubrir si sus palabras son conminatorias o sólo parte de la vacilación. Hasta hace una hora estaba pensando que Arlet estaba haciendo todo porque mi padre me corriera de esta casa. Ahora... hasta la verga me ha empuñado.

—Ja, Ja —me burlo, cuando me siento descubierto—, bájale a tu ego, “mamacita” ¿de veras piensas que yo podría fijarme de otra manera en la novia de papá? Alucinas.

—De no ser por... ese bulto que tienes entre tus piernas, Alan, te creería. Pero veo que mi presencia te perturba.

¡No jodas! ¿Cómo sabe que continúo con mi bulto? ¿Me ha estado morboseando, acaso? Vaya mujercita.

—Ni siquiera he tenido una erección —intento ahogar su orgullo de mujer, cubriéndome el paquete para que no lo vea—, lo de hace rato fue... una reacción natural por el tacto... he estado, tú sabes, ¿no?... en abstinencia... Y además hace mucho calor, pero ahora estoy... bien.

—¿Y ese bulto? —se burla de nuevo.

¡Me lo está viendo, mierda! ¿Por qué me lo está viendo?

—Está flácido, Arlet. Este bulto —quito mis manos para que lo vea, después me lo agarro y, así oculto por mi bóxer, se lo enseño—, es natural, y está en reposo, lo que pasa... es que así es de largo.

—Ajá... —murmura.

Mi verga palpita cuando noto los ojos audaces y coquetos de la mujer de papá mirándome la entrepierna. No sé si con deseo o con burla. De cualquier modo me mosqueo. Me pregunto qué significará que saque la lengua de su boca y la pase por su labio superior, humedeciéndolo, como si tuviera hambre.

¿Hambre de verga? No lo creo. Sólo me está vacilando.

—Te lo juro —intento convencerla—. No está duro.

—A saber —se ríe.

Y entonces se me ocurre un atrevimiento más, que si cuando se lo diga no hace un escándalo, quiere decir que “Arlet es de esas”...

—Podrías comprobarlo tú misma —le digo entre nervioso y atrevido—, para que te convenzas de que no está duro.

Arlet mira de nuevo mi bulto y se echa a reír. Cuando se carcajea tiemblan sus tetas sobre su pecho eróticamente. Yo me cubro de nuevo, cuando mi carpa de circo se empieza a levantar.

—Mira si serás un cabroncito, Alan. Ahora eres tú el que te quieres desnudar para que yo te vea tu pene. Si serás pervertido.

—No, no, nada de eso, Arlet. Puedes comprobar que no estoy duro sin que te lo enseñe, de la misma manera que yo podría comprobar que esos pechos de globos que tienes no son implantes.

—¿Pechos de globos? —se echa a reír.

Se los agarra de nuevo, los levanta y se para de puntillas haciendo como que flota.

—¡Mis tetas son globos y me llevan, Alan, ayudaaaa!

Me rompo a carcajadas como estúpido. Con esta mujer es fácil conversar. Le gusta la carrilla. Me empieza a gustar.

—Pero dime, Alan, “hijo” ¿Cómo se comprueba que un pene no está duro sin mirarlo?

Dudo si mamarme o mejor quedarme callado. Pero como soy un cabrón, me mamo:

—Pues tocando.

—¿Qué? —Arlet hace un gesto de asombro, luego se ríe nerviosa.

¿Continúo? ¿Insisto? ¿O ya mejor cambio de tema? No, mejor continúo, ¿qué podría pasar? Pues que ella se siga negando.

—Sí, Arlet. Desde el respeto, te invito a que vengas y me agarres la verga. De cualquier modo ya lo hiciste antes.

Arlet rompe en carcajadas, pero yo no cedo.

—Luego, tú me dejas a mí tocar tus bubis. Así al tacto notarás si estoy excitado y yo comprobaré si tienes implantes o tus pechos son naturales.

—¡Mira que listo me salió el niño!

Arlet sigue burlándose.

Se da una vuelta y veo de nuevo aparecer sus nalgotas balanceándose.

—O te las puedo morder —apuesto más alto, para la sorpresa de mi madrastra—. Te las muerdo, si se rompe el globo que te pusieron debajo, entonces es que yo tenía razón, pero si en lugar de romperse tus globos se ponen morados, es que son reales.

Cuando veo que Arlet deja de reírse y me mira con severidad, entiendo que debo de acabar con mis mierdas. Me estoy pasando de la raya. Sé que hay límites, mucho más cuando se trata de la mujer de tu padre:

—¡Cambia esa cara, mami, que estoy bromeando! —le digo, poniéndome rojo de la vergüenza.

—Ya me lo parecía, ¿eh? —parece como aliviada, pero veo que echa sus ojos fugaces a mi entrepierna, que yo ya estoy cubriendo de nuevo.

Trato de averiguar si su seriedad se debe a que le ha molestado de verdad mi comentario, o sólo trata de asustarme. Pero cuando pretendo disculparme, Arlet me dice:

—¿Te imaginas, Alan? Tú me muerdes las tetas, los globos se rompen y salgo volando hasta la luna.

Me carcajeo, aliviado. Así que sigue jugando. Pues continuemos.

—Bueno, pero ahora sigue el culo, ¿eh, Arlet? Creo que de culo si he tenido más culonas que tú.

Ella deja de reír, se muerde de nuevo el labio inferior y me dice:

—¿De veras? Vamos a ver, Alan, ¿qué me dices de esto?

Arlet es impredecible, pero esto sí que lo veo venir. Se voltea, y para mi sorpresa se flexiona hacia delante, apoyando sus manos sobre la mesa. Saca el culo y empieza a mover las nalgas de un lado a otro.

¡Madre mía!

Imagino lo que será mi verga siendo golpeada por las nalgas de la novia de papá y se me hinchán los huevos. También me sabe mal pensar así de la mujer de mi padre, pero es que ella... es tan... explosiva que ¡uf!

—¿Y bien, Alan? ¿Te parece que también son implantes? Ven, nene, acércate para que las

veas bien. Pero tú me tocas un pelo, y yo te corto los huevos.

Vaya amenaza. Pero la verdad es que valdría la pena quedar castrado si la excusa fuera frotar ese culazo. Mientras tanto, estoy atragantado, viendo cómo sus nalgas abombadas flotan frente a mí, mientras su braguita ceñida, de la parte de atrás, se entierra entre sus dos glúteos morenos.

Son dos señoras nalgas que dan ganas de apretarlas, darle un par de cachetazos, meter tu cara entre las dos y dejar que ella se siente sobre ti.

—Ufff —es lo único que puedo decir.

Me siento acalorado.

Arlet no se mide y de pronto las bambolea, como una brasileña que baila en bikini en pleno carnaval. Las sacude, así, en pompa, de modo que mi cabeza empieza a subir y bajar, al ritmo de su culazo.

Me levanto por instinto, y casi me dan ganas de acercarme a ella y estamparle varios cachetazos en sus dos nalgas, hasta dejarlas rojas.

Pero valoro mis huevos y me quedo quieto.

Arlet se incorpora de nuevo, tras su exhibición de culo, y de inmediato vuelve a clavar los ojos en mi entrepierna.

Cuando me doy cuenta veo que tengo mi verga nuevamente dura, sobresaliendo dentro de mi bóxer, totalmente como una tienda de campaña.

¡Mierda! Ahora sí es imposible negarle que me haya puesto duro por verle tremendo culazo.

Encima, así de pie, se nota más.

—Yo... perdón... Arlet... perdón —me cubro con mis manos.

Ella vuelve sus ojos a los míos. Una distancia de dos metros nos separa, pero noto la adrenalina y electricidad que ambos emanamos de nuestros cuerpos.

—No tienes por qué disculparte, cariño, después de todo eres hombre, joven, y es normal que tus hormonas alborotadas reaccionen ante una estimulación visual... femenina.

¡Puta vergüenza!

—Sí, caramba, pero es que me da corte que me veas así... no es mi intención. Seguro te sientes ofendida.

Arlet sonrío, se vuelve a relamer los labios.

—Más bien halagada, diría yo. A mi edad, que un chico tan guapo como tú, tenga... una erección, viéndome, me hace subir el autoestima.

Me tumbo en el camastro, y arrastro mis piernas, cruzándolas. Necesito ocultar mi bulto de nuevo.

—¿De tu edad? Vamos, Arlet, que me vas a decir que no sabes lo que provocas... a no sólo chicos de mi edad, estoy seguro que a cualquiera. Te juro que si un anciano de 90 te mira así, se muere de un infarto. A decir verdad, eres una mujer muy... guapa y... provocativa.

Arlet se acerca a la otra tumbona que está a mi lado y me sonrío. Estamos mirándonos de frente, más cerca que antes.

—¡Eres un cielo, nene! Te reitero que para mí es importante que me halagues. Tus palabras me hacen bien. Me siento... vital.

—Me alegra si te hago sentir así, pero es que tú estás hermosísima y con un cuerpazo que ya quisiera una chica de 17.

—Ya, ya, exagerado —se ríe, y noto que por primera vez se le tiñen las mejillas de pena—. Mejor, ven, Alan, vamos al agua. Porque seguro sabes nadar, ¿verdad?

—Obvio que sí sé nadar —respondo riendo, pensando que dentro del agua al menos mi bulto

estará protegido de sus vistas—, a ti ni te pregunto, Arlet, que con esas nalgas y esos pechos, si no sabes nadar, al menos flotas.

¿Lo dije o lo pensé? ¡Joder, lo dije, y en voz alta!

—Perdona, Arlet, que me estoy pasando —me disculpo, rojo de la vergüenza.

Mi madrastra está que se rompe de risa. Lejos de que mi comentario la ofendiera, le ha hecho gracia. Menos mal.

—Deja de disculparte por todo lo que haces, cariño. Ven, Alan, vamos al agua.

III

Arlet se echa un clavado como una campeona olímpica. Me acerco a la piscina y veo cómo la buenorra de mi madrastra nada con tremenda ligereza,

La natación es una buena herramienta para hacer ejercicio y cuidar tu cuerpo, ya que implica trabajar todos tus músculos. Y ella lo hace espectacular. Con razón tiene semejante cuerpazo, la cabrona.

La novia de papá se hunde, y vuelve a flotar. De pronto veo sus nalgas flotando mientras su cabeza está sumergida. Y me vuelvo a empalmar.

—Ahí voy yo —le anuncio.

No me quedo atrás y hago lo posible por impresionarla, echándome un buen clavado. Claro que no tengo la misma capacidad que ella, por eso mi clavado no es tan limpio.

Me sumerjo en el agua por varios segundos y luego vuelvo a emerger. Arlet está del otro lado de la piscina, donde está la hielera con cervezas. Aabierto dos, y ella de un trago se toma casi la mitad. Me acerco a ella nadando.

Su pelo mojado, pegado a su cuello y su espalda es tremendamente excitante.

—Pero Arlet, ¿no quedamos en que te pondría protector solar? Los rayos están muy fuertes.

Arlet mira al cielo despejado, entrecerrando los ojos y frunciendo el entrecejo.

—Cierto —coincide—, nademos y bebamos un rato, luego me salgo y me pones, que me da pereza salirme de aquí con lo rica que está el agua.

—Con lo rica que estás tú —murmuro entre dientes.

—¿Qué dices?

—Nada... nada...

Arlet abre mi botella con una cuchara que está en borde de la piscina. Me la entrega y ella se abre la otra, pues en un segundo trago se bebe la que es su segunda cerveza.

—Brindemos —le digo, cuando ella abre su tercera cerveza—, por nuestra nueva relación filial entre madrastra e hijastro.

Arlet sonrío, chocamos nuestras copas y decimos “salud”.

Yo sólo le doy pequeños tragos. En realidad prefiero el tequila preparado. Arlet, por lo que parece, tiene bastante sed, pues se toma la mitad de la cerveza con un solo trago. Se da un chapuzón y vuelve a emerger, tomándose el resto de la botella.

—Uta, tenías sed, ¿eh, madrastra?

—Calla, criticón, mejor sácame otra cerveza. Ya voy por la cuarta. Igual no están tan grandes. Ah, y no me digas madrastra, que me siento una mujer mala.

—Y tú de mala no tienes nada —le digo, entregándole su cuarta cerveza—, más bien estás bien buena.

—Grosero —se echa a reír cuando destapa la botella y da otro largo trago—. Aunque me ponga ebria, cariño, te apuesto a que yo nado más rápido que tú.

—Ni siquiera lo pienses —me rehúso.

—¿Apostamos?

—Va —acepto—. ¿Qué se quite una prenda el que pierda?

Arlet me mira con un gesto guarrón que indica avidez, pero, (quiero pensar que para mostrarse respetable) simula sorpresa:

—Me parece injusto, Alan, tú sólo tienes una prenda para perder, y yo dos; el sostén y la braguita. Tú sólo el bóxer.

—Bueno —reflexiono en tono de broma—, lo mismo me pongo un calcetín, y ya ambos tenemos las mismas prendas para quitarnos.

Arlet se echa a reír. Y yo no entiendo por qué estoy haciendo esto. Sé que es inapropiado proponerle a la novia de papá este tipo de acuerdos. Es vulgar y bastante escandaloso. Para empezar, ella es mayor que yo, una autentica milf, sin pasar por alto que apenas la conozco tal cual. Y encima (lo peor del caso) es que ella no es cualquier mujer, sino que es la mujer de mi padre.

No... definitivamente esto no está bien.

El problema es que me gana el morbo, y no puedo controlarme. Menos mal estamos en el agua, o ella ya habría notado mi nueva erección.

—Muy listito, ¿no? Pero mira, Alan, te acepto el trato sólo porque sé que vas a perder.

Que ni lo sueñe la mamacita esta si cree que me dejaré perder. Esta oportunidad de oro para verle sus enormes tetas no la dejaría pasar ni aunque me cortaran los brazos durante la natación.

—Va —acepto con seguridad—, tú cuentas en cuanto estés lista, Arlet. El primero que llegue al otro extremo gana, y el que pierda, se quita una prenda.

Ella lo sopesa, mordiendo de nuevo su labio inferior

—¿Te pondrás el calcetín? —rompe a reír y yo no sé qué decirle—. No pongas esa cara, tontito, que de todos modos te voy a ganar. Está bien, aunque sea una competencia injusta, que así sea. Yo con dos prendas, y tú con una.

—Vale, vale.

—¡A la cuenta de tres! —comienza, justo cuando nos ponemos en posiciones—. ¡Uno! ¡Dos! ¡Treeees!

Me sumerjo en cuanto termina de contar. Siento que debajo del agua nadaré más aprisa. Estiro mis músculos, pataleando y manoteando con tanta fuerza, que sé que es posible que mañana amanezca aporreado. Pero no me importa. Todo sea por verle las tetas a mi madrastra. Porque, desde luego, seré listo y le pediré que se quite el sostén, ya que sin las bragas no veré nada en tanto estemos en el agua. Con sus tetas, al menos por entre la transparencia del agua, tendré más suerte.

Cuando emergo de la piscina, me llevo la terrible sorpresa de que Arlet ya ha llegado.

—¡MIERDA! —grito, tremendamente decepcionado.

Arlet me mira con suficiencia, frunciendo esos labios gruesos que deben de ser una delicia besando la punta de un pito.

—¡Eres una tramposa! —le reclamo.

—Uy —se burla de mí—, me parece que alguien no sabe perder.

—¿Cómo has podido llegar antes que yo?

—No lo sé, cariño, a lo mejor... ¿nadando?

Arlet se ríe y yo me maldigo por haber fracasado en mi intención de verle las tetas.

—Muy graciosa —hago una mueca.

—Ni modo, nene, apuestas son apuestas y tú has perdido. Anda, sácate el bóxer, que lo quiero en mi mano.

—¡Mierda! —vuelvo a vociferar.

—Deja de renegar, nene, que de todos modos no podré mirarte los genitales debajo del agua, si es lo que te preocupa. Y aunque lo hiciera, no será algo que no hubiera visto antes, ¿no crees?

Mi madrastra me guiña un ojo cuando hace referencia a que ya me vio el pene (incluso me lo agarró), y yo me pongo rojo de vergüenza.

—Bueno, los huevos aún no me los vistes —digo con total obscenidad, y ella rompe a carcajadas, como era de esperarse.

Otra en su lugar, en vez de verme los huevos, ya los habría roto de un puntapié.

—No creo que me pierda de mucho —me pica.

—Pues te diré que son tan grandes de acuerdo a las longitudes de mi miembro... que por cierto ya has visto.

Arlet lo sopesa, y no logro interpretar su gesto.

—En fin, Alan. A lo que te truje: tu bóxer aquí.

Arlet estira sus manos y a mí no me queda de otra que quitármelos y ponérselos en sus manos.

Ella los mira, todos mojados, y como trofeo de su victoria, se los lleva, nadando, hasta el otro lado, donde iniciamos la competencia.

Y yo me quedo aquí parado como pendejo: “Y ahora te quedas sin calzones y sin ver tetas, imbécil” me reclamo.

—Ya, Alan, querido —me grita Arlet desde el otro lado—. Quitá esa amargura, hombre, que te saldrán canas. Mira, para que veas que soy justa, a diferencia de ti, yo también me quitaré mis braguitas.

—¿Cómo...? —me cago del gusto, al tiempo que mi verga desnuda me palpita debajo del agua—, ¿Qué te vas a quitar tus...?

Antes de que termine mi planteamiento, Arlet hurga debajo de ella, y un par de segundos después, levanta con su mano libre la prenda inferior de su bikini, ¡o sea que se ha quedado con el coño desnudo!

¡MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA!

MI MADRASTRA ESTÁ CON EL COÑO Y EL CULO LIBRE DEBAJO DEL AGUA.

Verla jugar con mis bóxer en una mano y sus braguitas en la otra me ponen como una moto. ¿Tendrá su puchita depilada? ¿Sus labios vaginales serán tan gruesos como su boca? ¿Cómo se mirará de cerca su ano? ¡Joder! ¡Mierda!

Sintiéndome cachondísimo apenas estoy reflexionando sobre todo lo que está pasando cuando de pronto un grito de Arlet me alerta.

—¿Arlet?

—¡Siento un calambre! ¡Ay, ay! ¡Alan! ¡Alan! ¡Ayúdame!

Mi madrastra echa sus braguitas y mi bóxer en el borde de la piscina, mientras yo empiezo a nadar hacia ella.

—¡Mierda! ¡Aguanta, Arlet, ya voy!

—¡Alaaaaan! ¡Ay! —chapotea en el agua.

Nado lo más rápido que puedo. Arlet grita y se estremece en la orilla de la piscina, junto a las escaleras de acero por las que, al parecer, pretende salir, sin éxito.

—¡Estira los músculos, Arlet!

—¡Ay! ¡Ay!

—¡Aguanta!

—Alaaaaan —jadea—, ¡ponte detrás de mí, y abrázame fuerte, a la altura de la cintura... para estirar mis músculos!

—¡¡Ya... voy... voy!! —le digo asustado,

Al fin llego junto a ella, y aunque parece más tranquila, tiene un gesto fatal. Por eso, hago lo que me dice, y me pongo detrás de sí.

Apenas me doy cuenta que ambos estamos desnudos de la parte de abajo. Me preocupa rozarle el culo con mi pene, por eso hago un esfuerzo magnánimo por estirar mis brazos y rodearla sin que mi entrepierna la roce.

El problema es que está demasiado culona y sé que en cualquier momento, tras cualquier movimiento, nos vamos a rozar...

—¡Oh! —jadea cuando la rodeo con mis brazos, haciendo un estiramiento—, apriétame más fuerte, Alan... por favor —implora.

Apretarla más fuerte implicaría acércame más a ella. Y que mi verga se aplaste con su culo.

—Pero Arlet, toma en cuenta que sí...

—¡Vamos... apriétame de la cintura más fuerteee!

Su piel es tan suave. Tan dura y tan trabajada... ¡joder! Que es imposible no excitarse.

Jadeando, y con mi corazón a mil, cierro mis brazos más fuerte en su cintura, apoyando mis manos en su vientre, y esto produce que la atraiga hacia mí y que, como temía, mi verga (repentinamente despierta) se restriegue sobre uno de sus glúteos.

—¡Ougggfff! —lanza Arlet tremendo gemido en cuanto me la siente.

Es un gemido que más que de dolor me parece erótico.

—Oh —murmuro yo, agitado.

El contacto de mi miembro con su dura y abultada nalga derecha me provoca efectos contraproducentes, endureciéndose contra mi voluntad.

¡No me puedo creer que esté pasando esto!

—¡Más fuerteee! —dice ella, sin importarle que la esté frotando con mi falo.

Y yo no sé qué hacer. No puedo apretarla más, porque hacerlo implicaría un contacto mayor de mi miembro con su glúteo. Pero de pronto siento como si Arlet echara su gordote culo hacia mi entrepierna. Y yo intento retroceder, para no tocarla tanto, pero ella me lo restriega con insistencia, como si en verdad quisiera restregarse contra mis genitales. Y como es de esperarse, mi verga se me pone más tesa que antes.

Y Arlet vuelve a gemir cuando la siente más dura:

—¡Haaaah!

—¡Ufff!

—¡Más...! —me dice, empleando un tono de voz agudo y procaz—. ¡Va...mos... Alan... más!

No sé a qué se refiere con “más”, pero la aprieto fuerte contra mí, y ella vuelve a remover sus enormes nalgas sobre mi verga, que se dobla sobre sus glúteos, serpenteando, restregándose con más vulgaridad.

—¡Joder... Arlet...!

Y mi madrastra sigue moviéndose en círculos, aplastándome la polla. Y gime, vaya que gime, pero no me parece que tales gemidos sean de dolor. Ya no. Gime como si... ¡como si se la estuviera metiendo en su encharcada vagina!

—¡Ouhgg... sí... Alan! ¡Haaaah! ¡Síiii!

—¿Así...Arlet? ¿Así?

—¡Así... qué rico... qué ricooo!

Y yo no entiendo qué es lo que estamos haciendo con estos movimientos de apareamiento. Sus gemidos ya no tienen ningún matiz de tormento. Más bien son eróticos... obscenos. ¡Y mi

erección ya está tan dura y caliente que podría traspasar su culo en cualquier momento!

—¡Hooouhhfff! —jadea, echando su cabeza hacia atrás, de modo que su pelo se pega en mi pecho, y yo me pregunto si es así como gime ella cuando se la están follando, cuando la tienen a cuatro patas y una verga tiesa la acomete.

Cuando menos acuerdo, mis caderas también se menean detrás de ella, y mi abrazo en su abdomen comienza a cambiar de ritmo, subiendo un poco, como si quisieran encontrarse con sus candentes tetas.

—¡Huumm, sí! ¡Sí! ¡Sí, ALAAAN!

Me queda claro que Arlet ya no tiene ningún calambre, y por su reacción me pregunto si alguna vez lo tuvo.

Me echa nuevamente las nalgas hacia atrás y mi verga se pierde entre la línea que divide un glúteo del otro. Y mi falo trata de hundirse entre sus dos nalgotas.

—¡Aaah! ¡Ouuuuf! —gime, removiéndose en las aguas.

Ella sigue agarrada de la escalera de acero, y entre más se aferra a ellas, más saca y echa sus nalgas para atrás, aplastándome mi falo.

—Ohhh, Arlet...

—¡Huuuum! ¡Haaahhmmm!

—Ufff.

—¡Ouuuuhhhmmm! ¡Alaaan!

Siento cómo sus nalgas se van abriendo delante de mi verga, como dos grandes masas de carne que me invitaran a entrar a una gruta repleta de magma.

Yo estoy detrás de mi madrastra y hago movimientos oscilatorios contra su culo, mientras que ella lo remueve como si tuviera mi herramienta clavada dentro de su útero.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Ahhh!

Pero entonces, cuando intento llegar a sus tetas, sacarle el sostén y que sus pezones se hundan en las palmas de mis manos; cuando parece que ya no hay manera de retroceder, la voz de mi padre nos saca de nuestra ensoñación, cuando exclama:

—¿Qué está pasando aquí?!

CAPÍTULO 5

Los gemidos de mi madrastra

I

¡No puedo creer que yo tenga mi verga casi incrustada entre las nalgas de Arlet, mientras ella se pega duro contra mi pelvis y mi padre está muy cerca de nosotros, con un gesto de singular desconcierto!

—¿Pero... qué carajos está pas...? —papá, desorientado, intenta hablar, pues no sabe lo que ocurre.

Él está a la mitad del camino del patio. Ni Arlet ni yo le oímos llegar. En realidad no lo esperábamos.

¡Mierda! ¡Mierda!

Me quedo petrificado. Helado. Descompuesto. Y aun así, mi pene está durísimo entre las nalgas de mi madrastra. Mi padre camina lentamente hasta nosotros y sus ojos lucen crispados. Parecen pelotas de golf.

Pero entonces Arlet, que al parecer es muy lista y astuta, empieza a gritar:

—¡Un calambre...! ¡Federicoooo! ¡Ve por alcohol! ¡Tengo un calambree!

Yo continúo acobardado. Frío. Mi padre reacciona abriendo los ojos más que antes, mortificado. Se detiene al filo de la piscina y mira hacia el agua, con horror. Yo estoy más asustado que él. Siento que mis piernas se congelan.

—¿Un calambr...? —intenta decir papá, sin completar la palabra.

—¡Vamos! ¡Vamoooo! —insiste Arlet, sacudiéndose en el agua, provocando que sus nalgas froten mi falo tieso y desnudo debajo del agua—. ¡Alan me está ayudando, para estirar mis músculoos!

—¡Mierda! —exclama papá, que por el asombro empieza a moverse de un lado a otro, sin decidir qué hacer.

“¡Que no se dé cuenta! ¡Que no se dé cuenta! ¡Que no se dé cuentaaaaa!”

—¡Está en el botiquín del baño de nuestro cuarto, ve pronto, Federicoooo! —lo urge Arlet, cuya intensión es alejar a su marido de la “escena del crimen.”

¿Y si papá pone atención y descubre que su novia y yo estamos desnudos de la parte de abajo en el agua? ¡Mierda! No lo quiero ni pensar.

Ruego a todos los santos para que mi padre no mire el bordillo de la alberca, donde están mi bóxer y las braguitas de Arlet, mojados y hechos bola.

—¡Bien, bien... voy por el alcohol...! —anuncia papá finalmente.

Se le mira pálido y contrariado. Se da la media vuelta y corre casa adentro rumbo al alcohol.

Mientras tanto, yo continúo sintiendo la piel de las bultosas nalgas de mi madrastra en mi polla y mis muslos, que son suaves, aunque las carnes se sienten muy firmes. Y a medida que ella se agita en las aguas, mi pene se restriega contra su culo y de vez en cuando se hunde entre sus dos

glúteos.

—¡Se ha ido... joder... se ha ido! —digo yo, echándome como puedo hacia atrás.

Y entonces huyo como un puto cobarde de mi madrastra, despegándome de ella. Me voy nadando al extremo opuesto de la piscina y me salgo de un salto. Así, desnudo, rodeo la alberca, sintiendo miedo y vergüenza de saber que es probable que Arlet me esté mirando las nalgas y mi verga entre erecta y flácida corriendo por ahí.

Recojo mi bóxer, me los pongo mojados. Agarro el resto de mi ropa, voy por una toalla a la tumbona y me meto a la casa. Me encuentro a papá bajando las escaleras, alarmado:

—¿Y Arlet, Alan? ¿Has dejado a Arlet en el agua con ese horrible calambre?

Miro hacia la puerta, y desde ahí logro ver que ella ya se ha salido del agua y ahora está echada en uno de los camastros.

—Ya... la ayudé a salir, papá... tu mujer está bien —le digo, y finalmente me encierro en mi habitación.

II

¿Qué mierdas ha pasado en la piscina, carajo? Arlet y yo nos hemos restregado desnudos entre las aguas. Mi cuerpo y su cuerpo se han sentido al natural. Piel con piel. Poro con poro. Prácticamente mi sable tieso se ha friccionado, acariciado y hundido sobre y entre sus potentes nalgas. Y mientras eso ocurría, ella se sacudía contra mí, ella echaba su culazo en mi entrepierna, aplastándomelo.

Y ahora Arlet, al sentir mi dureza, sabe lo que me provoca. Ahora Arlet sabe que me pongo duro con ella, aun sabiendo que es una mujer prohibida para mí.

¿Pero qué fue lo que pasó realmente? ¿De verdad la nueva novia de papá tuvo un calambre dentro del agua? ¿O será que lo ha fingido todo...? Sería... terrible pensar (y a la vez morboso) que todo hubiese sido un invento suyo para provocarme. Para intentarme seducir.

Es que no tiene sentido.

Debo de estar loco. Evidentemente ella tuvo un calambre terrible. Al menos al principio. Cuando papá llegó, ella ya se había aliviado, y esas últimas sacudidas solo fueron para ahuyentar a papá. Arlet sabe que si mi padre se hubiera dado cuenta de que ambos estábamos desnudos de la parte de abajo, se habría armado la tercera guerra mundial. ¿Cómo le habríamos podido explicar que nuestra desnudez se había debido a un juego sin malicia? Sólo para divertirnos.

Desde luego que a mí me habría desheredado (si es que no lo hizo ya) y a ella la habría mandado a la mierda.

Definitivamente todo ha sido un gran mal entendido. Lo que ha pasado entre Arlet y yo no se puede volver a repetir. Pero que puta vergüenza tenerla que ver a la cara durante la comida o la cena.

¡Literalmente me ha visto encuerado completamente!

Ahora sabe que yo soy un puto chiquillo pajillero de mierda al que se le para el pene ante cualquier provocación.

Pero ella; ella tampoco es una linda palomita pura y virginal. Tampoco yo he tenido toda la

culpa. Arlet ha tenido la desvergüenza de acercarse a mí y bambolearme sus tetas, que parecían reventar dentro de su sostén. Luego, se ha volteado y me ha enseñado sus nalgotas, sacudiéndolas a centímetros de mis pervertidos ojos.

Es cierto que yo la incité a hacerlo, que me excitó el hecho de que se mostrara tan desinhibida ante mí, pero tampoco le puse una pistola en la cabeza. Y, sobre todo, ella se pudo negar. Y no lo hizo. Ella continuó.

El problema de todo esto es que Arlet es un mujerón, y además de estar buenísima la cabrona (y ella lo sabe y se aprovecha de eso), también es hermosa, divertida, y se adapta a cualquier clase de conversación.

De todos modos me da un poco de corte pensar en mi padre, porque aunque de alguna manera él nos abandonó a mi madre y a mí por venirse con esta mujer, provocándole una terrible depresión a mamá, no es correcto que ahora mismo yo me esté masturbando en el baño por enésima vez, y que yo le esté dedicándole estas pajas a la deliciosa de su mujer, fantaseando con sus enormes tetas, su precioso culote, mientras me pregunto si su vagina está depilada o tiene vello.

—¡Jodeeeeer! —exclamo de pronto, cuando un caudal de semen inunda el interior del inodoro.

Y me da nostalgia pensar en Rosita, mi tierna y dulce novia Rosita, con su chochito cerradito, sonrosado, aguanoso, sus tetas blandas rebotando en su pecho, su boquita pequeña chupándome mi falo, y sus ojitos torcidos cada vez que la acometo, pues a ella la amo, pese a todo, con locura.

III

Me dio muchísima vergüenza tener que presentarme en la mesa a la hora de la comida. Pero me comporté como todo un machito y fui. Mi papá estaba leyendo el periódico, y ahí me dijo que había tenido que volver a casa temprano porque se había descompuesto una de las máquinas de la imprenta y se dijo que no tenía sentido permanecer allí mientras la arreglaban, pues de todos modos no podría aventajar en el trabajo.

Lamentó que al día siguiente se le acumularían los pendientes, y que era probable que no volvería a casa hasta al anochecer, por eso me ofrecí ayudarlo por la tarde de mañana, cuando volviera de la universidad. Por fortuna él aceptó encantado, y yo me sentí feliz de que al menos al día siguiente no tendré ningún tipo de contacto con Arlet.

Francamente no quiero hablarle. No quiero tener esa penosa necesidad de disculparme con ella, de deslindarme, de justificar mis calenturas. No, no quiero recordar nada, porque estoy casi seguro que de hablar con ella a solas, Arlet me abordaría el tema.

De momento heme aquí, esperando la comida, mientras papá continúa leyendo. La mesa está al lado de la cocina. Arlet está preparando un pollo horneado con salsa de mantequilla, naranja y piña. Huele delicioso. Pero lo que no es delicioso es tener que poner cara de angelito cuando prácticamente he metido mi pene en medio de sus nalgas. Y ojo cuando digo en medio de sus nalgas, no dentro, más bien parecía mi pene una salchicha y sus glúteos los dos panes del hot dog.

—Carajo, hijo, qué susto más grande te has de haber llevado —me dice papá de pronto, bajando el diario, mientras su novia (como él la llama) continúa en la cocina.

Es raro que Arlet se refiera a él como su marido, y papá a ella como su novia.

—¿Yo por qué? —le pregunto.

—El calambre, de Arlet.

—Ahhhh —recuerdo, fingiendo una cara de angustia—. No me jodas, papá, fue el peor susto de mi vida. Arlet me enseñaba... —“*Sus nalgas*”— sus... rutinas de natación... cuando... de pronto —“*Le metí mi verga entre sus masas de carne*”—, empezó a gritar y a chapotear en el agua.

—Carajo, Alan, menos mal estabas allí —dice papá meneando la cabeza—. No es la primera vez que le pasa. Ya la había enviado a rehabilitaciones antes, y aunque aparentemente ya había mejorado, otra vez le vuelve a dar otro calambre.

¿O sea que ese calambre sí pudo haber sido real? Bueno... ahora me siento un poco menos estúpido.

—Sí... papá, es una suerte que yo hubiera estado cerca de ella.

“*Y que tú hubieras llegado a tiempo, antes de que mi verga hubiera terminado ensartada en su chocho.*”

—Gracias por eso, hijo. Sé de personas que han muerto ahogadas en las piscinas tras sufrir calambres repentinos.

Ese comentario me alarmó un poco.

—Ni siquiera lo digas, papá, ni siquiera lo digas.

—Gracias de nuevo, hijo, valoro mucho tu estancia aquí. Arlet me ha dicho que tienes voluntad para ser su amigo. Y gracias, sabes lo que estoy significa para mí. La verdad es que me siento mejor.

¿Mejor? Joder. Al menos alguien se siente mejor en esta casa.

—Sí, bueno. —Me siento muy mal por estar mintiéndole a papá.

He morboseado a su mujer. Se me ha parado el sable viéndola, sintiéndola. He tenido fantasías sucias con ella. Me he masturbado por esa misma razón, corriéndome un montón de veces. Me he restregado contra su culo. He sentido cómo sus nalgas han rebotado sobre mis muslos.

¡Pffffrrrrffff!

—Muy bien, la comida está lista —oímos a Arlet, que se acerca lentamente con la bandeja con el pollo.

Arlet me sirve unas piezas en mi plato, y otras más en el de papá. Y la comida transcurre relativamente tranquila. Aunque, he notado, que ella me ha evitado la mirada todo el tiempo. Y aunque lo agradezco, a la vez me preocupa.

IV

Una vez, cuando era niño, salí a mitad de la madrugada al baño. Nuestra casa en mi antiguo hogar sólo había un baño para todos. La casa era de un solo piso, y ese baño estaba al fondo de un largo pasillo, cerca del cuarto de mis padres.

Como ya me estaba orinando, corrí al baño de prisa. Por suerte llegué a tiempo. Entones, cuando salía, oí unos breves quejidos procedentes de mamá. Al mirar a su habitación, noté que la puerta estaba entreabierta. Como era verano, solían dejarla así para que hubiera ventilación.

Me asustó un poco oír esos quejidos y me pregunté si le dolía algo. Me acerqué en silencio a la puerta, sin decir nada, y metí la cabeza en la rendija abierta de la puerta.

Lo que vi me dejó pasmado: papá estaba encima de mamá. Se distinguía su figura por la lámpara de su buró y porque las cortinas y ventanas estaban abiertas. Los quejidos de mi madre eran porque papá se la estaba cogiendo, aunque en ese tiempo no tuve idea de qué era exactamente lo que estaba pasando.

Pude distinguir el bulto de papá con su espalda y nalgas desnudas echado como un perro sobre mamá: ella, en cambio, estaba acostada bocarriba, de frente a él, con sus rodillas flexionadas, y sus piernas separadas en los laterales de mi progenitor. Sus manos estaban pegadas a la espalda de su marido, y de ese modo lo empujaba hacia ella.

Mi padre la embestía con asaltos lentos, pero fuertes. Su pelvis bajaba y subía. Mamá se contenía. Sólo se quejaba. Pero se dejaba hacer. No era una cogida espectacular, pero al fin y al cabo, era una cogida. Y yo los estaba viendo. La cama de vez en cuando crujía. El somier hacía lo suyo. Como digo, mamá contenía sus quejidos, pero a mí me asustó.

Tengo muy grabada en mi memoria la voz exigua de mamá que repetía constantemente “¡Me vengo!” “¡Me vengo!”... y yo salí corriendo rumbo a mi habitación.

Con el tiempo, cuando fui consciente de lo que había pasado, los seguí espiando. Y díganme enfermo, pero para mí ese fue el porno en directo con el que me hice mis primeras pajas; oyendo y viendo cómo mis padres fornicaban.

Esta vez es diferente; la casa donde estoy alojado no es de una sola planta, sino de dos. En lo único que se parece a mi antiguo hogar es que yo tampoco tengo un baño en mi habitación, sino que tengo que ir al que está bajo el pasillo que llevan a las escaleras del segundo piso, donde mi papá y su novia tienen su cuarto.

Entré a mear, y mientras lo hacía oí de nuevo unos quejidos que se me hicieron familiares.

Corrección. Esto no eran (más bien no son) quejidos, sino jadeos.

Me sacudí el miembro en la taza del baño, arrojando las últimas gotas, y con el pecho inflamado salí del baño y me puse a la mitad de las escaleras.

Y aquí estoy ahora, oyendo, anonadado, los jadeos femeninos originados desde la recámara principal de la casa de papá. Estos jadeos son incitantes, acompasados, como si siguieran un ritmo y cadencia.

Y acorralado por la fiebre que siento el cuerpo, empezó a subir las escaleras con los nervios de punta, aun sabiendo que es arriesgado hacer lo que estoy haciendo. Y a medida que me acerco, los gemidos se vuelven más agudos, finos y perceptibles.

Maldita suerte la mía, que al llegar al último rellano veo que la puerta está completamente cerrada. Aun así, tanta es mi calentura que me acerco lentamente. Y los constantes “¡Hah!” “¡Hah!” “¡Hah!” de Arlet se hunden en mis orejas y me encienden la sangre.

Ya mi miembro lo tengo más duro que una piedra, así que me armo de valor y pego la oreja en la puerta, desde donde escucho cómo los muelles de la cama chirrían.

—“¡Hah!” “¡Hah!” “¡Hah!” —lloriquea mi madrastra al ritmo de las sacudidas del cabezal de la cama.

—Baja la voz... —es la voz jadeante y cansada de papá—, o Alan nos oirá... Ummmm.

—¡N...o pue...do...! —brama la cachonda de mi nueva mami—. “¡Hah!” “¡Hah!” “¡Hah!”

—¡Arleeeet!

—“¡Hoh!” “¡Sí!” “¡Hah!”

Esos gemidos eróticos, tan sedosos y potentes a la vez, me ponen a tono. Entonces, sin pensarlo, me saco la polla por el hueco de mi pijama, y siento un fuerte impulso por jalármela y esparcir la humedad de mi glande en el resto de mi falo ardiente.

—“¡Hoooh!” “¡Federicooo!” “¡Estoy tan calientee!”

¡Mierda!

Esas frases son las que uno no espera oír de la novia de su padre, mucho menos cuando lo hace con una voz cargada de lascivia y lujuria, seguido de gemidos suaves y candentes, el chirrido de los muelles, y los sonidos vivos de “aplausos” que se oyen por todos lados.

—Arlet... por favor... más lento...

—“¡Hoh!” “¡Sí!” “¡Hah!”

Si algo me ha excitado siempre son los gemidos de las mujeres cuando están cogiendo. Los gemidos para mí son un acto de liberación sexual, en la que las féminas se desahogan y se muestran tal cual son.

—“¡Hoh, vamoos, mi amor... vamoos!” —lo incita su mujer con una entonación de zorra.

—Shhhh... —la trata de aplacar mi padre, mortificado porque yo escuche parte de su vida sexual.

Pero Arlet sigue gimiendo con gusto. Y a mí me pone malo pensar que ella, cínica, gime para mí, para que la oiga. Para despertarme. Para que yo sepa lo puta que es. Sé que no es posible, que son locuras mías, pero fantaseo creyendo que Arlet sabe que yo estoy allí detrás de la puerta. Fantaseo con que ha visto mi sombra por la rendija inferior. Fantaseo al pensar que ella adivina que tengo la verga en mi mano y que me estoy masturbando oyéndola.

—“¡Hoh!” “¡Haaaaahhh!” “¡Siiiiii!”

Es que la muy cabrona gime tan rico. ¡Gime tan delicioso! Que de solo imaginar que estos jadeos de lujuria se los podría provocar yo, incluso más fuertes, me destornillan la cabeza y me ponen como un tren.

—“¡Hoh!” “¡Cógeme más duro, amor!” “¡Lléname bieeeee!”

Ufff, mamita, pero qué sucia eres... ¡pides polla, le pides polla a mi papá como una putita! ¡Carajo!

—Arlettt... baja la voz... Ooohhh... que bien te mueveees.

Presiono mi glande con los dedos, e imagino que las yemas son las de Arlet, que me lo frota, impregnando mis secreciones expulsadas por la uretra de mi pene, para luego meterlos a su boca y saborearlos.

—“¡Dameee!” “¡Dameeee, papiii!”

¡Tremenda, eres una tremenda putita, mami!

—Shhhh... Arlet...

¿En qué posición la tendrá mi padre? ¿Mi madrastra lo estará cabalgando, con sus enormes chichotas rebotándole en el pecho, y su culote estampándose contra las piernas, por eso el sonido de los aplausos?

¿O será que la tiene a cuatro patas, y ella mantiene hundidos sus pechos y su cabeza en el colchón, mientras se abre sus nalgotas con las manos para dejar que el duro falo de mi padre la percuta sin dificultad dentro de su cerda y encharcada rajita?

Joder. He sentido la dureza de su culo en mi entrepierna. ¡Lo que será abrirlo con mis propias manos! Lo que será frotar mi glánde sobre él.

¡Mierda! ¡Cómo quisiera ser yo quien se la estuviera metiendo!

—“¡Sí!” “¡Sí!” “¡Hah!”

Esos pujidos ardientes y procaces sólo los he escuchado en las películas porno. Y por eso me pone cachondísimo saber lo cerda que es mi madrastra. Esos jadeos sólo significan lo mucho que le gusta ser cogida. Lo entregada que es para el sexo, sin importarle que su hijastro pudiera oírla y, por consiguiente, calentarse por eso.

Y yo me la estoy jalando con fuerza, muy rápido, con intensidad. Esos lloriqueos, esos gemidos, esa imagen sucia que tengo de ella en mi cabeza imaginándola cabalgando sobre papá, o a cuatro patas rebotando el culo sobre sus piernas, me ponen como una moto.

¡Ya no aguanto más!

—¡Grrrr! —farfullo corriéndome en mis manos.

Entonces noto que las embestidas de allá adentro se detienen. ¡Mierda! ¡Me deben haber escuchado!

¡Mierdaaaa!

Como puedo estiro mi camisa para limpiarme la corrida, pero lo que no me espero es que haya gruesas gotas de mi semen en el suelo. Y yo ya no tengo tiempo para limpiar nada.

—Arlet... —escucho a papá.

—Oí algo... —dice ella.

—¿Qué? Ven... mujer, por favor, que esto se me bajará... ¿a dónde vas?

—Oí algo... —insiste mi madrastra.

Escucho que alguien se mueve en la cama. Debe ser Arlet, que se bajará del colchón y vendrá hasta la puerta, para confirmar si oyó o no algo.

Yo no doy tiempo a que me descubra y me deslizo con presteza escaleras abajo, y cuando oigo que abren la puerta, yo ya me encuentro abriendo la puerta de mi propio cuarto, que está en la planta de abajo.

—¿Qué pasa? —escucho preguntar a mi papá.

—Nada —responde Arlet con un tono algo... ¿escéptico?—. Tenías razón, Fede, no hay nada...

Pero luego ocurre un silencio, y papá le pregunta:

—¿Qué haces agachándote en el suelo, Arlet? ¿Qué agarraste, qué estás oliendo...?

¡No mames! ¡No mameees! ¡Mi leche!

—Te digo que nada —dice ella, y esta vez su voz suena más extraña.

Pero después, la novia de papá cierra la puerta y seguramente vuelve a lo suyo.

Y yo sé, o juro que me cuelgo de un huevo si no, que Arlet ha visto, agarrado y olido las gotas del esperma que dejé desparramado en el suelo, al salir de su cuarto.

¿Qué estará pensando Arlet de mí? ¿Se lo diría a mi padre? No, claro que no, o lo habría hecho inmediatamente cuando papá se lo preguntó.

Menos mal tengo que madrugar todos los días para ir a los cursos introductorios de la facultad. ¿Ya dije que seguiré los pasos de mi padre y estudiaré diseño gráfico? Bueno. El caso es que doy gracias a Dios que a la hora que me voy ni mi padre ni Arlet están despiertos aún.

Durante el día he estado pensativo, nervioso. Pero es llegar a casa y notar que no pasa nada fuera de lo normal para tranquilizarme.

Así han ocurrido estos últimos días. Arlet y yo apenas nos hablamos desde la escena de la piscina. Y con mucha más razón, después del episodio de mi leche ensuciando el exterior de su cuarto. ¡Mierda! Y yo no quiero que papá empiece a sospechar que otra vez nos odiamos.

Pero estoy seguro que pronto notará que su mujer y yo ya no nos hablamos ni para decirnos pío, salvo los “buenos días, buenas tardes, buenas noches” que son de cajón.

Por mi parte, yo no hago por acercarme a ella, y Arlet, a su vez, no hace por acercarme a mí. Eso me tiene incómodo un poco. Yo le rehúyo y ella me rehúye a mí. Es como si ambos no quisiéramos encontrarnos ni con la mirada.

Por las noches, me saco toda la leche de mis huevos masturbándome viendo porno sobre madrastras cachondas cogiendo con sus hijastros. En todas las actrices porno pongo la cara de Arlet. Prefiero las que son tan tetonas y culonas como ella.

Pero ya ha pasado una semana desde ese hecho, y yo no me he arriesgado desde entonces a espiar a mi padre y a su novia mientras cogen otra vez. Arlet me ha pasado muchas, pero la verdad es que dudo que me pase una intromisión más.

Así que no me quiero exponer demasiado. Por la mañana me voy a la facultad, y por la tarde acompaño a papá a la imprenta para trabajar con él.

Él me da una mesada semanal para subsistir en la universidad, pero a mí nunca me ha gustado ser un tipo mantenido. Prefiero ganarme mi propio dinero. Encima he solicitado una beca con la que espero poder sobrevivir durante los años venideros.

Lo único interesante es que el próximo lunes ya me asignarán a un grupo donde estaré con mis compañeros de clase, con los que pasaré el resto de los años de la facultad, ya que durante los cursos, todos los estudiantes estamos revueltos.

De momento me encuentro sentado esta noche en el camastro junto a mi padre. Nos metimos a nadar un rato para mitigar el calor. Arlet parece que sólo nada cuando yo no estoy en casa, y esta noche no se ha aparecido en la piscina para nada.

Ya deben ser las once de la noche, y como es viernes, no hay mucha preocupación por tener que madrugar mañana. Entonces mi papá me dice;

—Alan, ¿por qué no vas con Arlet al cine, mañana?

¿Qué?

Me incorporo de un salto.

—¿Mañana? —me hago el tonto.

—Sí, ya en la función nocturna. Me ha invitado a mí, hijo, pero sabes cómo tenemos de pendientes para entregar el domingo. Así que tengo que quedarme un rato más en la imprenta, sin importar que sea sábado. Cuando hay trabajo, hay que apechugar.

¿Ir al cine mañana, en la noche, con Arlet? ¡Ni mierda!

—En realidad, papá, había pensado que podía acompañarte a la imprenta y doblar turno contigo.

—Ho, no, Alan, no es necesario.

—Me acabas de decir que tienes muchos pendientes. No sabía que ibas a entregar algún pedido el domingo. Así que no, papá, yo te acompaño mañana sábado incluso al anochecer.

Papá da un trago a una cerveza corona y me dice:

—Precisamente por ese motivo no puedo ir con ella al cine. Al parecer hay una película que quiere ver, que se estrena mañana, y ya compró los boletos para dos personas. Le hace ilusión que la acompañe a verla, aunque no sé cuál es. El problema es que yo no podré acompañarla. Por esa misma razón preferiría que te quedaras con ella y fueran juntos al cine.

—Pero papá... si tienes trabajo, yo puedo ayudarte.

—Con que me ayudes la mitad de la jornada es suficiente, Alan.

—¡Pero papá!

Mi padre ciñe el entrecejo, da otro trago a la cerveza y me dice, con severidad:

—¿Es mi impresión o estás eludiendo mi propuesta para que acompañes a Arlet?

—¿De qué hablas, papá?

—No sé si soy yo, o efectivamente hay roces entre ustedes. He notado últimamente, que apenas se dirigen la palabra. ¿Ha ocurrido algo, hijo?

Mierda, lo que me faltaba.

—¿Pasar algo, con Arlet? Claro que no, papá —intento sonreír—. Claro que nos hablamos... bien.

No sé si me saldrá bien mi mentira, pero tengo que intentarlo.

—¿Entonces por qué siento que te estás rehusando a ir con ella al cine?

—¿Rehusarme? No, no, has malentendido, papá. Yo solo me estaba ofreciendo para ayudarte con... Bueno... —me rindo—. Está bien, papá... mañana me quedo en la noche para ir con ella al cine.

Y que sea lo que Dios quiera.

V

—¿Ya se lo dijiste, Alan? —me pregunta papá mientras volvemos a casa, al mediodía, para comer.

—¿Decirle qué y a quién, papá? —dudo, mientras le envío un mensajito cariñoso a mi novia Rosita.

—A Arlet, que si ya le dijiste que irás tú con ella.

Me quedo helado en el asiento de copiloto.

—Creí que tú se lo dirías...

—¿Decírselo yo? —se carcajea mi padre—. Estás loco. Desde anoche me tiene con la ley del hielo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Arlet se encabronó conmigo esta mañana cuando le dije que no podría acompañarla al cine. La verdad es que me extraña que no hubieras oído sus gritos. Me echó en cara una letanía de que ya no quiero salir con ella, que la tengo abandonada, que no veas. Está cabreadísima, y si le hubiera dicho algo más, seguro me cortaba la lengua.

—Ah, mira, qué bien, papá, ¿entonces quieres que al que le corte la lengua sea a mí?

—Vamos, hijo, Arlet contigo no creo que se atreva a tanto. Díselo, por favor, conténtala. Ella ahora se ha encaprichado y ya no quiere ir al cine. Me sentará muy mal si por mi culpa ella deja de ver esa película que tanto quiere.

—¿Contentarla? —me sobresalto—, ¿cuando fuiste tú el que la hizo enojar? ¡Serás cabrón, papá! Joder, se me sale decirle “cabrón”, pero él lo ignora.

—Hazle ese favor a tu viejo padre, hijo ¿podrías?

Con la cabeza dándome vueltas me encojo de hombros y sé que tengo que apechugar. Todo sea porque papá no sospeche que las cosas entre su novia y yo vuelven a estar mal.

—Está bien, jefe —le digo, no muy bien convencido—. Intentaré persuadirla para que reconsidere su posición y acepte ir al cine... conmigo. Pero no te prometo nada.

—¡Eso es todo, mi campeón! —me palmea papá la espalda, feliz, cuando nos bajamos del coche en su casa—. Pero por favor, Alan, díselo cuando yo me tire a la piscina. Para que parezca cosa tuya.

—Mierda...

VI

Papá lleva media hora nadando. Ya son las cuatro de la tarde, y a las cinco volverá a la imprenta para terminar con los pendientes que debe entregar mañana. Será una larga jornada. Es probable que venga hasta en la madrugada a casa. Yo podría ayudarle para que termine más pronto, ya que ningún otro operario ha aceptado ir durante esta segunda jornada, ¡pero no! El cabrón quiere que persuada a su mujer de ir al cine, toda vez que él la ha hecho enfadar, arriesgando que la cabrona me corte el pito.

Y yo estoy dando vueltas y vueltas en el cuarto hasta que finalmente me armo de valor y salgo a buscarla. Arlet está recostada en la sala, con sus hermosos pies cruzados sobre un cojín, con sus uñas pintadas de blanco. Además, mi madrastra lleva puesto un bonito short corto de mezclilla que le llega a la mitad de sus gordos muslos, y un top blanco que ¡joder!, le marca perfectamente sus enormes tetazas.

Ella está mirando la televisión, y aun si llevamos muchísimos días sin hablarnos de forma casual... hago a un lado mi cobardía y le digo.

—Hola, Arlet.

La novia de papá se incorpora un poco. Clava sus ojos verdes en los míos y me observa, expectante.

—Hola, Alan, ¿qué tal va todo?

Comenzamos bien. Al menos no me ha mandado a la mierda después de todo lo que ha pasado. Me acerco al sofá que está frente a ella y me siento.

—Pues... bien... —digo, con el pecho temblándome—. Me dijo mi papá que tenías planes de ir al cine, pero como... hoy tiene muchos pendientes en la imprenta... no podrá acompañarte. Así que... se me ocurrió que yo... Que yo te podría acompañar.

Arlet abre sus ojazos, cuyas pestañas coronan su sensual mirada, y luego recoge sus piecitos detrás de sus piernas. Su cabello está atado en la nuca. Sus labios gruesos se entreabren.

—¿Federico te pidió que me acompañaras? —se asombra.

—S... no... es decir, sí... bueno... no...

¡Mierda!

—¿En verdad Federico fue capaz de decirte a ti que me acompañes al cine? —ahora sí que su voz suena cabreada.

Yo no quiero responderle ni “sí” ni “no”, así que le respondo con una pregunta:

—¿Tan mal compañía te parezco, Arlet?

Mi madrastra se incorpora más, hasta adoptar una postura de espalda recta. Baja sus pies al sofá, y en sus movimientos veo cómo sus deliciosos pechos se balancean dentro de su top.

¡Cómo puede tener ese cuerpazo, y ese vientre tan plano!

—Claro que no, Alan... claro que no me pareces una mala compañía.

—¿Entonces? —le pregunto, mirándola directamente a los ojos. Es tan preciosa—. ¿Por qué no quieres que te acompañe?

—No, si no es eso.

—¿Entonces?

—Es la película.

—¿Qué tiene la película...?

Al menos logro que Arlet sonría por primera vez.

—Pues... mira, Alan... digamos... que es más como para ir a verla en pareja...

Me rasco la cabeza. Entiendo su punto,

—Ah, comprendo, ¿se trata de una peli romántica? Igual y no pasa nada, Arlet. Yo prefiero el terror y las pelis de acción, pero no me molestaría acompañarte a ver una peli de esas.

Arlet se pone rojísima de pronto. Mira hacia el ventanal, desde donde miramos a mi padre chapoteando en el agua, y luego me responde:

—No, bueno... es que... más bien no creo que sea apropiada para ti.

—Ouhggg... —me echo a reír—, ¿entonces es una película gore de mutilaciones y eso? Que sepas que soy mayor de edad, claro que es apropiada para mí. De hecho, si se trata de una de esas pelis pues...

—Es una película erótica.

Me quedo callado de pronto. Arlet se pone roja de las mejillas y luego sonrío.

—Ah, okey... okey... yo... entiendo.

No sé por qué, pero de pronto mi verga se empieza a hinchar.

—Sí, Alan, ¿lo ves? No es... apropiada para ti.

Intento salvar la conversación, diciéndole:

—Arlet, he visto mucho porno, ¿por qué consideras que una película erótica me puede pervertir?

Arlet se echa a reír. Noto que las mejillas se le tiñen. Al menos hemos logrado romper el hielo, y de momento no ha dicho nada sobre el día que nos frotamos la verga con el culo, ni... mi leche afuera de su habitación-

—¡Yo no he dicho que te puedas pervertir, Alan! De hecho, los chicos de tu edad, en estos tiempos, ya nacen con el chip del porno integrado.

Intento reírme, pero la verdad es que me he puesto muy nervioso.

—¿Lo ves, Arlet? Entonces no tienes por qué preocuparte, ¿o es que no quieres que te acompañe a ver esa peli?

—No, Alan: es decir... me da pena.

—¿Pena? ¿Por ver una peli erótica? Vamos, Arlet, si cuando invitaste a papá no tenías pena.

—Sí, pero... pena con él no me daría, es decir, él es mi marido. Además él no tiene idea de que se trata de una película erótica. Era un sorpresa. Si se entera la peli que quiero ver, te aseguro que no dejará que me acompañes.

—Pues entonces le decimos a papá que iremos a ver una película de los osos cariñosos, ¿o eran los ositos cariñositos? En fin, Arlet, yo no tengo problema por eso.

—Pero no está bien, Alan... moralmente no está bien.

—Yo quiero acompañarte —le insisto.

Y hago los ojos del gato con botas, uniendo las palmas de mis manos, en forma suplicando, y los dos nos echamos a reír.

—Eres cosa seria, Alan.

—¿Entonces a qué hora es la función, Arlet?

—Eres insistente.

—Y seguiré insistiendo.

Mi madrastra mira de nuevo a papá en el agua. Y noto un gesto de rabia en su semblante. Luego me dice:

—Tengo boletos para la función de las 8:20 de la noche.

—Perfecto —le digo, levantándome pronto del sofá para evitar que me diga que no—, a esa hora estaré listo.

—¿Eh? No, Alan, en serio, no...

—Papá está contento porque cree que tú y yo llevamos una mejor relación. No querrás que se mortifique de nuevo, ¿verdad, Arlet?

—Pero es que... no es correcto, Alan... la peli...

—¿Qué te da miedo de que veas la peli erótica conmigo, Arlet? —le digo acercándome un poco a ella—, ¿qué me hagas ver escenas sexuales en la pantalla grande? Te aseguro que no veré nada explícito que no haya visto antes.

—No, si no es eso, sucio —se echa a reír de nuevo.

—¿Entonces?

—Pues... ¿Qué pasará si me pongo cachonda?

Yo no espero esa respuesta, así que siento que la sangre se baja a los huevos, justo cuando ella, muerta de risa, empieza a decirme:

—¡Es broma! ¡Es broma!

Y yo, sintiendo la sangre más caliente que el magma, le digo:

—¿Te parece si nos vamos a las 7:45? Para comprar palomitas de maíz antes.

—Bueno —me dice, quedándose serena, pero apenada por el comentario fuera de lugar que me hizo hace un rato—. Hasta entonces, Alan, y gracias.

Me alejo de ella con el morbo pegado a mi cuerpo. ¿De verdad me ha dicho “¿Qué pasará si me pongo cachonda?”

Entonces me detengo a la mitad de la sala, y desde ahí tengo las vistas de papá, quien me mira y sonrío cuando yo le hago con un gesto indicándole que todo ha salido perfecto.

Entonces, empleando un volumen de voz con el que sé que Arlet me escuchará, pero no papá, digo:

—Y por lo demás no te preocupes, mami... que por si acaso, yo me llevaré los condones.

Y ya no sé si Arlet y yo estamos peleando una batalla campal, para ver al final quién se queda con papá, o si ambos estamos propiciando algo candente, prohibido y pasional.

Y yo no sé cómo ni por qué lo sé.

Pero sé que esta noche me cogeré a mi madrastra.

CAPÍTULO 6

Caer en tentación

I

A esto le llamo yo puntualidad inglesa. A las 7:45 de la noche, la novia de papá me avisa que ya está lista al otro lado de la puerta de mi cuarto, justo a la hora en que le dije que nos iríamos.

Ni un minuto más, ni un minuto menos.

“Bien por eso, mamacita.”

—Genial, Arlet, en un momento voy —le grito desde adentro, donde me estoy terminando de arreglar, y trato de apurarme, que ahora va parecer que la señorita soy yo.

—Perfecto, mijo, te espero en el auto, que tu padre nos dejó el coche para desplazarnos mejor —me dice con su voz tan sensual—. Él se ha ido en taxi y me dijo que no vuelve hasta en la madrugada, porque tiene mil pendientes.

—Va, Arlet, ahora voy.

Escucho que mi madrastra se desplaza hasta la cochera de la casa y yo aprovecho para terminar de ponerme un poco de loción tinto en mis dos laterales del cuello... *por si acaso*. Me he puesto desodorante Hugo Boss en las axilas, el que me costó tiempo de ahorro para comprármelo (y que sólo me pongo en ocasiones “especiales” como esta).

Voy corriendo al lavabo para lavarme los dientes, y me echo un trago de enjuague bucal de menta en la boca... *por si acaso*.

De ropa llevo un pantalón de mezclilla azul marino; iré a ver una película erótica, al lado de tremenda hembra que se cae de buena, la cabrona. Lo mínimo que puedo hacer es tomar precauciones, poniéndome ropa gruesa, para que no se me noten tanto las putas erecciones, que llevo tanto sin coger que estoy más caliente que un comal quesadillero, y ante cualquier provocación se me pondrá dura.

Jamás había extrañado tanto a Rosita, mi novia, ni esa pequeña cavidad inferior sonrosada que solía remojar mi falo mientras se lo metía y ella se lo comía con pequeños gemiditos fascinantes.

Elegí una camisa tinta *slim fit*, de esas que se ajustan completamente al torso y brazos, desabotonándome los dos botones superiores para verme más facherito, y debajo me puse unos bóxer negros, ajustados, los mejores que tengo *“por si acaso”*, y en mi cartera no puedo evitar poner tres condones extra sensibles... de esos que da lo mismo si llevas forro o no.

... por si acaso...

Mierda, ¿cómo puedo estar pensando en el *“por si acaso”* con tanto desparpajo? Si sé pinches bien que en lo último que puedo estar pensando es en cogerme a la novia de mi papá. ¡Carajo! Hasta mal me siento al estar sólo imaginando cosas que no deben de suceder.

Arlet no es cualquier mujer, ¡es mi madrastra! ¡La mujer de mi progenitor! Y yo no paro de pensar en esa pinche vieja buenorra que me trae loco, cuando se supone que las indicaciones que me dio mi madre para con ella fue ¡Odiarla!

Bonita chingadera.

Agarro mi billetera, donde tengo el dinero que me dejó papá con el propósito de comprar las palomitas y los refrescos para disfrutar la función, y para llevar a cenar a su esposa al salir del cine. Me pregunto qué tipo de comida le gustará.

Se lo preguntaré. De momento me reviso el atuendo de nuevo en el espejo, me pongo un poco más de loción en el cuello y salgo de mi cuarto, en busca de Arlet, esperando darle una gran impresión.

—Que sea lo que Dios quiera —me persigno, y casi de inmediato me doy cuenta de la blasfemia, pues... lo que quiere Dios a lo que quiero yo con Arlet dista mucho de parecerse.

En fin.

Me dirijo a la cochera de la casa, donde se supone que ella me está esperando y al llegar allí, “¡¡Mamma mia!!” el hocico por poco se me cae al suelo. Justamente ella está de pie, al lado del coche, enviando un mensaje a papá, supongo, desde su teléfono. Así que disfruto por algunos instantes de las deliciosas vistas que me regala.

Arlet está riquísima, la cabrona. Lleva puesto un pantalón de cuero entalladísimo que le queda de puta madre, como un guante. Arlet da algunas vueltas junto al carro, mientras teclea, como si me estuviera modelando, y yo descubro que ese maldito pantalón de cuero le marca unas piernazas y un culonón paradito y abombado marca diablo.

—Ah, hola, Alan, ¿todo bien? —me pregunta al sentir mi presencia, cuando deja de teclear y me mira de arriba abajo—. Vaya, cariño, qué guapo estás, fiu fiuuu —se ríe, halagándome, y yo creo que tengo la cara como estúpido, contemplado a semejante mujerón.

—¿Guapo yo? No, Arlet, guapa tú... uff, estás delic... guapísima.

—Gracias, gracias, mijo, qué galante.

Arlet, imponente y súper sexy, se acerca a mí para besarme las mejillas, en tanto me doy cuenta de que tiene puesta una sensual blusa con estampado de leopardo, cuyo frente está atado con un cordón a la altura de su escote, donde le lucen buena parte de sus dos deliciosas ubres bronceadas.

La blusa es corta de la parte inferior, tan así que apenas le llega al ras del pantalón de cuero. Cuando se mueve, la blusa se le levanta y se le mira... ¡el ombligo!

—Uta, Arlet... ¿eso que llevas ahí en el ombligo es un...?

—Te dije que tenía una perforación —me recuerda.

Los huevos me cosquillean y me da un fino escalofrío cuando ella se sube un poco más la blusa de abajo y me enseña su vientre plano, donde reluce un piercing plateado que le queda brutalmente sexy.

—Pffff —me escalofría de nuevo semejante vista.

—¿Crees que me queda bien? —me pregunta, todavía con la blusita levantada.

¿Cómo decirle que luce como una hermosa putita sin que se ofenda? Mi herramienta me palpita en el pantalón. Luego intento tragar saliva muy seca.

—Te... queda increíble —le digo tartamudeando, sin darle más detalle.

—A tu padre ya no le gusta que lo lleve. Piensa que ya tengo una edad para evitar lucir esas “baratijas.”

—Papá es un anticuado... pero... si él ya no te deja que lo uses, ¿por qué te lo pusiste hoy?

—Porque quería enseñártelo —me dice, y me guiña un ojo.

Los pelos de mi cabeza se me crisan y mi entrepierna me vuelve a palpitar.

—¿En verdad lo hiciste por mí?

—Creí que te gustaría verlo, ¿nos vamos?

—Nos vamos —le digo casi sin aire.

Las manos me están sudando, y no conforme con eso, Arlet me dice que ni siquiera nos hemos saludado formalmente. Como si hiciera falta saludarse viviendo en la misma casa. Pero la dejo que continúe. A mí no me molesta en lo absoluto.

Mi madrastra viene a mí, y al darme dos besos en las mejillas me intoxico con su exquisito aroma que me recuerda a los cítricos, rosas y a la propia noche.

Así de cerca, noto que los labios los tiene barnizados con un color tinto que la hace apetecible. Su pelazo negro le cae en la espalda en una cola de caballo cuidadosamente recogido.

Sus pestañas se le miran negrísimas y rizadas, sus parpados tienen pintura oscura y el delineado de sus ojos le resalta más su iris verde.

“Dios mío... ¿por qué me pones estas putas tentaciones? Esta mujer está buenísima.”

Es que toda ella es fabulosa. Las cadenas delgaditas y plateadas que decoran su cuello. Los aros largos de plata que cuelgan de sus orejas. Es que ella es perfecta. Se ha asegurado de verse exquisita hasta el último detalle, como el color de sus largas uñas de las manos que son del mismo tono del labial.

Encima es alta, y los tacones altos de sus botas ajustadas la hacen ver más alta todavía, así que Pffff. Lo mejor es que, de todos modos, yo sigo siendo más alto que ella.

—¿Nos vamos? —le pregunto algo nervioso.

—Vale, tú conduces que yo te digo el camino.

—De acuerdo.

Me da un poco de terror conducir en esta enormísima ciudad, pero sé que con la asesoría de esta mamacita hermosa llegaremos sanos y sanos hasta el centro comercial, donde está situado el cine.

Como todo caballero, le abro la puerta y la ayudo a subir, luego me subo en el lado del piloto y doy marcha al coche. Es cuestión de minutos para que todo el interior del coche huela a ella; a hembra seductora. A mujer prohibida. A madrastra tetona y culona.

—¿Te gusta el rap? —le pregunto para evitar el silencio del coche, mientras elijo música en mi celular, que he enlazado al coche por medio de bluetooth.

—Obvi —me dice ella, como siempre, adaptándose a los estándares de los chicos de mi generación—. Vamos, Alan, pon lo que quieras.

—¿Algo de Alemán o Dharius? —le digo, y me pregunto si estará actualizada con los raperos de moda.

—Mejor algo de Cártel de Santa —me sorprende su respuesta.

—Vaya, nena —me río—, eres colmilluda.

—Digamos que me gusta el estilo físico y verbal de Babo, el vocalista.

Su contestación me asombra, y se lo hago saber.

—¿Tatuado, malhablado y musculoso? Carajo, Arlet, No pensé que te gustaran esa clase de chicos malos —le hago burla, sabiendo que papá es todo lo contrario a Babo—. Pero bueno, lo que la reina mande. Pongamos algo de Cartel de Santa, aunque ya te digo que las más nuevas son un poco... obscenas, y algunas sexosas.

—Lo sé —se ríe la cabrona traviesilla.

Juro que no pensé que esta mujer fuera tan lanzada. Allí, sentadita sensualmente, me mira de reojo y luego clava los ojos hacia la avenida. Es muy sexy.

—¿Prefieres que empecemos con alguna canción normalita, o alguna... obscena y sexosa?

Arlet se lo piensa un momento, antes de responder.

—Creo... que... para empezar, vayamos con alguna normalita, para ir agarrando terreno. Después de la peli... seguimos con la segunda opción.

—Bien pensado, Arlet, bien pensado.

Elijo la canción “La Pelotona”; y me quedo complacido con la elección. Es una canción muy intimista sobre la nostalgia de un hombre que tiene una mujer que va y viene, y que lo tiene cautivado, a quien piensa por las noches y a quien recuerda con pesadumbre cada vez que huele las sábanas de su cama.

En cierto modo tiene tintes románticos, pero la rola está buena para empezar. Ya después, al terminar la función del cine de hoy, y mientras la lleve a cenar, le pondré la canción de “*Todas mueren por mí*”, donde pretendo exponerle toda una declaración de intenciones sexuales, sobre lo que soy y lo que tengo, y lo que puedo ofrecer como macho a una mujer cuando la tengo a cuatro patas.

La letra no es lo más poético que Arlet habrá escuchado, pero estoy seguro de que, aunque será terriblemente obscena para ella, el resultado final la pondrá cachonda.

Anonadado por la seductora fragancia que desprende Arlet y que se percibe en todo el coche, respiro profundamente, mirando de vez en cuando sus pechos acanelados, sus potentes piernas cubiertas por esos exquisitos pantalones de tela, y esas uñas suyas que bailotean junto a la palanca de velocidades al ritmo de la canción.

—En la esquina das vuelta a la derecha, mijo, y en cinco cuadras verás una plaza comercial, donde ingresarás.

—Caray, no pensé que el cine estuviera tan cerca de casa.

—Es que fue el único sitio donde encontré lugares disponibles para esa película.

—Perfecto.

Ella hace un movimiento con sus manos para peinarse la cola de caballo y advierto de nuevo que su blusa se le sube, volviéndome a mostrar involuntariamente su ombliguito y ese sensual piercing de plata que le queda de maravilla.

—Ehhh... Pero dime, Arlet, ¿qué película iremos a ver? Aun no me lo dijiste.

—Se llama 365 días.

—No me dice mucho el título —me encojo de hombros.

—Es bastante básica la película, en realidad.

—¿Cómo lo sabes? ¿A caso ya la viste?

—Durante la pandemia se estrenó en netflix, y ahora la pondrán en el cine. Como te digo, es una trama de mierda pero tiene algo que..., ya lo verás.

—Bien —me río por sus comentarios. Me gusta que se suelte conmigo y que hable sin pelos en la lengua—. Tengo mucha curiosidad por saber qué fue exactamente lo que te cautivó en esa película.

—Ya lo verás —insiste, con un tono travieso en la voz.

El centro comercial es enorme, de varias plantas, acristalado completamente y tan enorme como su estacionamiento subterráneo, donde presiento que me perderé mientras busco un sitio para estacionarme.

Hay tantos coches por todos lados que me mareo.

—Ahí, al fondo veo un lugar —me advierte ella.

En efecto, al fondo, hasta el rincón, en una esquina, hay un lugar para nosotros. Me estaciono,

apago el coche y luego le abro la puerta.

—Que galante eres, Alan, ni siquiera tu padre me ayuda a bajar —me dice, sonriéndome.

Ella saca sus piernas seductoramente, y así, en esa posición, yo delante de ella, puedo observar como sus grandes pechos se balancean dentro de su blusita. Bastaría con desanudar el lazo que cierra su escote para que sus ubres caigan gloriosas sobre su sensual pecho.

La recojo por el brazo, y le ayudo a incorporarse.

—Vamos, Alan, que apenas tenemos tiempo.

En efecto, hemos perdido ya algo de tiempo buscando dónde estacionarme, así que tenemos la hora muy justa. Ella mete su brazo en el mío, y yo me siento el macho más afortunado de toda esa puta plaza.

Me desplazo por el centro comercial como pavo real, llevando con orgullo a Arlet del brazo, y noto cómo todas las miradas de hombres (y hasta de mujeres) me miran con envidia sabiéndome con la mujer más buena y sensual del completo.

De reojo he podido ver cómo todos descienden hasta su culo cuando ella pasa por delante, y yo sonrío, satisfecho, sabiendo que Arlet viene conmigo.

El cine está en el lado opuesto del centro comercial, donde se anuncia “CINÉPOLIS”. Y acompañados por el sexy taconeo de mi mami, llegamos de prisa al complejo, buscando el mostrador principal.

Canjeamos las entradas por medio de la app del teléfono de Arlet y la chica que nos da los boletos en físico se dirige a mí y me dice;

—Joven, si gusta palomitas para usted y para su novia, puede pasar a la fila que está de aquél lado.

No sé por qué me pongo coloradísimo cuando ella insinúa que Arlet es mi novia. Tengo una sensación que va de la vergüenza vanidad que me da un color y luego otro. Miro a mi madrastra avergonzado pero ella no parece afectada por las palabras de la empleada. Así que trato de serenarme y seguir con el juego, diciéndole a mi madrastra:

—¿Tú qué opinas, amor? ¿Vamos por las palomitas?

Arlet esboza una risita juguetona, y me responde:

—Mejor luego, cariño, que la peli ya está por comenzar.

Me sujeta más fuerte del brazo, fingiendo ser mi novia, y pega completamente su cuerpo muy junto a mi lateral, de manera que siento una de sus gordas piernas en la mía. Yo, excitado, voy un poco más allá, y en lugar de agarrar su brazo, la suelto y la rodeo por completo de la cintura.

¡Pfffff!

—Ya oyó a mi chica —le digo a la empleada, sintiendo un hormigueo muy caliente en mi pelvis—, queremos entrar a la sala ya.

—Como ustedes quieran, parejita. Pasen, y que disfruten la película.

La joven nos guiña un ojo y yo, manteniendo mi mano caliente en una parte desnuda entre su blusa y su pantalón de cuero, la llevo conmigo hasta el interior.

Ya cuando la chica no nos ve, ella se retira de mi lado y se echa a reír.

—¡Esa tipa se burló de mí! —se carcajea.

—¿Por qué lo dices? —yo no le veo la gracia.

—Mira que pensar que, a mi edad, yo podría ser la novia de un chiquillo como tú.

Me vuelve a sujetar del brazo mientras buscamos nuestros asientos, y yo le respondo:

—Si ella se burló de alguien, fue de mí, Arlet. Es imposible que yo pudiera tener una novia tan... tan... —Nos sentamos a la mitad de la sala y finalmente le digo—, tan hermosa como tú.

Ella no dice nada. No sé si no me ha escuchado o le ha dado pena mi comentario. El caso es que nos sentamos y nos damos cuenta que, para mi mala suerte, hay un montón de gente allí.

Una de mis fantasías siempre ha sido la de follarme a una mujer en el cine. O al menos tocarla, bajarle las braguitas y meter mis dedos en su pegajoso agujerito.

Así, en silencio, de vez en cuando nos miramos Arlet y yo;

—Lo siento, Alan, quizás tú querías palomitas y yo hablé por los dos.

—No, Arlet, no pasa nada, igual saliendo papá me encargó que te lleve a cenar por ahí.

—Ah —sonríe, frunciendo sus gorditos y sensuales labios mamadores—, un plan delicioso para después de la peli.

Al ratito se apagan las luces y la película comienza. Y yo sólo sé que estar al lado de Arlet, percibir su aroma, y sentir su sexy presencia, me tiene un poco alocado.

II

Ha pasado ya más de una hora desde que empezara la película. De vez en cuando he estado observando de reojo a Arlet, y me he dado cuenta cómo cierra y aprieta los muslos cada vez que hay una escena erótica.

De hecho, en alguna ocasión creo que la he oído jadear.

—¿Todo bien, Arlet? —me acerco a su oído para susurrarle.

¡Huele tan delicioso que me intoxico!

—S...í... —jadea.

Desde que llegamos, de vez en cuando, entre jugando y no, ella me ha agarrado la mano, me la aprieta y luego me la suelta. Esa simple interacción me ha tenido más caliente que la misma película. Que me agarre de la mano es algo que no debería de ser raro, pero a mí me tiene como una moto. Cualquier contacto con esa nalguna me pone calentísimo. Yo también me he tenido que acomodar el paquete de vez en cuando, sin que ella se entere.

O eso creo.

Cada vez que Arlet se remueve en su asiento yo la miro a hurtadillas, dejando caer mis ojos en sus pechos abultados, que se mueven dentro de la blusa en cada balanceo.

La oscuridad apenas me deja verle el canalillo, pero aun así yo miro discretamente, con la esperanza de ver aunque sea el contorno de sus areolas oscuras.

¡Cómo me excitan las mujeres tetonas!

Y yo, por Dios santo, me conformaría con verle sus hermosas areolas.

Como me anticipó mi riquísima mami, la película tiene un guión bastante chafa y unas actuaciones de mierda, pero que *¡oh, bualaaaa!*, las escenas sexuales no le piden nada al buen porno. Son brutales. De hecho, muchas de ellas parecen extremadamente realistas.

La trama gira básicamente en un capo italiano que secuestra a una chica de la que se obsesiona, a la que promete mantenerla durante 365 días en cautiverio, con el propósito de enamorarla. Si no lo consigue la dejará en libertad, de lo contrario, ¡pues colorín colorado!

Después de tantas incitaciones, a estas alturas de la película el protagonista ha logrado llevársela a un yate, donde ella finalmente se ha rendido a su calentura y se ha puesto de rodillas ante él, mamándole la polla. Claro que no se ve explícitamente el miembro del tipo ni mucho menos la mamada, pero la escena está tan bien echa que se da a entender que le hace un oral, mientras ella mueve su cabeza hacia adelante y hacia atrás.

Pffff...

Luego, el protagonista masculino la ha tumbado sobre la cama, le ha abierto las piernas y ahora mismo le está dando unas chupadas, que si yo se las diera a la novia de papá, seguro chorrearía en varios orgasmos mientras grita como puta.

Justo mientras ocurre esa candente escena de la comida de coño, he escuchado un jadeo de Arlet, quien ha apretado nuevamente sus muslos y ha puesto su mano sobre mi nudillo derecho. Yo giro mi mano y la extiendo, de manera que quiero que sus dedos se entrelacen con los míos.

Y entonces nos frotamos. Ambos tenemos las manos sudadas. El tipo clava su boca en la entrepierna de la chica y ella se retuerce y jadea mientras Arlet se frota los muslos con bastante descaro.

—Mmmmh —la oigo gemir.

Y sus dedos me aprietan fuerte y luego me los frota con sus uñas.

—Hummmmh —jadea de nuevo.

Y esos jadeos me recuerdan perfectamente a algunos de sus febriles jadeos cuando la oí fornicar con mi papá.

Y es justo cuando el chico empieza a empotrar a la chica, mientras sus pequeñas tetas se bambolean de un lado a otro, cuando Arlet me suelta, suspira fuerte y me dice:

—Alan... necesito ir al tocador.

—¿En la mejor parte? —le digo algo frustrado, mientras el protagonista masculino le está dando unas folladas a la chica, mientras yo tengo el palo tieso.

—Es urgente ir al tocador —me sonrío, poniendo su mano sobre mi dorso con cariño.

—¿A tocarte? —se me ocurre decirle.

—¿Cómo? —se atraganta ella, y entre el brillo de la pantalla, noto cómo se ruboriza.

—Por algo les dicen tocadores, ¿no? —me hago el gracioso, y yo solo espero no haberla cagado.

—Maldito —me dice ella sonriendo—, tocador es más elegante para decirte que iré a orinar al baño.

—Vale, vale —me río, antes de que unas personas nos pidan callarnos o bajar la voz.

—Ahora vuelvo —dice.

Arlet se levanta de mi lado, y dado lo angosto del pasillito, ella tiene la precaución de ponerse de espaldas, flexionarse un poco y ¡hummmm! Ponerme su culotote casi a la altura de la cara. ¡Cómo quisiera morderle una de sus nalgas, o darle un bofetón!

Es un movimiento rápido, pero que a mí me basta para que se me pare la verga más que antes, mientras siento cómo el cuero de su pantalón roza mi nariz.

Todas las miradas masculinas se posan en las megas nalgas de mi erótica mamita, que continúa restregándolas a los espectadores de la fila hasta que por fin ella sale de la sala del cine.

—Pfff —digo, sobándome el paquete, para acomodármelo debajo de mi pantalón.

Saco una menta de mi bolsillo y me la echo en la boca, para calmar mi ansiedad, y luego clavo la vista en la pantalla donde ya el protagonista ha logrado con su chica lo que yo no lograré jamás con Arlet: bombearla rítmicamente, con una intensidad y vehemencia que casi me dan ganas de salir detrás de mi madrastra y follármela en algún cubículo del baño.

Porque también esa es otra de mis fantasías; follarme a una chica en un baño público.

“Respira, Alan, respira...”

Las escenas de la película son brutales, y en especial esa que sucede ahora es la más intensa hasta ahora presentadas. Y mientras pasan los minutos, y más minutos, y la película sigue avanzando, me da un morbo tremendo pensar que la novia de papá se ha ido a tocar “al tocador.”

Sus mejillas rojas la delataban. Arlet se ha puesto muy cachonda y guarrilla. Claro que se ha ido a masturbar. Pero... ¿por qué no ha vuelto? Ya se ha tardado demasiado.

En esto justo estoy pensando cuando recibo un mensaje suyo en mi teléfono. Ni siquiera recuerdo haberle dado mi número, así que esto debe ser obra de papá.

—Alan, soy Arlet, ven por mí, por favor.

Me causa sorpresa su mensaje, así que le respondo, bajando el brillo de mi teléfono para no causar molestias a los demás:

—¿Qué pasa, Arlet, dónde estás? Ya te tardaste algo.

Espero un momento mientras ella me responde.

—Estoy en los baños del centro comercial, porque los del cine estaban todos ocupados. El

problema es que afuera de los baños donde yo estoy, hay un tipo que desde que salí de la sala me siguió, y que me ha estado hostigando. He intentado salir, pero él sigue aquí afuera.

¿Un tipo hostigándola? Mierda.

—¿Dónde estás exactamente?

—En los baños de la segunda planta. Te digo que he tratado de salir, pero el tipo sigue afuera. Estoy esperando que alguna chica entre, para salir acompañada, pero sigo sola. Estoy un poco... nerviosa.

Me da rabia pensar que algún hijo de puta la esté molestando, así que me levanto del asiento y le contesto:

—Hey, tranquila, quédate allí, voy para allá.

—Gracias, no tardes.

—No salgas hasta que llegue.

—No, aquí te esperaré. Por cierto, el tipo trae un abrigo negro y unos lentes cuadrados.

—Bien. Ya voy.

Salgo del complejo del cine y subo hacia la segunda planta, guiándome por los señalamientos que indican el lugar de los sanitarios.

Me sorprende que estén bastante lejos. ¿Ha recorrido todo esto Arlet? Joder.

Finalmente llego al final del pasillo y escucho desde lejos unas frases como “*Vamos, mamacita, ¿oh quieres que papi entre por ti?*”

¿Será ese tipo el que la está acosando? Veo las señas que me ha dado Arlet y definitivamente tiene que ser él.

“¿Por qué no sales, cosita rica?, ¿o es que quieres que entre yo mismo para hacerte compañía?”

La rabia que siento ante su hostigamiento es tal que los gritos me salen solos:

—¡La dejas en paz o te parto tu madre, cabrón!

El fulano, que ya estaba ingresando al interior de los sanitarios para mujeres, gira hasta donde yo estoy y palidece, pero luego se ríe:

—Uy... yuyuuuy... pues perdón... no pensé que la dama viniera acompañada.

En eso Arlet oye mi voz y sale del baño. Y al pasar junto al tipo, ella se detiene frente a él, y armada de valor al saber que yo estoy allí, le propina un fortísimo bofetón.

—¡Ahora sí te vas a hostigar a tu puta madre! —le grita ella.

El tipo reacciona haciendo amago de quererla enfrentar, pero en eso me acerco yo y de un empujón lo impacto contra un contenedor de basura que hay junto a la entrada de los sanitarios. El fulano cae al suelo, y toda la basura cae junto a él y sus lentes, que por suerte no se han quebrado.

—¡Pero...! —grita furioso, y yo me acerco junto a él, me flexiono y lo tomo del cuello.

—¡Muy valiente con las mujeres, ¿no pendejo de mierda?! ¡A ver, ponte conmigo... ponte conmigo hijo de puta!

—¡Alan, no, no vale la pena! —me grita Arlet, que me jala de la camisa para que me aleje del fulano.

Cuando veo que el tipo se queda paralizado en el suelo hago caso a Arlet y me dejo recoger por su mano.

—Vámonos de aquí.

Ella me entrelaza y me lleva rápido escaleras abajo. Por fortuna nadie nos ha visto, o se podría hacer un escándalo.

Al llegar a la planta baja, donde está el pasillo del cine, nos detenemos. Entre el gentío la pongo frente a mí, y tocando su mentón elevo su cara a mis ojos.

—Estás muy pálida, Arlet, ¿te asustó mucho ese cabrón?

—Me asustó más pensar que te pasaría algo.

—De dos patadas lo habría reducido, Arlet —le digo.

—Gracias por defenderme —me sonrío, mirándome con sus ojos verdes brillantes, como con admiración.

Si algo tengo como hombre es mi parte protectora. Soy un tipo que le gusta cuidar de sus mujeres, y aunque Arlet no es propiamente mía, desde que la conozco, se ha vuelto parte importante para mí. Me caga que las hagan sentir inseguras. No iba a permitir que nadie le faltara al respeto.

—Mejor nos vamos ya —me dice.

—Pero la película no ha terminado... —le recuerdo.

Ella me sonrío. Suspira, se acomoda las tetas en su blusa y me responde, pícaro:

—No te pierdes de mucho. Todo lo demás es... sexo... y más sexo... sin fin.

Me río con ella y le digo, haciendo un gesto cachondo:

—Uf, qué rico.

—Lo sé —murmura.

Me vuelve a tomar de la mano y caminamos en silencio hasta el estacionamiento subterráneo. Dado que no ha resultado del todo bien el plan del cine, la noche no ha terminado. El segundo paso es llevarla a cenar.

—¿Y si mejor nos vamos a un bar? —me propone como si hubiera adivinado que estaba por pedirle que nos fuéramos a cenar a un restaurante—. Pero esta vez que sea muy lejos de aquí... donde la gente no me conozca.

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué ha de ser tontito? —me responde sonriendo—, porque si aquí la chica pensó que eras mi novio, si nos llega a ver un conocido mío o de tu papá, pensarás que tú eres mi amante.

—Pero papá dijo que te llevara a cenar —me hago el difícil, cuando la verdad es que a mí me apetece también mucho ir a un bar.

—No tiene por qué enterarse que nos desviamos, ¿no crees? —me guiña un ojo y yo me vuelvo a poner cachondo.

—Qué rico —le digo, coqueto—, eres una mala influencia para mí, “mamita.”

—Y lo que falta —me amenaza, relamiéndose los labios.

Nos subimos al coche y nos vamos del centro comercial, en busca de un bar lo más alejado de la zona. El silencio es abrumador. Hasta se me olvida poner la música “obscena y sexosa” que le había prometido a mi madrastra. Ya será para el regreso. Por otro lado, me gusta que tengamos secretos. Me gusta sentirme cómplice de sus travesuras. El mutismo se prolonga durante los veinte minutos que dura el trayendo a no sé qué parte de la ciudad, hasta que llegamos a un sitio donde hay una avenida con decenas de bares.

—Aquí se ve que está más solo —me dice, señalando un local que tiene letras fosforescentes de color ámbar.

Nos estacionamos cerca de allí, aprovechando que un auto ya se iba, nos bajamos del coche y entramos al bar sin problema.

Al final no está tan vacío como pensábamos. El bar parece más bien una discoteca donde hay un montón de gente bailando. Por desgracia no hay mesas disponibles, así que nos acercamos a

la barra, donde pedimos un par de tequilas puros para entrar en calor.

Arlet se toma el suyo de un solo trago, diciéndome:

—Lo siento, Alan, pero quiero olvidarme de lo que pasó antes. Pediré otro más.

Asiento con la cabeza. Le pido otro tequila y luego otro. El caso es que me sorprende su resistencia.

—Qué aguante tienes para el tequila, Arlet —le digo riendo.

Ella me responde poniéndose colorada. Yo apenas me tomo el primero y dejo el vaso en la barra. Entonces ella me dice;

—Vente, Alan, ya que no hay mesas disponibles, (y puesto que quiero que no se me suba tanto el tequila, que ya me maree) vamos a bailar un rato.

—Vale —le digo.

Hay muchos chicos que no pasan desapercibida al mujerón que llevo conmigo. Casi parece que me felicitan por semejante adquisición. Nos escabullimos entre el gentío y nos ponemos en un rincón de la pista, mientras la música de reguetón suena sin cesar.

—¿Sabes perrear, Arlet? —le pregunto, movido por la calentura y la curiosidad.

Y no cabe duda que el alcohol es canijo, porque ella me responde sin ninguna inhibición, cuando empieza a contonearse seductoramente:

—¿Por qué no le preguntas a tu padre, nene? En la cama no veas como perreo.

—Ufff —le digo—, ¿me enseñas?

Arlet se carcajea, y como respuesta se voltea, dándome la espalda, inmediatamente después me pega su tremendo culo en la entrepierna y se flexiona hacia adelante, para iniciar con riquísimos movimientos ondulatorios que hacen que sus nalgas se restriegen contra mi dura verga.

—¡Uyyyyy, que siento por ahíiii! —grita ella entre la música, cuando empieza a contonearse cada vez más sensual.

—Un amiguito que le gustaría saludarte —me atrevo a decirle.

—Alan... baja conmigo al ritmo de mis caderas —me dice sin otra respuesta.

La música es propicia para que ella empiece a tener movimientos de cadera y muslos frenéticos, mientras comienza a bajar.

—¡Baja, baja... baja...! —dice ella, empotrándome el culo contra mi endurecida verga. Y yo empiezo a bajar junto con ella—. ¡Así, así, así!

Cuando estamos lo suficientemente flexionados, ella empieza a echarse hacia arriba:

—Ahora sube, nene, sube, sube... mueve tus caderas... así, así, así...

Y yo empujo mis caderas contra su culo, y ella se aplasta contra mí, y tales colisiones nos mantienen tan pegados que parecemos perros apareándonos.

—¡Tu amiguito anda muy duro hoy! —grita Arlet, cuando le roba un trago de tequila a un camarero que pasa por ahí y se lo traga de golpe.

Me preocupa que se vaya a emborrachar... pero a la vez soy un hijo de puta al saber que podría aprovecharme de la situación.

La canción se termina y ella se gira hasta mí. Me abraza y me aplasta las tetazas contra mi pecho.

¡Pffff!

—Gracias por defenderme, Alan, me he sentido... muy bien después de eso —me dice, mientras reposa su cabeza junto a mi mentón.

Yo la abrazo, y sentirla tan mía, tan cerca de mi cuerpo, y con mi erección rozándole la

entrepierna, me tiene loco.

—No hay de qué; era lo mínimo que podía hacer por ti sabiendo quién eres.

—¿Y quién soy? —me pregunta.

—Pues... la novia de papá —decirlo me hace arder la garganta.

Arlet levanta la cabeza y me mira con los ojos enrojecidos. No puedo creer que se haya puesto ebria tan rápido. Pero es que así se ha tragado los tequilas la cabrona.

—¿Entonces sólo lo hiciste por eso? —y hace un puchero de niña que me dan ganas de comerla a besos.

—Y porque... porque me importas, Arlet, y me importas mucho.

Nos quedamos en silencio mientras la música se reanuda. Ella se separa un poco de mí como si me rehuyera, y me asusta su reacción.

—¿Dije algo malo? —me hago el desentendido.

—No... sólo, me preguntaba si...

—¿Si qué? —insisto.

—Si podrías abrazarme... de nuevo... para acabar con... esta mala sensación que me dejó ese tipo.

—Claro, Arlet, ven, mis brazos son tuyos.

Ella se me acerca de nuevo, extiende sus brazos y me rodea. Y yo hago lo propio con los míos. Cruzo mis brazos detrás de ella y mis manos quedan a la altura del preludio de su espalda baja y su culotote.

Y ahí estamos los dos, con la música sonando a nuestro alrededor y nosotros abrazados. Ella se separa un poco, echando su cabeza hacia atrás y me mira. Nos miramos. Sus labios se entreabren y yo puedo oler el licor escapar de su garganta. Ningún aroma es más exquisito que el de una mujer ebria.

—Me encantas, Arlet, no sabes cuánto —le digo, animado por el único tequila que me tomé y la desinhibición de su parte.

Y yo no espero que lo haga, porque ella no lo hará por su propia voluntad. Pero me está provocando. Su rostro está muy cerca del mío. Sonríe, traviesa, cachonda. Y yo cometo el error de bajar la guardia al mismo tiempo que inclino un poco mi cabeza hasta ella, que sigue con sus labios húmedos, entreabiertos.

—Sí, definitivamente estás bien pinche hermosa.

Y Arlet vuelve a sonreír, esta vez mordiéndose el labio inferior. Ella hará como sucedió en la piscina, llevarme al límite para ser yo quien haga el trabajo sucio, así como lo hizo cuando armó todo para que mi polla se restregara contra sus nalgas y pareciera que era yo quien había dado el primer paso, y no ella, quien inició el juego de las prendas y, seguramente, fingió el calambre para restregar sus nalgas contra mi falo.

—Y también eres muy cabrona —se lo digo tal cual es.

Y me cautivan sus ojos verdes. Y noto su respiración agitada, tan densa y febril como la mía. Mis manos frotan lentamente su espalda baja, pero me niego a descender para evitar agarrarle las nalgas.

Al pasar otro camarero con una bandeja con bebidas, ella, diablilla, me suelta, vuelve a robar otro vaso con una bebida que no es tequila pero que huele a licor. Y entonces, mira el vaso, traviesa, y luego me mira a mí, diciéndome sensualmente:

—¿Quieres?

—Sí, sí quiero, tengo sed.

—Pues bebe —me dice.

Pero en lugar de llevar el vaso a mi boca, (pues mis manos siguen ocupadas rodeándola hasta en la espalda) ella lo lleva a la suya, donde humedece sus labios con una copiosa cantidad de licor que incluso resbala por sus comisuras.

Y entonces entiendo su morboso mensaje. No necesitamos más palabras. No se precisa de una nueva indicación. Yo lo entiendo bien y sólo está en mí beber o no beber.

Y ella me sigue mirando, ganosa, me abraza, con su mano sosteniendo aun el vaso con la bebida, y entreabre más sus gruesos labios que llevan en su humedad ese licor que sigue resbalando por sus comisuras.

—Joder, Arlet... —susurro ante su incitante provocación.

Uno como hombre sabe cuando una mujer tiene ganas de marcha, cuando está en celo, cuando su puchita le chorra y tiene hambre de pene.

Yo sé que Arlet está cachonda. Que sus flujos deben estar corriendo entre su húmeda vagina. Puedo imaginar cómo está babeando de allá abajo con la misma gracia con la que babea su boca. Su aliento a licor golpea mi nariz. Y yo absorbo por completo su aroma. Con sus brazos me aprieta la espalda, y eso provoca que sus enormes melones se hundan sobre mi pecho.

Yo, por mi parte, la atraigo más hacia a mí. Quiero que sienta mi dureza, esa dureza que ella me la ha provocado.

—Arlet —susurro de nuevo, golpeándole el rostro con mi aliento.

Su cara es de deseo, y sus deliciosos labios siguen invitándome a probarlos. Yo me inclino más hacia ella al mismo tiempo que Arlet comienza a meter su rodilla entre mis piernas. Yo las separo. Mi bulto ya se encuentra endurecido, y me duele a madres dentro del pantalón. Y ella lo siente en su vientre. Mi madrastra es capaz de notar cómo palpita contra ella.

Y yo quiero agarrarle las nalgas, apretárselas fuerte. Quiero arrancarle la blusa que guarda dificultosamente la abundancia de sus poderosas mamas que ahora están pegadas a mí. Quiero comerle sus chichotas. Y cuando me harte, quiero ponerla de rodillas, sacarme la verga por el zíper y metérsela en la boca, hasta que mi glánde golpee su garganta.

Y entonces ella se frota lentamente contra mi entrepierna. Y sus labios húmedos me invitan a beberla.

Y entonces lo hago, mi debilidad me vence, y entonces ella gana otra vez. Y entonces yo caigo en tentación. Mi reacción es tan repentina, tan ardiente y tan visceral, que ella se sorprende de lo que hago aunque muy en el fondo sabía que iba a pasar.

La empujo completamente hasta mí, y mi boca atrapa la suya, y mi lengua lame desde sus comisuras y hasta sus blandos y gruesos labios, lamiendo todo el licor que ella humedeció para ofrecerme.

Me preocupa que Arlet no abra la boca, pero aun así yo chupo sus hermosos labios, absorbiéndolos, comiéndolos con fiereza y ansiedad. No puedo creer que le esté chupando la boca. ¡No puedo creer que mi lengua la esté recorriendo!

Pero de pronto ella me rechaza, me empuja hacia al frente, y yo cierro los ojos, asustado, esperando el bofetón. ¿Es que ahora ha reaccionado? ¿Es que es ahora cuando Arlet, después de calentarme durante toda la noche, se acuerda de que es la novia de papá?

Porque yo... yo lo he querido olvidar.

Entonces, mientras espero su golpe en mis mejillas, para mi sorpresa, Arlet también se vence, también pierde, también llega al límite. Y esto lo comprendo cuando ella se vuelve a lanzar contra mí, y cuando menos espero, abro los ojos, anonadado, y cuando lo hago ella ya me está

besando con locura, ardiente, cachonda, gimiendo, jadeando, hundiendo su mojada lengua dentro de mi boca, y... lo más fuerte, sintiendo cómo una de sus manos empieza a masajearme la verga por arriba del pantalón.

Y yo gimo cual toro en busca de hembra, y ella jadea como perra en brama, y es entonces cuando me armo de valor, y la misma calentura me obliga a bajar mis manos hasta sus enormes y poderosas nalgas.

Y entonces me lo dice, me lo propone, con voz caliente y erótica, sin soltarme el paquete que está encantada de frotar, y sin dejar de besarme con fiereza:

—Vá-mo-nos a otro si-tio...

—A donde quieras, mami —la sentencio como final.

Y ahora entiendo que los dos hemos caído.

Los dos hemos caído en tentación.

CAPÍTULO 7

En el mirador con mi madrastra

Intentamos salir del bar, enlazados por la mano. Yo voy delante de Arlet y ella me sigue, agitada.

Mientras nos deslizamos entre el gentío, pienso en sus labios impregnados de lujuria que aun saboreo en mi paladar.

Pienso en su lengua esponjosa mojándome la boca, invadiéndomela con su saliva y sus fluidos bucales.

No recuerdo haber besado nunca a una mujer cuya boca fuese tan húmeda, tan receptiva, y su lengua tan juguetona. Esa sensación de flujos bucales mezclándose de una boca a otra tiene mi paladar mojado.

Si así tiene la boca, no me quiero imaginar cómo tiene de lubricada la vagina, que debe de ser gloriosa, con unas pulpas gorditas, morenas, acuosas y brillantes de lascivia.

No sé bien a dónde vamos ni lo que pretendemos hacer saliendo de aquí. Yo sólo hago lo que me ha pedido Arlet, de salir de allí y dirigirme a un sitio “más tranquilo.”

El pedo es que no se me ocurre otro sitio más tranquilo que un motel. Y la cosa está también en que no sé si eso es exactamente lo que Arlet quiere... o sólo tiene en mente agasajarnos el uno al otro en alguna orilla de la ciudad y punto.

Lo cierto es que yo estoy bien caliente. Empalmadísimo. Tengo la verga dura y parada dentro de mi pantalón, y la ansiedad por agarrarle las nalgas, las tetas y volverla a besar me está desequilibrando la mente. Sus dedos enlazados entre los míos me dan la sensación de que ella me pertenece. Yo soy su hombre y ella mi mujer. Y quiero hacerla mía completamente.

—Por aquí —le digo tirando de su mano cuando encuentro un hueco entre el gentío por donde nos filtramos hasta llegar a la salida del local.

Escucho los tacones de mi madrastra detrás de mí y finalmente sentimos el soplo del viento nocturno impactar contra nuestros rostros.

—Ufff —dice ella, agitada—, creí que no saldríamos nunca de allí.

Este verano está siendo especialmente caliente, pero precisamente hoy, la noche está fresquita.

Continúo tirando de su mano y busco el coche de papá.

—Allí está el auto —señalo hacia adelante.

Una parejita está junto a él magreándose. El chico mete sus manos debajo de la pequeña falda de la chica y ella separa sus piernas mientras se besan. Parecen ebrios. El chico está estrujándole el culito a la rubita y yo ardo de ganas de hacer lo mismo con Arlet.

Pulso el botón del llavero, y suena la alarma del coche al quitar los seguros. La parejita se sobresalta y el tipo luego me mira. Evalúa al mujerón que llego de la mano y abre los ojos, sorprendido. Me lanza una sonrisa dándome su visto bueno y me dedica una mueca como diciendo “que buen culote te vas a comer, cabrón.”

Asiento con la cabeza al chico, orgulloso de tener esta belleza conmigo, y Arlet y yo vemos

como la parejita de calenturientos se aleja del coche mientras ella se adelanta, de manera que puedo contemplar sus grandes nalgotas y yo la ayudo a meterse al lado de copiloto.

Entre el fresco de la nochecita me dirijo al otro lado y abordo el vehículo. Mi corazón está temblando fortísimo.

Cuando cierro la puerta advierto el exquisito aroma a hembra en celo que se huele en todo el interior del vehículo y que se adhiere a todos los poros de mi piel. Esa atmósfera de sensualidad y lujuria me alborota aún más las hormonas. Encima veo que mi nalgona se está poniendo barniz en los labios, ya que el que traía anteriormente me lo comí a chupadas al besarla.

—¿A dónde vamos, Arlet? —le pregunto.

La nalgona termina de pintarse la boca y yo quisiera decirle que no es necesario que lo haga, pues de todos modos, más tarde que temprano, se lo voy a volver a quitar con mi boca. O si tengo suerte, con mi verga, cuando le repase el glande por sus labios pintados de rojo.

Arlet respira varias veces, y en su silencio yo enciendo el coche y empiezo a conducir, por lo que le pregunto de nuevo.

—¿Entonces? ¿A dónde vamos, Arlet?

Ella me mira de reojo, seria, y yo solo puedo apreciar sus abultados labios de la boca, gruesos, rojos, apetecibles, deliciosos.

—Entiende una cosa, Alan... esto que está pasando tiene que quedarse aquí, entre tú y yo, y no volverse a repetir nunca.

Por un momento me quedo de piedra, aunque sigo conduciendo. En realidad sé a lo que se refiere. Ya se me hacía raro que no me lo dejara claro antes. Es la típica mujer que trata de excusarse de sus “malas” acciones para que el hombre no la catalogue de “facilona” “golfa” y “ofrecida”. No tarda en decirme que “ella no es así, que lo que acaba de pasar en el interior de bar fue por la influencia del alcohol y la situación, pero que no piense mal de ella.”

Me sé esos diálogos y excusas como si fuera el ángel de mi guarda.

Si la nalgona supiera que no me importa nada de eso seguramente estaría menos angustiada. No me interesa si es una “facilona” “golfa” u “ofrecida”, porque ahora ella está conmigo. Yo en realidad lo que quiero es que ella esté tranquila, que se sienta cómoda y segura a mi lado. Yo pretendo que ella goce del momento. A su vez yo quiero disfrutarla. Sentirla. Deseo que ambos nos divirtamos. Que sea un momento nuestro, exclusivo y memorable.

Después de todo, sólo somos un hombre y una mujer calientes, que buscan saciar sus apetitos más humanos.

Entonces, de pronto, como si hubiese tenido un pensamiento premonitorio, ella me dice:

—A ver, Alan, me preocupa lo que puedas pensar de mí. Me da mucha vergüenza. Te juro que esto que ha ocurrido... me ha salido del alma por el momento. Creo que ambos conectamos bien y pues... ha pasado. Pero esto no puede significar nada más. Quiero decir que no quiero que tengas ideas raras sobre mí.

Suspiro hondo. Es como si yo mismo me hubiera spoliado antes.

—No tienes ni qué decírmelo, Arlet. —Procuró que mi voz sea serena. Mi intención es tener un mensaje para ella que la relaje—. Yo no pienso nada raro sobre ti. Yo lo que veo es a una mujer que se está divirtiendo conmigo, que la está pasando chingón. Está claro que ambos nos atraemos, que nos gustamos, y perdona que lo diga así de directo, pero ambos nos traemos unas pinches ganas que ya no podemos con ellas. Y ya no importa qué tipo de lazos nos unan, lo que estamos haciendo no tiene nada que ver con hacerle mal a nadie, sino con dejarnos llevar tal cual, haciendo una oda a nuestro propio egoísmo. Lo que hemos hecho y lo que haremos, no nos hace,

ni nos hará, malas personas. Sólo somos un hombre y una mujer aprovechando una oportunidad.

Arlet mira hacia la ventana de su lado. Su pecho se inflama de vez en cuando. Su respiración es inconexa y fuerte. Está nerviosa. Aprieta sus muslos. La blusa tipo leopardo está desacomodada. Puedo ver el contorno de su brassier. Sus pechos están secretando. Se ven enormes, duros, deliciosos.

—¿Qué me tratas de decir con todo esto, Alan? —No me mira a la cara, pero su voz es firme—. ¿A qué te refieres con “lo que haremos”? porque de una vez te advierto que yo contigo no pienso hacer nada más.

Pierdo un poco el hilo de lo que estamos haciendo. Esta era la parte que yo no quería que llegara. No tengo claro lo que piensa, pero sí tengo claro que no dejaré cortar este momento, porque es nuestro, y lo quiero aprovechar.

—Dijiste de salirnos del bar y de irnos a otro sitio más tranquilo, Arlet. Y eso es lo que hemos hecho, ahora hemos salido y estamos yendo a un sitio más tranquilo. No sé a dónde, pero espero que cumpla con nuestras expectativas. Si esa idea tuya no fue una propuesta indiscreta, para continuar en otro sitio lo que adentro comenzamos, entonces no sé lo que fue.

Arlet es una mujer de armas tomar. Por eso ahora decide posar sus bonitos ojos verdes sobre mi cara. Tal vez pretenda intimidarme, porque si esa es su intención, sí que lo hace a la perfección. Es una mujer hermosa, y lo sabe, pero su mirada siempre es muy fuerte, seductora e intimidante.

Arlet sabe lo que produce en mí y se aprovecha de ello. Yo no es que sea un tipo manipulable, pero cuando una mujer me gusta con la intensidad con que me gusta ella, me vuelvo su más estúpida marioneta.

Y por más que quiero, intento hacerme con el control de la situación, pero entonces ella, con sus ojos verdes, parpadea, enarca una ceja, y me detona por dentro. Caigo rendido a sus pies.

Pero el intento estoy haciendo.

—Te dije eso para romper esa atmósfera de... calentura, Alan, porque por activa y por pasiva, ambos sabemos que es un terrible error lo que acaba de suceder. Lo mejor que podemos hacer es que volvamos a casa y hacer como que esto no pasó nunca.

No me gustan las mujeres que primero dicen una cosa y luego hacen otra. Yo no voy a caer en sus jueguitos estúpidos. En eso sí que yo no cederé. Tiene que afrontar lo que dice y lo que hace.

—Dijiste eso porque estás caliente, Arlet. Me sobaste la verga y me besaste. Simplemente te dejaste llevar por tus instintos más primitivos. Y eso no es ningún error.

—¡Tú me besaste a mí, cabrón, no empieces con ideas que no son!

Su respuesta me desconcierta. Acelero un poco más sin querer y luego freno, provocando que nos sacudamos y su blusa de leopardo haga mella con sus hermosas tetas, cuyo brassier se ha expuesto ante mí.

—La primera vez sí, Arlet, la segunda vez tú te lanzaste a mi boca. Y te lo vuelvo a repetir; también me sobaste la verga, y no me la soltaste ni siquiera cuando me dijiste que querías que te llevara a otro lado.

Ella respira a profundidad. Vuelve apretar las piernas. Se acomoda sus melones en su blusa y me responde:

—Alan, me has malentendido.

—Sí, a lo mejor, pero de que estás caliente lo estás.

—No me digas esas cosas ahora, Alan, por favor, que no está bien.

—¿A qué tienes miedo, Arlet? Porque es evidente que nos gustamos y estamos calientes los

dos justo ahora. Eso ni tú ni yo lo podemos negar.

Por la avenida en que vamos hay poco tráfico, algo rarísimo en esta gran urbe.

—Estarás caliente tú, yo lo que estoy es confundida, Alan.

—Y también estás caliente —vuelvo atacar—. Tan es así, que te puedo asegurar que si meto mis dedos en tu rajita descubriré que estás empapada.

—¡Tampoco me hables así! —Arlet parece enfadada, e indispuesta a hacerse cargo de lo que hizo y dijo antes.

Ella está en un plan en el que es incapaz de hacerse cargo de lo que quiere y lo que siente.

Pero cada vez que le digo que está caliente, sus mejillas se encienden y sus muslos se aprietan.

—Escúchame, Arlet —la miro profundamente cuando me detengo en un semáforo en rojo—. No voy a obligarte a nada, yo te insisto en continuar porque sé bien que tú también lo deseas. Pero, como te digo, yo me conformaré con lo que tú quieras darme. Porque no vamos a volver a casa, hasta que me des o quieras que yo te dé lo que tú quieres.

Los ojos de Arlet empiezan a brillar mientras me miran. Desvío los míos a sus labios y no puedo creer lo apetecibles y riquísimos que se ven.

No puedo creer que ya los haya probado y que me hayan gustado tanto.

—Alan... me siento muy mareada y...

Ahí va la parte donde Arlet intentará justificar el beso que me dio y el agarre de bulto atribuyendo todo al alcohol. Pinche cabrona mentirosa. Desde luego, yo no pretendo descreerla. Estoy dispuesto a hacer como que le creo que se ha puesto como perra en brama por el alcohol y no porque lo desea. Aunque no me convence.

A mí no me conviene sacarla de este estado de inhibición. De momento sé que sigue en la línea delgada entre lo que quiere y lo que es correcto. El problema es que lo que es correcto ahora a mí, por la calentura, no me importa.

Me siento mal, terriblemente mal por papá, a quien quiero de verdad, y me duele en el alma tomar como justificación todo el daño que nos hizo a mi madre y a mí cuando nos abandonó, por huir con esta...

¿Iba a decir puta? Tal vez lo sea, pero Arlet me gusta de verdad. Al final no creo que sea tan mala como yo pensaba. Es simplemente una mujer caliente que gusta disfrutar de la vida. Tan es así, que ya tiene una hija adolescente.

—¿Y si dejas simplemente de ser mi madrastra por esta noche? —le propongo, y empiezo a avanzar hacia un sitio que parece más oscuro.

—Alan, por favor.

Ahí empieza su estira y afloja.

Ella está caliente. No me cabe ninguna duda. Sigue apretando los muslos. Sigue sudando frío. Y yo no puedo dejar pasar esta oportunidad. Me conformaré con besarla otra vez. Dejarla que me agarre el pito y, si tengo suerte, que me deje sobarle sus nalgotas o sus pechos. Lo que sea, pero no tengo la intención de dejar que baje su libido.

Por eso le propongo lo siguiente:

—A ver, Arlet, ¿y si hacemos como que no nos conocemos? ¿Y si hacemos como que yo vine al bar, te encontré sola, nos tomamos unos tragos, te invité a bailar, y de ahí nos gustamos, tuvimos química y nos besamos?

Arlet está recargada en el asiento, sonriendo por primera vez desde que saliéramos del bar.

—¿Qué opinas? —le pregunto ante su nula respuesta.

—Y si no nos conocemos de antes, ¿esto simplemente podría ser un... flirteo de una noche?
—me responde.

—Sí, justo es lo que digo —el corazón me empieza a martillar otra vez al notar su disposición—. Solo imagina que no me conoces de nada, que me acabas de conocer y que...

—¿De veras piensas que yo, cuando no tenía pareja, en la primera cita me dejaba besar?

Me quedo en silencio para no cagarla con mi respuesta. Luego, cuando cavilo un par de cosas, respondo:

—¿Tal vez no?

—Depende de qué tanto me gustara el chico —mi nalgona se empieza a reír, y yo me río con ella.

—Bueno, entonces, imaginemos que yo soy un chico que te gustó mucho, ¿me besarías en la primera cita?

Arlet se mira nuevamente en el espejo que usa para ver su maquillaje y la veo sonriendo.

—Ya te besé —me dice—, creo que sí debes de gustarme mucho, ¿no?

—Eso parece —le digo, hinchándome de ego al saber lo que opina de mí—. Tú me fascinas, ¿sabes? —le confieso verbalmente por primera vez.

—Pero antes me odiabas —me recuerda.

—No es que te odiaría, pero digamos que mis sentimientos hacia a ti... no eran los mejores, y sabes bien la razón.

—Sí, lo sé, pero no fue mi culpa.

No quiero que nos distraigamos con el pasado, por eso le digo:

—¿Entonces, Arlet? Suponiendo que no tienes pareja, que acabas de conocer a un chico... y si te gusta tanto, ¿qué más le harías o te dejarías hacer además de besarlo?

Espero atento su respuesta, intentando saber a qué atenerme.

—Depende de qué tan bebida estuviera —me respondo.

—¿En serio? ¿Y cómo es eso?

—Bueno, digamos que... si estoy algo bebida, el chico se tendría que conformar con el beso, pues me encontraría muy inhibida. Pero no te confundas, porque si estuviera muy ebria, me quedaría dormida. Entonces, en el punto medio, si estuviera medianamente bebida, estaría más desinhibida, y sólo por eso creo que iría un paso más allá...

—¿A sí? —dije, y siento cómo mi verga empieza a despertarse—. ¿Qué es eso de ir un paso más allá?

—Pues... es probable que mi lengua se desviara de la boca hacia su cuello, hacia su pecho... hacia donde quiera que mi instinto me hiciera bajar.

Su voz es putonamente sensual. Y mi bragueta se infla. Yo avanzo hacia la oscuridad de la ciudad. Veo veredas sin casas. Más bien hay árboles, pocas lámparas, pero la luz de la luna sí que nos ilumina.

—¿Y qué más...?

—Pues... me dejaría... tocar...

—¿Las nalgas?

—Sí, las nalgas —responde con una risita coqueta.

—¿Los pechos?

—Sí... los pechos...

—¿La... vagina?

—No...

—¿No?

—No en la primera cita.

—¿Qué significa?

—Que cuando un chico me gusta de verdad, le doy una segunda cita... donde... es probable que acceda a lo demás.

—¿En la primera cita no?

—No, en la primera cita no hay penetraciones.

Me quedo en silencio, cuando decido continuar avanzando, más bien subiendo, a una empinada boscosa.

—Te estás dirigiendo a un mirador, ¿lo sabías Alan? Y ni siquiera te he dicho por dónde seguir.

—El instinto —sonríó—. ¿Pero entonces, Arlet? ¿Ahora qué tipo de ebriedad llevas contigo? ¿La que es leve, y sólo te dejas besar?, ¿o la mediana, que incluye... uff... toqueteos y un poco más? Porque es evidente que borrachísima para dormirte no estás.

Sigo subiendo la cuesta y Arlet vuelve a sonreír.

—Estoy... medianamente borracha, Alan.

—Pfff, Arlet —mi glándula salta, y mis huevos se comprimen, produciendo una cantidad inmensa de leche—. ¿En verdad...? ¿Estás en la etapa donde permites besos... lamidas, estrujadas de nalgas, tetas... y un poco más?

Arlet jadea un poco, justo cuando llegamos a la cima del mirador, desde donde se puede mirar gran parte de la ciudad. Una ciudad que aún está despierta, y donde hay luces allá abajo, mientras aquí arriba estamos nosotros, sólo nosotros, dentro del coche, Arlet y yo.

—Sí, Alan.

—¿Y cuál es el límite?

Mi nalga caviló. Luego respondió:

—Cero penetraciones ni... caricias en mi entrepierna.

Me siento atagantado. La boca se me ha secado de lo ansioso que estoy. Para mí es suficiente. Más vale poco que nada. Si sale bien esta primera cita, en la segunda le pondré la follada de su vida.

—¿Eso significa que accedes a mi proposición? —le pregunto para dejarlo claro.

—Pero cero penetraciones —asiente con la cabeza, y su mirada seductora se torna sombría.

—Perfecto —respondo, con la verga bien parada y dura dentro de mi pantalón.

—¿Nos podemos refrescar un poco? —me pregunta justo cuando aparcamos—. Salgamos un rato del coche.

—Claro —respondo.

Estoy tan caliente, tan maniaco mentalmente, que en efecto, necesito aire fresco.

Dejo encendidos los faros del coche y pongo música de Babo, en un playlist donde coloqué las canciones más sexosa que encontré. Mientras ella sale del vehículo por sí sola, yo me acomodo el falo en mi pantalón.

Una de las cosas negativas de tenerlo tan largo y tan grueso es que no se pueden ocultar las erecciones.

Lo cierto es que me alegro que no haya más coches a nuestro alrededor. El destino me está ofreciendo un instante de gloria.

Salgo del coche y lo rodeo. Arlet está junto a la puerta de copiloto, de pie. La puerta está abierta, y ella mira hacia abajo, las motitas de luces de autos, casas y edificios. Me acerco a ella y veo que a medida que me aproximo más, sus nalgas se vuelven enormes. No cabe duda que ese pantalón de cuero es fascinante y le favorece bastante. Le queda como un guante. Me encanta.

Ella me encanta.

—Lindas vistas —me dice, observando el panorama desde el mirador.

—Exquisitas vistas, diría yo —respondo, mirando su culazo.

Arlet se gira hasta a mí y ve lo que estoy viendo.

—Eres un cerdo —sonríe.

—Pero te gusto —afirmo.

La novia de papá está buenísima. Su mirada es sensual. Quedamos frente a frente y sólo nos separa lo gordo de sus tetas, que están muy cerquita de mi pecho.

—Todo esto es una locura, Alan —razona, mientras yo pongo mis manos en sus caderas. Mis palmas se queman de morbo mientras las frota. Ella se remueve un poco.

—Lo es.

—Alan —me dice, mientras yo miro sus ojos verdes.

—¿Sí? —Ahora bajo lentamente mi mirada hacia sus labios.

Son grandes, carnosos, rojos. Me acerco un poco más a ella. Continúo acariciando sus caderas y mi pecho de pronto siente la punta de sus senos.

—Esto... que sentimos... está mal... es prohibido... ¿lo sabes?, no sólo porque... yo soy una mujer con pareja sino porque... esa pareja... es... tu papá y...

—Lo sé.

Mis manos se desplazan hacia su espalda baja. Las introduzco por debajo de su blusa y siento cómo su piel y la mía se erizan.

—¿En verdad lo sabes, Alan?

—Sí... y lo entiendo.

Lentamente meto una de mis rodillas entre sus piernas. Ella las separa un poco, dándome apertura para poder ingresar un poco más. Mi verga está que revienta en mi pantalón.

—¿Y sabes que sólo por eso debemos parar... Alan, y no cometer más errores?

—Sí... —coincido, frotando mis manos debajo de su espalda baja, descendiendo un poco hasta que palpo los contornos de sus pantalones de cuero.

—¿Sí... Alan?

—Sí... Arlet...

Con mis manos la atraigo hasta mí. Su boca ya está muy cerca de la mía. Sus tacones apenas se mueven. Más bien es su pelvis y caderas las que echa para delante. Su entrepierna siente la dureza de mi falo debajo de mi pantalón, y yo hundo un poco más mi rodilla entre sus piernas, de manera que ella se abra un poco más.

—Entonces... si ya sabemos que esto está mal... —dice Arlet, agitada, con su voz con olor a alcohol chocando contra mi cara—, y prohibido... y que si continuamos con esta locura podríamos provocarle el daño más devastador a tu padre, que ahora es mi marido... ¿qué es lo que debemos hacer?

—Parar —digo con sinceridad.

Y entonces me atrevo a extender mis manos y mis dedos sobre la curvatura alta de sus dos enormes nalgotas, y las aprieto una vez, mientras ella jadea.

—¿Entiendes, Alan, entonces, que debemos parar?

—Sí... —respondo, justo cuando hago descender mis manos extendidas más hacia abajo, de modo que finalmente las tengo bien prensadas contra mis dedos y las estrujo.

—Pero no es lo que quiero... —confieso.

Hundo de nuevo mis dedos en sus nalgotas, y dejo que mi boca ensalivada encuentre la suya.

Y nos besamos.

Es imposible que mi erección pase desapercibida por Arlet, porque está a reventar. Y ella la siente. Y por su cara enferma de lujuria sé que le encanta sentirla. Mis dedos experimentan una riquísima sensación de gozo y pasión mientras los entierro en la dureza de sus nalgas.

Ese culazo que se carga es duro, está trabajado, pero a la vez posee suavidad y esponjosidad. Estoy seguro que la sensación de su cola rebotando sobre mis huevos será la mejor experiencia que haya tenido en mi vida.

Sus tetazas están luchando por explotar debajo de su blusa de leopardo, pues se restriegan contra mi pecho a medida que mi lengua y la suya libran una batalla campal.

—Hummmghfggh —jadea Arlet en mi boca.

Mi madrastra me besa con una pasión fiera. Sus manos despiertan y comienzan a meterse debajo de mi camisa. El contacto de sus eróticas uñas rasguñando mi espalda caliente me estremecen. Y todo esto es una locura. Pasa sus manos por toda mi espalda y entonces yo me separo de su boca y empiezo a besarle el mentón, y voy bajando hasta su cuello, donde me prendo, deslizando mi lengua desde el lóbulo de la oreja hasta su clavícula.

Y Arlet gime, hunde sus uñas en mi carne y sus piernas aprietan mis rodillas.

—¡Estás deliciosa, Arlet! ¡Me encantas, en verdad! ¡Estás hecha un manjar! ¡Eres una ricura de mujer!

Mi verga escondida en mi pantalón golpea la pelvis de esta deliciosa nalga. Mis dedos se hunden en su tremendo culo, y sus tetas se clavan en mi pecho al tiempo que ella me vuelve a devorar la boca con la suya.

—¡Ouuuhhhh... qué rico, Alan, que ricoooo! —brama como perra en celo.

Y me pongo como perro en brama yo también. No hay nada más excitante y morboso que una mujer te hable sucio. Te diga lo que siente y lo que le gusta.

Y yo no puedo creer que esté sucediendo, que ambos nos estemos comiendo, que ambos nos estemos acariciando aun si tenemos la ropa puesta.

Y con mis manos sigo estrujando su enorme trasero, que en verdad es extraordinariamente

monumental. ¿En serio todo esto se come mi padre?

Riiiiingggg Ringggggg

¡Maldita sea! ¡Lo he invocado!

Rinnnnng Ringggggg

Timbra el teléfono de Arlet. Los dos nos paramos en seco. Abrimos los ojos y saboreamos lo que nos hemos compartido de babaza y saliva. Arlet se separa de mí, se acerca a su bolso, que está debajo del asiento, y saca el celular.

—Es tu padre, joder —me dice palideciendo.

Yo me encojo de hombros, un poco cortado, y mientras ella responde, me recargo en el coche. Papá no pudo ser más imprudente. Arlet me da la espalda, camina un poco hacia adelante y yo veo cómo sus dos deliciosas nalgas rebotan debajo de su pantalón de cuero.

—Cariño, buenas noches, ¿cómo va todo? —le pregunta Arlet—. Yo bien, mi cielo... aquí... encantada con tu hijo. Es un acompañante delicioso...

De pronto, Arlet, se gira un poco hasta a mí y me mira con un cinismo que me desconcierta. Pero me gusta, y le sonrío. No escucho bien lo que responde papá, pero Arlet sonríe también.

—¿En verdad se me nota, querido? —ríe la novia de papá.

Al parecer él la ha cuestionado sobre el arrastre de su voz al hablar.

—No, no, vida mía, es que desde mi calambre me siento muy estresada, y decidí beberme unos tequilas, no te enfadarás por eso, ¿verdad?

Entonces Arlet empieza a retroceder, así, de espaldas, hasta que de pronto su culo choca contra mi entrepierna. No me espero en absoluto Arlet menee la cola en mi bragueta mientras habla con papá. Debe ser una reacción cínica del alcohol.

Yo, a su vez, me quedo rígido, helado, nervioso, como si papá fuera a mirar lo que hacemos su mujer y yo mientras habla por teléfono.

Las pesadas nalgas de Arlet se hunden en mi pelvis. Mi verga está tan dura que podría reventar el pantalón mientras ella lo masajea con su culo.

—¿Cómo crees que estoy conduciendo, tontito? No, mi chofer es... tu hijo... pero no te preocupes, que ahora mismo estamos en... un restaurante, pero yo he venido al baño para... escucharte mejor.

Su culo restregándose contra mi bragueta produce que mis manos se apresen de sus gordas piernas, y las acaricie.

—... a diferencia de ti, cielo, yo tengo muuucho calor —dice ella, meneando su cola con más cadencia y lujuria—. Sí, amor... sabes lo caliente que me pone el tequila, ¿qué?, tranquilo, corazón, que te digo que estoy en el baño, ¿cómo crees que podría hablar de estas cosas delante de él?

Y Arlet sonríe, y yo empiezo a ascender mis manos sobre sus caderas, cintura, vientre... hasta llegar a sus senos.

—¡Auch! —jadea Arlet cuando se las aprieto—, ¿eh...? Nada... querido... es sólo que... me estoy acariciando mis senos.

No puedo creer tal descaro. No puedo creer que le esté diciendo estas cosas a papá.

—Te decía que el alcohol me ha puesto muy cachonda... sí, vida, sí... mi chochito está empapado, ¿cómo?... sí, amor, sí... si vieras cómo me escurre.

Sus palabras me descomponen. Arlet está sintiendo cómo mi enorme y duro bulto golpea el centro de su culo, mientras mis manos masajean sus enormísimas tetas por arriba de la blusa.

—Hummm, papi, con lo que me encantaría que estuvieras hundido entre mis piernas... —le

dice, con la voz más pornográfica que he escuchado nunca—, ¿verdad que sí? Claro, cielo... estoy ardiendo. Me siento cerdísima. Ay, papi, espero que al llegar a casa ya estés allí, o tendré que calmar mi calentura con mis dedos... hummm, sí...

Arlet jadea ni bien bajo mis manos otra vez pero ahora para meterlas debajo de su blusa. “Ouggggh” Mis manos arden al contacto con la suavidad de su piel. Entonces, subo lentamente por su vientre, hasta encontrarme con su sexy piercing en el ombligo.

Juego con las yemas de dedos con él y ella gime de nuevo. “Hummm.”

Entonces, ella le dice a papá:

—Cómo me encantaría que me sobaras los pechos, amor... así... lentamente, sin sacármelas de la blusa, sólo por arriba del brassier, y solo tocarlas... acariciarlas por arriba, justo hasta los contornos de mi sujetador.

Y es lo que hago. Mientras mi falo revienta en mis pantalones, mis manos apenas pueden abarcar las costuras de su brassier. Son enormes.

—Hummm... sí, papi... Cómo me excitaría que me acariciaras mis grandes y gordas chichis mientras me pasas la lengua por mi cuellito... ¡Ohhhh, síiiii, síiiii!

Arlet apenas lo dice, yo le mojo el cuello con mi lengua. Y saboreo a la grandísima cabrona. Este morbo me está matando. Quisiera ponerla a cuatro patas aquí mismo, sobre el pasto, y ensartarla de una vez por todas.

—¿A qué horas vuelves a casa, amor? —le pregunta ella a papá mientras yo sigo chupando su cuello. Adviento cómo se eriza su piel en mi boca. Está calientísima. Me encanta cómo me perrea, cómo mueve su gordo culo sobre mi paquete—. ¿Qué qué hora es? Ammm, ¿Apenas son las dos de la mañana...? Uy, temprano... ¿a las cuatro vuelves a casa, dices, amor? ¿En verdad tanto trabajo tienes? Bueno, sí, cariño, entonces, ¿nos das permiso a Alan y a mí de quedarnos otro rato más? ¡Ahhhh... síiiii! Sí, amor, te dejo, iré con tu hijo, que debe estar esperándome... ¿Qué qué estoy cenando...? Bueno, vida mía, ahora mismo nada, pero en cuanto regrese a la mesa... me atragantaré con un salchichón... buenas noches querido.

Y cuando corta la llamada, yo apenas puedo creer que sea tan hija de la chingada, tan cabrona y tan cínica. Y aun así, me excita que sea una putota. Arlet se gira contra mí, y me vuelve a besar con pasión, sin decirme nada. Hunde su lengua hasta mi garganta y yo vuelvo a estrujar su cola con gusto.

—¡Qué dura la tienes... qué rico se siente! —me dice.

—Estás ardiendo, mami.

—¡Si supieras cómo estoy de mojada...!

—¿Puedo tocar?

—Tenemos un acuerdo —me recuerda, mientras seguimos besándonos y magreándonos.

Cuando se nos agota la respiración nos separamos. Arlet, toda una fiera, me empuja hacia atrás y yo caigo sentado en el asiento de copiloto.

Ella me sonrío, allí, de pie, mientras veo cómo se deshace del nudo que sujeta la blusa de leopardo.

—Ahora sí, cabroncito —me dice con lujuria—, ya oíste a tu papi; tenemos dos horas para portarnos mal. Enséñame qué eres capaz de hacerle a una mujer como yo.

Aprieto los dientes. Me muerdo los labios, me acomodo la verga dentro del pantalón y veo cómo la blusa de Arlet cae al suelo, quedando solamente en sujetador.

—Yo puedo hacerte bramar de mil formas, mamita, ¿lo sabes?

—Hummm —empieza a mover sus tetazas mientras se quita eróticamente el brassier,

moviéndose al ritmo del rap que suena en el coche cuando le subo al volumen otra vez—... esa voz me agrada, delicioso hijito, porque justo ahora me estoy quemando por dentro.

Cuando menos acuerdo, las copas del brassier desnudan sus pechos uno en uno. Primero es el izquierdo, turgente, monumental, que cae rendido sobre su pecho. Luego le sigue la siguiente mama, que se derrumba sobre su cuerpo.

Y entonces ahí está mi sexoxa madrastra, espectacularmente con sus dos melones de carne morenos desnudos hasta mí.

—¡Uta... Arlet, pero qué melonazos tenías guardados ahí dentro! —bramo.

En efecto, son magnánimos, y más grandes de lo que pensaba. Lo mismo me pasa al ver sus pezones, que son más gorditos y afilados de lo que me imaginaba. Sus areolas oscuras se le miran deliciosas. Pareciera que fuese una mujer preñada con litros de leche en sus glándulas mamarias. Son dos gordas mamas deliciosas que ya ardo por comerme.

Arlet se mueve al ritmo de la música, y empieza a sacudirlas de un lado a otro. Éstas botan sobre su pecho una y otra vez, y a mí se me sale la saliva de la boca. Estoy hambreando. Quiero coño y tetas. Quiero culo también.

—¡Amamántame, mamiii...! —le digo excitadísimo, tumbado en el asiento de copiloto—, vamos, terminame de criar.

Pero Arlet tiene otros planes para mí. Es ella la que se hace cargo de la situación, y no yo, tal parece. Mi madrastra se acerca más a mí, pero de repente, ella se pone a gatas entre la maleza del suelo. Y gatea un poco hasta que toca mis rodillas flexionadas, y yo, agitado, caliente, veo que con sus manos busca la hebilla del cinturón de mi pantalón, y entonces sé lo que prende hacer.

—¡Joder, mami!

Arlet lo desabrocha como una experta, y finalmente desabotona mi pantalón. ¡Qué morbazo! Me levanto un poco para bajármelo. Pongo mi culo más adelante del asiento para que ella esté cerca de mi entrepierna y suspiro, ansioso.

—Qué boquita tienes, mami.

Ella me mira a los ojos, y noto que los suyos están ardiendo, repletos de lujuria. Entonces me levanto un poco para sacarme el bóxer, y cuando los restiro hacia abajo, salta mi larga y gorda verga dura sobre su cara.

Y ella hace un gesto de puta en celo que me excita.

—¡Madre mía, pero si la tienes enorme! —se maravilla, relamiéndose los labios.

—¿Te gusta?

—Está deliciosa, ricura.

—Es toda tuya, mamacita, haz con ella lo que te venga en gana.

Entonces, una hambreada Arlet, me la agarra con las dos manos, la aprieta fuerte y ella puede sentir cómo mis venas palpitan sobre su piel mientras me la aprisiona. Y la imagen que tengo es gloriosa: mi verga gorda entre sus manos, acercándose a su boca, sus obesas tetas cayendo pesadas sobre su pecho, y yo apuntando mi glande a su boquita.

—Atragántate de mi verga, mami —le digo completamente enardecido—, que quiero empacharte de mi leche.

Pero antes de hacerlo, ella me sonríe, lujuriosa, cachonda, candente, agita mi falo duro y pone la punta babeante de mi glande en uno de sus pezones, mojándolos con mis presemiales, luego hace lo mismo con el otro.

—¡Uff, Arlet, qué morbo, qué tetas!

Y yo estoy vuelto loco, pues cuando ella vuelve a formar una cara de zorra en potencia, abre

su boca, mete mi miembro lentamente, y sólo entonces, cuando la tiene bien adentro, sé que empezará a hacerme una formidable mamada de verga y de huevos.

Y con suerte, le propinaré esta noche la follada de su vida, aquí mismo, dentro del coche de papá, mientras hacemos guarradas cerdísimas.

CAPÍTULO 8

Desafíos

I

En mi puta vida había tenido semejante manjar de mujer del calibre de la hermosa de Arlet, de rodillas entre mis piernas, con sus gordos melones desnudos pegándose entre sí, aplastados, haciéndose más grandes por la compresión y la fuerza al juntarse.

Nunca había visto un par de apetecibles pezones morenos tan enhiestos y duros en vivo y en directo. O esa es la impresión que tengo sin tocarlos, sólo con mirarlos.

Su pelazo negro brilla bajo el haz de la luna platinada mientras el viento templado de la noche nos azota.

Y yo estoy alucinando a niveles cósmicos con las excitantes vistas que tengo delante de mí en tanto permanezco sentado en el asiento de copiloto; Arlet mirándome obscenamente, con tus contundentes pechos llenándome la mirada. Sus ojos verdes centellantes, llorosos, coquetos, sensuales. Sus gruesos labios (que antes de besarnos habían estado pintados de rojo) pegados a mi sensible cabezón rosáceo, desde donde ella pretende absorber toda mi verga hacia adentro de su boca mamona, con mis venas palpitándole en la lengua y el paladar.

La novia de papá me chupa la punta, que ya babea, y con su lengua juega con mi uretra. Parece una niña pequeña chupando una paleta. Luego emplea sus labios para empujar hacia abajo, hasta llegar a la mitad de mi falo. Me excita demasiado ver su boca desfigurada, incapaz de tragársela toda, como si se hubiera metido un plátano enorme que no le cabe. Arlet luce hambrienta y lujuriosa. Le supone un reto difícil hundir completamente mi dura erección dentro de ella. Se le antoja comérsela toda, aunque de momento no puede.

Por ahora tiene una expresión de que estuviera inflando un globo por dentro de la boca. Es divertido que lo siga intentando, sin éxito. Pero lo que más me gusta es que no deja de lengüetear y estimularme, provocándome un delicioso hormigueo en todo mi pubis. Me gusta sentir sus labios apretándose contra mis venas palpitantes, y sintiendo el calor de su aliento quemándome el pene.

—¡Uy, que boquita tienes... preciosa! —la incito.

—Mgggghuuuummggg —responde ella con mi enormidad alojada en su boca.

A estas alturas mi madrastra ya tiene la mitad de mi grueso falo dentro. Arlet, como una experta lujuriosa, da lengüetazos muy húmedos a todo mi tronco. Puedo sentir un cosquilleo exquisito en la punta de mi glande. Y ella sigue dando esas deliciosas chupadas, sujetando con sus manos la base de mi erección, apretándola fuerte.

—¡Jodeerr! —balbuceo, removiéndome en el asiento, experimentando un calor en mis entrañas y un ardiente cosquilleo por toda mi entrepierna y pecho que me estremece—. ¡Ufff, mami!

A mí me excita incluso la forma en que respira y parpadea. Sus largas uñas lucen más sexys mientras sus dedos me aprietan mi falo. A decir verdad, me es difícil identificar qué es lo que me provoca más morbo, si que Arlet me esté dando la mamada de mi vida, sin metérsela aún por completo a la boca, o estas inmejorables vistas que tengo de ella arrodillada chupándome la

verga como tal, cayendo gruesos goterones de fluidos de su boca que resbalan en sus melones.

Arlet se saca el falo de su boca, me la suelta, luego emplea sus dedos para distribuirse los fluidos de sus comisuras en sus pezones y areolas y después me sonrío eróticamente, volviendo sus manos a rodear con dificultad la circunferencia de mi tranca.

—Qué gorda la tienes —me halaga, usando un tono de voz de putonsísima que me pone a mil.

—¿Te gusta el sabor? —le pregunto, respirando.

—Me fascina —me responde.

Y para dejármelo claro, saca la lengua y se relame los labios, donde aún tiene el sabor de mi falo.

Mi polla luce desolada sin su lengua mojándola, y me exige de inmediato que la boquita de mi madrastra vuelva a comérsela.

—¿A qué te sabe, Arlet?

Ella vuelve a agarrármela y sacude mi enorme falo, jugando con él, y sonrío, endiosada, gloriosa, hermosísima.

—Me sabe a cabroncito morbosos y degenerados.

Me echo a reír y veo cómo usa una de sus yemas para recoger una gota acuosa que sale de mi uretra. Al contacto con su piel me escalofrió.

—Suenas bien —le digo.

—¿A ti te gusta la sensación de mi boca? —me pregunta, mientras levanta el goterón de mi glándula, formando un puente traslúcido que levanta hasta romperse, para luego llevarse ese dedo impregnado de mis pre seminales a su lengua, para limpiarlo a base de lamidas.

Yo me estremezco al ver su erótica ejecución.

—Sabes que sí, ricura —admito—, me encanta la sensación de mi verga dentro de tu boca.

—¿Qué sientes? —me pregunta ella, y vuelve a agarrarme mi polla a dos manos, acariciándola, impregnándola con el resto de su saliva, masturbándola lentamente.

—Siento como si me la estuviera mamando una guarrona ansiosa de leche —le digo.

Arlet sonrío, masturbándome más fuerte, y me dice:

—La tienes tan larga y tan gorda que apenas me cabe en la boca, cabroncito.

Se vuelve a relamer los labios. Luego gatea dos veces, se acerca un poco más hacia mi centro y aproxima la cabeza de mi pene a uno de sus deliciosos pezones, para darle golpecitos. Allí hunde el glándula en la punta de su pezón izquierdo y yo gimo de gusto al sentir su increíble suavidad y dureza.

—Te creí más diestra en el arte felatorio, Arlet —la provoqué, alzando mi mano para acariciar su carita morbosa que tiene mientras ella continúa golpeteando mi virilidad contra sus tetas. Ella es tan suave de piel que me gusta acariciarla—. Pensé que eras una excelente tragona de vergas, mami, pero por lo menos, creo que no podrás comerte la mía por completo.

—¿Eso es lo que crees? —me desafía ella, cayendo en mi red perversa de provocación.

—Eso es lo que veo.

Y mi plan surte efecto. Arlet, ahora se siente comprometida a tragársela toda como si no hubiera un mañana. Su lenguaje corporal es lascivo, guarro, pero a la vez elegante y excitante. Cada movimiento lo premedita para que le salga sensual. Es verdaderamente encantadora.

—Nunca me pongas a prueba, Alan, porque siempre voy a lograr con éxito todo lo que me propongas.

—Esa voz me agrada, Arlet, porque no sabes las ganas que tengo de que te comas toda mi

polla, hasta sentir mi glande atravesando tu garganta.

Ella chapalea con la lengua, en un claro mensaje que me indica que es lo que más desea.

—Te doy cinco minutos para que te corras, Alan.

Su nuevo reto me arranca carcajadas, aunque su mirada es tan convincente que en el fondo su aseveración me asusta un poco. Aun así la advierto:

—He pasado decenas de minutos disfrutando las mamadas que me da mi novia y yo sin correrme, nena.

Arlet parece aceptar el desafío cuando me sonrío morbosamente.

—Yo no soy tu estúpida novia, cabroncito, esa es la gran diferencia. Yo sí soy mujer, y de las buenas, no una vil cría con ínfulas de mojitata.

No hay nada más indignante para una mujer que ser comparada con otra, por eso siento que Arlet pondrá todo su empeño en hacerme correr en pocos minutos para demostrarme que es una encantadora mamona con experiencia, cosa que no será fácil para ella, pues no he mentido al decirle mi aguante en las felaciones.

—Pues demuéstremelo entonces —la vuelvo a picar.

Arlet primero pone el pulgar en la punta de mi glande, que está muy húmedo y baboso, luego mueve su cuello de un lado a otro, suspirando, abocanando aire.

—Espero tengas abundante leche, Alancito, que esta noche me quiero empachar con ella.

¡Pfff! ¡Vaya mujer!

Es oírle decir aquello para que mi polla vibre.

—Tengo tanta leche para ti, mami, que la que te tragues te saldrá por las orejas.

Arlet arquea una ceja. Sus ojos verdes llamean. Sus hermosos pechos se balancean un poco cuando se mueve y luego me lanza un besito burlón.

—Ya veremos.

La novia de papá usa las dos manos para recogerse el pelo en una cola de caballo, pero en lugar de atárselo, se lo suelta en su espalda, y de nuevo me mira, desafiándome.

Entonces le pregunto:

—Si me haces correr en cinco minutos ¿qué pierdo?

—¿Además de la dignidad? —se ríe—. La pregunta es qué gano yo.

—Pues tú, Arlet, ganes o pierdas, obtendrás una buena ración de lefa que si la repartes bien, te ajustará para dos semanas, para que la bebas, incluso, con galletitas de chocolate.

Ella sonrío coqueta.

—Si gano yo, tú tendrás un castigo, Alan —me dice empleando un gesto malicioso.

—¿Qué clase de castigo? —dudo.

—Si pierdes Alan, (que perderás) serás mi esclavo un día entero.

—¡Ufff! —digo, fingiendo terror. En realidad eso no suena tan malo. En realidad, con mi mente pervertida, eso suena híper morbos—. Ahora dime tú, querido, ¿cuál será mi castigo si pierdo? Y de una vez te advierto que no vale repetir lo que pedí yo.

—No pretendo copiarte, Arlet. De hecho tengo clarísimo cuál será tu castigo si pierdes.

—¿En verdad? ¿Y cuál será mi castigo si pierdo?

—Ser mi puta por un día.

Me sale mi propuesta con tal naturalidad, que en el momento no soy consciente de si Arlet se sentirá ofendida al emplear la palabra “puta” para referirme a ella. En otras ocasiones mis sinvergüenzas han salido bien. Ahora no sé. Aguardo varios segundos antes de ver su reacción. Al principio se queda seria, pero luego veo torcer sus apetecibles labios en una encantadora

sonrisa que me hace sentir aliviado.

—Te recuerdo que por ser quien eres, no puedes penetrarme nunca, Alan. Ya lo hemos acordado, pequeño listillo.

Pongo los ojos en blanco. No me esperaba que de verdad tomara tan en serio esa promesa que nos hicimos antes de ponernos cachondos.

—Ahora mismo me la vas a chupar, Arlet, ¿qué hay de diferencia en luego penetrarte?

—Que tú y yo tenemos un trato. Podemos hacer de todo, menos penetración.

—¿Y las mamadas qué chingados son, Arlet? ¿Qué no es una penetración en la boca?

Me parece mentira que ella esté jugando a la doble moral.

—Es diferente —me dice.

—No es diferente. Al final un pene en la boca de otra persona es una follada bucal. La estás introduciendo a una cavidad. No hay gran diferencia entre penetrarte la boca o el chocho.

—Mi chocho, como tú lo llamas, es un sagrario reservado para tu padre.

—Todo queda en familia, linda.

Sonrí, malicioso, y ella únicamente me mira. Como no dice nada, le pregunto, adelantándome a los acontecimientos:

—El caso es que ahora mismo me la tendrás que chupar. Pero dime, ¿dónde quieres que te los eche, mami? ¿En la cara o en las tetas?

Ella sopesa posibilidades luego me lo dice;

—En la boca.

Su respuesta me calienta mucho más. De sólo imaginar descargar en su boca me pongo malo.

—¿De verdad, me dejarás eyacular en tu boquita, Arlet?

—Sí, ¿por qué lo dudas? —me pregunta, meneando mi verga con sus manos.

—No lo dudo, solo que... caray, Arlet, si tan solo fueras más accesible, contigo podría cumplir todas mis fantasías, ¿lo sabes? Eres todo lo que pediría un hombre de una mujer; eres cabrona, morbosa y, por lo que veo, muy sucia.

—¿Te gusta que sea tan sucia? —Su voz vuelve a ser muy putón.

—Sí, me fascina esa parte sucia de ti. Pero dime, Arlet, ¿qué harás con mi semen cuando eyacule en tu boca?

—¿A qué te refieres?

—Bueno... tú... ¿los escupirás en el suelo o...?

—Mi dieta está basada en lácteos, querido, así que me los tragaré, si esa es la respuesta a tu pregunta.

—¡Ufff! ¿En serio?

De nuevo Arlet puede sentir cómo las venas de mi tranca palpitan en sus dedos.

—¿Eso quieres, niño perverso, que me trague tus mecos? —me pregunta con un gesto sensual.

—Sí, quiero eso, que te los tragues.

—Pues me los tragaré, cabroncito, pero... antes, me aseguraré de hacer gárgaras con tu semen, que son buenas para prevenir las anginas.

No me he dado cuenta de que con las guarradas de Arlet se me está poniendo más dura y caliente mi polla, al grado de echar gotitas de precun.

—Estás haciendo trampa, nalgona listilla —la acuso.

—¿Por qué?

—Me estás masturbando a la vez que me estás calentando con las puerçadas que me dices.

—¿Y eso qué? —se ríe, traviesa.

—Que no se vale. Cuando me la empieces a chupar y contabilicemos el tiempo, me voy a correr enseguida.

—No es problema mío; yo solo te estoy diciendo lo que haré con tu lechita una vez que te corras en mi boca antes de los cinco minutos.

—No me correré en cinco minutos, Arlet, si eso es lo que piensas.

—Claro que te correrás —se burla—. Soy muy buena con mi lengua y con mi boca.

—Te veo muy segura de tus artes mamonas, ¿eh, cabrona?

—Es que sé de lo que soy capaz —me desafía.

—Pues entonces, si tan segura estás de que perderé, Arlet, no entiendo el motivo por el cuál no aceptas mi castigo para ti en caso de que pierdas. Total, dices que ganarás, ¿no es así? ¿Qué te preocupa entonces?

—Sí, yo ganaré, pero...

—Entonces no veo por qué te rehúses a mi petición. Es más, te haré una concesión. Si tú pierdes me conformo con una noche entera en privado, siento mi putita.

Arlet rompe en carcajadas. Todavía está influenciada por el alcohol, pero es perfectamente consciente de lo que dice y hace. Bien que si le pido que se tire al vacío no lo hará. Está un poco ebria, pero no es pendeja.

—Alan... es exactamente lo mismo que me dijiste antes. No veo ninguna concesión.

—Antes te dije que si perdías serías mi putita un día entero. Ahora sólo te pido una noche.

—¡Alan! —exclama, riéndose de mis tonteras.

—Por favor, Arlet, de todos modos no ocurrirá nada, porque... tú vas a ganar, y yo voy a perder —le dije sus mismas palabras—. Yo seré tu esclavo por un día y no me estoy quejando ¿eh llorona?

—¡No soy una llorona! —se echa a reír.

—Es más, mami, para que veas que soy buenito; pondremos el reto mucho mejor, te daré dos minutos adicionales para que intentes hacerme eyacular. Ahora serán siete minutos. Si no logras hacerme correr en ese tiempo, pierdo. Porque ya de plano cinco minutos es una exageración, y hasta es ofensivo para mí.

Arlet finalmente suspira, rindiéndose o aceptando sus propias fantasías, y con las mejillas encendidas me dice:

—Está bien, Alan, acepto, siete minutos y te hago correr. Pero que entiendas que si acepto el reto y el castigo es sólo porque sé que tú vas a perder.

—¡Va! Trato hecho.

II

Aunque lo fantaseaba, lo soñaba, lo pensaba, nunca creí que de verdad Arlet alguna vez estaría de rodillas frente a mí, con su boca bien abierta, a punto de llevarse mi enorme pito a la garganta.

—¡Uffff! —suspiro cuando ella saca su jugosa lengua y empieza darme lamidas lentas en la punta.

El tiempo corre, porque ella me ha hecho poner un cronómetro desde su propio teléfono. Y apenas van doce segundos en que ella ha dado los primeros besitos a mi cabezota, y dos o tres lamidas a mi uretra, y yo ya estoy bailando de excitación en el asiento.

—Ahummmmm —gime ella, lamiéndome el frenillo de mi endurecido pene con ternura.

Luego la ternura se convierte en lujuria. Mi madrastra hace acopio de toda la saliva que puede almacenar en su boquita, y cuando la abre, me echa toda la babaza en el glande, para después empezar a lamerlo y distribuir la saliva como si fuese chocolate y mi falo un plátano.

Me excita mucho ver cómo la punta de su lengua remoja los contornos de las gordas venas de mi falo, que palpan sobre ella. Sus lamidas son, de momento, externas. Desliza su lengua de arriba abajo por los laterales de mi longitud, y luego le da besitos colmados de fuego que me estremecen.

Logro ver sus grandiosos senos entre su cabeza y su boca, que me sigue chapoteando mi tronco, y me excita ver cómo se echan pesados adelante, con sus pezones erguidos y coronados. Y yo quisiera tocarlos, meter mi verga entre los dos melones como si fuese la salchicha y sus tetas dos panes, y follárselos así. Pero trato de calmar mi mente y las fantasías que genere, pues entre más caliente me ponga, más posibilidades tengo de perder.

Aquí yo tengo la desventaja de que estoy muy cachondo y con un grado de perturbación en mi cabeza que me tiene bien intenso. Además, el morbo que me genera que ella no sólo sea una deliciosa madura chupándome la verga, sino la novia de papá, va en aumento a medida que su boquita sigue frotándomela de arriba abajo.

La abundante saliva que impregna a mi herramienta va deslizándose hasta la velloidad de mi pubis y mis testículos. Entonces, mientras su lengua sigue dibujando los contornos de las venas de mi pene, sus largas uñas empiezan a acariciarme los huevos.

—¡Oh... no... Arlet... no vale eso, no valeeee! —me quejo, saltando del asiento.

Su lengua sigue lengüeteando el largo de mi tallo, mientras responde, con una mirada inocente;

—¿No vale qué?

—¡Las caricias de tus uñas... en mis bolas... ouggggh!

—Tus bolas ahora me pertenecen, Alan, y haré con ellas lo que me plazca.

Su respuesta no puede sino aumentar más mi lascivia.

—¡Eso es trampa... Arlet, me correré... si las sigues acariciando...! ¡No valen las uñas en las mamadas...!

—¿No valen las uñas? —me pregunta maliciosa.

Asiento con la cabeza;

—No valen las uñas.

—Entonces... en ese caso... —Arlet deja de acariciarme mis huevos con sus uñas, pero su malévola sonrisa me dice que está planeando algo mucho peor—, entonces usaré lo que se usa para mamar.

—¿Qué? ¡No!

Demasiado tarde. Mis ojos empiezan a lloriquear de placer cuando la lengua de Arlet, que se ha flexionado lo suficiente para ejecutar su obra, empieza a mojar mis bolas con destreza. ¡Mierda! Incluso puedo sentir cómo sus labios se pegan por completo a mi escroto y le da besitos. Su aliento caliente me descompone y acelera los latidos de mi corazón.

Las terminaciones nerviosas que tengo en mis testículos son superiores a muchas otras partes erógenas de mi cuerpo. ¡Arlet no puede ser tan tramposa para usar mis bolas para ganar!

—¡No, Arlet, nooo!

Con su mano derecha desliza la enormidad de mi verga desde el glande hasta la base, baboseándola, embadurnándola de mis propios presemiales. Mientras tanto, sus labios estiran algunos pelillos rizados de mis testículos y luego me vuelve a lamer.

—¡Ayyyy Arleeet!

No soy plenamente consciente de que apenas van tres minutos, de siete, y la sangre de mi cuerpo se ha acumulado totalmente en la punta de mi falo, mientras la boca de mi madrastra sigue lamiendo mis bolas.

¡Serás cabrona!

Sus constantes “¡Hummm!”, mientras saborea mis bolsas testiculares, suponen un aliciente más para mi calentura. Cómo adoro los gemidos femeninos. Especialmente los suyos. Y ella lo sabe, porque mientras me lame, continúa con sus excitantes

—“Hummm” “¡Hummm!”

Sus dedos son diestros. Infalibles. Frotan lentamente mi mojado capullo. Ella emplea esos mismos líquidos para mojarme el resto de mi falo. El cosquilleo que siento en mi cuerpo es tan fuerte que se me eriza toda la piel.

Y esto no ha hecho sino empezar, pues cuando Arlet empieza a usar toda la boca para chuparme mis testículos, mi sangre comienza a hervirme por dentro.

—¡Arleeet... carajo... carajooooo! —me estremezco.

Me incorporo un poco y veo y siento cómo su boca, de labios gruesos y esponjosos, se traga una de mis bolas por completo. Mirándome morbosamente con sus ardientes ojos verdes, Arlet lame y relame una y otra vez, hasta que se la saca y luego se mete la otra, ejecutando los mismos movimientos.

—¡Ohhh, mierdaaa!

—¡Hummm, mi niño... qué ricos huevos te cuelgan, así, grandes y peludos, como me gustan!

—¡Ugggghhhh! —jadeo cuando Arlet se vuelve a meter mis huevos en su boca.

El pedo es que mientras lo hace, con su mano derecha me sigue masturbando, y con la izquierda acaricia mis abdominales, rozándome la piel con la punta de sus uñas. Y vuelvo a erizarme de arriba abajo.

—¡No... mames... no mameees! —me vuelvo loco, y estoy temblando.

Entonces, cuando estoy seguro de que me voy a correr, Arlet se saca mis huevos de su boca y me mira, sonriendo, burlona, victoriosa. Las palpitaciones de mis venas se frenan un poco y es cuando ella, al llegar al minuto número 5, saca su lengua mojada sólo para empezar a dar lamidas desde mi escroto velludo hasta la punta de mi verga.

—¡Uffff! —exclamo.

Quedan dos minutos más, y aunque siento que me puedo controlar, es ver cómo Arlet lleva su boca nuevamente a la punta de mi verga, con ese gesto de perversa y morbosa, para calentarme otra vez.

Y entonces hace lo impensable. O más bien, lo que creí imposible; mi madrastra se empieza a tragar mi verga lentamente, centímetro por centímetro, poco a poco. Su lengua y su paladar se aplastan contra mi tronco y va bajando más y más hasta seguir tragando.

—¡Ay, ayyyy! —jadeo.

Yo no puedo creer que con forme mi verga se va hundiendo dentro de su boca, el cosquilleo de mi glándula me esté descontrolando.

Y esta tragada ha sido tan lenta, que al mirar el cronómetro del teléfono veo que ya van seis minutos. Queda solo un minuto, y, para mi placer, siento que es imposible que en sesenta segundos ella me haga eyacular.

Pero entonces la humedad y el calor que siente mi verga dentro de su boca es exquisito. Y Arlet, con fuerza, sigue bajando un poco más. Sus ojos empiezan a lloriquear cuando finalmente siento que mi glándula toca su garganta. ¡Y no puedo creer que la hija de puta se la esté tragando toda! Porque sí, al final se la ha tragado toda, desde la cabeza hasta la base. Mis vellos púbicos se aplastan contra su terso mentón. Y es llegar hasta el fondo, para que Arlet se la saque por completo.

Y respira hondo, pero apenas lo hace, se la vuelve a meter a la boca y es cuando comienza a succionar. Y allí empieza el verdadero peligro.

Jamás he recibido tremendas mamadas con la lujuria que me las da mi madrastra. En pocos segundos Arlet me ha succionado, frotado, lengüeteado y calentado la verga con su boca, lengua y paladar, que yo no sé si podré soportar un solo segundo más.

Trato de cerrar los ojos, pero es abrirlos y ver cómo la boca de Arlet está llena de espuma, babaza, líquidos presemiales y mis propios fluidos, que al escurrir por su mentón también caen pegotes brillantes a sus enormes tetas. Encima mis huevos están mojados por sus mismos fluidos. Y no quiero añadir sus reiterados “¡Hummm!”, “¡Hummm!”, para que, aunados a sus ricos chapoteos, llegue la hora de eyacular.

“6:55 segundos” veo en el cronómetro, y sé que voy a perder. Siento cómo mi leche sube desde mis huevos en dirección de mi glándula. “6:56” Y terriblemente devastado, en cuanto grito un sufriente “¡NOOOOO!” Arlet se saca la verga de su boca e interrumpe mi corrida, apretando mi tronco muy fuerte con las dos manos.

Apenas logro expulsar presemiales pero sin eyacular. Y no entiendo por qué lo ha hecho... “7:00”... “7:01...02...03...” Y he ganado, porque Arlet misma ha interrumpido mi eyaculación.

Y es entonces que yo descubro la verdad... Ahora lo entiendo todo. Arlet ha perdido a propósito. Cada vez que iba a correrme ella se detenía. Su intención nunca fue hacerme eyacular. Su intención desde el principio fue perder. Ella quiere tener en su chochito mi enorme verga, penetrándola, haciéndola vibrar. La novia de papá quiere ser mi putita una noche entera. Ella desde el minuto uno en que vio mi polla desnuda se le antojó comérsela por sus dos bocas, pero es demasiado orgullosa para admitirlo.

Su misma vanidad ha contribuido a que sea la “suerte” de un reto quien decidiera si ella sería follada por mí o no. Ha usado la misma estrategia que le ha funcionado conmigo desde el principio, desde el día de la piscina. Ella se lava las manos como Poncio Pilato, para que yo no sospeche que es una gran putota. Se justificará que accedió a que yo me la cogiera obligada por haber perdido un reto.

Apenas me doy cuenta que nuestra extraña relación está basada en retos que ambos pretendemos cumplir.

Y entonces, la muy guarra me mira y me sonrío, diciéndome con fingida tristeza:

—Qué triste, Alan, he perdido... ¿sabes lo que eso significa?

Y yo, apenas con aliento, sintiendo mi verga mega dura y caliente, respondo;

—Sí, mami, eso significa que serás mi putita por toda una noche... Y eso significa que podré cogerte cuantas veces quiera. Y al final, te pagaré por tus servicios.

Y entonces ella, habiendo “supuestamente perdido” se resigna a su destino, metiéndose mi verga en la boca para terminar lo que comenzó.

—¡Oufff, Arletttt! —bramo cuando ella reinicia sus mamadas, pero esta vez sin miedo a nada, completamente guarra, sucia, húmeda.

Entre sus propios jadeos, saliva, y deseo, Arlet me hace eyacular por medio de deliciosas chupadas que no puede controlar.

—¡Dameee... papi... dame lechitaaaa... dámela todaaa! —me suplica.

Y sin menos miramientos, le cruzo la cara a lechazos hirvientes que se expulsan desde mis huevos. Arlet saca la lengua y abre la boca enormísima para atrapar uno que otro chorro.

Y es verla embarrada de mi semen, con su lengua chorreando babaza, leche y saliva, para seguirme corriendo con terrible calentura.

¡Dioooooos! ¡Jodeeeer!

Y así, sudoroso, descargado, viendo cómo mi sensual mami se traga mis mecos, relamiéndose los labios con los restos de mi lechita, mientras su frente y mejillas lucen manchadas, me venzo, cierro los ojos, y me dejo caer en el asiento de copiloto.

III

Arlet se ha ido por varios minutos hacia la barandilla desde donde se ve toda la ciudad. Se ha limpiado la cara, a solas, y se ha retocado el maquillaje. Se ha vuelto a poner su blusa de leopardo y yo, cuando veo que ya terminó de arreglarse, me acerco a ella lentamente, por detrás.

—Has estado fabulosa —le digo, rodeándola por la espalda.

Hacen falta apenas cinco segundos en que mi cuerpo sienta sus nalgotas para que mi pene se endurezca otra vez.

—No puedo creer que se te esté poniendo dura de nuevo —me dice entre susurros, mirándose al espejo por última vez.

Desde ese mirador se puede ver una parte de aquella enormísima ciudad. El viento nos está refrescando. Y yo sigo detrás de ella, restregándole mi bulto en las nalgas.

—Has saciado tus perversidades, guarrito —se ríe.

La noto un poco nerviosa. Después de todo, me ha chupado la verga y me he corrido en su cara y su boca, cuando antes le prometí a mi madre odiarla para siempre y destruirla.

—No todo se trata de perversidades —le digo, frotando mis manos de sus caderas a sus preciosos pechos—. Arlet... tú no sabes las ganas que tengo de besarte, de acariciar tu cuerpo desnudo. Quiero sentir tus pezones en mi cuerpo. Quiero que nos frotamos de arriba abajo recostados en una cama. Quiero que nos pasemos la lengua por cada centímetro de nuestras pieles. No sólo quiero penetrarte, sino también hacer el amor contigo. Quiero escucharte gemir de placer; quiero que te corras con mi verga ensartada en tu vagina. Quiero que tiembles sentada sobre mis piernas cuando te provoque tus orgasmos. Quiero que me estés besando mientras gritas de placer. Quiero todo contigo, Arlet, absolutamente todo.

Ella se gira, y de nuevo quedamos de frente. Bajo un poco la vista para mirar sus hermosos ojos verdes, que centellan con ardor y ella me sonrío, abre un poco la boca y con su mano puesta en mi nuca, me empuja a ella. Me besa, nos besamos, nos pasamos la lengua y nos llenamos de fluidos. No me importa que esa boca que ahora beso antes hubiera almacenado mi propio semen.

—¿Cuándo, nalgona? —le pregunto mientras nos besamos de lengua.

—¿Cuándo qué? —muerde suavemente mi labio inferior en tanto yo le estrujo su potente culazo.

—¿Cuándo serás mi putita? Que has perdido, y me debes el castigo.

Ella ríe entre dientes. Me sigue mordiendo moderadamente, con cariño, con sus manos acariciando mi pelo, hasta que responde:

—Mañana...

—¿Mañana? Pero si mañana es domingo —le recuerdo, dándole fuertes cachetazos a sus nalgas.

—No importa —responde, presuntamente caliente.

—Pero ¿y papá?

No me gusta traer a mi padre a la memoria mientras hago guarradas con su mujer, pero es necesario aclarar ese punto.

—Mañana, mi niño —me reitera—. Déjame todo a mí. Yo te prometo que mañana me tendrás toda la noche para ti solito... y harás y te haré lo que tú quieras. Así que es hora de volver a casa, travieso, porque quiero que desde ya almacenes toda la lechita caliente que puedas en esos huevos de toro que tienes, porque mañana por la noche cogeremos sin descanso, mi querido hijastro, y seré tuya, tu putita caliente... hasta desfallecer.

CAPÍTULO 9

Preparativos

No puedo dejar de pensar en que fue Arlet la que se me insinuó desde el principio. La que, como si fuese un plan preconcebido, armó todo este embrollo de la piscina y luego lo del plan del cine para seducirme y hacerme caer en tentación.

Y yo, impulsado por la calentura, me he dejado seducir y me he dejado caer. Es más fácil caer en tentación que luchar contra ella. Total. No hacemos mal a nadie con este juego. Pero dicen que el que juega con fuego termina quemándose, ¿qué significará eso?

El viaje de retorno transcurrió en silencio. Más que en silencio todo se tornó muy incómodo y asfixiante. Ni siquiera puse música de fondo. Me sentía como entre intimidado y con pena. Pena por ella, por mí y por papá. Intimidado sólo por Arlet y la situación.

Arlet se fue poniendo barniz en sus carnosos labios. Recordar el sabor a fresa del labial y el aroma a hembra en celo me puso un poco eufórico. Se acomodó su larga caballera negra en un solo lado, y limpió los goterones de sus fluidos y mi semen que estaban impregnados en su pantalón de cuero.

Miré de soslayo y noté la gordura de sus caderas. Lo potente de sus piernas. Lo curvilínea de su cuerpo. Arlet es simplemente una mujer perfecta. Una mujer encantadoramente perfecta y lista para llevarte entre sus redes, hasta que caigas en tentación.

Ya no puedo culpar a papá de haberse enamorado de ella. Arlet es una mujer hermosa, además de inteligente. También es seria cuando se lo propone, y a eso le añado que es mega bromista, extrovertida y risueña. Sobre todo, es sumamente sensual. Mi madrastra tiene un temperamento fuerte que impacta con su personalidad sexosa. Porque lo es; ella es muy caliente y apasionada.

Y mama la verga como la mejor puta que puedas contratar. Lo mejor de todo es que su aspecto de guarra cambia cuando se propone convertirse en una dama honorable, recatada y digna. Y eso es lo que me fascina de ella, su personalidad. Puede ser tan cabrona, sexoxa y reservada como se lo proponga.

Arlet es, nunca mejor dicho, una puta en la cama y una mujer elegante y fina en la calle. Aunque lo de “puta” en la cama está por verse.

En perfecto mutismo, mi madrastra se recostó en el asiento de copiloto y lentamente se alisó su blusa de leopardo, contorneando la magistral figura de sus pechos. Arlet corroboró que los botones estuvieran en su lugar y con sus manos se acomodó las enormísimas tetotas dentro de sí. Cada vez que se las tocaba a mí se me palpitaba el glande. Se me antojaba morderlas. Es que son tan grandes y pesadas, que con solo verlas se te antoja estrujarlas.

La novia de papá miró hacia la ventana y comenzó a entrecerrar los ojos. Por eso digo que el retorno en el coche fue algo bastante tenso. Fue como si luego de tragarse mis mecos, toda la calentura que mi nalgona llevaba encima se hubiera escapado.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupado, temiendo que todo esto hubiera terminado así, sin más. Temiendo que a partir de ahora todo quedara en el olvido, incluida su promesa de pasar una noche entera conmigo.

—Solo tengo sueño —susurró, con los ojos dormidos.

En realidad lo que pasó es que simplemente rompimos la burbuja sexual, y ella tenía en mente intentar volver a la normalidad. Teníamos apenas el tiempo justo para comportarnos como madrastra e hijastro. Ella como la novia de papá, y yo como el hijo de su marido. El problema es que después de que le clavabas la polla en la boca a una mujer, difícilmente logras verla como la novia de tu padre, y se te hace más complicado separar el morbo de la realidad. Pero así pasó.

Llegamos a casa, estacioné el coche, y mientras yo cerraba aseguraba el auto, ella se marchó a su habitación, diciéndome desde lejos:

—Buenas noches, Alan.

—Buenas noches, Arlet.

He hablado esta mañana con mi madre por teléfono, y me ha preguntado de todo respecto a la relación que existe entre Arlet y mi padre. Le he dicho que me parece que Arlet no es tan mala persona como ella supone y por poco me he ganado las peores ofensas de mi madre.

Me ha dejado claro que mi papel en aquella casa es la de incordiar “haz que se peleen, Alan” “No dejes que Arlet esté tranquila en ningún momento” “Exaspérala” “Convierte su vida en un infierno mientras estés allí.”

Lo que mamá no sabe es que yo he hecho todo lo contrario. Mi madre ignora que Arlet me ha hechizado tanto como lo hizo con papá. Mamá ignora que me he besado con Arlet, que nos hemos manoseado, que en lugar de convertir en infierno la vida de su enemiga yo le he estrujado el culo y las tetas, y ella, como recompensa, me ha mamado la polla.

—¡Pfff!

A mí, de momento, sólo me preocupa que entre Arlet y yo haya cambiado algo. No me gustaría que nuestra relación se volviera a fracturar luego de pasarla riquísimo esta madrugada. Me dolería mucho que ella se distanciara de mí. Me enfadaría demasiado si Arlet incumple su promesa y me manda al carajo.

Quiero pensar que ella simplemente está actuando con cautela, pero que, como yo, está dispuesta a seguir jugando a pasárnosla rico.

De momento sé que ya es domingo, y que son las diez de la mañana. Todos nos hemos levantado tarde, aunque papá, Arlet y yo, por diferentes circunstancias.

Cuando me acerco a la mesa papá está con los ojos hinchados. Se nota que no ha dormido bien. Cuando llegamos a casa, como a eso de las tres de la madrugada, papá no había llegado aún. Debe de tener un desvelo terrible. No me escucha llegar aunque estoy arrastrando los pies. Papá está enfrascado mirando el face en su celular. Por lo que tengo en tendido, sabe lo básico de las redes sociales, como dar “like” y compartir publicaciones, pero no sabe reaccionar o publicar él mismo sus cosas. Y él parece feliz con lo que sabe.

—Buenos días campeón —me dice papá cuando al fin nota mi presencia. Yo empujo una sonrisa matutina y él me pregunta—: ¿Dónde vas, cabrón? —se ríe, cuando me ve pasar de largo a su lado—, ¿ya porque tienes pelos en los huevos no me das el beso de los buenos días? Que sigo siendo tu padre, ¿eh?

—Ah, sí, claro, pa, ya voy —respondo volviendo a esforzar otra sonrisa, que casi no me sale.

Siento que mis piernas se me entumecen cuando me levanto y me acerco a él para darle un beso en la frente, como cuando era un niño. Mi papá me da palmadas en la espalda cuando regreso a la silla que tengo frente a él y la garganta se me cierra.

Los remordimientos me sacuden el pecho y la respiración se me condensa en la cara. Saber que le he dado un beso con los mismos labios que han besado y han devorado la lengua de su novia me ponen un poco cabizbajo. Me da mucha vergüenza y, en verdad, me hace sentir mal. Papá, aunque nos abandonó por Arlet, no merece cosa semejante. Y yo jamás entré a su casa con las ideas de mamá, con el propósito de romper su relación con su mujer.

Juro por mi consciencia que yo llegué a esa casa simplemente porque acepté la ayuda de papá, de alojarme mientras hacía mi carrera en la capital.

—Está refrescando, ¿eda? —me pregunta papá, que está en bermudas y chanclas, igual que yo.

Ni siquiera puedo mirarle a la cara los primeros minutos, así que simulo que miro cualquier cosa en mi teléfono mientras me pregunto dónde carajos está Arlet. Necesito verla. Tengo una terrible ansiedad por saber de ella y ver cómo me tratará a partir de lo que ocurrió entre los dos esa madrugada.

—Sí, algo —digo mecánicamente.

Es preguntarme por Arlet en mi cabeza y luego escuchar movimientos en la cocina. Huele a chilaquiles picosos y a chocolate caliente. Así que ella está en la cocina preparando el desayuno. Y para la resaca, nada como la receta predilecta de los mexicanos; chilaquiles para comer, y chocolate caliente para beber. Miro hacia atrás de mí pero no se alcanza a distinguir.

—Arlet te dejó exprimido por completo ¿verdad, Alan? —me pregunta mi padre de pronto, y yo me quedo mirándolo como parapléjico, con la garganta reseca y mis ojos brotados.

—¿Qué? —se me escapa la voz y la tranquilidad.

Casi siento que mi corazón se encoje.

—Arlet, digo, que te dejó seco.

No sé a lo que papá se refiere, pero mi pecho empieza a inflarse y a desinflarse mientras recuerdo las mamadas que me puso su mujer anoche mientras, en efecto, me exprimía el pene sin cansancio, y cómo se tragó hasta la última gota de semen que le deposité en su cálida boquita mamoma.

—Ehhhh —carraspeo atontado.

Es recordar tal escena y verla de rodillas delante de mí, con sus gordos pechos desnudos balanceándose mientras goterones de saliva y babaza cae sobre sus pezones y areolas, en tanto me la chupa.

—Yo... bueno... papá... Yo...

Espero que papá no tome por extraño el temblor de mi boca al intentar comunicarme con él, pero es que en verdad me pongo muy nervioso aunque intento comportarme de manera normal.

—Arlet puede ser muy castrante cuando se lo propone, hijo. Habla, habla, habla, y no se calla. No me malentiendas, Alan. A mí me gusta salir con ella, pero a veces termino asfixiado por su constante “bla, bla, bla”, y que “Federico vamos a pasear por aquí” “Federico vamos a pasear por acá” y en verdad que me exprime toda mi paciencia hasta que ya no me quedan sesos. Espero no te lo haya hecho pasar mal, hijo, en verdad, ni que haya sido una mala experiencia para ti.

Yo no sé ni qué mierdas responderle. ¿De veras papá cree que tener mi verga clavada en la garganta de su mujer podría ser una mala experiencia? Intento sonreírle cuando entiendo a lo que se refiere cuando empleó la palabra “asfixiar”, pero no me sale, así que encajo mi vista en mi teléfono, y le digo:

—Descuida, papá, que ha sido genial... me la pasé de maravilla.

—Me alegra de verdad, Alan, porque sí de pronto me preocupé. Anoche que llegué Arlet estaba como muerta, aunque olía bastante a alcohol. Espero no hayan bebido tanto, que luego se descontrola.

—¿Se descontrola?

—Sí, se pone algo... maniaca y loca. Bueno, supongo que contigo, al ser quien eres, ella se tuvo que contener.

—Esto..., sí, papá, todo trascurrió genial.

—¿Qué tal les fue con la película? ¿Fue buena? Por cierto, ¿cuál fueron a ver?

Me vuelvo a quedar helado. No esperaba que la mañana estuviera tan llena de preguntas.

—Ehhh... la verdad no recuerdo cómo se llama la peli, pá.

—¿Pero de qué trataba?

—Pues... trataba de...

—De un megalodón —responde Arlet, salvándome de responder algo que no tenía ni puta idea.

Ella entra a la cocina con la bandeja del desayuno en sus manos. Lo que me desconcierta es que lleve puestos unos micro short blancos de licra que le quedan como guantes hasta la mitad de los muslos. Trago saliva al verla y noto que la licra aprieta y le marca a la perfección sus deliciosas nalgas. Ni siquiera se le disimulan sus labios vaginales, gorditos, que parecen transparentarse. La polla salta en mis bermudas al intuir que no lleva ropa interior puesta.

Arriba tiene puesto un top que contiene sus inmensos melones, y que, a su vez, le marca sus gorditos pezones, lo que significa que tampoco lleva sujetador.

Su pelo lo lleva atado en la nuca y yo me quedo hundido en la silla contemplando como su culazo y sus tetazas se balancean a medida que se traslada con el desayuno. A papá no parece molestarle que su mujer se exhiba de forma tan vulgar delante de su hijo.

—¿Un megalodón, esas ballenas gigantes prehispánicas? —pregunta papá, recibiendo su plato y su taza—. Terrible animal.

—A mí me encantó —dijo Arlet, viniendo con la bandeja hasta mí.

Me alegra saber que me sonrío, la muy pícara, y con esto mis temores de que volvamos a la ley del hielo se me esfuma.

Arlet se flexiona junto a mí para dejar mi plato de chilaquiles rojos y mi chocolate caliente y veo, anonadado, cómo sus pechos, se aprietan y caen, enormes, sobre mi cara.

—Ufff —murmuro, mirando sus gordos melones—, que ricos... apetecibles y deliciosos se ven... estos chilaquiles.

Arlet sonrío cuando encuentra el doble sentido a mis palabras.

—El problema es que están muy calientes y picosos...

—Tal y como me gustan, Arlet. La verdad es que los voy a disfrutar. Lucen... uff... riquísimos.

Hablar sobre sus tetas delante de papá es un morbo que no espero que suceda, pero sucede. Arlet se incorpora de nuevo, sus tetas tiemblan en su top y luego se sienta junto a papá.

—Los megalodones son terroríficos, mujer, menos mal que ya no existen —continúa papá, clavando el tenedor en sus chilaquiles.

—Te repito que a mí me fascinó verlo —responde Arlet, y al mirarla noto que tiene una sonrisa pintada en su cara. Se muerde el labio inferior, hace una mueca muy sexoxa y continúa —: Era tan... enorme... tan... palpitante y tan pegajoso que uff... Fede... no sabes el hambre que me dio.

Me da un poco de corte oírle decir aquello. Miro a papá para saber si ha entendido la referencia, pero, gracias a Dios, él permanece en la ignorancia, comiendo y picándole al celular.

Al ver que todo está fuera de peligro, dejamos de hablar, Arlet le da un beso mimoso en la mejilla a mi padre y luego se pone a picotear en su plato, mientras mira su celular. Yo hago lo mismo, un poco sacado de onda. Saco mi teléfono y me pongo a comer chilaquiles.

Arlet, aparte de nalgona y tetona, cocina delicioso. Están más picantes de lo que acostumbro a comer, pero apenas me saben a gloria tras esta extraña conversación durante el desayuno.

De vez en cuando levanto la cabeza y me entretengo por momentos viendo esas deliciosas mamas colgarle a mi madrastra en el pecho. La hija de puta sabe perfectamente lo caliente que me pone esta situación. sé que se ha vestido de esta manera para mí, y se complace al saber que

me está haciendo efecto.

Finge no mirarme mientras yo la hojeo, pero yo sé que ella está consciente de mis ojos clavados en sus obesas tetas. Tan es así que de vez en cuando se las acomoda. Se las aprieta una contra la otra. Se las levanta disimuladamente y luego se las deja caer. Todo esto lo hace simulando ajustarse su top, de manera que sus deliciosos pezones respigan sobre la tela.

Entonces, mientras sorbo un poco a mi bebida, recibo un mensaje a mi WhatsApp proveniente de Arlet.

ARLET:

Deja de mirarme las tetas, que tu padre se dará cuenta, cabroncito.

Casi escupo el chocolate sobre la mesa intentando contener una carcajada, pero al final soy todo un campeón y me lo trago. Sonríó para mí y miro de reojo a papá, que continúa metido en su teléfono, y luego miro a mi madrastra, que también simula una risita.

ALAN

Te aprovechas que te tengo de frente para provocarme, malvada, masajeándote esas tetas. Si no te las dejas quietas, voy a saltar sobre ellas y me las voy a comer, cabrona.

ARLET

Ay, que rico, bb. Pero mejor deja de mirarme, que mira cómo se me han puesto de duros mis pezones. Ya hasta me siento mojadita de mi entrepierna.

ALAN

Carajo, Arlet... no mames... en serio me vas hacer cometer una locura delante de papá. Me tienes bien caliente.

ARLET

¿Te gusta cómo me he vestido esta mañana?

ALAN

Te ves buenísima, mamacita. Me has parado la verga con solo verte.

ARLET

;))

Qué halagador jajajaja. Quise darte los buenos días vistiéndome sexy para ti.

ALAN

Y vaya si lo conseguiste. Estoy más duro que una puta piedra. Con esa licra se te ven unas pinches nalgotas que uffff... ¡ganas me dan de que te sientes en mi cara!

ARLET

Esta noche... esta noche será, ¿lo recuerdas?

ALAN

¿Entonces sí se hará? Pensé que te habías arrepentido.

ARLET

Yo nunca faltó a mi palabra, nene.

ALAN

¿Cuál será el plan, entonces?

ARLET

Termínate el desayuno y luego me acompaña a llevar la bajilla al fregadero.

ALAN

Va...

Esperé a que Arlet terminara de desayunar para levantarme junto a ella, y decirle a papá:

—Acompañaré a Arlet al fregadero, papá.

—Vale, hijo, vale.

Arlet y yo levantamos la vajilla y nos dirigimos a la cocina, yo detrás de ella, viendo cómo sus deliciosas nalgotas botan a cada paso que da.

Arlet se recarga en el fregadero y yo llego por detrás y le doy un fugaz arrimón.

—Uy... papi... qué gordo megalodón —susurra, riendo.

—Es lo que te comerás esta noche —le digo en otro susurro.

Miro hacia mi espalda, desde donde puedo ver a papá, que continúa entretenido en el facebook, y le doy una rápida estrujada a su nalga derecha. ¡Pfff! Está tan enorme y tan dura, que no sé cómo hago para no desnudarla y clavársela aquí mismo.

El fregadero es de dos plazas. Ella se pone en un lado y yo en el otro, junto a ella. Su aroma me intoxica. Huele a madrastra cachonda.

—Pensé que te habías arrepentido —le digo.

—Yo no conozco esa palabra, nene.

—Pero papá no saldrá hoy, Arlet, ¿o sí? Si se queda en casa, ¿cómo se supone que vamos a irnos tú y yo por ahí?

Miro de nuevo hacia la mesa y noto que papá bosteza.

—¿Te diste cuenta que Federico se muere de sueño? Llegó a casa como a las cinco de la madrugada. Apenas si pudo dormir un par de horas. Ahora mismo tiene un sueño que te mueres.

—Lo sé, Arlet. Pero el sueño lo podrá recuperar durante el día —le recuerdo.

—No si se lo impido.

—¿Y cómo pretendes impedirselo?

—Le he pedido que salgamos a comer, me lo debe por dejarme plantada ayer.

Sonrío mientras miro sus laterales. Sus tetas caen enormes sobre su pecho, que tiembla a cada movimiento, y yo no me explico por qué estoy aquí, lavando trastes, en lugar de estármelas comiendo. Pero luego recuerdo que tengo a mi padre cerca y se me pasa, por eso le digo a mi “mami:”

—Si te digo la verdad, Arlet... estar cerca de mi papá y planear y hacer todo esto, me... pone un poco mal. El sentimiento de culpa no me sale tan bien como a ti.

—¿Crees que yo no siento remordimientos, Alan? —me pregunta indignada.

—No he dicho eso, solo que...

—Trata de entender lo rarísimo que sería para mí si me la pasara distanciada de ti todo el día, Alan. La mejor forma de ocultar lo que tenemos es actuar como siempre. A veces se nota cuando uno finge.

Ella tiene algo de razón. Pero me cuesta ser tan frívolo.

—Bueno, está bien. Dices que saldrás con papá a comer, ¿no? Pero por favor, a mí no me contemples en esa salida, que yo no tengo ganas de salir con ustedes, por lo antes mencionado.

—No te preocupes, nene, que no tenía planteado que vinieras con nosotros. Me haré cargo de él yo sola. Una comida de reconciliación, porque, se supone, teóricamente yo estoy enfadada con él porque anoche no me llevó al cine.

—Serás cabrona —sonrío—. Con el sueño y cansancio que lleva papá encima, ¿crees en verdad que va a querer salir contigo hoy?

—Con tal de contentarme, lo hará, ya te lo digo.

—¿Y luego?

—Y luego, haré lo posible por llegar a las cinco. Esta tarde viene su amigo Adrián a ver el fútbol.

—¿Ajá?

—Adrián se irá como a las nueve de la noche. Para entonces Federico estará más muerto que vivo. El pobre tendrá que irse a la cama, y con el té de valeriana que le daré para un mejor descanso, se quedará dormido y no despertará hasta mañana.

—¡Carajo! —me sorprendo—. Este parece un plan cuidadosamente bien construido.

—Pues sí.

—¿Será que ya lo has implementado antes? —me atrevo a decírselo—. Parece que lo tienes muy familiarizado.

Arlet carraspea, me da un pellizco en mi brazo y me responde:

—¿Me estás diciendo que hago esto con frecuencia, para escaparme por la noche con mis amantes?

—No, no, yo no he dicho amantes —intento componer mi comentario. Sólo me falta arruinarlo todo por mis comentarios—. Tal vez para ir con tus amigas a algún sitio.

—Alan, empiezas a fastidiarme —Arlet pone los ojos en blanco y yo le aprieto su otra nalga, hasta que la hago sonreír.

—Lo siento, preciosa, ya, ¿vale? Mejor dime qué haremos después de que él se haya dormido y, según tú, no despierte hasta mañana.

—Pues nos iremos tú y yo... Alan, es obvio.

—¿A dónde?

Arlet se muerde el labio inferior y me dice:

—Eso sí que no sé. Fuiste tú quien impuso el castigo... ¿no?, ser tu ¿cómo dijiste?, ah, sí, ser tu putita una noche a solas contigo. Así que... de lo demás te encargarás tú.

Entiendo que tengo la responsabilidad de organizar una noche memorable que cumpla con las expectativas de mi futura “putita”, así que no me queda más remedio que terminar esta conversación y ponerme a trabajar en ello.

Pero antes, echo la cabeza hacia atrás para ver hacia mi padre y, tras corroborar que no nos mira, con mis dedos recojo un poco de agua tibia del chorro del fregadero con el que lavamos los trastes y luego mojo la punta del pecho derecho de mi mami. Arlet gime un “Ummmh” muy erótico, apretándose los muslos, y el resultado es que el top blanco absorbe la humedad y deja al descubierto su delicioso y durito pezón, coronado por una deliciosa y oscura areola.

Hace rato que se fueron papá y Arlet. Yo me dormí un rato y ahora estoy sentado en un camastro, frente a la piscina, tomándome una cerveza bien fría.

Tiempo atrás, sacando cuentas, con lo que tenía ahorrado, concluí que apenas me alcanzaba para la cena. Es decir, para bebidas, carnes frías y algo de postre. Apenas me sobraba lo suficiente para reservar una habitación en un hotel cuya noche me costaba casi cinco veces lo que traía en mi bolsillo.

Así que me decanté por alquilar una habitación en airbnb, que son viviendas cuyos anfitriones ofrecen en alquiler cuando pasan unos días fuera, por lo que tú te alojas en un piso particular a un precio sumamente inferior a si fueras directamente en un hotel o un motel de paso.

Entré en la aplicación de airbnb y encontré un apartamento con entrada independiente sumamente cerca de nuestra casa. Me interesaba que estuviera cerca para no tener que usar el coche de papá. Los dueños son una pareja veterana que casi nunca está en México, así que no hay probabilidades de que ellos conozcan a mi padre o a Arlet. Y aunque los conocieran, seré yo quien haga trato directo con ellos, así que no hay peligro.

A las tres de la tarde fui por las llaves al piso, y una mujer del servicio me las entregó, recordándome que debía entregarlas de nuevo al día siguiente antes del mediodía.

Obviamente cumpliré el requisito, porque la idea descabellada que tenemos Arlet y yo es escaparnos de casa durante la noche, cuando papá se haya quedado dormido, y luego regresar antes de que él se despierte.

En ninguno de nuestros planes tuvimos coger en la propia casa de papá. Eso sí que no.

Ahora mismo ya pasan de las cuatro de la tarde, y según yo, papá y su novia no tardan en llegar de su comida de reconciliación. Así que le escribo a Arlet.

ALAN

Hola, mami, tengo todo listo para esta noche.

Arlet tarda algunos cinco minutos en responder:

ARLET

¿También el alojamiento?

ALAN

Obvio. Alquilé una habitación de airbnb que queda muy cerca de aquí. Podremos llegar caminando, porque si usamos el coche, al encenderlo papá se podría despertar.

ARLET

Pfff, Alan, te juro que esto es una locura.

ALAN

¿Estás arrepentida?

ARLET

Todo lo contrario, mijo. Ya te dije que yo no conozco esa palabra. Si te digo la verdad me siento muy excitada. Todo este plan tan rico... la forma en que nos escaparemos esta noche. No sé, todo este contexto me tiene muy... ya sabes.

ALAN

¿Muy hot?

ARLET

Demasiado.

ALAN

¿Estás mojadita?

ARLET

Mucho.

ALAN

¿Me mandas foto para verte, así toda mojadita?

ARLET

Nada de fotos de mi rajita, cabroncito, que si te la mando luego perderás el interés por mí.

ALAN

Anda, sólo una fotito, para irme poniendo a tono. Que ya te digo que de ninguna forma perderé el interés, sino todo lo contrario, se me harán eternas las horas. ¿Me la mandas, la foto de tu conchita?

ARLET

Nop. Mi vagina la verás hasta que estemos a solas, hasta que poco a poco me vayas desnudando.

ALAN

¿La tienes depiladita, mami?

ARLET

Sí, la tengo depiladita. De todos modos antes de irnos me daré otra retocada.

ALAN

Hummm, qué rico, con lo que me gustan las vulvas depiladitas.

ARLET

Igualito a tu papi, degenerado jajajaja

ALAN

Jajajajaja.... Pero, oye, mami, ¿entonces no me mandarás nada? Estoy muy caliente.

ARLET

Bueno, te mandaré algo, pero no será nada de mi cuerpo. Pero seguro que te gustará y te pondrás muy cachondo.

ALAN

Ufff, qué rico, qué rico, ¿qué será, qué será?

ARLET

Espera, que ya lo verás.

ALAN

Espero.

El minuto que pasamos en silencio me parece que ha sido un día entero. Entonces, de pronto, recibo una foto, y yo me quedo cachondísimo; se trata de la imagen de unas braguitas color vino, extendidas sobre el lavado de un baño público. El centro de las braguitas lucen mojaditas, babositas, acuosas, y casi me dan ganas de darle una lamida al teléfono de mi celular.

ALAN

No mames, Arlet... ya me puse a mil...

Oye, por cierto, ¿estás con papá?

ARLET

No, vine al baño para responderte.

ALAN

¿A qué hora regresan?

ARLET

Yo creo que como en unos cuarenta minutos, ¿por?

ALAN

¿Dónde tienes tu lencería?

ARLET

¿Mi lencería?

ALAN

Sí, ¿dónde la guardas? Me gustaría poder elegir lo que usarás para mí esta noche.

ARLET

Cochinote ;) ¿no te digo? Todo un degenerado.

ALAN

¿Qué te digo, mami? Así me traes de loquito. Quiero verte vestida así toda putota, ¿me complaces? Jajajaja

ARLET

Ok, **:p** como quieras. Pero me dejas todo ordenado en el cajón, ¿eh? Que luego los hombres son muy caóticos y cuachalotes.

ALAN

Prometido. Seré cuidadoso.

ARLET

Subes a nuestro cuarto, y en la parte inferior derecha del closet hay un cajón con cerradura donde guardo mi lencería más “putota” dices tú **xD**

ALAN

Va. Pero ¿y dónde encuentro la llave?

ARLET

En mi buró, al lado derecho de la cama, en mi cajoncito, debajo de un folder negro, allí está una llave pequeña de color plata. Abres el cajón, y la lencería que elijas me la dejas dentro de mi buró. Pones encima de las prendas el mismo folder negro. De todos modos tu padre pocas veces revisa mis cosas, y hoy que anda tan cansado mucho menos.

ALAN

De acuerdo, Arlet. Entonces elegiré la lencería y tú elijas el vestido, ¿vale? Que sea un vestido así muy guarro.

ARLET

Jajajaja está bien, pero yo creo que el vestido me lo pongo ya ahí en el apartamento, ¿te parece? En cuanto se duerma Fede, me encerraré en el baño para maquillarme y me pondré la lencería debajo de mi ropa de dormir. Ya cuando lleguemos al apartamento, tú me esperas en la cama mientras yo me termino de arreglar, poniéndome el vestido que elija y mis tacones, ¿te parece?

ALAN

¡Ufff, no mames, Arlet, ya ando bien caliente caliente caliente! Quisiera ya estar cogiéndote bien rico.

ARLET

Anda tú, que me vas a hacer mojar otra vez jajajaja.

ALAN

Oye, ¿tú quieres que me lleve algo especial?

ARLET

Ponte una camisa de botones y el bóxer más entallado que tengas. Me excita cómo se te marca el bulto debajo de la ropa, porque me empiezo a imaginar lo que me voy a comer.

ALAN

Cuenta con ello, preciosa.

ARLET

Bueno, miijo, deja vuelvo con Fede, que ya debe de estar preocupado. Ve y busca rápido la lencería que quieres. De todos modos yo te aviso cuando ya vayamos de regreso.

ALAN

Así quedamos, nos vemos.

ARLET

Así será bb, te mando besitos, donde te los quieras poner.

ALAN

Pónmelos aquí.

Y le mando una foto de mi entrepierna, desde donde, a través de mi pantalón de mezclilla, se me puede ver un largo bulto en reposo, cuyo relieve logra sobresalir cuando pongo mis dedos por los lados para que brote mucho más.

Arlet me envía un emoticono de una carita con saliva babeando por una de las comisuras.

He elegido dos juegos de lencería para Arlet; los dos son negros, incluyen medias, sostén y liguetos. Sólo que uno de los juegos de lencería incluye un babydoll, con braguitas minúsculas, y el otro juego incluye una tanguita de hilo dental que estoy seguro se le enterrarán en cuanto se los ponga, en ese delicioso culote.

Ya son las 11:15 de la noche y estoy mega nervioso, y no sé por qué. Será que lo prohibido sabe mejor y yo tengo la esperanza de que nuestro plan salga perfecto.

Toda la tarde me he contenido las ganas que tengo de masturbarme. Quiero tener en mis huevos toda la lechita necesaria para saciar a mi nalgona.

Me he bañado dos veces, y en la última vez aproveché para depilarme el pubis. Me pregunto si Arlet me prefiere sin pelos o con pelos. En fin.

He elegido el bóxer más entallado que tengo, como ella ha querido, de manera que mi enorme verga pueda sobresalir cuando quede semidesnudo ante ella.

Esta tarde llevé al apartamento bebidas y carnes frías. Ya si Arlet quiere pizza he averiguado el número de un local donde trabajan toda la noche.

Ahora ya sólo queda esperarla. Me unto un poco de crema en la cara, me pongo perfume Hugo Boss *The Scent*, y guardo en mi billetera todos los condones que tengo. Sufro la espera como si estuviera parado sobre brazas ardiendo. Entonces, cuando menos lo espero, me dice:

ARLET

Tu padre duerme profundamente y yo ya estoy lista. Vamos, amor, te espero en la puerta.

ALAN

Espero tengas fuerzas, mamacita, porque esta noche te pondré la follada de tu vida.

CAPÍTULO 10

Mi madrastra es mi puta por una noche

Ya es antes de la medianoche y, con el corazón desbocado, la sigo aguardando en la puerta de la casa. Todas las estancias tienen la luz apagada, salvo la de la cochera, que siempre permanece encendida. Arlet se ha tardado un poco más de lo esperado desde que me enviara el mensaje anunciándome que ya estaba lista.

Solo espero que esa demora no tenga nada que ver con papá, porque entonces sí que se nos arruinará la velada. Entonces, cuando estoy a punto de enviarle un nuevo mensaje para preguntar por su paradero escucho unas pisadas secas en las escaleras y volteo hacia esa dirección.

—Ufff —farfallo aliviado al verla.

Arlet baja lentamente y a hurtadillas, con el pelo negro suelto y abundante, un bolso largo y bultoso que sostiene con su brazo derecho, y una larga gabardina negra que le llega hasta los pies. Respiro muy hondo y el pulso se me acelera. La travesura que estamos por cometer resulta toda una experiencia. Una verdadera diablura. Algo definitivamente arriesgado y, por si fuera poco, muy infame y turbio. Una doble traición para mi padre. Su mujer y su hijo escapándose de casa a la mitad de la noche para encerrarse en un cuarto con el propósito de fornicar por horas.

Vuelvo a farfollar y siento que las manos me tiemblan mientras Arlet se aproxima a mí, casi de puntitas. Cuando llega junto a mí aspiro su exquisito perfume de hembra en celo que me cautiva y que me hace ponerme duro desde ya. Nos miramos frente a frente, pero ni siquiera nos saludamos de beso. Nuestra prioridad es quedarnos en silencio para escuchar entre los silencios y luego salir de casa.

—¿Todo bien? —susurro.

—Todo bien —responde ella también en voz muy baja.

—Okey —digo, advirtiendo que lleva unas enormes gafas negras puestas—. Pero mejor quítatelas, guapa, llamarás menos la atención.

—Sí, tienes razón —me dice, retirándose las gafas.

La sujeto de la mano como lo hago con mis mujeres, para reafirmar mi dominio sobre ellas. Abro la puerta con sumo cuidado y salimos.

—¿Traes las llaves para poder entrar mañana temprano? —le pregunto.

Sólo falta que al regresar tengamos que tocar el timbre para que papá nos abra la puerta.

¡Bingo!

—Las traigo en mi bolso —responde ella en un nuevo susurro.

Veo en una hojeada que viene maquillada como si fuese a una fiesta de noche. Desvío mis ojos de sus labios pintados con color carmesí. Se le ven más carnosos y apetecibles que esa tarde y no quiero tener tentaciones en el camino. Ésta morenaza de fuego me tiene loco con solo olerla. Está hermosa. Impresionantemente hermosa.

Trago saliva y lentamente nos acercamos al cancel de la casa y abrimos la verja.

—Espera —dice Arlet, sacando la cabeza con precaución y mirando hacia la calle de izquierda a derecha—. Creo que no hay ningún vecino a la vista. Vamos.

Salimos a la calle. Cerramos con cuidado la verja y miramos hacia la segunda planta, justo en el ventanal que da al cuarto de Arlet y papá. Al no ver novedades en el interior, vuelvo apretar su

mano y tiro de ella.

—Fuga —le digo a mi nalgona—, él está dormido.

Y apretamos el paso.

Es una noche tranquila y fresca. No hay luna, apenas estrellas. Viento muy helado para ser septiembre. Las lámparas nos echan luces blancas muy pálidas que iluminan la banqueta. La avenida está repleta de árboles verdes y céspedes frescos como sucede en todos los barrios de alto nivel adquisitivo. Por lo mismo se ve poco transitada.

—¿Está muy lejos el apartamento? —me pregunta Arlet en voz baja. Se ha olvidado que en la calle no es necesario hablar con discreción. Papá ya no nos escucha.

—No está lejos, Arlet. Dos cuadras y una a la derecha. Está cerca. Tranquila. Todo saldrá bien.

—Lo sé, nene —me dice suspirando.

La noto un poco nerviosa. Pero ambos seguimos cogidos de la mano mientras caminamos muy rápido.

La gente que nos mira no sabe que somos madrastra e hijastro que se dirigen al picadero. Más bien parecemos un par de novios inexpertos que van a un motel de paso a hacer el amor por primera vez, a pesar de la evidente diferencia de edades que tenemos.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, Alan, y también me siento más segura. Tú me haces sentir seguro.

Su respuesta me sube el ego y me consolida mi rol de macho. Ella confía en mí. Y como tal pretendo cuidarla. Mientras andamos por la calle vemos algunas personas que nos miran de reojo, pero no ven nada raro en nosotros, excepto por la prolongada gabardina que mi nalgona lleva puesta. Podríamos ser una pareja que va rumbo a su casa, aunque también me da morbo que haya quienes sospechen nuestras intenciones. Una madura y un colágeno rumbo al folladero.

—Arlet —le digo, deteniéndonos afuera de un OXXO—. Tengo bebidas y carnes frías en el departamento, por si nos da hambre. Ésta tarde vine a dejarlas en el refrigerador. ¿Quieres algo más de la tienda?

—¿Condomes? —me pregunta pícara, enarcando una ceja mientras mira la tienda de conveniencia de 24 horas.

—Tengo una cartera llena de ellos, mami —le respondo haciendo una mueca de deseo.

—Entonces lo que necesito no lo venden en el Oxxo —responde, acercándose demasiado a mi boca.

Mi verga, que ya está semi empalmada, tiembla junto a ella, y allí, afuera de la tienda, sin importarle que haya gente saliendo y entrando, me frota el paquete en la entrepierna con fuerza.

—Uy... qué dura la tienes papi —me halaga con una voz muy sensual.

—Ufff... nena —trago saliva, calientísimo, mirando a mi alrededor—. Vamos al depa, entonces, traviesa, que con lo cachondo que ando y con lo atrevida que te me estás poniendo tú, soy capaz de ponerte sobre el primer cofre de auto que encuentre parqueado por aquí y te follo.

Ella se ríe con ganas (al menos ya viene menos nerviosa que antes) nos volvemos a entrelazar de la mano como una pareja de enamorados y giramos hacia nuestro destino.

Aquél es un edificio residencial con 12 pisos en su haber. Nuestro cuarto está en la planta 9, con vistas a la avenida según lo pude corroborar cuando fui a verlo.

Es sólo entrar al vestíbulo y sentir la dureza de mi miembro que ya me tiene muy cachondo. Así que me dedico a serenarme.

—¿Hay que registrarnos o algo, cielo? —me pregunta Arlet—. No hay nadie en la recepción.

—No, nena. De hecho no hay recepción. Este no es un hotel, sino departamentos donde vive gente. Los dueños del nuestro están de vacaciones, por eso lo alquilan. No hay necesidad de hacer ningún trámite. Todo está en orden.

La luz de la entrada es tenue. Se nota una tranquilidad absoluta. Nadie ronda por los pasillos que lucen limpios y muy cuidados. Y la discreción, de momento, resulta muy conveniente para nosotros, que somos un par de amantes clandestinos que vienen a dar rienda suelta a nuestro departamento.

—Por acá está el ascensor, guapa —le digo a mi nalgona, conduciéndola por el lado derecho del recibidor—. Ya puedes quitarte esa estorbosa gabardina, que supongo que no vienes desnuda, ¿o sí?

Arlet sonríe, se quita el abrigo y veo que lleva unos jeans ajustados a su cuerpo y una blusa de algodón que se unta a su torso. Algo provisional antes de ponerse su putivestido en el cuarto.

—Ahora me ves muy ordinaria, Alan, pero ya verás cuando me ponga lo que traigo en el bolso.

—¿Ordinaria? ¡Si te miras muy mamacita! Cualquier pantalón que te pongas te marca ese culazo que te cargas. Y mejor no hablar de la blusa y tus tetotas.

—Calla, y vamos —nos reímos.

El ascensor está abierto. Dejo que ella entre primero y sus enormes nalgas me hipnotizan cuando botan frente a mis ojos, apretadas en su pantalón. De solo pensar que en un rato estarán rebotando en mis bolas me pongo como una moto. Su pelo le llega al preludio de su culo. Es largo y abundante. Sus caderas son prominentes. Su cintura estrecha y sus senos abombados.

Entro detrás de Arlet, y apenas pulso el botón y número de piso, le propino un cachetazo en el culo, le doy la media vuelta y la estampo contra el fondo del ascensor, dispuesto a darle la agasajada de su vida.

—¡Hmmmhh! —jadea.

Mis manos atrapan con deseo sus cuantiosas nalgas, duras, grandes, y las amaso, las aprieto y las agito de arriba abajo, estrechándola contra mi pecho, sintiendo sus montañas pegadas en mi cuerpo, y ella sintiendo mi dura bragueta refregándose en su vientre.

—¡Uffff! —vuelve a jadear, ansiosa, dejando caer el bolso y su gabardina en el suelo.

Luego, mientras se cierran las puertas del ascensor, mi boca ya devora la suya. Le meto la lengua y ella hace lo propio, introduciéndola en la mía. Nos besamos apasionadamente. Aunque más que un beso lo que estamos haciendo parece una actitud animalesca, salvaje, donde nos tratamos de devorar el uno al otro. Nuestras lenguas mojadas bailan dentro de nuestras bocas y la babaza y humedad que estamos acumulando empieza a desbordarse por las comisuras.

“¡Hmmmhhhh!” continúa jadeando Arlet, cuyo aliento ardiente de su boca me quema el paladar. Ella, sucia y cachonda, mete una de sus rodillas entre mis piernas, las que separo para ayudarla con su pretensión, y la levanta hasta tocar mi paquete. Allí me lo acaricia, moviendo su extremidad de forma estimulante de un lado a otro. Y yo estoy que reviento.

“¡Ammmm!” gime.

Mis manos siguen amasándole el culo, mientras las suyas han sacado mi camisa fajada de mi pantalón para meter sus dedos en mi espalda y acariciarla. Más bien arañarla. Sus uñas me rasguñan la piel, pero a mí, lejos de hacerme sentir incómodo, me estremecen. Me provoca escalofríos.

El ascensor se detiene con un empujón, y dejamos de besarnos. Nos apartamos un poco y veo que mi pantalón ya es una tienda de campaña. A mí me duele el falo de tan duro que está,

aprisionado y sin poder liberarse.

—Uffff... papito rico... estás muy ansioso... me estás devorando... —dice ella muy sexosa, con el labial corrido y los ojos ardientes—. Mira nomás qué pedazo de cosa te cargas ahí abajo.

Arlet se muerde los labios al verlo. Ella está mirando mi entrepierna con hambre. Tiene hambre de mi verga. Y yo se la voy a dar.

—¡Te traigo unas putas ganas, Arlet, que te juro que te voy a destrozar en la cama!

Ella se vuelve a morder los labios. Se aprieta los muslos y recoge la gabardina, mientras yo levanto su bolso.

—Ten, cabroncito —me entrega su abrigo—, cúbrete ese enorme volcán de la entrepierna, que si te ven por el pasillo pensarán que estás por hacer erupción —y se echa a reír.

—Pues también pensarán que al hacer erupción, tú te tragarás toda la lava.

Ella se vuelve a reír diciéndome “eres un cerdo”. Luego, nos recomponemos, se acomoda el pelo, la tomo de la mano y salimos de ahí, rumbo a nuestra habitación.

—911 —le digo el número de apartamento.

—¿El número de emergencias? —se ríe ella.

—Es muy apropiado, ¿no lo crees, mamacita? En ese cuarto “911” sucederá una tragedia abismal.

—¿Ah, sí, cabroncito? ¿Y cuál será esa tragedia abismal?

—Te romperé el coño a pollazos, y encima... te volverás adicta a mí.

Ella ríe, y mientras andamos, me pregunto si en verdad podré cumplir sus expectativas. Arlet es una mujer de categoría. No sé si papá será bueno en la cama o si ella habrá tenido alguna vez un amante mejor que yo. Y eso, de momento, me inquieta, aunque estoy seguro de que con solo verla desnuda mi instinto animal actuará y me dejará hacer con ella lo que nunca le han hecho en su vida.

—Adelante, mamacita, pasa —le digo, como todo un caballero.

Arlet entra primero al departamento, enciende la luz al encontrar el interruptor en la entrada y después observa el interior con curiosidad. Ella avanza mientras yo cierro la puerta y la aseguro.

—Se ve muy acogedor —dice.

—Sí, se ve muy a“cogedor” —le digo en doble sentido—. No me cabe ninguna duda.

Quiero ir hasta ella nuevamente para darle unas ricas estrujadas, pero ella me detiene.

—Eh, ni lo pienses —extiende sus manos como barrera—. No dejaré que me sigas estropeando el maquillaje sin antes haberlo lucido con mi ropita que me pondré para ti.

—Pero Arlet...

—Pero nada, loquito. Anda. Ve tú a la cama, sírvenos bebidas y déjame a mí arreglarme en el baño. Por cierto, ¿dónde está? Ah, sí, allá me parece que es.

—Está bien —le digo resignado, acomodándome el paquete en mi pantalón—. ¿Quieres que me vaya desnudando?

—No. Prefiero desnudarte yo —me dice con voz incitadora, mientras se dirige al baño y mi pene palpita de las ganas que tengo de follarla.

—Me parece perfecto —digo en un débil tartamudeo—, ¿quieres que ponga porno en la televisión para excitarnos?

Arlet, que ya se ha encerrado en el servicio, se echa a reír con ganas;

—¿En serio nos hace falta algo más para calentarnos? Porque al menos yo ya estoy chorreando desde hace mucho.

Ella tiene razón. Yo también estoy ardiendo. Y sé que si no me saco esta polla del pantalón, reventará allí dentro. Pero debo de aguantar. Ella quiere desvestirme.

—Mejor pon música, para ambientar —la oigo decirme desde el baño.

—¿Quieres comer algo? —le pregunto para entretenerme en algo mientras sale.

A lo mejor la estoy presionando para coger y ella tiene hambre.

—Sí —responde.

Vaya. Me dirijo al refrigerador y lo abro.

—¿Jamón serrano, quesillos o...?

—Verga, papi... —responde de pronto, muy directa, con la voz más putota que puede esbozar—, es lo que quiero comerme... tu vergota. De lo demás, ya lo haremos después.

Me estremezco. Cada palabra suya, tan obscena y a la vez tan excitante, lejos de aplacar mi calentura, me la aumenta.

—Esa te la servirás tu solita, mami.

Ella ya no responde. La dejo concentrarse y pongo unas bebidas en dos copas que había en el departamento. Tengo vino y una botella de tequila que me robé de papá. No creo que lo eche en falta. Me pregunto qué preferirá tomar Arlet.

De momento yo me echo un trago de tequila con limón y sal para ir entrando en ambiente. El departamento ciertamente es pequeño, con un solo cuarto, una sala de estar que está adyacente a una mini cocina, y el baño que está al fondo de la estancia. Me dirijo al cuarto para verificar que todo esté bien. Observo la cama king size y me digo que es suficiente para los dos. Le sacaremos un muy buen provecho.

Enciendo el televisor y busco un canal de música en inglés. No quiero distracciones. Y como no sé nada de esa lengua, me podré concentrar. Enciendo la lámpara del buró derecho y después

saco una carpeta de condones de mi billetera y los pongo en la superficie.

Puesto que he sido bendecido con un formidable trozo de carne, largo, grueso y cabezón, los compré extra grandes y extra sensibles. Lo que más quiero es disfrutar y a ella hacerla disfrutar. Esto último es mi prioridad.

Me acerco al espejo del tocador y veo si estoy en perfectas condiciones. Físicamente no soy feo en absoluto, y como hago deporte, tengo abdominales y unos buenos bíceps en mi haber. Tengo confianza en mí mismo y en mi miembro. Además, debo de admitir que soy algo vanidoso. Siempre me gusta estar presentable.

De carácter creo que también soy alivianado. Soy un chico de puta madre. No soy castroso en absoluto, y tampoco me gusta tener problemas con la gente. Creo que estos atributos me hacen un chico buena onda.

Mientras me observo en el espejo me excita un poco tener mis labios manchados del labial carmesí de mi nalga. Le sonrío a mi reflejo y éste me devuelve la sonrisa con picardía.

“Esta noche hay follada” me digo, sonriendo.

Me limpio la boca, me pongo un poco más de goma en el cabello y me seco el sudor de mi cuello, frente y mentón, con una toalla húmeda que dejaron los propios anfitriones del apartamento. No quiero tener mal sabor cuando Arlet me chupe.

Por último, me echo una pastilla de menta en la boca y regreso a la sala de estar, donde están nuestras bebidas. Me tumbo y espero. Arlet se está arreglando para mí y eso es suficiente para que la espera valga la pena.

—Tranquilo, amigo —le digo a mi ansiosa verga—, ya viene ella para ti.

Decir que los veinte minutos que permanece Arlet en el baño me parecen eternos no es una exageración. Tengo una necesidad tremenda porque salga que no recuerdo haber experimentado antes.

Ni siquiera con mi propia novia Rosita “lo siento mucho, Rosita... te juro que te quiero... pero esto me supera. Arlet me supera. Me vuelve loco. Ella me tiene loco. Lo siento tanto papá...”

Antes de que me bajoneen los remordimientos me echo otro tequila.

Ya voy por mi tercer trago y decido parar, pues no pretendo beber más, que tampoco quiero embriagarme y no rendir.

Sin embargo, estoy temblando del cuero. Siento un nudo en el estómago. No sé por qué me siento tan nervioso. No lo entiendo, si ya incluso hemos traspasado límites. Ella ya me ha chupado la verga una vez. Incluso nos hemos magreado y besado justo recién en el ascensor.

Cuando empiezo a perder las esperanzas de que la novia de papá vaya a salir del baño alguna vez, escucho un par de taconeos que me indican que está terminando. Las mujeres siempre lo último que se ponen son los tacones.

Mi pecho se hincha y el palpitir de mi corazón se acrecienta. Pasan un par de minutos más y entonces escucho sus taconeos más cerca de la puerta del baño. Y entonces ella la abre. Y entonces ella sale. Y entonces yo me levanto. Y entonces casi me infarto de la impresión al verla.

Su presencia causa una turbulencia en todo mi cuerpo.

—¡Jodeer! —digo, quedándome quieto.

Arlet taconeando como una diva, andando sensualmente, alzada, tremenda diosa, el pelo suelto, negro, abundante, ojos verdes, cautivadores, sexys, pestañas largas y rizadas, maquillaje sobrio y elegante, labios gruesos, carnosos, nuevamente carmesí, pero ahora con un brillo especial que los hace lucir muy besables.

—Espero no te importe que no me haya puesto ni las medias, ni el sostén ni el ligero —se disculpa con una voz susurrante y muy erótica—, de lo que elegiste sólo me puse la tanga. Porque, como vez, con este vestido esa lencería no combina para nada.

Y tiene razón. Esta mamacita rica tiene toda la maldita razón. Arlet hace una aparición triunfal sobre tacones altísimos que la hacen lucir muy alta y estilizada.

Su vestidito es de color plata metálico, sin mangas, con la espalda descubierta, y un pronunciado escote “V” drapeado que enseña la mitad de sus obesas mamas, enormes, resplandecientes, con las areolas al descubierto, excepto los pezones.

—¡Ufff, mami! —digo acalorado, saltándome la polla, y yo nervioso, sin aire, pero muy hambriento, ávido y cachondo.

Y ella viene a mí, extravagante, segura de sí misma, vanidosa, bellísima, encantadora, luciendo tremendo vestidito entallado, con los laterales abiertos desde las caderas, desnudando sus muslos y sus gordas piernas, que presume con toda la sensualidad que contiene su porte.

Al faltar dos metros para llegar a mí ella se detiene, me luce el vestido y se da media vuelta para lucirme su potente culazo, que se le ve grandioso, colosal y muy firme. El color plata metálico de su vestido contrasta con su piel bronceada, luminosa y sensual.

—¿Qué tal me veo, Alan?

—¡Estás... que te caes de buena, mami! —le digo atragantado y con sinceridad.

La boca se me hace agua. Mis manos vibran. La quiero tocar de arriba abajo. Está terriblemente sexy. Toda ella es sensual y artífice de todo el morbo que llevo acumulado en el cuerpo.

Sus tacones son transparentes, veo sus uñas pintadas de plata, como la de sus manos. No sé qué clase de humectante use pero parece brillar toda su piel. Parece una modelo de primera categoría.

—Quédate quieto, papito rico —me dice seductora.

Yo de todos modos apenas me puedo mover. Estoy petrificado contemplando a mi diosa nalgona.

—Lo que tú me digas, mami rica.

Entonces Arlet camina sensual hacia mí. Incluso el sonido de sus tacones ya me erotiza. Cuando finalmente estamos frente a frente me dice;

—No abras la boca. Y tampoco quiero que me toques, hasta que yo te diga. Si no cumples... te castigaré.

Y yo le hago caso. Entonces ella se aproxima a mi cuerpo y me sonríe. Sus ojos verdes me hipnotizan. Me olfatea. Su femineidad controla todos mis sentidos. Al sentirla me estremezco. Cada movimiento o gesto que hace me domeña. Y yo trato de estar tranquilo, de no demostrar que me intimida.

—Hueles muy rico, machito.

Y yo respiro hondo. Aspiro su fragancia exquisita. Se ha puesto un perfume fascinante. Tóxico para mí. Noto cómo sus abundantes tetas se acercan a mi pecho y se fricciona contra él. Y me vuelve a olfatear, haciendo un;

—“Hummm... qué rico...”

Arlet mueve sus senos lentamente sobre mis pectorales y yo no aguanto mis ganas por tocarla. Por frotarla con mis manos y comérmela a besos. Chuparla toda. Desde su frente hasta la punta de sus dedos de los pies. Pero no quiere que la toque ahora, así que aguardaré.

—Me gustas mucho, Alan —me confiesa con voz ronca muy sensual, pegando su nariz en mi mentón izquierdo—. Eres un chico muy guapo... y, lo mejor, vergudo.

Yo jadeo, aspirándola, dejándome hacer.

—Estoy muy mojada, ¿sabes? —me dice con un fino sollozo—. Si pudieras tocar mi tanguita... si pudieras meter tus dedos entre los encajes frontales, descubrirías cómo estoy chorreando pensando en lo que me harás.

Arlet juega con mi adrenalina. Con mis instintos más primitivos. Con mis deseos. Con mis poderosas ganas de poseerla.

—Uy... amorcito —brama dulcemente sobre mi oído, estremeciéndome—, pero ¿qué tenemos por aquí?

Y su mano ha descendido hasta mi duro paquete. Y lo frota con sus dedos por encima de mi pantalón, lo acaricia y luego con su mano en garra lo aprieta, desde la raíz hasta la cabeza. Y allí, en el capullo, se detiene, y traza círculos con los dedos.

—Siento cómo palpita tu glándula en mis yemas, machito —me incita, de nuevo hablándome en susurros en el oído, y yo reacciono escalofriándome, con el cuero de gallina—. Siento cómo se calienta. Incluso, puedo sentir la humedad de tu pantalón.

Mientras me acaricia el bulto se aparta un poco de mi pecho. Y yo veo los suyos. Sus areolas descubiertas. Sus pezones ocultos. Sus grandes mamas cayendo pesados en su pecho. Luego empieza a desabotonar mi camisa a la altura de mi pecho con su mano libre. Con una sola. Y lo hace con destreza. Siento sus uñas rozando mis pectorales, estremecido. Y sigue frotándome el bulto con la mano libre, cada vez más enorme y duro. Eso a ella le fascina, la excita. Lo noto en su densa respiración.

—Sácame la verga —le ordeno, pretendiendo tomar el control de todo.

Para mi sorpresa, cuando ya me desabotonó la mitad de mis botones, ella me sonríe, acerca su cara sobre la mía y abre su boca.

—¿Quieres que te la saque, papi? —jadea, deslizando sus dedos del paquete a mi cinturón—. ¡Humhhh... qué dura la tienes!

Y luego, sin dejarme responder, saca su lengua y de pronto la empieza a recorrer por mi mentón, mis comisuras y todo el contorno de mi boca, respirándome cálidamente, farfullando, dejándome la humedad de su lengua mojada en toda mi piel.

Y yo ahí tieso, con mi verga tiesa, con mi bragueta tocando su pubis oculto por el vestido. Y ella buscándome el cinturón.

—Te la voy a sacar, papi —me susurra, y esta vez me chupa la oreja.

Yo me estremezco, ella me sopla en el oído izquierdo y luego gime muy cachonda, diciéndome:

—¿Es lo que querías, cabroncito? ¿Que fuera tu puta por una noche?

—Sí —le digo, cada vez más caliente y con el deseo de poseerla. Ella ha terminado de desabotonarme toda la camisa y yo me la empiezo a quitar, mientras Arlet desabrocha mi hebilla

—. Y por lo tanto soy yo quien tiene el control, putita, no tú.

Y dicho esto, la hebilla se abre, me desabotono el pantalón y me bajo la cremallera, hasta que mi pantalón cae a la altura de mis rodillas.

Y Arlet suspira al mirar el enorme bulto que se me marca en mi bóxer tinto, acomodado horizontalmente. Ella observa cómo me quito los zapatos, los calcetines, el resto de mi pantalón y nuevamente me yergo para que me observe. Ella se muerde el labio, me mira de arriba abajo pero sin duda su parte favorita es mi entrepierna, la cual no deja de observar con lascivia.

En un arranque de lujuria, me agarro el bulto y lo agito frente a ella, diciéndole;

—Aquí está lo que tanto te gusta, mami.

Ella sonríe, victoriosa y con el pecho agitado. Se atusa el cabello, echándoselo en la espalda, orgullosa, creída, y veo cómo sus enormes tetas se mecen en su escote. Incluso ahora sí consigo ver uno de sus pezones duritos, oscuros, coronados por esas deliciosas areolas que tanto me excitan.

—¡Cógeme, Alan... vamos... cógeme! —me implora de repente.

Y me lanzo contra ella, como un animal en celo, y ella se lanza contra mí, como una perra en brama. Nos comemos la boca. Meto mis manos debajo de su sexy vestidito y atrapo sus nalgas. Son gigantes, duras y blandas a la vez. Sobre todo, muy bultosas. Por eso las estrujo. Las agarro desde la raya donde está insertado el hilo de su tanga, y las abro, para luego soltarlas y dejar que un glúteo choque contra el otro.

—¡Hummmgghhh! —jadea, meneando el culo.

Ella levanta una de sus piernas y la rodea detrás de mi cintura. Con sus manos se cuelga de mi cuello. Y yo la sigo besando. Ella se aparta de mi boca y empieza a chuparme el mentón, mi barbilla, mi yugular. Su lengua resbala por mi cuello y el inicio de mi pecho.

Yo, mientras tanto, continúo estrujándole sus inmensas nalgas, las cuales empujo contra mi centro. Arlet levanta la boca, jadeando, y me vuelve a besar. Nuestras lenguas se baten. Compartimos fluidos bucales y yo, recorriendo la enormidad de su culo, empiezo a cambiar de ruta hasta meter mi mano en su entrepierna, que, por cierto, está calientísimo y tiene el triángulo frontal de su tanga empapada de sus jugos vaginales.

—¡Ay, ay, ay... papi... qué bien me tocas! —lloriquea echando la cabeza hacia atrás, cuando encuentro su clítoris y empiezo a estimularlo.

Y yo atrapo su yugular. Muerdo su cuello, luego paso mi lengua por su piel y la vuelvo absorber, mientras sigo dedeando con mi dedo corazón su agujerito encharcado y con el dedo gordo frotando su clítoris.

Y Arlet empieza a bailar sobre mis dedos, mientras la masturbo. Sus jadeos se vuelven grititos y siento que su cuerpo pesado empieza a desvanecerse.

Para evitar que colapse en el suelo, saco mis dedos de su coño, uso mis manos para agarrarla de las dos nalgas y la levanto del suelo. Es una mujer alta, culona y tetona, pesada, pero la adrenalina me permite alzarla en el aire y tumbarla en el sillón inmediato.

Me echo sobre ella, que tiene el culo y la cabeza apoyada contra el sofá, pego mi pecho contra sus hermosas ubres y vuelvo a besarla. El sexo no se limita a la penetración, sino a todos los preliminares. Y yo necesito que ella esté completamente encendida, mojada y dispuesta a todo.

—¡Ayyy... sí, sí... acaríciame... tómame... fóllame! —me implora entre gemidos incontrolables.

Pero no se la pondré fácil. Quiero calentarla lo más que pueda. Por eso llevo mi boca a la suya y nuestras lenguas se vuelven a encontrar fuera de nuestros labios. Y jugamos con ellas.

Arlet, todavía con el vestido metálico puesto, abre sus muslos y enrolla sus piernas sobre mis nalgas. Y yo sitúo mi paquete en el centro de su sexo. Y empiezo acometerla. El contacto de su tanga empapada con mi bóxer bultoso me termina mojando a mí también. Y empezamos a hacer movimientos de coito, así, vestidos. Y Arlet grita como si en verdad se la estuviera metiendo, y yo meneo mis caderas en círculos y le muestro lo que le haré cuando mi verga de verdad esté hundida en su rajita.

—¡Sí, sí, síiiii! —grita.

Y sus manos arañan mi espalda. Su boca se desvía a mi oreja y la muerde. Y gime justo ahí, en mi oído, y yo me estremezco. Y nos follamos sin follar. El sofá cruje. Sus piernas me aprietan más fuerte como incitándome a clavarla de verdad.

—¿Te gusta, putita?!

—¡Oh, síiii!

—¿Quieres que te la meta?

—¡Sí, sí, por favor, relléname, lo estoy deseando, Alan... Alan... qué bien te mueves!

Y en efecto, con mis movimientos certeros y veleidosos le enseño lo que le espera cuando se la ensarte de verdad.

Entonces, me aparto de ella. Mi verga está a reventar. Me pongo de pie, y ambos vemos cómo mi bóxer está estilando. Y como sé que está ansiosa, la agarro del cuello, la incorporo y, con determinación hago lo impensable, diciéndole:

—Ponte de rodillas, putita, y bájame el bóxer con los dientes.

Ella se levanta, obediente, con la boca estropeada. Su labial escurriendo en sus comisuras. Y se pone de rodillas, ansiosa, hambrienta. Y yo acaricio su cabeza como si fuese una sumisa perrita. Y ella, posa sus dientes en el elástico de mi bóxer, y tira de él, hacia abajo. Entonces aparece mi enorme verga como un resorte, gruesa, tiesa, venosa.

Y así, mi polla liberada, la veo más grande que nunca. Más dura que nunca. Más caliente que nunca.

—¡Chupa, mami, chupa... y trágame mis huevos! —le ordeno, sin poder evitar acariciarle las mejillas.

Y ella me observa detenidamente. Y con una sonrisa traviesa, lujuriosa, abre la boca, dispuesta a tragar.

Y yo cierro los ojos, sabiendo que esta noche apenas comienza.

CAPÍTULO 11

Mi madrastra es mi puta por una noche “segunda parte”

Ese cosquilleo que se siente cuando el glande atraviesa las amígdalas de la mujer que te está mamando la verga es una sensación que no cambiaría por nada del mundo. Pero el morbo que se añade por el hecho de saber que esa mujer en cuestión es tu madrastra es incomparablemente extremo.

—Así, bonita, así...

Ahí está ella, de rodillas en el suelo como una campeona, frente a mí, con el escote de su vestidito plateado desacomodado, mostrándome sus areolas, pero con sus pezones escondidos dentro de él, casi a punto de salir.

—Oh, sí —ronroneo, percibiendo el calor de su boca que absorbe mi falo un poco más adentro—. Sí, mamacita, sí, traga, traga.

Sus ojos verdes abiertos, enrojecidos por el esfuerzo, mirándome fijamente. Mis manos sujetando su nuca, empujándola lento hacia mi centro. El sonido de mi falo ingresando en su garganta babeante llega a mis oídos y me provoca escalofríos.

—¡Un poco más...! —insisto.

Ella jadea al tragársela toda por completo. Se acomoda en el suelo. Sus grandes pechos se mueven y yo distingo las puntas erectas de sus pezones. Sus manos aprietan mis nalgas. Me impulsan hasta ella, que a su vez está siendo empujada por mis manos.

—¡Jodeer!

Es imposible no reconocer el esfuerzo magnánimo que hace la novia de papá por mantener la totalidad de mi pene clavado en su boca. Noto su esfuerzo por sus arcadas. Cuando su respiración se termina veo que de sus ojos saltan lágrimas. No aguanta más la respiración y entonces suelta mi tranca y la echa hacia afuera.

—¡Gmgghggg!

La enormidad de mi falo queda estilando frente a sus ojos cuando sale de su boca por completo. Ella lo mira, victoriosa, y se ufana al saber que se la ha podido tragar toda.

—Ufff... ricura, si tu padre la tuviera así —jadea—, también es grande, pero la tuya es incomparable.

Me excita la forma en que me sonrío, con sus comisuras llenas de saliva y fluidos. Suelta mis nalgas y se apodera de mi empuñadura, la cual masturba con el propósito de que continúe tan dura como hasta ahora.

—Vamos, nena, sigue —le pido—, sigue chupando.

Arlet me hace caso. Acerca su boca a mi glande y en lugar de absorberlo saca su lengua y lame la punta.

—¡Ay, que rico, Arlet!

De pronto su lengua empieza a dar lamidas en todo mi tallo, como si fuese un helado, trazando con la punta mis líneas venosas. Lo hace de arriba hacia abajo, luego al revés. Cuando vuelve a llegar a mi glande mi nalgonal abre la boca y se la introduce de nuevo, para iniciar una mamada magistral.

—¡Hoooh! —jadeo al sentir cómo sus labios se cierran a mi alrededor.

La vuelvo a sujetar de la nuca, entierro mis dedos en su melena negra y empujo mis caderas con fuerza hacia ella, que recibe mi erección hasta lo más hondo de su garganta.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Se oyen los prosaicos sonidos por toda la estancia mientras le follo la boca con fuerza,

mientras ella mantiene otra vez sus manos aferradas a mis nalgas.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Cuando acelero mis vaivenes noto que mi glándula está traspasando una y otra vez su garganta, provocándole ahogúos, por lo que empieza a expulsar más babaza que antes por la boca.

—¡Vamos, putita, vamos, así, come, come, comeee!

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

De por sí el cosquilleo que siento en mi pene ya es muy intenso, pero éste se intensifica a medida que mis testículos chocan una y otra vez en su mentón.

Lo que más me gusta de Arlet es su mirada intensa, salpicada de lágrimas por las arcadas. Una mirada lujuriosa y desafiante que me acelera los latidos de mi pecho, como diciéndome en silencio:

“Así que me odiabas, ¿no cabrón? Viniste a mí porque tu madre te envió para destruir mi relación con tu papi. Pues mira cómo acabaste, idiota, vencido y rendido ante la mujer que juraste destruir y que ahora está tragándose tu verga.”

Y a medida que su mamada continúa y mis bolas golpetean su mentón, mis deseos por fornicarla se vuelven mayores. Apenas asimilo que en verdad mi madrastra esté de rodillas chupándomela con tal lascivia y esmero.

Encima hay una cantidad de saliva muy espesa que se resbala por las comisuras y mojan sus inflados pechos. A estas alturas el seno derecho ya tiene el pezón de fuera en su totalidad. La humedad de su escote eléctrico empieza a ser notable y el bullicio de sus mamadas se hace más audible.

Arlet la chupa como toda una diosa. Los movimientos de su lengua y la babaza que vierte sobre mi falo son exquisitos. Tan es así que siento que pierdo el equilibrio. Para sostenerme vuelvo a enterrar mis dedos en su pelazo y respiro muy hondo para relajar mi pelvis, cada vez más tensa por el placer que esta cabrona me hace sentir.

“¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!” “¡Gmgghggg!”

Conforme mi pene desaparece constantemente por su boca y su gusto por tragársela me deja atónito, la hinchazón de mi virilidad me previene de una posible corrida. Por eso la detengo en seco.

—Para... —le exijo de golpe—, no quiero eyacular aún.

Arlet se la saca de la boca, con el labial escurriéndole por la barbilla, y la veo lamerse la saliva espesa que sale de su garganta.

—¿Tan poco aguantaste, machito? —se burla, agarrando mi longitud con la mano, meneándola fuerte al tiempo que yo me pierdo en la saliva que se hunde entre el canalillo de sus mamas.

—No quiero correrme aun —no le doy más explicaciones—. Vamos, levántate.

Un poco entumecida se mueve. Le ofrezco mi mano y la ayudo a incorporarse. Noto que le tiemblan las piernas. Se echa el pelo hacia atrás, se acomoda el vestido plateado tanto de abajo como del escote, guardándose sus pechos, y después se aproxima a mí y me besa violentamente, sin soltarme la verga ni un solo instante.

—Te encanta mi tranca, ¿eh, putita? —le pregunto cuando nos separamos un momento.

—Y tus huevos también, machito —alardea, usando su otra mano para apretarme suavemente mis testículos, haciéndome temblar.

—¿Qué te digo yo a ti que no te haya dicho antes? Me encantas completamente, nalgona, y la mamas como una diosa.

Ella me responde pegándose a mi cuerpo y metiendo su lengua en mi boca de nuevo. Me besa y la beso. El sabor de mi pene y su propia saliva me enrarece el momento, pero continúo sin parar. Nos agasajamos durante el beso, y tras un breve momento ahora es ella quien me detiene. Pone sus manos en mi pecho y me separa.

Entonces veo cómo, en tacones, Arlet empieza andar hasta el sofá donde se sienta.

—Ven, Alan —me dice, subiéndose el vestido plateado a las caderas—, ahora te toca a ti darme placer.

Esta vez soy yo quien se pone de rodillas frente a ella. Me acomodo perfectamente en el suelo entre sus muslos para tener un mejor acceso a su entrepierna y me quedo un momento mirando su deliciosa tanguita, que por la humedad está pegada a su vulva.

Levanto la vista y por mi posición la veo a ella como una reina inalcanzable. Tiene una cara congestionada de deseo que me observa sin parpadear. Una cara de orgullo. De hambre. Sus ojos verdes me lanzan llamas y me exigen acometerla ya.

—Tienes una cara de zorra que no puedes con ella, nalgona.

—Así me tienes, cabrón.

Arlet, mordiéndose el labio inferior, saca una de sus enormes tetas del escote con su pezón erecto y su areola coronándola y la otra la deja dentro. El resultado ante mis ojos es una obscena imagen sumamente morbosa: una teta de fuera y la otra escondida. Casi tengo ganas de subir hasta ese pezón y morderlo, pero ella con la vista me señala su chocho.

—Tu lugar está en mi concha, papi.

Trago saliva y me acerco un poco más. Ella misma separa sus piernas morenas todo lo que puede para mejorar mi proceder, y solo entonces hundo mi cabeza hasta que mi nariz toca su empapada braguita negra y aspiro profundamente.

—Apesta a lujuria, Arlet —aspiro de nuevo su sexo.

—¡Apesto a puta, dilo! —jadea con un largo suspiro—. ¡Vamos, cómeme el coño cabrón, que estoy ardiendo!

Su voz de putota me fascina, y si a eso añadido la seguridad con la que acepta lo que le estoy haciendo todo se vuelve mucho mejor. Arlet no tiene poses ni finge en este momento ser algo que no es. Se está descubriendo ante mí como una mujer libidinosa que le gusta el sexo, que ahora mismo está caliente y que quiere que le chupe la concha ya.

—Ábrete más —le ordeno, metiendo mis dedos debajo de su braguita mojada para hacerla a un lado—... Hummm, ricura... qué rica pulpita tienes.

Me complace confirmar que Arlet está completamente depilada, sólo se ha dejado una línea vertical con un fino vello del pubis que apunta hacia su vagina.

—¿Te gusta? Me depilé para ti.

En un movimiento imprevisto Arlet pega su espalda en el sofá y luego separa mucho más las piernas, subiendo sus tacones al sofá donde los apoya, y queda totalmente expuesta ante mí con perfecta obscenidad, como esas revistas ochenteras que guardaba papá en un cajón donde las mujeres se exhibían de esta forma tan procaz.

—¡Pffff, mami rica... estás deliciosa!

—Y eso que no me probaste aun.

Sus labios vaginales son tal y como me los imaginaba; sombreados, gorditos y jugosos. Su hendidura luce semiabierta, por donde escapan fluidos que nacen desde su interior. Su aroma rápidamente me atrapa con sus feromonas y mi pene comienza nuevamente a palpar.

—¡Menudo coñazo, putita!

—¡Traga... cabrón, deja de hablar y cómeme el coño, vamos!

Inclino mi cabeza hacia su centro y empiezo a darle las primeras chupadas a sus pliegues vaginales, de manera que ella reacciona gimiendo con suavidad.

Con mis dientes muerdo suavemente sus pliegues y los repaso de lado a lado hasta que ella vuelve a agitarse.

—¡Hoooooh, Alan...!

Metó mis manos debajo de su culo y la empujó hacia mi boca con destreza, desde donde la sigo atacando. Empiezo a mamarle su vagina con movimientos oscilatorios. Sus líquidos calientes escurren por su perineo a razón de mis chupadas hasta llegar a su ano, desde donde empiezo a propinarle nuevas lamidas.

—“¡Haaaah!” “¡Haaaaah!” “¡Haaaaaaah!” —gime ella alargando sus quejidos. }

—Te gusta, ¿eh, ricura? —le digo, sacando mis manos de su culo para usar un dedo en su clítoris—. Estás bien caliente, cabrona, así como me gustan.

Vuelvo mi boca a su hendidura entreabierta y la vuelvo a lamer, sin dejar de emplear mis yemas en su clítoris.

—¡Ay que boquita tienes... cabroncito!

Imprimo una velocidad admirable en mis lamidas y entonces decido hundir mi lengua en su rajita, desde donde empiezo a batirle sus caldos frenéticamente, extendiendo sus flujos hasta sus muslos.

—¡Así, vamos, asíii! —me apremia, cogiéndome de la cabeza para hundirla contra su centro.

Le doy mordiscos a sus labios y luego dejo de acariciar su clítoris para hundir un dedo dentro de ella.

—¿Imaginaste que alguna vez estaríamos así, Arlet? —le dijo entre mis chupadas, penetrando un segundo dedo en su interior.

—No —responde en resoplidos, meneando sus caderas—, pero lo deseaba.

—¿Lo deseabas, guarrilla? —continúa sometiéndola—. ¿Desde cuándo?

Arlet continúa farfullando. Es señal de que le gusta cómo la pajeo con mis dos dedos.

—Desde... que te vi... escondido bajo el escritorio del despacho, años atrás.

Mi memoria me lleva a ese episodio y no puedo dejar de pensar en lo zorra que se comportó.

—¿Desde el principio supiste que yo estaba allí? —le pregunto, batiendo sus caldos.

—Ufff, sí... vi cuando entraste... yo sabía que estabas allí.

Miro hacia arriba y veo su pecho desnudo balanceándose sobre su escote.

—¿Y qué pretendías al comportarte como una puta con mi padre sabiéndome escondido?

Alcanzo su pezón erecto y lo retuerzo con ganas.

—¡Darte una lección... ahhh!

Extiendo mi mano sobre todo el pecho y lo estrujo con fuerza, haciéndola jadear.

—¿Una lección de qué, para qué, o por qué?

Arlet responde con eróticos gemidos, diciendo:

—Una lección para que supieras que conmigo... uff... no debías... meterte... ¡haaah!

Mis dedos medio y anular frotan la parte superior de su gruta, la parte corrugada, y veo cómo Arlet vuelve a gemir, estremeciéndose.

—Querías que fuera corriendo a decirle a mamá que mi padre tenía un amante, ¿verdad golfa?, para así destruir por completo su matrimonio y tú quedártelo para ti sola.

—Ufff... sí... Alan... yo... lo siento, ¡aaah!, sé que no estuvo bien, pero uff... tenía que hacerlo... ¡hoooh;

Sin avisarle meto un tercer dedo a su vagina, y arrecio mis embestidas.

—Fuiste una perra, ¿lo sabes? —le grito, estrujando una vez más su teta desnuda mientras la masturbo con mis tres dedos.

—Síiii... ¡hoooooh, que rico, Alan... que ricooo!

—¿Sí qué, Arlet?

—Fui una perra... ¡Ahaah!

Mi madrastra empieza a bailar sobre mis dedos y yo noto cómo hace más aguas, mojándomelos.

—¡Lastimaste a mi madre, perra, la hiciste cornuda, y de alguna manera la humillaste, provocándole una depresión de la que no se ha podido recuperar, ¿lo sabías?!

Arlet lanza un gritito que la escalofría. Sus sacudidas sobre mis dedos son tan fuertes que el escote empieza a ceder en el pecho que aún permanece escondido debajo de su vestido plateado.

—¡Ufff...! Yo... lo siento... Alan...

—¿Lo sientes, en verdad, mentirosa? —la obligo a confesar, sin darle tregua a mis metesaca.

—¡No... no...! ¡En realidad no lo siento... ohhhh!

—Lo sé —respondo, cuando veo que su segundo pecho ha quedado también al descubierto, botando de arriba abajo—. Eres una perra destruye hogares, que al saberse tan buena, no le importa interponerse en un matrimonio como el de mis padres...

—¡Yo... lo amo a él!

—¿Sí, cabrona, lo amas? —le lanzo un grito, al tiempo que vuelvo a estrujar sus tetazas sin dejar de masturbarla—. ¿Tanto lo amas que ahora mismo estás chorreándote entre mis dedos?

—¡Síii... es que... soy una puta... tu putaaaa!

Verla así de desquiciada, batiéndose sobre mis dedos, impulsando su pelvis hasta el fondo, estilando flujos sexuales, me pone malo.

—Y si somos justos, mereces ser castigada... Arlet.

—¡Uy, sí... lo merezco! —continúa temblando—, ¿vas a castigarme, papi... lo harás?

—¡Lo haré!

Sin darle tregua acelero mi masturbación hasta que logro hacerla estallar en un violento orgasmo que la hace gritar de placer.

—No te atreverás —gruñe mi madrastra, enfadada, mientras la tengo pegada a la pared, con mi boca mordiéndole su delicioso cuello, mi enorme pene erecto rozándole el coñito y mi dedo anular derecho ingresando en su estrecho ojetito—... Alan... ni se te ocurra, porque no lo harás...

—Claro que lo haré, putita, ¿o en verdad piensas que mereces un castigo menor?

Sus enormes nalgas están pegadas a esa pared. Con mi rodilla mantengo sus muslos separados. De vez en cuando bajo mi boca a sus deliciosos pechos y le doy ciertos mordiscos, a la vez que mi dedo continúa acariciando el umbral de su agujerito.

—¡Ni siquiera lo pienses, cabrón! —jadea.

Su voz, aunque suena violenta, es erótica.

—¿Ahora me vas a decir que eres virgen del culo? —me burlo, sacando mi dedo de sus nalgas para llevármelo a la boca, a fin de impregnarlo de saliva.

—No es lo mismo ser penetrada por un tamaño normal que ser clavada por una anaconda como la tuya.

Regreso mi húmedo anular a su culito, y ella se estremece cuando la yema empieza estimular su entrada.

—Entonces con mayor razón te lo voy a destrozar, Arlet, esto y más te mereces.

—¡Alan, para por favor! ¡Aaaaayyyy! —grita al sentir que hundo mi dedito.

—¿Por favor qué, mamacita? —le pregunto, chupándole sus tetas, intercaladamente.

—¡Esto se está yendo... por otro lado... Alan...!

—Por el culo, sí, justamente por otro lado.

—¡Basta!

—Te voy a romper el orto, madrastra malvada.

Mis estimulaciones empiezan a relajar su esfínter y a dilatar su orificio rectal.

—¡Te arranco los huevos si lo haces, cabrón!

—Sólo que sea a mordidas.

—¡No, Alan... no metas tu dedo ahí... no... ahhhh!

Su chillido es porque mi dedo finalmente logra ingresar. La manera en que su culito se traga mi extremidad me enloquece. Arlet tiembla y empieza a manotear.

—Te está gustando, zorrita, ¿lo ves?

—¡Que no, que no! —se agita sobre mí, pero yo la tengo pegada a la pared, con sus tacones puestos como una puta y su vestido plateado enroscado en su cintura.

—¿Entonces por qué estás tan empapada, mentirosa?

Y le vuelvo a hundir un poco más el dedo, de manera que ella vuelve a gritar muy fuerte.

—¡Eres un cerdo, Alan!

—¡Y tú mi cerdita!

—¡Haaaaaahhhh! —grita fuertísimo, como lo ha venido haciendo desde que la levanté del sofá y la pegué contra la pared que está junto a la puerta del recibidor del departamento.

Entonces, mientras sigo con mi dedo hundiéndolo en su recto, una voz masculina grita desde el otro lado de la puerta:

“Cállense, cabrones calientes, que hay gente que queremos dormir.”

Yo rompo a carcajadas en lugar de darme pena y grito sin piedad:

—Perdone, buen hombre, pero a mi mujer le duele un poco por el culo.

—¡Alan! —se libera ella de mí, sacudiéndose y empujándome hacia atrás—. Esto no ha sido divertido.

Yo me quedo serio, la miro y le digo.

—Lo siento... fue un arrebató.

—¡A otro lado con tus putos arrebatos, Alan, si te digo no es no!

Continúo mirándola y aun noto cierto desdén en su expresión pero también lujuria en su mirada, por eso me atrevo a seguir:

—Me pasé dos pueblos, hermosa, lo siento. Te juro que me portaré bien.

Ella pestañea, reflexiona un poco y yo le insisto:

—Vamos, nalgona, mejor seguimos en el cuarto, o nos volverán a regañar.

Arlet suspira, me mira con una sonrisa y sé que aceptará.

—¡Pero no me darás por el culo, ¿entendido cabrón?!

—Hoy no —respondo, sabiendo que en algún momento se lo tendré que destrozar.

Recuperados de la interrupción que acabamos de tener, la llevo a la habitación, cierro la puerta para que contenga nuestros alaridos y conduzco a mi nalgona a la cama. Allí quedamos frente a frente, acaricio sus mejillas con mis dedos y empiezo a besarla con dulzura.

—¿Me perdonas, bonita?

Ella me responde agarrándome la verga con sus manos, frotándola.

—Solo si me sigues tratando como puta... pero sin más reproches del pasado y sin exigirme ningún anal.

Muerdo su labio inferior. Recorro con mi lengua su mentón, luego su cuello, bajo por su clavícula y muerdo sus pechos, uno primero y después el otro. Estiro sus pezones con mis dientes mientras ella sigue masturbándose con sus manos. Cuando Arlet empieza a jadear sé que está lista de nuevo para recibirme. Entonces me incorporo, la miro a los ojos y le digo:

—Ponte a gatas, Arlet, que tenemos por tarea destrozar esta cama.

Ella se ríe, apretándose la polla con los dedos.

—Antes bésame, papi, amo tu lengua en mi boca.

Sonríó. Agarro sus mejillas y la atraigo hacia mí, diciéndole:

—¿En cuál de tus bocas amas mi lengua, mamita rica?

—En la más húmeda —me dice, sin dejar de lengüetearnos.

Bajo mis dedos a su vulva y la palpo. Está empapada la hija de puta. Pero con mi lengua dentro de su boca advierto que también allí está completamente mojada.

—Ambas están húmedas —la prevengo—, ¿a cuál de las dos te refieres entonces?

Ella acaricia mi espalda con sus uñas mientras usa su mano libre para masturbarme, al mismo tiempo que lame mis labios con deseo.

—Probemos a ver cuál chorrea más... y lo descubriremos —me dice.

Estamos tan pegados el uno del otro que caemos en la cama, yo encima de ella, que al sentir mi peso sobre sí gime ganosa.

—¿Me follas, papi? —me pide con voz putona—. Llevo deseándote desde que te vi esta tranca tan enorme.

Froto mis pectorales en sus gordos pechos. Paso mi lengua sobre sus labios y le pregunto:

—¿Eso es lo que quieres, mami... que tu hijastro te folle?

—Lo estoy deseando.

Con fuerza la arrastro hasta más arriba de la cama. Sujeto sus muñecas y las coloco detrás de

su cabeza. Me tumbo sobre su cuerpo desnudo y empiezo a besarla nuevamente desde su boca hasta su ombligo, donde yace ese sensual piercing que tanto me fascina.

Arlet gime, desata sus muñecas y sus manos llegan a mi espalda, donde traza líneas verticales mientras yo me llevo si pendiente a mi boca.

—Métemela ya, Alan... —me insiste con suplica empleando una voz cachondísima.

—Te dije que te cogeré a gatas, putita.

—Pues entonces ponme a gatas tú —me desafía.

Me incorporo un poco, ella hace lo mismo y entonces la giro completamente con dos fugaces movimientos, hasta dejarla bocabajo.

—¡Ay, que machoteeee, papiii! —jadea lujuriosa.

—Acomódate, mamacita rica, y enséñame qué tan puta puedes ser.

Arlet, que yace bocabajo, empieza a elevar su enorme culo poco a poco hasta quedar en pompa a la altura de donde ya mi hinchada herramienta la espera.

—¡Hija de puta... pero mira que tremendo culote tienes! —me maravillo al contemplarla, y le doy un azote por las puras ganas de oír el cachetazo y ver la forma en que éstas vibran delante de mí.

—¡Mis nalgas son tuyas, papi, hazme lo que quieras!

Y verla así, a cuatro patas, dispuesta para mí, con sus tetas perfectamente pegadas en la cama y su cabeza clavada en una almohada me pone a mil.

—Ahora sí fóllame, Alan, ponte un condón y hazme todo eso que me dijiste que me harías.

Le vuelvo a dar otro azote y su culo vuelve a botar. Me acaricio la polla con fuerza y le digo:

—Así como estás, Arlet, sin perder el equilibrio, incorpórate un poco y ábrete las nalgas para mí. déjame verte tus orificios.

Ella ni lenta ni perezosa hace lo que le digo. Con sus dos manos se abre las nalgas y me enseña su enrojecido agujero rectal y su encharcada vagina.

Y antes de decidir penetrarla me flexiono y le paso la lengua por la raja y luego por el ano, para después ir de regreso hasta golpetearle el clítoris con la lengua. La reacción inmediata a mi querida mami es estremecerse y jadear. Veo mi obra y entiendo que está mega lubricada. Llegó la hora de la verdad.

—¡Me estoy quemando, Alan... entiérramela ya!

Cuando una mujer te suplica con la persistencia y deseo con que lo hace Arlet es que la tienes a tono, su libido llegó al máximo y sólo hace falta hundirse en ella.

Y yo lo haré.

—Antes de ponerme el condón, restriégate contra mi polla, mamita. Quiero sentir tu raja lubricada en la punta.

Me pongo de rodillas detrás de sus enormes nalgas y le acerco mi erección, la cual ella acaricia con sus labios vaginales, los cuales remojan el glande en cada repasada, hasta que ya no puedo más y decido proceder.

Es un condón extra grande, ultrasensible, transparente y muy delgado. Si se mira de lejos casi ni se nota. Yo ni siquiera necesito preocuparme por la lubricación que trae el forro, porque la concha de Arlet está completamente inundada. Menea el culo oscilatoriamente y me incita a poseerla.

—Vamos, vamoos Alan...

Cuando el glande se posiciona en la entrada de su vagina, descubro que ella no está tan abierta como pensaba. Puedo sentir lentamente cómo sus pliegues se adhieren a mi glande mientras empujo hacia adentro con suavidad.

—¡Haaaaaaahhhhh! —empieza a lloriquear mi madrastra al advertir mi grosor enterrándose en su vagina—. ¡Vas a destrozarme... cabrónnn!

Empujo más hacia adentro y percibo una gruta carnosa muy caliente que aprieta mi circunferencia con fuerza.

—¡Asíiiii... relléname el coño, papi, rellénameee!

La sensación de estar penetrándola aunado a sus gritos eróticos hacen que mi falo se ponga más duro aun.

—¡Hijo de putaaaa! —llora mientras me hundo sobre ella—. ¡Ay dioooooos!

La tengo sujeta de las caderas. Mientras tanto farfullo y continuo ingresando. Entonces, cuando falta solo un cuarto de verga por entrar, Arlet, en un arrebato de lujuria, empuja hacia atrás y la se la ensarta por completo, lanzado un terrible alarido que se acompaña de un bramido que doy yo.

—¡Magnífica golfa! —le doy una nalgada muy sonora.

—¡Magnífica verga, cabrón... siento que me estoy partiendo por mitad!

Y ahora sí estoy completamente hundido dentro de su vagina. Sus grandiosas nalgas están pegadas a mi pubis y mis huevos acarician su piel.

Entonces, sujetándola con fuerza de las caderas, empiezo a menearla dentro de su gruta. Restriego mi erección contra sus paredes vaginales con movimientos circulares. Ella está chorreando. Gime una y otra vez. Sus nalgas vibran en mi piel y sus lloriqueos no dejan de escucharse por doquier.

—¡Hah! ¡Hahhh!

Por eso, cuando considero que mi verga ya la abierto por dentro, y su vagina se ha acostumbrado a mi grosor y longitud, la empiezo a sacar hasta la mitad para luego hundírsela de golpe. Vuelvo a extraerla casi hasta el glande, y una vez más empujo hasta que mis testículos chocan contra sus muslos.

La calentura de Arlet es evidente. Lo noto por la forma en que empieza a menear el culo. Ella misma empieza a empujar y a retraer sus caderas para clavarse y desclavarse mi pene dentro de ella. Por eso arrecio un poco más, mientras ella lloriquea.

—¡Oh, Dios, Dios! ¡Así, cabrón, asíiii!

—¿Más fuerte?

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Mido mis embestidas en función de sus berridos y decido cómo hacerla disfrutar. Mi especialidad es saciar a la mujer antes que a mí. Saco mi polla y cuando se la vuelvo a meter, la dejo allí dentro batiendo sus caldos, de manera que Arlet sacude sus caderas con celeridad y

cadencia, provocándome espasmos. Como consecuencia mi pene se frota en su interior y se anega con sus flujos.

—¿Es todo lo que puedes darme, cabrón? —me reclama, incorporándose un poco—. ¡¿Es todo lo que puedes hacerme gritar, pequeño imbécil?!

Sus palabras sí que me calientan, así que no se la perdono cuando le digo:

—¿Te parezco un pequeño imbécil, cabrona, con todos mis centímetros enterrados en tu útero? Pues ya lo verás.

Y entonces decido darle la lección de su vida. La agarro del pelo, la levanto por completo, y mientras ella chupa mis dedos cuando se los meto a la boca, yo me acomodo muy bien detrás de ella y la penetro sin piedad.

La forma en que rebotan sus nalgas contra mi cuerpo es acorde al sonido de los aplausos que de repente inundan la habitación. La taladro sin misericordia, tirando de su pelo, hundiendo mis dedos en su boca, y enterrando una y otra vez mi verga en su encharcada vagina.

Sus gritos y jadeos deben de llegar hasta el pasillo, pero me importa una mierda si alguien nos viene a reclamar. Estamos en un lugar privado fornicando y me vale un comino si alguien se enfada o no.

—¡Hijo de puta... hijo de putaaa que bien me follas! —grita con tremendos alaridos.

Y en medio de la follada oímos el golpeteo del cabecero de la cama contra la pared y un nuevo grito de mi amante que me indica un nuevo orgasmo. Su coño se contrae, apretando fuerte mi verga, la humedad me moja por completo y considero que es un buen momento para cambiar de posición.

—¡Vamos, puta, siéntate sobre mi tranca!

Yo me recuesto bocarriba, mientras la novia de papá se quita finalmente el vestido, el que tira por ahí. Todavía con los tacones puestos Arlet me monta, colocándose a horcajadas. Con sus manos busca la punta de mi polla y la coloca en su abierta vagina, y una vez situada en su centro, empieza a sentarse sobre mi falo.

—¡Aaaaaa... cabronaaaaa!

—¡Haaaahhh síiiii!

Cuando su coño se ha tragado por completo mi falo, llevo mis manos sobre sus tetas y las estrujo, al mismo tiempo que mi madrastra empieza a cabalgarme a su ritmo.

—¡Que verga tienes cabronazoooo!

—¿Te gusta, nalgona?

—¡Me fascinaaaaa!

La manera en que ella empieza a botar su culo sobre mis muslos es abrumador. Devuelvo mis manos por sus laterales y las descendo hasta llegar a sus caderas, de donde la agarro para impulsarla en su cabalgada.

Sus tetas botando en su pecho en cada cabalgada le otorga al momento un adicional de morbo y calentura.

—¡Ay, qué sentones me das, cabrona, que ricoooo, que rico follas, putona!

—Querías una puta, ¿no?, pues vamos, fóllate a tu puta.

—¡Uffff! —bramo, sobre todo cuando siento la punta de sus uñas arañándome el pecho.

—¡Lléname, cabrón, llénameee!

Arlet es una fiera en la cama, con sus movimientos y actitudes fornicantes me ha demostrado de qué está hecha.

Es oírle gritar, gemir, jadear para embrutecerme. Es verla cabalgarme salvajemente mientras

mueve sus caderas de forma muy sexosa para que mis huevos empiecen a generar millones de espermatozoides. Es verla botar sus duras tetas en sus pecho de arriba abajo y en círculos para que finalmente sienta que me voy a correr.

Y se lo digo, mientras ella misma se chorroa sobre mi pelvis. Grita en medio de su orgasmo, pero al mismo tiempo se levanta para echarse junto a mí, diciéndome:

—¡Échamelos en las nalgas... vergudo!

Y yo me levanto, masturbándome, a punto de explotar, y ella se pone a cuatro patas una vez más. Y es verla estimularse su clítoris y ver su ano dilatado y su chocho estilando para ya no aguantar más estas ganas que tengo de correrme hasta estallar.

—¡HAAAAAAH!

Chorros espesos chocan contra sus abombadas nalgas, y Arlet jadea por la lujuria, sin dejar de estimularse el clítoris. Y yo sigo descargándome sobre su culo hasta que finalmente caigo rendido sobre ella.

Arlet termina agitada, complacida, sin saber que por mi edad, esto no ha terminado aún.

Son casi las dos de la mañana, pero sé que esto continuará.

No ha quedado sitio alguno en este cuarto donde no me la haya cogido a la hija de puta, incluyendo la alfombra que está frente a la cama. Me he descargado sobre su boca, tetas y culo tantas veces que siento que me quedaré sin semen por un mes.

Fue un follar, dormitar, despertar y de nuevo fornicar como si fuésemos un par de recién casados en luna de miel. Algunas veces ha sido ella quien me ha despertado en la madrugada a punta de mamadas de huevos y verga.

En otras ocasiones he sido yo quien la ha despertado ensartándola hasta los testículos. Lo que es cierto es que no hemos dormido casi nada. Hace rato apenas nos duchábamos en el baño para limpiarnos el sudor, los fluidos y las costras de mi semen pensando que ya habíamos por fin terminado, pero fue llegar de nuevo a la cama otra vez cuando ya la estaba montando sin parar.

—¡En mi puta vida un solo hombre me había sacado tantos orgasmos en una sola noche, Alan! —recuerdo que fue lo último que me dijo mientras se acostaba sobre mi pecho antes de quedarme dormido de verdad.

Y sin embargo, aunque parece que apenas he cerrado los ojos un par de segundos, sé que han pasado horas.

De hecho me despiertan del sueño profundo las sacudidas de Arlet. Con dificultad abro los ojos y veo que unos rayos amarillentos se filtran por las ventanas.

Mis ojos los siento pesados y yo con mucha modorra. Me falta el sueño, el descanso, y Arlet me está sacudiendo.

—¡Alan, Alan! —escucho su alarmante voz.

—¿Qué pasa, Arlet, carajo?

—¡Es Fede, nos ha estado llamando desde hace rato! —contesta.

Su respuesta hace que el sopor se me vaya directo al culo y abro los ojos tanto que me duelen.

—¿Cómo que mi papá nos ha estado llamando? ¿Pues qué hora es?

Ni siquiera le tuve que haber preguntado. El sol ya está casi puesto en el cielo.

—¡Es casi el mediodía!

—¿Qué? ¡No me jodas! —respondo, sabiendo que nos quedamos dormidos y que justo ahora estamos metidos en graves problemas.

Mucha culpa tuvimos al quedarnos casi hasta el amanecer follando como perros en celo. Ni a la novia de papá ni a mí se nos ocurrió poner una alarma en nuestros teléfonos que nos despertara temprano.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué, Arlet? —le pregunto a mi madrastra revisando mi celular sólo para darme cuenta que papá también me ha estado marcando a mí.

Tengo decenas de llamadas perdidas, lo que significa que ya se percató que yo tampoco estoy en casa.

¡Maldita sea!

—¡No sé, no sé qué vamos hacer! —me responde ella asustada, levantándose histérica, desnuda, botando las nalgas y sus pechos.

Me incorporo un poco y veo la cama revuelta. Arlet tiene el pelo hecho un desastre. Sus pechos y el mentón tienen rastros de semen seco. Su cuello tiene chupetones en varios sitios. Nuestra ropa está por todos lados. Las almohadas en el suelo y la lámpara que está a mi lado se encuentra ladeada.

¡Mierda! ¿Qué tanto hicimos anoche? Es como si hubiera pasado un remolino por aquí.

Apenas estoy intentando acomodar la lámpara de buró en su lugar cuando papá vuelve a marcarle a Arlet, y ella palidece, mirándome con susto.

—¡Otra vez... mierda, Alan! ¿Qué hago?

El teléfono está vibrando en su buró.

—¡Pues respóndele!

—¡No, carajo, no! ¿Cómo le voy a responder?

—¡Que le respondas, Arlet, joder!

—¿Y qué mierdas le digo?

—¡Pues yo qué sé... inventa algo...ya se te ocurrirá!

Las manos de Arlet le están temblando cuando toma el celular y por los nervios toca el símbolo verde que en automático hace recibir la llamada.

—¿Fe...ferico... cielo? —dice Arlet balbuceando.

Ni siquiera tiene que poner el altavoz para yo poder percibir tremendo grito de mi padre:

—¿Dónde mierdas están tú y Alan, Arlet? ¿Dónde chingados están?

Estamos en problemas.

CAPÍTULO 12

Descubierta

—¡Mira, Federico, si vas a continuar gritándome en lugar permitirme que te explique, te juro que voy a cortar la llamada...!

—*¿A ti te importa más que te grite en lugar de que te importe explicarme por qué carajos no estás en casa no sé desde qué horas?!*

—Si dejaras de estar gritándome hace rato que te hubiera explicad...

Arlet está deambulando descalza, desnuda, de un lado a otro, en un perímetro corto al otro lado de la cama. Sus ojos verdes de pronto me miran angustiada a mí, de pronto miran hacia el techo, como le pidiera a una deidad que la pudieran sacar de todo este embrollo.

Su cabello negro, enredado, brillante, cae sobre su espalda de forma ensortijada. Y yo simplemente estoy sentado en el borde de la cama como imbécil, encuerado, colgándome el pene morcillón completamente flácido pero pesado.

En otro momento mis ojos estarían clavados llenos de lujuria en las deliciosas formas de sus enormes glúteos que rebotan y chocan el uno contra el otro cada vez que camina, levantando la ropa del suelo y aventándomela en la cama, aunado al hecho de ver cómo sus redondas tetazas se bambolean sobre su pecho cada vez que se flexiona para recoger cada prenda, como sus braguitas usadas, que me las echa en la cabeza sin pretenderlo.

Sin embargo, ahora estoy espantado, acobardado, pensando en cómo diablos saldremos victoriosos de esta mala jugada. Mientras me quito sus bragas de la cabeza y las empuño en mi mano izquierda, me pregunto si papá está desconfiando de mí.

¿Será que papá comienza a sospechar de nosotros? Es que definitivamente en esta ocasión sí que nos hemos pasado de lanza. Ninguno de los dos está en casa, y él ya debe de haber hecho conclusiones. Mi nalgonia y yo no hemos sido inteligentes en absoluto, y es probable que esta insana calentura que teníamos su novia y yo se nos haya ido de las manos.

—¿Quieres dejarme hablar, Fede? Las personas se suelen comunicar cuando uno deja hablar al otro.

—*¡No me importa lo que me puedas decir por teléfono, Arlet! ¡Sólo dime una cosa ¿Alan está contigo?!*

Cuando dice mi nombre las tripas se me revuelven dentro de mi organismo. Mis ojos se crispan y mi boca se seca. Arlet me mira con calma, mientras yo tiemblo, y continúa escuchando a papá, levantando su vestido eléctrico del suelo:

—*¡Es que es el colmo que ninguno de los dos esté en casa y ni siquiera se hayan tomado la molestia de avisarme!*

—¿Y por qué tendría que estar tu hijo conmigo? Yo no soy su nana para andar detrás de él.

Arlet habla con tal seguridad que de verdad nadie imaginaría que yo estoy desnudo junto a ella, con sus sensuales braguitas echas bola en mi mano.

—*¡Sucede, mujer, que si no estás con él... cosa que se me haría tremendamente raro, entonces significa que tú andas sola por ahí con quién sabe quién.*

Mi madrastra entorna los ojos sintiéndose agredida.

—¿Cómo es eso de si no estoy con Alan, entonces yo estoy con “quién sabe con quién”, Federico? ¿Qué estás insinuándome?

—*¡Estoy insinuándote lo que es, Arlet, que tengo mis dudas respecto a ti! No me vayas a decir que madrugaste para ir a misa de seis de la mañana, ¿verdad que no? ¡Porque quiero que sepas que a esa hora desperté y vi por primera vez que tú no estabas en la cama! Me quedé*

dormido casi al instante pensando que estarías en el baño y que rápido regresarías, pero qué equivocado estaba, porque cuando desperté nuevamente a las nueve de la mañana, tú seguías ausente. Lo que significa que no estabas en la cama desde la madrugada.

Ahora que papá le ha narrado la cronología de los hechos, Arlet parece más fastidiada que antes.

—¿Por eso me has estado llamando por teléfono desde que te despertaste por segunda vez, Fede, porque piensas que estoy con alguien más? ¿No se te ocurrió que me levante temprano para ir a correr, como acostumbro?

—*¡No me tildes de imbécil, Arlet, que cuando te vas a correr desde temprano tú me avisas, incluso a veces suelo acompañarte!*

—¡Te recuerdo que durante los últimos días no has dormido nada en absoluto, Federico! ¿Cómo te piensas que iba a tener el alma para despertarte?

—*¡No me jodas, Arlet, que no soy un imbécil!*

—¡Federico, a ver si te calmas, porque no pienso seguir discutiendo esto contigo por teléfono!

—*¿Por qué? ¿Será que es porque estás con tu amante?* —Arlet me mira de reojo y yo miro hacia otro lado, como simulando que no me di por aludido—. *¿Es eso, Arlet, es que ahora mismo estás frente a tu amante y él está oyendo lo que te digo? Porque si es así, si ese cabrón me está oyendo, debería de saber que es un perfecto hijo de perra, un hijo de puta, un pusilánime cabrón que se está metiendo con una mujer que tiene marido, y cuyo marido soy yo.*

Tales palabras se estrellan en mi cabeza como si fueran mil ladrillos puntiagudos. Mi madrastra hace una mueca de disgusto, pues sabe que esto me ha hecho sentir verdaderamente mal, y luego le dice a papá:

—¡¿Estás oyendo lo que dices, Federico?! ¿Te das cuenta de lo ridículo que te escuchas diciendo sarta de disparates? ¡Un día te la haré efectiva, ¿sabes?! ¡Un día me buscaré un amante y te dejaré para que de verdad puedas sustentar tus acusaciones!

—*¡Encima eres una cínica!*

—¡No es cinismo, Federico, es que me tienes harta! Toda tu maldita vida desde que estamos juntos me has celado, me has acosado, me has sentenciado y me has acusado de infidelidades.

—*¡Mejor eso lo dejamos para después, Arlet, que ahora no estoy de humor para oír tus reproches! Mejor dime dónde está Alan.*

—¡Y yo qué diablos voy a saber dónde carajos está tu hijo! ¿También me vas a culpar de su desaparición?

—*Pues no sé* —responde mi progenitor con un deje de ironía en su voz—. *Esta mañana al ver que no se levantaba fui a su cuarto, y vaya sorpresa me llevé al darme cuenta de que él tampoco estaba allí, por lo que supuse que habría salido contigo.*

Las bragas de Arlet cada vez se entierran más fuerte en mi mano. No sé qué tanta sangre fría podría tener yo para poder hacer como mi madrastra y encarar a mi padre con esa seguridad.

—¡Claro, querido, con lo bien que nos llevamos seguramente tu hijo salió conmigo a correr! —suelta Arlet negando con la cabeza, y me sorprende que cansada de estar de pie, regrese a la cama y se siente junto a mí, suspirando.

—*¡Ambos me han asegurado que se la llevaban de maravilla!* —responde papá—. *Yo mismo los he visto mejor que antes.*

—*¡Teníamos qué actuar así para que dejaras de jodernos con eso de que querías que tuviéramos una relación sana entre los dos!* —continúa mi madrastra, y yo me quedo helado cuando noto que posa su mano libre sobre mi verga en reposo.

—¿Entonces me mintieron, Arlet? ¿Se siguen aborreciendo y decidieron burlarse de mí haciéndome creer lo contrario?

Mi madrastra, cada vez más irritada con las acusaciones de papá, me vuelve a mirar a los ojos. Con sus largas uñas acaricia la circunferencia de mi pene, que salta a su contacto, y yo le pregunto gesticulando un implacable “¿Qué haces, Arlet?”, pero ella continúa con lo suyo, sin prestarme atención.

—Nadie se ha burlado de ti, Fede, pero simplemente tú no puedes pretender que de buenas a primeras la relación entre tu hijo y yo se vuelva la mejor del mundo cuando sabes bien el resentimiento que me tiene desde que me cambiaste por su madre.

Yo no puedo creer que esté pasando esto; que mi madrastra tenga el cinismo de decir estas palabras tan terribles y dolorosas para mí como si no significaran nada para ella, y que a su vez esté acariciándome el pene al mismo tiempo que habla con mi padre, con una actitud chulesca que no coincide con mi terror y su angustia inicial.

—¿Ahora me vas a decir que Alan te ha ofendido?

—¡Claro que no! —se apresura mi nalgona a responder mientras continúa rozándome el falo por toda la superficie, dibujando los contornos de mis venas con las uñas cuando este empieza a hincharse y yo a estremecerme junto a ella, que tiene sus caderas casi pegadas a mis piernas.

—¿Entonces?

—Entonces nada, Federico. Entonces sólo te estoy diciendo que yo no sé dónde carajos está tu hijo —y cuando enfatiza la palabra *hijo*, mi madrastra levanta mi polla, la rodea con sus manos, y le da un fuerte apretón que a mí me hace temblar el pecho.

—¡De gran apuro me sacaste! —se enfada su marido.

Y a mí me sorprende que mi madrastra le esté mintiendo a papá con tanta naturalidad, como si fuera algo habitual en ella. Y eso me molesta bastante, pero al mismo tiempo me sorprende que yo siga allí sentado junto a ella, consintiendo sus locuras.

—Pues lo siento, Fede, pero no te puedo decir más.

Yo carraspeo en voz baja y los dos se quedan en silencio durante unos segundos, tiempo en el cual mi madrastra aprovecha para silenciar la bocina de su teléfono, mirarme con una cara de puta que no puede con ella y decirme en voz alta:

—Quiero que te quedes quieto y que te tranquilices, Alan, que yo estoy intentando arreglar esto y con tu actitud acobardada me quitas inspiración.

—Yo... no estoy acobardado —miento, sintiendo el calor de su mano apretándome fuerte el miembro que está cada vez más erecto—, pero tienes que entender que estás hablando con mi padre no con el panadero. Si fuera cualquier otro cabrón me valdría pito lo que le dijeras o no le dijeras, pero en este caso tengo remordimientos, ¿los conoces? Creo que no, ¿verdad? Y por eso... Ay... uff... offff... Joder, Arlet... ¿qué mierdas crees que haces?

—Te la estoy meneando para ver si así se te quita lo histérico, ¿no lo ves? —me responde, relamiéndose los labios de zorra que tiene y apretujando un poco más mi erección.

—¿Estás ahí? —le pregunta mi padre mientras ella sigue empuñando y meneando mi falo sin pudor.

—¡Deja de hacer eso, culona, y termina la llamada con papá, que tenemos que volver a casa ya!

—Mejor te callas y me dejas agarrarte esta hermosura que te cuelga entre las piernas, porque sólo así siento que me relajo un poco más entre tanta tensión.

—¿Que te relaja masturbarme, me estás diciendo, Arlet?

—Me calienta, me moja, me pone cerda, y eso... a su vez, me tranquiliza y me relaja. Y tengo que estar relajada para continuar hablando con tu padre hasta dejarlo convencido de que entre tú y yo no pasa nada.

—¡Estás loca, cabrona!

—Loca por tu verga, te lo aclaro, pero no por ti, así que no te engrandezcas y mejor te callas y me dejas continuar.

—¡Ufff, Arlet...!

La manera en que esta pinche loca me aprieta el falo, me lo menea, y lo agita me calienta sobremanera, no lo puedo negar.

—¡Vuelve a la llamada y suelta mi pene, que no es momento, Arlet!

—¿No es momento, cabrocinto? —me pregunta mi madrastra con una sonrisa malvada—, ¿entonces por qué mierdas la tienes tan dura y tan gorda justo ahora?

—¡Una reacción natural! ¿En serio necesito explicarte sobre sexualidad? Que le respondas, te digo...

—¡Arlet, carajo! ¿Por qué no me hablas? —se vuelve a oír la voz de papá—. ¿Es que se cortó la llamada? No, tú estás allí, porque la llamada sigue activa.

Obviamente mi padre no escuchaba nuestra conversación porque mi madrastra mantiene la bocina del auricular en silencio.

—Voy a contestarle, Alan, pero quiero que por favor quites esa cara de tragedia que tienes y te calmes, que me pones nerviosa.

—¿Ahora te haces la nerviosa pero al mismo tiempo me estás masturbando, cabrona?

—Antes no te molesto incluso que te la mamara, ¿no, cabroncito?

—¡Antes no estaba a mi papá al teléfono! ¿Lo entiendes, Arlet, o te lo explico con bolitas y palitos?

—Estoy nerviosa y tensa, ya te dije, Alan, y cuando me pongo así suelo decir una cosa por otra. Y nosotros no queremos que le diga a tu padre la verdad, ¿cierto?

—¡¿Y por qué ibas a decirle la verdad, cabrona?!

—¡Ya te dije que porque estoy nerviosa! Así que tienes que ayudarme a tranquilizarme.

—¿Cómo?

—No sé... podrías empezar chupándome las tetas...

—¿Qué? —me quedo petrificado ante la propuesta de mi querida “mamacita”—. ¿Pero tú estás loca?

—Loca no, pero nerviosa y tensa así... así que ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Arlet, carajo! —gritona papá.

—¿Le vas a responder o no, Arlet? ¡Va a sospechar si no coges el teléfono y continuas con la llamada!

—¿Me vas a chupar las tetas o no, cabroncito?

Y Arlet mueve su torso de un lado a otro, de manera que sus grandes ubres bambolean sobre mis ojos mientras sus pezones se ponen duros y puntiagudos.

Y yo me le dejo ir a uno de ellos, mordiéndoselo con suavidad pero con rabia a la vez. Necesito hacer que vuelva al teléfono, y si quiere que le chupe las tetas, entonces lo voy hacer, pero con mis propios términos, usando los dientes.

A los primeros mordiscos Arlet jadea, suspira y luego activa el auricular.

—Mira, Federico, como sigas gritoneándome, voy a colgar la llamada.

—¡Sabes lo que detesto que me dejes hablando solo!

—¡Y tú sabes lo que detesto que me grites!

Mi boca succiona sin parar primero una teta y luego la otra. Con su mano masturbándome y con mi boca prendida de sus gordas mamas, yo no puedo más que seguir calentándome y que mi falo se endurezca aún más.

—¡NO TE ESTOY GRITANDO! —explota papá.

Yo no sé cómo hace Arlet para contener sus gemidos, pero con sus muecas y sus expresiones en la cara de guerra consumada yo entiendo que está disfrutando lo que le estoy haciendo. Mis dientes no paran de morder sus gordos pezones. Ella por su lado, comprime mi pene, y de vez en cuando aprovecha para bajar la mano completamente hasta mis testículos y frotarlos.

—¿Me vas a decir dónde estás o te seguirás haciendo pendeja, Arlet?

No me espero que papá le haga semejante ofensa a su mujer, sabiendo lo que esto podría implicar. Arlet, por su parte, hace un movimiento brusco para dejar de amamantarme y se pone de pie, todavía con su mano libre empuñando mi sable, mientras yo empuño en mi mano izquierda sus braguitas.

—¿Soy una pendeja, dices? —responde mi madrastra con tremenda rabia—. ¿Eso es lo que crees que soy para ti, Federico, una pendeja?

Papá sabe que la ha cagado, porque decirle pendeja en México a una mujer, es tanto como matarle a su madre.

—¡Es que ... yo... —papá empieza a tartamudear, sabiendo que ha provocado la rabia de su novia—, tú tienes la culpa, porque no me dices nada, mujer, y me estás sacando de quicio! Lo siento, no quise ofenderte ni nada...

Arlet me observa con una mirada tan profunda, lasciva y perversa que quizás por eso permito que me empuje con su mano y me tumbe por completo en la cama, leyendo en sus labios que me dicen en silencio “súbete un poco más a la cama y quédate así acostado”, y yo con un gesto de incredulidad que le dice “¿Y ahora qué mierdas quieres hacer?”

Pero Arlet no me contesta a mí, sino a mi padre, que le dice con la misma rabia de antes:

—¿Sabes dónde está esta pendeja, Federico? ¿De verdad eso es lo que quieres saber?

—A ver, Arlet, si me vas a contestar con una tontería mejor no me digas nada y vente a la casa, que tenemos que hablar.

Yo no me espero que mi madrastra malvada se suba a la cama, desnuda, y de rodillas se acerque hasta donde yo me encuentro tendido, con mi enorme erección bien dura, apuntando hacia el techo.

—¿De verdad quieres saber dónde está “ésta pendeja”? —insiste Arlet por teléfono, lanzándome una mirada de fuego y la expresión más zorra que le he visto hasta ahora.

—*A ver, preciosa, es mejor que vuelvas a casa y lo hablemos aquí, ¿quieres? Ya, disculpa, no debí de haberte llamado “pendeja.”*

Pero es demasiado tarde. La “pendeja” de Arlet ahora mismo se quiere ensartar en la verga de su hijastro, que está casi petrificado sobre las sábanas sin saber cómo reaccionar.

“Arlet, no” le digo entre susurros, “deja de hacer tonterías y vámonos ya...”

Papá no sé qué tanto le dice a su novia por teléfono, pues no le estoy prestando atención, ya que mis ojos están centrados en cómo mi madrastra posiciona su enorme culo y sus enormes caderas justo sobre mi pelvis.

“Arlet, ¿estás pinche loca o qué te pasa?” le vuelvo a susurrar, convencido de que ella ha perdido la razón.

No obstante, mi madrastra no me responde, así que levanto mis brazos para intentar apartarla de mí, pero ella encuentra mis bragas en mi mano izquierda y me las quita. Y así, con la rabia plasmada en su cara, se aparta el teléfono de la oreja y lo pone sobre mis abdominales, a la altura de mi ombligo, donde mi progenitor le sigue hablando.

Entonces ella separa sus piernas y se coloca a horcadas sobre mí, mientras mi progenitor continúa disculpándose y exigiéndole a su mujer que vuelva a casa cuanto antes.

“No, no, no, Arlet, noooo” le gesticulo con la boca, aunque ella decide ignorarme.

De pronto mis peores temores se consolidan cuando ella empieza a sentarse sobre la punta de mi falo, justo cuando yo le advierto:

“¿Qué haces? Ni siquiera tengo condón puesto...”

Y ella, emitiendo finalmente una sonrisa demoniaca, me manda callar, poniéndose el índice en la nariz y diciéndome:

—¡Shhhh! —al tiempo que me mete sus braguitas en la boca, para que yo no emita ningún sonido.

—*¡Con un demonio, Arlet! ¿Me vas a dejar hablando solo otra vez?*

—¡No, querido! —le responde su novia con una expresión y voz demasiado perversa para ser real—. Más bien te voy a responder finalmente dónde es que ha estado esta pendeja desde muy temprano...

Y de pronto ella se acomoda mi enorme longitud sobre su abertura vaginal, que ya gotea muy caliente sobre mis testículos, y después emite un terrible gemido justo cuando se sienta sobre ella y empieza a descender, comiéndosela toda:

—¡Ahhhhhhhaaaaagggagghhha! —grita ella.

—*¡Arlet!* —exclama mi padre horrorizado al oír semejante gemido.

Yo me quedo atónito, tieso, experimentando una oleada de calor en el cuerpo y un cosquilleo brutal en todo mi falo cuando siento las paredes mojadas e internas de mi madrastra contrayéndose contra mí.

Y ella empieza misma menearse, a medida que mi falo juega con sus caldos. Ella empieza a gritonear, sin importar que mi padre esté al teléfono casi al punto del colapso.

—“¡Haaah!” “¡Haaaah!” “¡Hooohhh!” “¡Haaaammm!”

La manera brutal en que mi madrastra meneas sus caderas y contrae su coño, absorbiéndome y

apretándome la verga, me enloquecen. Los escalofríos que siento en mi cuerpo son evidentes. Mis jadeos quedan sepultados por sus bragas en mi boca, y yo sólo puedo dejarme hacer.

—*¡Deja tus bromitas bromas idiotas para otra ocasión, Arlet!* —le exige mi papá, quien piensa que su mujer sólo se está burlando de él.

Pero mi madrastra cierra los ojos, deja caer su pelazo negro sobre su espalda, y con sus dos manos se amasa sus hermosas y gordas mamas, las cuales aprieta con fuerza mientras su vagina comprime mi enorme erección una y otra vez, provocándome nuevos escalofríos.

—¡Huuuum! ¡Ufff! ¡Hummm!

—*¡Y luego te ofendes cuando te llamo pendeja, ¿eh?! —suelta papá sumamente furioso—. ¡Pues a la hora que te portes como una mujer madura te vienes a la casa y aclaramos esto, y mientras tanto te dejo para que sigas fingiendo que estás fornicando con quién sabe quién!*

Y para mi buena suerte, papá corta la llamada.

Apenas papá corta la llamada, Arlet se flexiona sobre mí, aplastando sus pechos deliciosos contra mis pectorales, y me saca las bragas de la boca, para luego hundir su lengua en mi boca.

Sin la voz de mi progenitor atacando a mi conciencia, ahora me siento capaz de llevar mis manos a su culo y estrujarlo con fuerza, enterrándole mis dedos hasta que la hago jadear.

—¡Un día lo vas a matar de coraje, cabrona! —la reprocho.

Ella me responde con reiterados “Hummffggmmf” mientras vuelve a meter su lengua en mi boca para besarme.

Sus pesados pechos hundidos en mis pectorales me causan una gran excitación. Toda ella me fascina. Y aunque estoy molesto por su actitud, no puedo evitar girarla por completo hasta ponerla contra la cama, de manera que ahora soy yo el que tiene el control.

—Te aprovechas porque sabes que estás bien pinche buena, ¿eh, cabrona? Pero ni creas que te voy a perdonar el susto que me acabas de hacer pasar.

Mi madrastra, que tiene un gesto terriblemente guarro mientras tengo mi enormidad hundida dentro de su vagina, sólo sonrío, abriéndose de piernas y poniendo sus talones detrás de mi espalda.

—¡Castígame, papi... me he portado mal!

—¡Pinche puta barata! —le digo con rabia, agitando mis caderas para que mis penetraciones le lleguen hasta el útero—, te indignas con papá porque te llama “pendeja” ¿eh?, pero ahora que yo te llamo “puta barata” tu coño se encharca y me comprime el rabo con más pasión. ¡Serás perra!

—¡Uuuufff! ¡Ayyy... ay... síiiii!

Con cadencia azoto mi pelvis contra su vientre, al tiempo que mi pene entra y sale de su abertura mojada una y otra vez.

No puedo decir que tengo el mismo grado de concentración que anoche para no correrme, porque, a decir verdad, esta maldita zorra me tiene tan caliente como pendejo. Es que no me explico cómo puede estar tan buena y la vez estar rendida ante mí, con semejantes pechos agitándose sobre mi cara, y con semejante coño carnoso comiéndose mi sexo.

El caso es que yo no puedo aguantar más. Entre sus deliciosos gemidos, sus talones acariciándome mi espalda baja, y sus uñas arañándome la piel, lo normal es que la inflamación de mi pene y la producción de espermas desde mis testículos hagan imposible no correrme.

—¡No mameeees! —bufo como un toro cuando mis bombeos dentro de su caverna inundada se detienen abruptamente y yo detono dentro de ella, con chorros densos, con maldad... sabiendo que tendrá que tomarse una píldora del día siguiente si no quiere salir preñada de su propio hijastro.

Y ella grita, sacudiéndose en la cama, entregada a mi cuerpo, con espasmos de caderas que también me indican un orgasmo al instante. Y yo vuelvo a su boca, y ella vuelve a la mía. Y los dos nos besamos y nos besamos sin parar, aun si papá está hecho una mierda de coraje esperándonos en casa, mientras nosotros terminamos de follar.

Arlet ha salido de la ducha, con el pelo mojado y con su cuerpo envuelto en una toalla que embebe su humedad. Y yo no me explico cómo es que hará ella para convencer a papá de que se ha levantado temprano para salir a correr (por casi siete horas, nada creíble, lo sé) si no tiene ropa deportiva para ponerse.

—Traigo mi tarjeta de crédito, bobo, antes de ir a casa llegaré a una tienda y me compraré unas mallas y una blusa deportiva.

—Claro, como tenemos tanto tiempo.

—A ver, Alan, tú preocúpate por ti y déjame a mí resolver mis problemas. Ambos vamos a llegar separados, ¿entendiste? Primero yo, y a las dos horas tú. Ya es tu problema cómo justificarás tu ausencia.

—¿Y de veras crees que papá se tragará el cuento de que fuiste hacer ejercicio?

—Yo sé lo que hago.

—No, Arlet, mejor dicho, ¿de veras crees que papá se tragará el cuento de que fue una broma tuya eso de que estabas cogiendo con otro?

—Suelo hacerlo para molestarlo —me dice mientras se desnuda y busca sus jeans y su blusa de algodón para cambiarse.

Yo tengo que mirar para otro lado, porque con lo nalgona y tetona que está, no tardo en tener otra erección.

—¿Entonces lo has hecho antes... igual que ahora...? —le pregunto con verdadera rabia y curiosidad.

—¡No puede ser que no haya una maldita secadora en esta casa! —reniega ella cuando se viste y busca entre los cajones algo para secarse el cabello.

—Arlet, ¿has cogido con otros hombres y le has hecho creer a papá que estás fingiendo?

—Cuando califiques en airbnb nuestra satisfacción en esta casa, te agradeceré si en sugerencias pones que tienen que tener una maldita secadora disponible en el departamento.

—¡No lo puedo creer, Arlet! ¿Has sido infiel a papá?

Me pongo de pie y me acerco a ella, que se ha ido al baño para secarse el pelo con la toalla.

—¿De qué estás hablando, Alan?

—Si papá te cela de forma tan enfermiza como lo escuché hace rato y piensa que le eres infiel es seguramente porque le has dado razones, ¿cierto?

—Yo no le he dado nunca motivos, Alan, así que no empieces a fastidiar.

—¿Y por qué te cela? ¿Por qué te acusa de ser infiel?

—Porque el león piensa que todos somos de su condición —responde, mirando como ella se sigue frotando el cabello con la toalla.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué papá te ha sido infiel?

—No lo creo, no a mí, pero sí a tu madre —Arlet mira hacia otro lado cuando se da cuenta de que este es un tema que me incomoda demasiado—. No quiero hablar sobre eso, Alan, pero tú sabes cómo conocí a tu padre.

—Sí... básicamente tú y él tienen una relación basada en la infidelidad. Papá engañó a mi madre contigo, y ahora él teme que tú le vayas a pagar con la misma moneda a manera de karma, ¿es eso?

—Pues creo que es justo eso lo que lo atormenta. Su adulterio...con tu madre y tal. Ese es un tema que actualmente no ha podido sobrellevar. Creo que aún siente remordimientos.

—Y eso te molesta —le afirmo, sin preguntárselo como tal.

—Sólo me incomoda, porque eso significa que no ha sido capaz de romper del todo los lazos con tu madre.

Me quedo pensando en eso y en el fondo me alegra.

—¿Pero entonces, Arlet?

—¿Entonces qué?

—¿Tú le has sido infiel a papá?

—¿Cómo te atreves, insolente? —me increpa, tirando la toalla en el lavamanos del baño.

Sale muy a prisa hacia el cuarto donde hemos follado buena parte de nuestra estancia en este departamento y yo la sigo sin parar.

—¿Insolente por hacerte una pregunta que me genera dudas?

—¡Insolente porque es una pregunta muy ofensiva! Ya te pareces a Federico.

—Básicamente follamos toda la puta noche, Arlet, y yo no soy precisamente tu marido. Eso te hace infiel y ahora me pregunto si con la misma facilidad con que te has abierto de piernas para mí te las has abierto para otro.

Nunca pensé que Arlet me miraría con una gran indignación. Puedo ver en sus ojos húmedos el dolor que aparentemente le han provocado mis palabras y yo no entiendo de verdad lo que está pasando ahora.

—¡Jamás, Alan, escucha bien, jamás vuelvas a dirigirme la palabra a solas si no quieres que te responda con una bofetada!

—¿Y ahora por qué?

—¡Eres un poco hombre! ¡Un maldito cabrón! ¡Un irrespetuoso! ¡Me acabo de arriesgar a perder mi relación con tu padre por meterme contigo! ¡Te acabo de entregar mi intimidad y mi confianza! ¿Y tú me pagas tildándome de adúltera? ¿De ser una vil puta? ¡El juego de roles donde te permití que me llamaras así fue solo en la cama, no ahora, no después de que todo esto terminó!

Arlet agarra su gabardina y el bolso donde guardó nuevamente su outfit erótico y se dirige a la puerta.

—¡Deja de seguirme, Alan, ¿quieres?! ¡Y olvida todo lo que pasó, porque te juro que jamás volverá a suceder! ¡Jamás volverás a tocarme! ¡Qué gran error he cometido al meterme con un imbécil que creí era lo suficientemente maduro para entender lo que había entre los dos!

—¿Es así como funcionas, Arlet? —le grito cuando ella abre la puerta y sale casi corriendo del departamento—. Tú puedes hacer y decir lo que quieras, pero cuando otra persona te cuestiona y tú no tienes argumentos para responder te haces la ofendida, aplicas la ley del hielo y das todo por terminado, ¿es así como funcionas, huyendo? ¡Y el inmaduro soy yo!

Pero ella no se vuelva hacia mí. Más bien acelera el paso sin mirarme.

—¡Arlet! ¡Carajo, Arlet, ven aquí!

Ella se marcha con grandes zancadas sin dirigirme la palabra, y yo, encabronado, le grito desde donde estoy:

—¡Ni creas que voy a ir detrás de ti a rogarte, pinche caprichosa arrogante de mierda!

Furioso, entro al cuarto, me siento en el sofá, me tomo una copa de tequila del que quedó ayer y me llevo las manos a la cabeza, sabiendo, con profundo pesar, que todo se ha ido a la mierda.

—¡Ni me digas nada, papá, por favor, ahora no, que estoy rabiando! —le digo a mi viejo horas después cuando entro a casa y él está junto a su mujer, recibíendome a punta de gritos.

—¡Sólo quiero que me expliques dónde chingados estabas, Alan!

—¡No quiero hablar, eso es todo! —sigo de largo sin detenerme.

Lo único que se me antoja es hablar con él.

—Te paras que te estoy hablando, cabrón. Y ahora me dices dónde carajos has estado todo el puto día.

Detengo mi paso, miro hacia la sala donde está mi padre y su mujer y le respondo, clavando mis ojos en Arlet, que al final se ha salido con la suya y está vistiendo unas mallas blancas de licra y una camiseta deportiva.

—¡Todo el día estuve cogiéndome a una puta en un motel, papá, cogiéndome a una cabrona que resultó ser igual de loca y falsa como todas!

Arlet, que está sentada en la sala de estar (donde al parecer ha estado soportando los reclamos de mi padre durante todo este tiempo) salta del sofá, indignada, y con una cara enfurruñada que por poco me fulmina.

—Más respeto con lo que dices porque mi mujer está presente —me increpa papá completamente sorprendido.

Como su “*mujer*” fuera una santa paloma que de verdad se pudiera ofender.

—Y por lo demás, dime, hijo, ¿qué tanto trabajo te podría haber llevado informarme que saldrías con... esa amiguita tuya? Eres mayor de edad, Alan, pero vives en mi casa, y por lo tanto no te mandas solo. Aquí hay reglas y te tienes que someter a ellas. Tuviste que tener la delicadeza de decirme que salías, porque imagina si te llega a pasar algo y yo pensando que estás dormido...

—¡Perdón por no avisarte que saldría de casa, papá, pero el plan salió de pronto a medianoche, y como comprenderás, a esas horas yo no quise despertarte! ¡Cometí un error y lo asumo! Así que si mi castigo por salirme sin avisar será que me corras de tu casa, pues me lo dices ahora mismo y me largo cuanto antes.

Me dolió la forma tan afectada en que mi padre tomó mi comentario, porque vi cómo un gesto de tristeza le cubría la cara.

—¡Ahora resulta que a todos en esta casa les ha dado por joderme a mí cuando soy yo el ofendido!

Pero no le respondo. Retomo mi camino, con la mochila de las cosas que llevé al departamento en mi espalda, me dirijo a mi cuarto y me encierro. No tengo ganas de nada de ni de nadie. Sólo quiero tirarme en la cama y reflexionar.

Sin embargo, creo que me he quedado dormido casi toda la tarde, y tampoco es muy raro puesto que la mayor parte de la madrugada y hasta el amanecer me la pasé cogiendo a la novia de papá. De hecho no me habría despertado de no ser porque papá interrumpió mi sueño al entrar a mi cuarto.

—Hola, hijo.

Me incorporo un poco y lo miro. Papá está consumido por la edad, los desvelos y los corajes que Arlet y yo le hemos hecho pasar.

—Hola, papá. Disculpa, me quedé dormido, pero ahora recojo mis cosas.

—¿De qué hablas, loco? —me dice sonriendo, sentándose junto a mí—. Nada de que te vas. Estoy muy feliz desde que estás aquí conmigo y siento muy bien tener que recuperar el tiempo perdido. Más bien quiero disculparme. No quise ofenderte ni reaccionar de esta forma tan violenta, hijo... pero me preocupé mucho por ti.

Se me hace un nudo la garganta al saber lo hijo de puta que soy.

—Papá... no eres tú el que se tiene que disculpar, sino yo... —le dije, con la garganta reseca y la voz temblorosa—. Soy una mierda de persona que no merece tu cariño.

—Vamos, campeón, que tan poco es para tanto que te hayas ido sin avisarme.

Si pudiera decirle que “sí es para tanto”, porque básicamente esa “puta” con la que cogí toda la noche... y durante la mañana... se trata de su mujer... me aborrecería de por vida.

—Solo vine para decirte que no me tomes en cuenta lo que te dije y que hagamos de cuenta de que nada de esto pasó, hijo, ¿vale?

La culpa que siento por dentro no me deja mirarlo a la cara. Mi padre ha sido un cabrón con mi madre, por su culpa casi ella se suicida, sin embargo no tengo el corazón para verlo a los ojos sin sentir remordimientos.

—Está bien, papá, comencemos de cero —le digo, y recuerdo las palabras que me dijo Arlet “nunca más me volverás a tocar”. Al final... creo que será lo mejor.

Sólo espero poder llevarlo bien... sin tantos sobresaltos, ansiedad ni deseos.

—Ve a cenar, Alan. Arlet hizo unos bocadillos muy deliciosos.

—¿Dónde está ella?

—En la piscina, creo... ¿por?

—Por nada —respondo—. Buenas noches, viejo.

—Buenas noches, campeón.

Papá me da una palmada en el hombro y luego sale de la habitación.

No me interesa hablar en lo absoluto con Arlet. De hecho, si ella piensa que yo le voy a estar rogando, y que voy andar como perrito faldero detrás de ella está muy equivocada.

Si ahora estoy a hurtadillas buscándola en la piscina es sólo porque tengo curiosidad de ver su actitud. Quiero corroborar que al menos está triste o que siente un poco de culpa o vergüenza. Quiero comprobar por mí mismo que Arlet no es la clase de persona que creo que es.

Me dolería mucho decepcionarme de ella... con lo bien que la pasamos juntos aunque fuera por un breve momento.

Al no verla en la piscina supongo que volvió al cuarto con papá, y tampoco tengo idea de bajo qué términos lo hizo. ¿Se reconciliaron? ¿Ahora duermen en cuartos separados? Mierda.

Me dirijo a la cocina para probar uno de esos bocadillos que ella hizo de cena, cuando, antes de doblar hacia la entrada de la cocina, escucho que timbra un teléfono que ella responde de inmediato, sin saber que yo estoy aquí.

—*Hello, mom, ¿todo bien?* —escucho una voz joven y femenina cuando Arlet, creyéndose sola, decide poner el altavoz.

—Hola, Carmina, creí que ya no me hablarías... después de lo que oíste en la tarde.

—*Sí, lo siento... es que todo fue muy violento para mí, ¿cómo estás, mom? ¿Todo bien?*

—Sí, mi amor, casi... todo bien.

Quedo con la quijada descolocada al saber Arlet está hablando con su hija. ¡Maldita sea! ¿Cómo me he podido olvidar que mi madrastra tiene una hija de diecisiete que no vive con ella, sino con su padre, y que de vez en cuando ha llegado a quedarse en esta casa durante algunos fines semana?

—*Defíneme el “casi”, mom, que me quedé muy preocupada esta tarde cuando estábamos hablando por teléfono y tu marido comenzó a gritonearte por... lo que ya sabes.*

¿Por “lo que ya sabes”? ¿Qué sabe la hija de Arlet sobre... eso que dice creer saber?

—Lamento que escucharas a Fede en un mal momento, Carmi, pero ya vez... a veces... se pone un poco histérico.

—*Ni qué lo digas, mom. Pero dime, ¿le contaste a Fede que te fuiste a follar con su hijo?*

Esta vez no sólo la quijada se me descoloca, sino la cara entera. ¡¿Qué está pasando?! ¿Cómo es posible que la hija de Arlet sepa lo mío con... ella? ¿Qué mierdas significa todo esto? ¿Qué tanto sabe esa tal “Carmi” de mí, y por qué habla con su madre de temas tan íntimos como... estos?

—Por favor, Carmi, ¿cómo se te ocurre que se lo iba a decir? Por supuesto que no...

—*Pues como te pusiste a gemir mientras te cogías a tu hijastro, creí que al final te habías hartado de todo y se lo habías contado, como era parte del plan.*

Siento cómo una daga muy fría y profunda se me entierra en el pecho con suma violencia. El dolor de mi alma es tan fuerte que casi siento que los ojos se me crisan. ¿Un plan? ¿La hija de Arlet está hablando sobre un plan? ¿Un plan contra mí? ¿Contra mi padre?

¡Por Dios!

—No digas tonterías, Carmi —responde Arlet como si de verdad lo lamentara—. Este estúpido plan hace mucho que se fue de las manos.

—*¿Quieres decir con eso?*

—Que ya no hay un plan. Lo he abortado. Ya no me importa.

—¿Ya no te importa? A ver, mom, ¿tú sabes a qué vino el hijo de Fede a tu casa? ¡Fue enviado por la madre para destruirlos a los dos! ¿Ya se te olvidó?

—No... Carmi, claro que no se me olvidó, sólo que...

—¡Se supone que la idea de que lo sedujeras y terminaras en la cama con él era para que Fede lo descubriera todo, te hicieras la víctima, lo manipularas, e hicieras que echara a su hijo de la casa, con la intención de desheredarlo para siempre!

No me doy cuenta de que estoy lagrimando de dolor hasta que siento cómo se mojan mis mejillas.

—¡Carmi... a lo mejor me equivoqué con Alan y él no es el monstruo que yo creí...! —dice Arlet con una voz compungida.

—¿Qué? Pero mamá, por favor, ¿no el cabrón te hizo la vida imposible mientras vivías aún en el pueblo? ¡La loca de la madre te envió a su hijo para destruirte! ¿Te vas a dejar joder por ellos? ¿No me digas que ahora te dio por el sentimentalismo y quieres abortar todo lo planeado?

—Es que no es solo hijo, hija... yo... yo...

—¡No me jodas, mom, como me digas que te enamoraste de tu hijastro te mato!

Hay un silencio sepulcral que es seguido por un gemido suyo, justo cuando responde.

—Pues entonces márame... porque sí.

Y ya no puedo aguantar sus mentiras ni el dolor que siento por dentro. En el fondo sé que me lo merezco por cabrón, por sentir lo que siento y hacer lo que hice con una mujer prohibida... la nueva novia de papá.

Por eso salgo de mi escondite y la enfrento.

Arlet al oírme llegar al umbral de la cocina corta la llamada y me mira con los ojos llorosos. Tiene puesta una bata de dormir casi transparente que en otro momento me habría causado impresión admirar, pues sus pezones se transparentan justo bajo el haz de la luz blanca de la lámpara.

—Alan... yo...

—Eres una pinche mentirosa de mierda, Arlet, ¿pero sabes qué? Te voy a ahorrar el trabajo de ejecutar el resto de tu plan. ¡Tú ganas...! ¡Ahora mismo agarro mis cosas y me largo! Sólo te pido que cuando le digas a mi padre por qué me fui... no lo lastimes tanto al decirle la verdad.

—¡NOOO! —solloza, y corre hasta mí, abrazándome fuertemente, llorando—. ¡Lo siento, lo siento... por Dios, lo siento...! ¡Te juro que yo no quise lastimarte... te juro que...!

—Suéltame... —le digo, empujándola hacia atrás, liberándome de sus brazos—. Nunca antes me arrepentí tanto de haber cedido a los encantos de una mujer...

—¡Alan... no te vayas... te lo puedo explicar! —me dice lloriqueando, siguiéndome, pero yo le doy la espalda y me dirijo a mi cuarto, por mis cosas—. ¡Alan... si tú te vas yo me voy contigo!

Me detengo a medio camino y la miro.

Y ella me mira.

Y yo solo sé... que la tengo que abandonar para siempre.

CAPÍTULO 13

Decisiones finales

Tengo que retroceder para evitar seguir mirando sus ojos verdes llorosos que me suplican escucharla. Esos ojos de tentación que me exigen permitirle darme una explicación sobre lo que ha sucedido. Pero yo no quiero sus explicaciones. Yo no quiero escucharla. Está muy claro lo que ha ocurrido en esta casa. Arlet me ha seducido para sacarme de jugada.

No me importa que mi progenitor hubiese actuado de una forma tan terrible con mi madre, engañándola con esta puta, abandonándola por esta maldita puta, volviéndola loca hasta trastornarla por esta imperdonable puta: yo no tenía que haberlo traicionado jamás. Tengo la mala suerte de no tener malos sentimientos, y me duele terrible lo que le he hecho, y casi por ese motivo siento que esto que acabo de descubrir es mi castigo. Una cucharada de mi propio chocolate. Una represalia que merezco por cabrón.

Y no me agunto las ganas que tengo de enfrentarla, de gritarle lo perra que es. Lo maldita y cerda que ha sido por haberme hecho... esto... Por haberme incitado a traicionar a papá abriéndola de piernas y follándomela. Así que la enfrento, pero con un tono de voz moderado, pues no quiero que mi padre se entere de nuestra traición en este momento, mucho menos de esta forma tan... Ni si quiera sé cómo llamar a esto.

—¿Cuándo ibas a decirme que toda esta puta relación que llevamos a espaldas de papá era un perverso plan tuyo para sacarme de esta casa, eh, Arlet?

Ella niega con su cabeza. Su cabello largo, negro azulado baila en el viento, y sus grandísimos pechos se agitan debajo de su bata transparente, desde donde se dibujan sus oscuros pezones coronados por un par de deliciosas areolas.

—¿Qué...? ¡Noooo! ¡Noooo, Alan, nooo! ¡Te juro que esto no ha sido así...!

Me duele demasiado que me siga mintiendo. Lo acabo de oír todo mientras ella hablaba con la tal Carmi, su hija.

—¡Te he descubierto, Arlet! ¡Al final mi madre siempre ha tenido razón respecto a ti! ¡Eres una mujer perversa y maquiavélica! ¡Tenías un plan preconcebido para poner a mi padre en contra mía, ¿no?!

Decirle en voz alta lo que oí sólo me hace sentir peor. ¡Qué pinche estúpido fui! ¿Cómo se me ocurrió que de buenas a primeras una mujer como Arlet iba a fijarse en mí? Y no porque sea fea, (pues soy consciente de mi atractivo) sino porque soy el hijo de su “marido”, y aun así no le importó calentarme las pelotas hasta conseguir sus más oscuros propósitos.

—¡No, Alan... te lo juro que no!

—¡Lo he oído todo, cabrona, todo! ¿Me tomas por pendejo o qué mierdas te pasa? ¡Es que eres una pinche arpía de mierda que no merece ni que le dirija la palabra!

—¡Te lo puedo explicar, Alan!

—¿Explicarme qué mierdas? ¿Explicarme cuándo fue que ideaste el plan, o explicarme por qué eres tan perversa para haber hecho a tu propia hija parte de este plan? ¡Es que eres el colmo de las cínicas!

—A ver, Alan, tienes que escucharme. Es cierto... que había un plan, y perdóname por ello, por favor, pero te juro que eso fue antes...!

—¿Antes de qué? ¿Antes de que te descubriera?

—Antes de sentir lo que siento por ti.

¡Mi vergas! Esta puta asquerosa está intentando convencerme con el cuento ese de que se enamoró de mí. Pero conmigo se va a joder.

—¿Sentir qué, Arlet? ¿Me lo explicas? —le pregunto con ironía, mientras ella sigue lagrimando—. ¿Te refieres a antes de querer burlarte de mí, a quien hiciste creer cosas que no eran, sin importar hacerlos mierda? ¡Haz engañado a mi padre, ambos lo hemos hecho, te aseguro que yo asumo mi parte! Pero te juro que jamás me habría atrevido a faltarte al respeto... haciendo contigo lo que hice, si tú no me hubieras dado... esas iniciativas. Lo jodiste a él y me jodiste a mí. ¿Eso es lo que haces con las personas que te quieren, Arlet, jugar con sus sentimientos para luego hacerlos trizas, hacerlos mierdas? Pues ya podrás estar contenta, que conmigo casi lo logras.

Arlet respira profundamente, como si un dolor muy grande estuviera helándose en su pecho.

—¡Alan, por favor, mi niño, no me digas eso, por favor!

—¡No me digas “mi niño” mentirosa!

—¡Por favor, Alan, déjame hablar!

Pero yo hago caso omiso a su petición. La perra no merece ninguna consideración de mi parte, por eso se lo confiezo:

—¡¿Sabes que mi madre me envió aquí para hacer que esta relación que tienes con papá se destruyera?!

Ella entrecierra los ojos. No parece ser una sorpresa para ella mi confesión.

—¡Eso es precisamente lo que quería evitar, Alan! ¡Yo siempre supe que había algo de lo que me dices detrás de tu llegada a esta casa! Sabía que tu madre quería destruirnos, a tu padre y a mí, y yo sólo actué en consecuencia. No me estoy justificando, pero sólo quiero que entiendas que lo que hice, o traté de hacer, fue un plan para defenderme. Yo sabía que venías a atacarme. ¡Yo sabía que tú querías destruir lo mío con tu padre, y mi reacción natural era estar a la defensiva!

—Pues mira si seré un perfecto estúpido, que a pesar de lo que mi madre hubiera pretendido, jamás se me ocurrió afectarte con papá. Yo no hice desde que llegué más que dedicarme a lo mío, estudiar, llevármela bien contigo y, de alguna manera, hacer sentir bien a mi padre por los años perdidos por tu culpa y.

—¡Te juro que lo entiendo, Alan, pero también quiero que me entiendas a mí, en el hecho de que lo que hice, o más bien, lo que intenté hacer (porque jamás llevé a término ese... horrible plan que tenía contra ti) fue únicamente como una reacción natural de supervivencia!

Ahora esta zorra se hace la sufrida, ¿no? Ja, Ja, Ja.

—¿Cómo has podido ser tan cabrona, Arlet? ¡¿Y sabes qué es lo que más me duele?! ¡Que... yo... aunque te odiaba, muchas veces te defendí ante mi madre! —Y fue aquí donde ya no pude más y se me quebró un poco mi voz—. ¡Yo, aun sabiendo la clase de mujer que eras, tenía la más leve esperanza de que tú de verdad no fueras lo que ella decía que eras! Una interesada, que sólo estaba con papá por su dinero.

Arlet se acerca un poco a mí, agitándose los pechos, y yo retrocedo un poco más. No quiero que me vuelva a tocar.

—¡En eso sí que no tienes razón, Alan! ¡Yo a tu padre lo amaba de verdad, siempre lo amé!

—¿Lo amabas? ¿Quieres decir que ya no lo amas más?

Arlet suspira hondo. Peina su cabello negro con los dedos y me dice:

—Estoy confundida.

—¿Confundida? Mira que ligerita resultaste, ¿qué ha pasado?, ¿es que te has enamorado de otro imbécil con más dinero que él?

—¡Pues sí, Alan, creo que me he enamorado de otro hombre, pero para tu información no

tiene más dinero que él!

Su respuesta me causa una rabia inmensa. ¡No cabe dudas de que es una verdadera hija de puta! Al fin se quita la máscara de mártir. Al fin me confiesa que ama a otro, que por cierto, no tiene dinero.

—Ah, bonita chingadera, Arlet, por lo menos no tardaste tanto en sincerarte diciéndome que amas a otro, pero dime, ¿por qué no te has largado de esta casa con tu amante?, ¿es que pretendes mantenerlo, quitarle el dinero a mi padre para irte con él?

—¡Pues dímelo tú, Alan! ¿Eso es lo que quieres que haga, que le robe el dinero a tu padre para mantenerte?

—¿Qué? No entiendo...

Mis ojos se vuelven a crispar, ella se acerca un poco más a mí y yo entiendo que al retroceder chocaré contra la pared y no podré irme a ningún otro lado. Y sin embargo retrocedo, choco contra el muro y me quedo allí en silencio, mirándola acercarse.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Qué me haya enamorado de otro hombre... o que ese hombre seas tú?

Me quedo helado. Intento reír para no llorar. Su puto cinismo ha llegado a límites insospechables.

—Así que ese es tu plan, ¿no? —le digo con mi voz temblando.

—¿Qué plan? —me pregunta ella cuando se acerca completamente hasta mí, de modo que puedo sentir su aliento en mi boca.

—Hacerme creer que me amas para no asumir culpas; para no provocarte un escándalo, para evitar que mi padre se entere de la verdad.

Ella finge sentirse dolida por mi comentario, porque cuando pone sus manos en mi pecho hace un gesto de dolor mientras me dice:

—¡No puedo creer que tengas el peor concepto de mí! Me estás haciendo daño con lo que me dices, Alan, mucho daño!

—El daño me lo estás intentando hacer tú a mí, Arlet, haciéndome creer que me amas. ¿Pero sabes? Afortunadamente no estoy tan idiota como parezco, y te aseguro que no vas a lograr manipularme a mí, como lo hiciste con él.

—¡Lo que te estoy diciendo es la verdad, Alan! ¿Cómo quieres que te pruebe que mis sentimientos hacia ti son genuinos, verdaderos?

—¿Cómo vas a estar enamorada de mí, pinche loca calentona? —le digo, quitándole sus manos de mi pecho—. ¡Soy un puto chiquillo comparado contigo, que casi me doblas la edad! No, Arlet, conmigo no vas a estar jugando. Estoy convencido de que yo no soy la clase de hombres con los que tú frecuentas... encima pobretón, ¿no?

—¡Alan, por favor, ¿por qué eres tan necio?! Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué mierdas tengo que hacer para que me creas que te quiero a ti?

—¿Más que a papá? —la desafío, cruzándome de brazos, sabiendo que hay cosas que ella por nada del mundo podría aceptar.

—Más que a nadie —tiene la desvergüenza de jurar, y eso sí que me llena de rabia y de decepción a la vez.

Enarco una ceja cuando entiendo que esta puta es capaz de decir cualquier estupidez con tal de convencerme. Así que apuesto más alto, desafiándola, poniéndola en un mayor predicamento. Retándola a que me convenza de su... supuesto amor por mí con acciones claras y concretas. Por eso le digo.

—Mira, Arlet. El día que me demuestres con hechos (y con palabras), que te importa un pito el dinero de papá... tal vez ni así te crea lo que me estás diciendo respecto tu supuesto amor por mí, pero te aseguro que sería un punto a tu favor para al menos ganarte un voto de confianza.

Ella lo sopesa, me mira con curiosidad y me pregunta:

—¿Y mientras tanto? ¿Qué es lo que vas hacer, Alan? ¿Te irás de la casa?

Pienso lo que voy a responderle. Así que quito mi cara de mártir, le sonrío maquiavélicamente y le digo:

—Mi reacción inicial de irme de esta casa fue producto del calor de mi decepción. Pero ahora que lo pienso más... fríamente, estoy convencido de que irme sería tanto como darte el triunfo de tu plan. Y te juro que no voy a darte el gusto hacerte saber que te saliste con la tuya.

Arlet me observa en silencio, sin decir nada. Respira hondo, y luego me dice:

—Me parece justo. Quédate entonces, así me será más fácil demostrarte lo que me pides.

—¿Qué el dinero no te importa más que papá? Ja. Lo dudo, preciosa, pero ya veremos. De momento quítate de en frete y déjame pasar, golfa.

Arlet a regañadientes se aparta, apretando los dientes con algo de desdén. Ella no es de las que se dejan humillar, así que me complazco con mis palabras peyorativas dedicadas a ella y me alejo, dirigiéndome a mi cuarto.

—Te lo voy a demostrar, Alan... te lo aseguro —me desafía, pero yo continúo mi camino, ansioso de vengarme de ella y... ¿por qué no? De su hija también.

Y avanzo hasta mi cuarto, sin mirar atrás.

Han pasado varios días desde nuestra última conversación, y por una cosa u otra casi no nos hemos encontrado en la casa. La universidad me tiene atrapado, por lo que llego tan tarde a casa que apenas veo a papá, pues para entonces él y su puta novia ya han cenado y por fortuna no me los tengo que topar a ninguno de los dos.

No sabría cómo actuar ante ellos (sobre todo ante ella) después de la gran decepción que me he llevado. Trato de no pensar mucho en ello, pero no logro superarlo. Por las noches, para saciar mis ganas de coger, tengo sexo virtual con Rosita, mi novia, a quien quiero (aunque no tanto como debería por culpa de Arlet) sabiendo que Rosita sí que me ama de verdad.

Hoy es jueves por la noche y he llegado, a propósito, más tarde de lo habitual. Me la he pasado buena parte de la tarde-noche metido en el gimnasio de la Universidad, aprovechando que la suscripción es gratuita. He hecho rutinas bastante pesadas últimamente para llegar cansado al extremo, bañarme y dormirme de inmediato para no tener qué pensar.

Hoy ni siquiera he ido a la cocina para cenar. No me apetece seguir comiendo lo que cocina Arlet. No la creo capaz de envenenarme, pero mejor no arriesgar. Muchas madrastras romanas envenenaron a sus hijastros en la época imperial con el propósito de tener el control de absolutamente todo, incluso la voluntad de su marido.

Imaginar a Arlet vistiendo sedas finas, transparentes que le marquen sus glúteos y senos me ponen caliente y me sobo la polla mientras la ducha moja mi trajinado cuerpo. No quiero correrme aún, sino viendo un video porno en mi cama, así que termino de bañar, me enrolla una toalla en la cintura y salgo del baño rumbo a mi habitación.

Cuando entro a mi cuarto me sorprende el hecho de que la luz esté apagada, pues yo recuerdo haberlas dejado encendidas. No obstante suspiro hondo y busco el interruptor, y es hallarlo y encenderlo para que la iluminación de la lámpara de techo no sólo me muestre una habitación sumamente limpia acogedora... sino también a una mujer voluptuosa, vestida en erótica lencería negra, recostada en mi cama, con las piernas recogidas, los muslos separados, su cabello negro espeso cayendo por sus laterales, sus labios rojos, mullidos, carnosos, fruncidos, su lengua relamiéndose la boca y sus sensuales ojos verdes mirándome con hambre.

—¿Q...ué haces aquí... vestida así... Arl...et? —Ni siquiera me sale la voz para preguntarle semejante cuestionamiento.

Los puntiagudos tacones de plataforma de mi madrastra están hundidos en el colchón, y al repasarla de arriba abajo me doy cuenta de lo tensos que lucen sus enormísimos pechos debajo de ese minúsculo sostén de encajes negros que parece a punto de reventar.

—Vengo a demostrarte que por ti soy capaz de dejarlo todo —me dice con una sonrisa putona.

Cierro la puerta detrás de mí y clavo mis ojos nuevamente en ella, posándolos de sus ubres, cuyos pezones erectos están por traspasar los finos encajes, a sus muslos y entrepierna.

—¡Pero... mi papá está... allá... arriba! —le recuerdo, sabiendo que es una locura que mi ex nalgona esté aquí mientras mi padre reposa o duerme en su habitación, allá en la segunda planta —. ¿Cómo te has arreglado y vestido... así sin que... se halla dado cuenta? ¡Joder, Arlet!

Ella sonríe nuevamente, y yo observo, impresionado, la forma en que sus carnes se desbordan por entre las rejillas de sus medias negras. Pareciera como si sus carnes fueran a desparramarse por los orificios de la seda de sus medias, y que los ligeros se fueran a reventar en cualquier momento.

Considero que ninguna lencería está hecha para contener semejante mujerón. ¡Qué buena está esta maldita perra, y qué caliente me ha puesto!

—¿Quieres otra muestra de que no me importa si nos descubre tu padre, cabroncito? —me desafía, poniendo luego la punta de su lengua en el labio superior, mientras separa mucho más sus muslos y me enseña su minúscula braguita, que tiene una abertura a la mitad de su vagina, por donde sobresalen sus gordos labios verticales, que lucen depilados y muy mojados—. ¿No es eso lo que querías, Alan, que te demostrara que no me importa perder a tu padre y mucho menos a su dinero?

Una de las uñas largas de mi madrastra se hunde un poco en medio de sus pulpas, las cuales separa poco a poco para mostrarme su gloriosa abertura. Espesos fluidos se adhieren a la punta de su dedo y así, estilando, se lo lleva a su boca, cuya lengua empieza a lamerlo, recogiendo sus flujos vaginales, y luego se mete el dedo por completo a la boca, haciendo deliciosos chasquidos que se asemejan a cuando se chupa la verga a alguien.

—¡Jodeer!

—¿No es lo que querías, cabroncito? —me repite con chulería, volviendo a posar su dedo y su uña arreglada en la entrada de su coñito mojado—, ¿que tu padre se dé cuenta de lo puta que soy y me abandone, dejándome sin un peso? Pues eso hago, te demuestro así que no me importa su dinero, sino que me importas tú.

—¡No mames... Arlet, pero debías demostrármelo así ...no conmigo, no de esta manera! —le digo, y para mis grandes males, mi verga (que no entiende de razones) empieza a crecer bajo mi toalla, misma que se levanta poco a poco mientras Arlet la mira con un gesto goloso—. ¡Vamos, Arlet, salte de mi cuarto!

—Nada de “salte”, Alancito —me desafía, relamiéndose los labios—, más bien voy a “saltar”, papito, pero sobre tu enorme verga.

Me acerco a ella casi temblando de excitación, de rabia y de nervios. Si mi padre se da cuenta que su mujer está en mi cuarto vestida así... la mata... me mata... ¡él mismo se mata al morirse de la impresión!

—No estoy para juegos, Arlet, lo nuestro se terminó desde que descubrí que me traicionaste —le digo, deteniéndome a un costado de la cama.

Arlet se ríe, burlona, mirando mi bulto que ha levantado por completo mi toalla.

—Pues deberías de informarle a tu pito sobre tus sentimientos negativos hacia mí, cariño... porque mira cómo está de despierto —Entonces Arlet se incorpora un poco a fin de alcanzar mi toalla y arrancármela de la cintura, quedando mi poderoso falo expuesto ante sus hambrientos ojos, sólo para (tres segundos después) empuñar mi falo con una fuerza estranguladora y decirle, como si fuera una persona—, oh, hermosa y riquísima verga, ¿te ha dicho tu papi que está molesto conmigo? Supongo que no, porque te veo babeando por mí y más dura de lo que deberías de estarlo. Pero dime, pitote —lo agita con fuerza—. ¿Por qué no te clavabas en mi conchita y entre los dos le explicamos a tu papi lo mucho que nos necesitamos el uno del otro?

Yo, con los ojos desorbitados, mi pecho latiendo con fuerza y mi polla endureciéndose aún más en la mano de Arlet, suspiro hondo y miro cómo mi madrastra saca la lengua y le da una pegajosa lamida a mi sensible glande.

—¡Joder... puta...! —jadeo dolorido y caliente, intentando retroceder, sin éxito.

De todos modos mi madrastra me suelta el falo y, sin yo poder hacer nada, ella se incorpora un poco más, se gira, dándome la espalda, luego se pone a cuatro patas en el filo de la cama, hundiendo sus tetotas en las colchas, y dejando su obeso culo apuntando justo frente a mí.

—¡Arlet, deja de castrarme... lárgate de mi cuarto que mi papá podría darse... cuent...! ¡Oh... jodeeeeer! —gimo cuando sus manos se agarran las nalgas y se las abre para mí, sólo para darme cuenta que un plug plateado está clavado en su ano—. ¡Arl...! ¡Pinche loca!

La novia de papá empieza a menear su poderoso culazo, así abriéndose de nalgas, mientras la base plateada de su plug anal brilla ante mis ojos.

—¡Vamos, Alan...! —me dice con un tono sensual y putón—. Sácame el plug y luego relléname el culito con tu vergota.

¡No entiendo por qué mierdas mi cuerpo actúa como autómatas ante sus órdenes! No entiendo por qué en lugar de agarrarla de los pelos y sacarla arrastras de mi cuarto mi reacción es darle un par de cachetazos en su culo (que se bambolea súper rico), provocándole sensuales “Ahummm” “Uffff”, mientras sigue meneando las caderas al tiempo que mis dedos se dirigen a la cabeza de su plug y empieza a sacarlo lentamente.

—¡Ohhh... sí... sácamelo y méteme tu pito, papi... así... así!

—¡Shhhhhhhh! —la mando callar entre excitado y nervioso.

No sé lo que pasaría si mi papá nos encontrara en estas condiciones. Pero mi angustia se esfuma de mi mente justo cuando se oye un “ploff” que indica que el plug ha salido por completo de su recto, y mi estúpida mente enferma no hace otra cosa que obligarme a llevármelo a la boca para saborearlo.

—¡Vamos... hijastro sexy...! ¡Relléname de pito en el culito, es tuyo...!

Y si esta perra perversa y tramposa cree que voy a follarla por el culo sólo porque me lo está ofreciendo, así vestida de puta y con sus manos separándose sus nalgas... está muy pero muy... acertada...

—¡Perra! —le grito, dándole un par de nalgadas que enrojecen sus glúteos.

Ver su agujero semiabierto por el trabajo de dilatación que ha hecho el dildo es la mejor forma de convencer a un macho calentón como yo que tiene ganas de perforar el culo de su madrastra.

Por eso, cuando menos acuerdo ya la tengo sujetando de las caderas, con mi hinchado glande pegado en la abertura de su ano, que al principio se veía muy abierto, pero que ahora que mi capullo está besándolo, es más estrecho de lo imaginado.

—¡Si no quieres que mi papá nos descubra, entonces muerde la almohada, pedazo de putón! —le advierto.

Y ya no me importa nada. No me importa si mi papá nos descubre o no (acabaríamos de una vez por todas con toda esta maldita pantomima) sin mayor lubricación que un espeso escupitajo que le echo desde mi boca directo a su agujero, hundo mi glande dentro de su abertura mientras ella ahoga un terrible grito mordiendo una almohada...

—¡Hoooooggggh! —bufo como toro mientras siendo mi glande aplastándose entre el recto estrechísimo de mi madrastra.

Y ella ahoga sus gritos en la almohada, y contrario a lo que haría alguien que siente el dolor de sentir una enorme verga clavándose en su ano, ella echa su culo hacia atrás, como buscando pegarse a mi pubis, y con ese movimiento nuevos centímetros se entierran en su agujero.

—¡GRRRRR! —rujo, excitado, caliente, estrujando las carnes de sus gordas nalgas que son carnosas y duras.

Y ella vuelve a echar su culo hacia atrás y mi falo se inhuma en el interior de su recto, que se contrae y me lo aprieta. Y un caliente cosquilleo se esparce desde mi glande hasta mi tronco, pubis, pelvis, vientre, pecho, cabeza y cerebro, y la calentura que siento me descontrola por el

morbazo de saber que le estoy haciendo el culo a mi propia madrastra.

Y esta vez no hay romanticismo ni ternura. Esta vez lo que hay son ganas, deseos, rabia y una enormes deseos de reventarle el culo. Y se lo reviento a pollazos. Se lo hundo y se lo saco una y otra vez. Y sus gritos siguen ahogados en la almohada. Mis bolas colisionan una y otra vez en sus carnes, mientras ella sacude de un lado a otro tremendo culazo de modo que sus glúteos tiemblan ante cada impacto.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Oh! ¡Sí! ¡Sigue, Alan, sigue! ¡Más, más!

—¡Gime, perra, gime... dime lo puta y tramposa que eres! ¡JODEEEEEER!

—¡Haaaaaaaaaaaaaaaaah! ¡Relléname de leche, cabrón! ¡Vamos, échamelos todos en el culo!

Y yo quiero empacharla de semen. Quiero destrozarla de verdad. Pero la muy perra lo está disfrutando. Y no entiendo cómo mierdas no se ha dado cuenta de nada papá, con el escándalo que estamos haciendo.

—¡Así, así, asíiiii!

La tengo clavada del culo justo cuando la sujeto del cuello y, ahorcándola, la levanto hasta que la levanto y su arqueada espalda se pega en mi pecho y su cara, la cual giro con violencia, queda a centímetros de la mía.

—¿Entonces me prefieres a mí antes que el dinero de papá, zorra? —le pregunto mientras ella no deja de menear el culo sobre mi verga, y yo no paro de embestirla una y otra vez, oyéndose por todos lados los impactos de nuestros sudorosos cuerpos.

—¡Te prefiero a ti... Alan... hijastro travieso... te prefiero a ti y a tu gorda polla perforándome así de ricooo! ¡Sigueeee!

Metó mi mano libre en sus pechos y los estrujo. Con la izquierda la asfixio en términos sexuales, y con la derecha le estrujo las tetas, le pellizco los pechos, y la impacto contra mí.

Ha sido inverosímil culearla por casi cuarenta minutos entre embestidas y jadeos sin que mi padre se diera cuenta, por lo que ya ahí empieza lo raro. Encima sus gritos de puta que emergen desde su garganta mientras, así, clavada como la tenía, ella tuvo sus primeros orgasmos deliciosos cuando mis dedos frotaron su clítoris en cada acometida.

Es inverosímil que mientras yo gritaba, eyaculando dentro del culo de Arlet, papá no viniera a darme la paliza de mi vida por descubrir que me estaba cogiendo a su mujer, a quien seguramente habría encontrado destrozada en el filo de mi cama, con su culo abierto, enrojecido, y con espesos y vulgares goterones de semen estilando por su agujero, resbalando por sus labios vaginales, donde se adhirieron con sus fluidos calientes, hasta ensuciar mi cama.

Es inverosímil que mi progenitor no se hubiera dado cuenta de que Arlet pasó casi toda la noche bramando como perra en mi cama, donde me la pasé cogiéndola vaginal y analmente cada dos o tres horas, hasta el amanecer, sin que al menos uno de sus potentes y putones gritos lo hubieran hecho despertarse.

Sin embargo, aun cuando yo de alguna manera había empezado a creer que los sentimientos que Arlet decía tener hacia mí eran reales, a la hora de la comida del día siguiente... descubrí toda la verdad, cuando mi padre, con los ojos hinchadísimos y con un gesto de modorra que lo mantuvo en cama toda la mañana, dijo:

—Arlet... joder, no me vuelvo a tomar esos batidos espesos que me diste anoche. Me quedé tan dormido que no sabes lo que me costó levantarme. A ver si en lugar de proteínas no me pusiste algún sedante, ¿eh?

Y aquí en la mesa durante el desayuno, con el gesto de horror de Arlet, me doy cuenta de una verdad. Una vez más esta hija de puta me ha engañado. Ella jamás se arriesgó a ser descubierta por mi progenitor, pues durante toda la noche... mi padre estuvo sedado.

Ni siquiera me tomo el tiempo de terminar con mi platillo. Me levanto de la mesa, miro a Arlet y le digo a papá que me encuentro indispuesto.

—¿Pero no vas a terminar de comer, Alan? —me pregunta la mentirosa de Arlet, sabiéndose descubierta, sin saber cómo actuar ante su error de cálculo.

—No —respondo sin mirarla—. Ahora así... esto se terminó.

Ella sabe a lo que me refiero. Y no habrá vuelta atrás. Lo mío con Arlet ha terminado para siempre.

EPÍLOGO

Tres meses después.

Esta noche he citado a mi padre y a Arlet en un restaurante italiano donde voy a presentarles a ambos a mi nueva novia. Y no, no he terminado mi relación con Rosita, mi antigua pareja; más bien digamos que ella no sabe que le estoy siendo infiel, y aunque me da pesar por ella, la verdad es que tengo que seguir con este plan macabro de venganza para mis fines maquiavélicos.

Mi novia es la chica más deliciosa que nadie se podría imaginar. Acaba de cumplir dieciocho años el fin de semana pasado, y en estos días lo vamos a celebrar. No es coincidencia que haya buscado una novia con las mismas facciones físicas de Arlet, aunque mi chica tenga la ventaja de, por su edad, tener más colágeno que las maduras como mi madrastra tanto envidian de las jovencitas.

Mi novia es un poco más alta que mi madrastra, eso sí, pero tiene el mismo pelazo negro azulado y esos ojazos verdes que ella, y que ¡ufff!, tantas pajas me han sacado.

Sus tetazas son tan grandes como las de Arlet, con sus pezones pequeños y sus areolas canelas bastante amplias. Su culito es tan gordo y respingón como el de mi propia madrastra, y creo que esa parte física es la que más me excita, sobre todo cuando su culo rebota sobre mis bolas. Es que el sexo con mi novia es brutal. Lo mejor del mundo. A pesar de su edad, mi chica sabe dar buenos bocados de verga como una experta. Aunque tengo que reconocer que sus habilidades “mamatorias” han ido mejorando bajo mi guía.

Al principio le costaba tragársela toda. Cuando llevaba la mitad de mi inhiesto falo clavado en su boca mi novia solía ahogarse, escupiendo litros de babaza y tosiendo como si se estuviera atragantando:

—¡Ay, Alan, ya, ya...! —lloriqueaba mi pequeña putita al principio de sus primeros exámenes “orales”—, ¡deja de clavarme tu cosota en mi boca, que no me cabe y harás que me ahogue!

—Pierde el miedo, zorrita, y deja los ascos para cuando te obligue a darme lengüetazos en el culo —le decía yo riendo por su inexperiencia.

—¡Qué puto asco, Alan, ni creas que lo haré!

Pero vaya si logré que lo hiciera. Es que sólo a base de polla logré que mi novia terminara adorándome como ni siquiera lo hace Rosita, mi novia oficial. Nunca lo creí posible, pero ahora entiendo que el hombre que sabe dar buenas cogidas a sus hembras, consiguen grandes privilegios, como conseguir que tu chica se deje dar incluso por el culo.

La verdad es que desde que pasó lo de Arlet, me volví un tipo más frívolo y maquiavélico que antes, con muy poco respeto por las féminas, a quien llegué a considerar zorras en general. No quiero decir que mi nueva novia sea igual que Arlet, pero por ciertas razones no le confiaría mi alma un solo segundo. Soy cabrón cuando la cojo, pero de vez en cuando también he dejado relucir mi faceta romántica para que su amor por mí se consolide mucho más.

—Te amo, Alan, ¿lo sabes? —me suele decir mi nueva novia—. Haría lo que fuera por ti.

—Yo también te hablo, putita.

Desde que descubrí que Arlet había sedado a mi padre para que no nos escuchara follar en mi habitación, mi actitud para con Arlet se volvió más fría. Ya no le dirigí la palabra a solas. De

hecho las primeras semanas cerré mi habitación con llave para evitar que la grandísima puta pudiera irrumpir cuando se le diera la gana.

Por fortuna ella entendió mi indirecta, y a pesar de sus futuras insinuaciones y provocaciones, al cabo de un mes comprendió que nuestra adúltera relación ya no tenía futuro.

Lo que más hacía rabiar a Arlet era que mi trato con ella delante de papá era la más dinámica y empática que pudiera existir, aun si ya en privado aplicaba una ley del hielo que enfriada todo a nuestro entorno. Ni siquiera la miraba, y su orgullo de mujer se quebraba ante mis mezquinas actitudes.

Arlet quiso tentarme muchas veces más como la última vez, poniéndose falditas de putota barata para andar en casa, pues la muy cabrona sabía que esa ropita me ponía el pene más duro que una pata de pirata. Y yo terminaba en el baño, masturbándome como un poseso: otras veces se ponía unos tops casi transparentes que intentaban contener sus grandísimas tetotas, mismos tops con los que se le veían incluso sus erguidos pezones.

En alguna ocasión incluso anduvo en sostén minúsculo (desde donde se le desbordaban sus pechos) y en tanguita (papá no estaba en casa, por supuesto) mientras fingía buscar unos tacones negros en la cocina (un lugar idóneo para perder sus zapatos, claro), justo donde yo merendaba. Pero ninguna de sus artimañas le surtió el efecto que ella esperaba. Esta vez me supe controlar.

Claro que me calentaba: claro que deseaba por todos los medios volverla a coger, clavarle mi verga en su mojada vagina de labios hinchados, y por qué no, metérsela incluso en su estrecho culito, cuya única ocasión que lo había hecho seguía siendo la imagen protagónica de mis pajas. La deseaba con todas mis putas ganas, pero mis ansias de venganza me hacían rápidamente abortar mis ganas de horadarla por todos sus agujeros.

Y ahora henos aquí, llegando al restaurante donde mi padre y mi madrastra nos aguardan con impaciencia, cautelosos, y ella, Arlet, (según me lo ha demostrado los últimos días) muerta de celos.

A mi novia le he hablado mucho de mi padre y mi madre, aunque de momento no creí conveniente confesarle que con quien nos encontraríamos sería con mi madrastra porque desde hace años están divorciados, así que también la presentación será una gran sorpresa para ella.

—Estoy un poco nerviosa, Alan, ¿crees que les caeré bien? —me pregunta cuando entramos.

—Por supuesto que sí, amorcito —le digo, sujetándola fuerte de la mano mientras buscamos la mesa reservada al fondo del restaurant—. Les he hablado maravillas de ti, aunque lo más divertido de la presentación será verles las caras cuando observen lo hermosa y buena que estás.

—Ufff... eso espero, mi vida —me dice, besándome una mejilla.

—Yo también —le confieso divertido.

Mi novia va que se cae de buena la cabrona. Lleva un vestidito azul metálico bastante corto y escotado que le queda como un guante. Todos los comensales y meseros no dejan de mirarla mientras avanzamos hasta el fondo, donde he divisado a papá. La puta de mi madrastra está de espaldas, así que cuando saludo con un “Buenas noches, papá, Arlet” ella tiene que levantarse y girarse hasta nosotros, los recién llegados, para conocer a mi nueva novia.

Cuando papá y mi madrastra clavan sus ojos en la chica que llevo de mi brazo, sus ojos se congelan en los cuencos al mismo tiempo que mi chica se tensa sobre mí.

—¡Carmina! —exclama papá, abriendo los ojos como plato.

Yo, fingiendo sorpresa, miro a mi novia Carmina (que tiene un gesto de piedra) y luego a mi padre, diciendo:

—Pero cómo, papá, ¿es que se conocen?

Mi progenitor no puede con la sorpresa de verme sujeto del brazo de aquella chica, mientras responde:

—Pero claro, hijo, ¿cómo no la voy a conocer? Si tu novia es la hija de Arlet.

Miro hacia Carmina y ella queda helada, la hija de puta (nunca mejor dicho mi insulto), está mirando a los ojos a mi madrastra, quien parece que se le ha ido la respiración.

—¡Pero...! ¿Es verdad lo que dices, papá, mi novia es hija de la tuya? ¡Joder, pero qué chiquito es el mundo! —sonríó con perfecta maldad.

Miro a mi madrastra fingiendo una gran sorpresa, mientras ella reacciona cayéndose sentada en la silla, pálida y con una agitación muy fuerte.

—¡Joder, Arlet! ¡¿Qué tienes?! —grita papá al ver que su mujer se ha desvanecido.

Y yo finjo preocupación mientras la hija de puta de mi novia se queda pegada en el suelo con un gran gesto de conmoción. La suelto del brazo y me acerco a mi madrastra, mientras le digo a mi padre:

—¡Anda, papá, ve a pedir ayuda a los meseros!

—¡Ya voy, ya voy! —responde alarmado—. No dejes sola a Arlet... no la dejes sola.

—Aquí la cuido... como el día de su calambre en la piscina —le digo con una gran sonrisa.

Me acerco hacia mi madrastra, me pongo de rodillas junto a ella y disfruto de su boca seca y su palidez. Miro hacia atrás y veo que mi novia retrocede, llevándose las manos a su cara, al fin asimilando que yo soy el mismo Alan que su madre intentó seducir para, con su complicidad, echarme de la casa de mi padre.

—¡¿Qué mierdas haces tú con mi hija... Alan?! —exclama Arlet, casi sin aire—. ¿Cómo puedes ser tan cabrón...?

Miro de nuevo hacia atrás y veo que Carmina empieza a vomitar del susto y la impresión. Un camarero la asiste y se la lleva al otro extremo. Lo que está ocurriendo ahora es mejor de lo que había esperado.

—¿Cuánto tiempo te llevó planear todo esto, cabrón? —me grita Arlet sin advertir que su hija está recostada en una silla al otro lado del restaurante, mientras la gente se levanta a ver lo que pasa—. ¿Cuánto tiempo te llevó contactar a mi hija, seducirla y... hacerle creer no sé qué tantas cosas?

Tuve la suerte de que Arlet jamás le pasara una foto mía a Carmina. Y la verdad es que fue un arriesgue muy grande la primera vez que la seguí por instagram y empecé a trabajarla. Hay miles de Alan en el mundo, ¿por qué pensaría Carmina que yo era el mismo que se había follado su madre? Todo lo demás salió solito.

—¡Contéstame, cabrón! —grita mi madrastra con grandes alaridos—. ¿Qué es lo que pretendes hacer con ella? ¡Te exijo que la dejes en paz!

Miro con tranquilidad hacia la esquina opuesta, donde la hija de puta de Carmina se reanima, y luego me vuelvo hasta su madre, a quien le sonrío perversamente mientras le respondo, con un susurro en su oído (qué rico huele esta cabrona):

—Con tu hija vas a pagarme cada lágrima de mi madre... cada mentira que has dicho a mi padre... cada ilusión que me diste a mí. ¿Y sabes, querida “mami”? no hay nada que puedas hacer al respecto, porque tu hija está completamente enloquecida conmigo.

—¡Eres un enfermo, Alan, un maldito enfermo!

—No más enfermo que tú, “mami”, ¿no es así como te gusta que te llame, Arlet? Por cierto.

Tienes que saber que tu hija me creará todo cuando yo le diga que nunca supe sobre tu parentesco con ella, y si no me crees ponme a prueba. Si a mí se me da la gana... puedo hacer que Carmina te odie a muerte. Con las folladas que le he dado, la tengo comiendo de mi mano.

—¿Qué mierdas es lo que quieres, Alan! ¿Qué desista de mi boda con tu padre, eso es lo que quieres para que la dejes en paz a Carmina?

—No, “mami” —le vuelvo a sonreír—. Todo lo contrario. Vas a casarte con papá porque no voy a permitir que lo mates de la tristeza. Ahora sí que tendrás que padecer con el pecado de vivir para siempre con un hombre al que no amas...

—¿Porque te amo a ti... te lo juro...! —empieza de nuevo.

—Sí, sí, sí... —cantaleo, sin creerle nada, negando con la cabeza—. Muchos juramentos me has hecho, “mami putita” así que ahora no quiero tus nuevos juramentos... sino acciones. Muchas acciones.

—¿Dime...! ¿Dime qué quieres que haga para que dejes en paz a mi hija! ¿Es que no te das cuenta que no voy a soportar que ambos... se pavoneen como novios en mi delante? ¡Mis sentimientos hacia ti siempre han sido sinceros, Alan, te lo juro!

La verdad que no me espero que ella insista con el tema. Pensé que toda su rabia se centraría en mí y en su hija. Pero no, nuevamente está involucrando su supuesto amor por mí.

—Pues en eso sí que tendrás que resignarte, porque incluso pienso traerla a vivir conmigo, a casa de papá, Arlet. Ya sabré cómo convencer a mi viejo.

—¿Alan, no! ¡No voy a consentir que mi hija y tú vivan bajo el mismo techo!

—No sólo lo tendrás que consentir, Arlet... sino que... incluso... tendrás que colaborararnos.

—¿Qué? ¿Pero de qué mierdas hablas, Alan?

—Si quieres que tu hija no termine odiándote... entonces... tú te unirás a mi harem.

—¿No entiendo!

—Claro que entiendes, putona —le acaricio sus labios cuando confirmo que mi padre se ha decantado por auxiliar a su hijastra.

—¿Alan... por favor... dime qué mierdas quieres en realidad!

—Quiero que las dos sean mías... tú y tu hija. ¡Quiero follarlas a ambas por separado o juntas, como un trío! Quiero que entre ustedes dos haya una relación incestuosa en la que yo seré el timón de sus destinos... Para terminar pronto, quiero que las dos sean mis mujeres... y que, como castigo por todo el daño que nos has hecho, Arlet... permitas que alguna vez tu hija fornicque con papá.

Arlet se levanta furiosa y horrorizada. Yo me levanto junto a ella y ambos nos miramos con odio. Mi madrastra retrocede y huye hacia los baños de mujeres, donde la alcanzo y la arrastro hasta el interior de un cubículo en el que nos encerramos.

—¡Primero te mato, cabrón de mierda, antes que permitir que perviertas a mi hija! —me dice ella sujetándome del cuello.

Sus eróticas uñas clavadas en mi piel me excitan. Y yo miro sus labios gruesos, pintados de rojo, húmedos, como si codiciaran comerse los míos. Y mientras ella me sigue sujetando yo bajo la vista y miro sus enormísimas tetas que se desbordan por su prolongado escote de ese vestido negro y corto que lleva puesto.

—Demasiado tarde, nalgona mía —le digo, metiendo mis dos manos debajo de su vestido, estrujando con la izquierda uno de sus redondos y carnosos glúteos, y con los dedos de la derecha hurgando debajo de su braguita hasta encontrar su raja empapada, donde empiezo a introducirlos mientras ella separa sus muslos para mí, permitiendo que mis yemas se hundan en

su coñito, en tanto ella empieza a bailar sobre ellos, abriendo la boca como una auténtica zorra, jadeando, gimiendo, y sacando la lengua en busca de la mía—... digo que es demasiado tarde... porque a tu hija ya la he pervertido tanto como tú me pervertiste a mí, Arlet.

Pero ella ya no le importa lo que le digo. Separa un poco más sus gordas piernas para permitir que mis dedos continúen accediendo a su gruta carnosa, en tanto ella baila mientras yo le bato sus caldos.

—¡Oufff...! ¡Síii...!—gime ella, soltando mi cuello y bajando su mano hasta mi duro paquete, que palpita en mi entrepierna—. ¡Te amo, Alan! ¡Uffff! ¡Ay... qué rico...! ¡Te amo... de verdad!

—¡Yo también te amo, Arlet... —le confieso al fin, estrujándole el culo y masturbándola, hundiendo mi cabeza en sus enormes tetas, buscando bajarle su escote con los dientes hasta encontrar sus pezones y sus areolas—, por eso no sabes cuánto te odio!

Y aquí, en el interior de los baños, mientras todo el mundo asiste a su hija, Arlet y yo culeamos sin parar hasta correremos... firmando, tácitamente, un contrato de perversiones, sexo y amor, entre yo, Carmina... y mi putísima madrastra Arlet, la Nueva Novia de papá.

¿FIN?

Comentarios en:

www.joslira.com